VERNOR VINGE



NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL

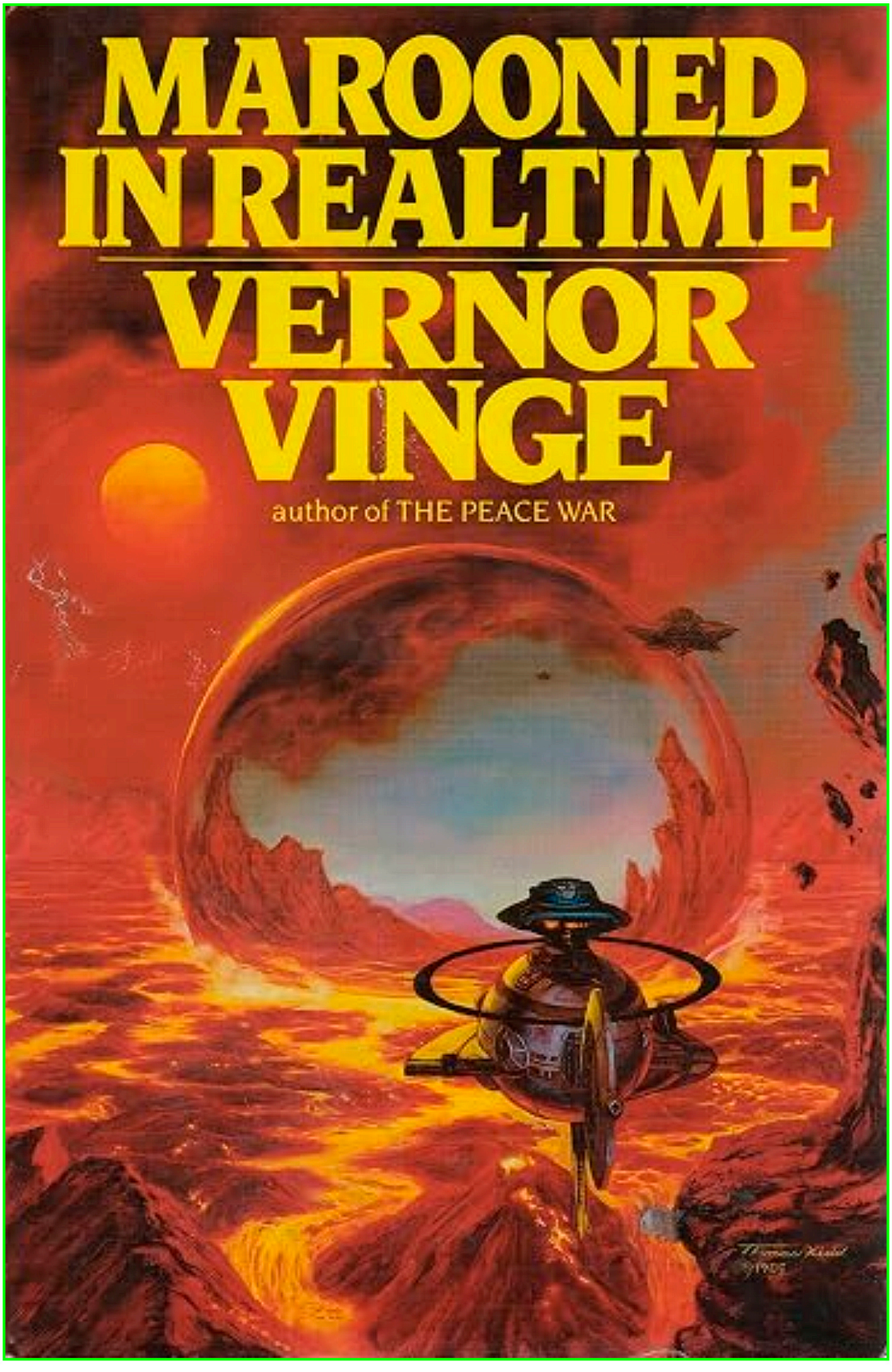
PREMIO PROMETHEUS 1987

SERIE DE LAS BURBUJAS / 2

NOVA
CIENCIA FICCION

En la esperada continuación de *La Guerra de la Paz*, una desastrosa extinción ocurrida en el siglo XXIII amenaza la continuidad de la civilización. Los poseedores del poder tecnológico (tecno-max) intentan recoger a todos los supervivientes (generalmente tecno-min) que van siendo liberados del éxtasis de las burbujas e incorporarlos al proyecto final, que no es otro que reconstruir la civilización con una diezmada humanidad. Pero uno de los líderes ha sido «asesinado» y abandonado en el tiempo real, mientras el resto de la humanidad se encuentra en «viaje hacia el futuro» gracias a las burbujas.

En este caso, la reflexión de Vinge sobre el futuro, merecedora del Premio Pometheus otorgado por la Sociedad Literaria Futurista, toma la forma conductora de una novela de misterio en un ambiente de ciencia ficción «hard». El protagonista, Wil Brierson, policía del siglo XXI, debe encontrar al «asesino» y desentrañar por qué se intenta obstaculizar la reconstrucción de la civilización.


MAROONED
IN REALTIME
VERNOR
VINGE
author of THE PEACE WAR

Vernor Vinge

NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL

Título original: *Marooned in realtime*

1986

Traducción: José María García Grimau

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Naufragio en el tiempo real de Vernor Vinge. Sergio Mars

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV

Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Conclusión

Agradecimientos

Acerca del autor

NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL DE VERNOR VINGE

Sergio Mars

Vernor Vinge es un autor poco prolífico. Apenas ocho novelas (y un puñadito de antologías) en más de cuarenta años de profesión (compaginada con una carrera docente e investigadora en la universidad de San Diego, en los departamentos de matemáticas y computación). Eso sí, su impacto es innegable, como atestiguan los tres premios Hugo de novela que atesora (más otros dos de novela corta).

De sus aportaciones a la ciencia ficción, se le reconoce en particular el haber introducido el concepto de Singularidad Tecnológica, cuyo fundamento teórico/filósofico él mismo desarrollo desde 1983 en adelante, a partir de las ideas del matemático I. J. Good. Aunque algunas de sus obras

anteriores ya juguetean con este concepto, su puesta de largo (y bautizo) llegó con «Naufragio en el tiempo real» («Marooned in realtime», 1986), la segunda novela en la serie de las Burbujas.

El marco especulativo lo aporta un ingenio creado para «La guerra de la paz», un campo de éstasis imprenetrable (las burbujas), en cuyo interior no transcurre el tiempo. Tras explorar a fondo las posibilidades del concepto en el primer libro, con su secuela se planteó algo completamente diferente: una aproximación indirecta a la esquiva, y por definición indescriptible, singularidad tecnológica.

La historia arranca en un enclave situado en el interior de la actual Asia, cincuenta millones de años en el futuro. En ese momento y lugar se han reunido unos cuatrocientos seres humanos, cuanto queda de la especie. En algún momento a principios del siglo XXIII todos cuantos no se encontraban emburbujados desaparecieron sin dejar rastro, dejando a los desconcertados crononautas (hacia el futuro y no siempre de forma voluntaria) un mundo desolado y muchos interrogantes.

Tras diversos intentos a lo largo de los megaaños, las Korolev (Marta y Yelén), se han propuesto reunir a todos los supervivientes y levantar de nuevo una sociedad viable, rescatando a la humanidad de una extinción segura. Claro que no lo tienen fácil. Por un lado están los tecno-min, aquellos procedentes de la segunda mitad del siglo XXI

(hasta mediados el XXII), distribuidos en tres grupos que arrastran ciertos antagonismos «históricos» (cuyas raíces cabe encontrarlas en la obra previa de la serie): los pacistas, los remanentes de la República de Nuevo México y grupos dispersos, e incluso individuos, no alineados (y, en general, algo posteriores). Por otro los tecno-max, emburbujados con posterioridad y poseedores de una tecnología y unos recursos varios órdenes de magnitud superiores (e incluso entre estos, una década de diferencia en cuanto a «antigüedad» puede llegar a suponer un salto cualitativo tan grande como el que separa a los tecno-min de los tecno-max). Quien más, quien menos, posee una agenda propia, y ni siquiera la quasi-extinción parece constituir un estímulo suficiente para colaborar.

Mal que bien, con una mezcla de persuasión, soborno e imposición, las Korolev se las han arreglado para fundar las bases de una colonia. Entonces, durante un emburbujamiento rutinario, ocurre el desastre. Marta queda fuera de la burbuja. Enfrentada sin el apoyo de la avanzada ciencia tecno-max (o incluso tecno-min) a la naturaleza salvaje y al propio paso del tiempo (los avances médicos han llegado a asegurar la inmortalidad, al menos física). Cien años después, cuando encuentra sus restos, Yelén se propone descubrir al «asesino», para lo cual cuenta con la experiencia de uno de los más famosos detectives de la historia, Wil Brierson.

Así pues, Brierson se enfrenta a un misterio del tipo de habitación cerrada, pues el asesino no puede sino ser uno de entre la docena de tecno-max (los únicos con capacidad técnica para llevar a término el sabotaje). Sólo que carece por completo de autoridad, y quizás incluso de competencia, pues la brecha que le separa de sus sospechosos es equivalente a la que media entre un hombre del renacimiento y alguien de finales del siglo XX. Auxiliado por Della Lu (una tecno-max que en 9.000 años de vida solitaria se ha alejado bastante de la humanidad… por ejemplo de la época en que traicionó a los pacistas durante *La Guerra de La Paz*), deberá examinar los indicios que por cuarenta años de exilio ha ido dejando Marta Korolev en un diario rústico, al tiempo que interroga a los tecno-max, buscando respuesta tanto al asesinato como a lo que pudo ocurrirle a la humanidad.

Vinge, como había adelantado, utiliza todo este montaje para mirar de reojo hacia el acontecimiento de principios del siglo XXIII, que los propios personajes bautizan como singularidad. Las teorías son múltiples: desde la posibilidad de una invasión extraterrestre aniquiladora hasta una aceleración exponencial de los cambios que condujeron a un punto de ruptura a partir del cual la humanidad trascendió a otro nivel de existencia. A lo largo de todo el libro, se argumenta a favor de una y otra hipótesis, dedicando especial atención a las implicaciones filosóficas de la

segunda opción, por lo que podría hablarse de ciencia ficción escatológica [referente al fin del mundo].

De la composición de la historia destacaría el cuidado que pone el autor en exponer sus ideas; desde la presentación de las premisas hasta la exposición de conclusiones. Todo ello lo adereza con elementos propios del género policiaco (aunque a la postre esta faceta no alcance a superar el nivel de excusa argumental), así como con especulación sociológica en torno a la necesidad del ser humano de conquistar el liderazgo de un grupo, incluso en detrimento de sus propias posibilidades de supervivencia (estas reflexiones le valieron la concesión del premio Prometheus) y, por último, a la exploración de la Tierra de dentro de cincuenta millones de años (para lo cual se basó en el libro «Después del hombre: una zoología del futuro», de Dougal Dixon, por lo que se trata de una visión científicamente coherente.

Todos los elementos quedan perfectamente equilibrados en un texto absorbente. Tal vez desde un punto de vista filosófico haya quedado un poco superado, pues la presentación de una idea nueva es una empresa que debe abordarse con cautela, pero por ello mismo sigue siendo un vehículo perfecto para entrar en contacto con la singularidad tecnológica, descartando los aditamentos que el abuso del concepto han ido añadiendo. Sobre todo, a lo largo de la última década, en que ha pasado a constituir una

especie de patente de corso para justificar cualquier desarrollo.

Aparte de ganar el Prometheus, la novela fue finalista a los premios Hugo en la edición de 1987, que ganó «La voz de los muertos», de Orson Scott Card.

Extraído de Rescepto indablog:

https://rescepto.wordpress.com/2012/05/23/naufragio-en-el-tiempo-real/

Para todos los Náufragos sin esperanza de rescate.

Capítulo I

El día del gran rescate, Wil Brierson fue a pasear por la playa. Con toda seguridad, sería una de aquellas tardes en que solía estar completamente vacía.

El cielo estaba sereno, pero la habitual niebla marina reducía la visibilidad hasta unos pocos kilómetros. La playa, las dunas bajas, el mar… todo estaba envuelto en un débil resplandor que parecía centrarse en su foco visual. Wil se sentía deprimido y anduvo hasta donde llegaban las olas, donde el agua empapaba la arena y la dejaba lisa y fría. Sus noventa kilos de peso dejaban atrás unas huellas perfectas de pies desnudos. Wil hizo caso omiso de las aves marinas que chillaban. Andaba cabizbajo, viendo como el agua surgía entre los dedos de sus pies a cada paso que daba. Una brisa

húmeda le llevó el punzante y agradable olor de las algas. Cada medio minuto las olas crecían y la limpia agua del mar rodeaba sus tobillos. Excepto los días de tormenta, aquel leve balanceo era todo el «surf» que se podía esperar en aquel Mar de Tierra adentro. Al andar de aquella manera, casi podía imaginar que había vuelto al Lago Michigan, tan lejano en el tiempo. Cada verano, había acampado con Virginia a la orilla del lago. Casi podía imaginar que regresaba de un paseo matutino, un día muy bochornoso, por la orilla del Michigan, y que si andaba lo suficiente encontraría a Virginia, Ana y Bill, que le esperaban impacientes al lado del fuego de campamento, reprochándole que se hubiera ido solo.

Casi…

Wil levantó la vista. Treinta metros delante de él estaba la causa de todo el clamor de las aves marinas. Una tribu de monos pescadores estaba jugando en la orilla del agua. Los monos ya debían haberle descubierto. Durante las semanas anteriores, habrían desaparecido en el mar a la primera señal de un humano o de una máquina. Pero entonces se quedaron en la playa. Cuando se acercó a ellos, los más jóvenes vadearon hasta él. Hincó una rodilla en la arena y se congregaron a su alrededor, sus dedos unidos por una red buscaban con curiosidad en sus bolsillos. Uno sacó una ficha de datos. Wil sonrió y arrebató la ficha del puño del mono.

—¡Ah! Un ratero. ¡Estás arrestado!

—¿El policía de siempre, eh inspector? —La voz era femenina y de tono ligero. Llegaba de algún sitio que estaba por encima de su cabeza. Wil se echó hacia atrás. Un aparato volador, a control remoto, estaba detenido a unos pocos metros por encima de él. Sonrió:

—Sólo lo hago para no perder la práctica, ¿eres tú, Marta? Pensaba que estabas preparándote para las «celebraciones» de esta tarde.

—Es verdad. Y una parte de los preparativos consiste en sacar de la playa a la gente loca. Los fuegos artificiales no van a esperar a que sea de noche.

—¿Qué dices?

—Ese Steve Fraley está haciendo una gran escena intentando convencer a Yelén de que aplace el rescate. Ella ha decidido hacerlo algo antes sólo para que Steve se entere de quién manda aquí.

Marta se rió, y Wil no hubiera podido decir a ciencia cierta si su regocijo estaba provocado por la irritación de Yelén Korolev o por Fraley.

—O sea que, por favor, mueva su trasero, caballero. Todavía tengo que avisar a otros, así que confío en que regresarás a la ciudad antes de que llegue este volador.

—Sí, señora.

Wil hizo una reverencia en broma y dio la vuelta para volverse por donde había venido, con paso atlético. No habría recorrido más de treinta metros cuando oyó tras él un agudo grito que auguraba muerte. Miró por encima del hombro y vio que el volador caía en picado en dirección contraria a la suya, haciendo ráfagas con las luces y con las sirenas funcionando a plena intensidad. Ante este asalto, el nuevo comportamiento de los monos pescadores desapareció. Se asustaron, y dado que el ruidoso vehículo aéreo volaba entre ellos y el mar, su única posibilidad estribaba en coger a sus crías y escapar por entre las dunas. El volador de Marta les perseguía, dejando caer bombas sonoras en los flancos de su ruta de escape. El aparato volador y los monos desaparecieron por encima de la arena hacia la jungla, y el ruido se fue apagando. Wil se preguntó si Marta tendría que perseguirlos hasta muy lejos para poder llevarlos a una zona segura. Sabía que le motivaban tanto su buen corazón como su sentido práctico. Jamás habría espantado a los animales para que se alejaran de la playa a menos que hubiera alguna posibilidad de que pudieran llegar a un refugio seguro. Wil sonrió para sí mismo. No le sorprendería que Marta hubiese elegido la estación y el día de la explosión para minimizar las muertes de los animales salvajes.

Tres minutos después, Brierson estaba cerca de la parte superior de los desvencijados escalones que llevaban al monorraíl. Miró a sus espaldas y vio que no estaba solo en la

playa. Alguien se dirigía hacia el pie de la escalera. Durante medio millón de siglos, las Korolevs habían rescatado o reclutado una buena colección de personajes raros, pero, por lo menos, todos ellos parecían normales. Ésta… persona… era diferente. Llevaba una sombrilla plegable, y estaba completamente desnuda, a excepción de una tela en la cintura y una bolsa que pendía de su hombro. Su piel era pálida. Cuando empezó a subir por la escalera, la sombrilla se inclinó hacia atrás y dejó ver una cabeza calva, con forma oval. Y Wil vio que el desconocido podía ser igualmente una desconocida, o simplemente algo. La criatura era baja y delgada, y sus movimientos eran elegantes. Había unos ligeros abultamientos alrededor de sus pezones.

Brierson movió la mano para saludar, dubitativo; era una buena táctica el conocer a todos los nuevos vecinos, especialmente si eran viajeros avanzados. Pero aquello miró a Brierson, y a pesar de los treinta metros de separación pudo ver que sus ojos oscuros lo hacían con una fría indiferencia. Su diminuta boca se movió espasmódicamente, pero no emitió sonidos. Wil tragó saliva y siguió subiendo por la escalera de plástico. Podría ser que hubiera algunos vecinos a los que sería preferible conocer de forma indirecta.

Korolev. Éste era el nombre oficial de la ciudad (que le había sido impuesto oficialmente por Yelén Korolev). Había prácticamente tantos nombres alternativos como habitantes. Los amigos hindúes de Wil querían que se llamase Novísima Delhi. El gobierno (en exilio irrevocable) de

Nuevo Méjico quería que se llamase Nueva Alburquerque. Los optimistas preferían Segunda Oportunidad, y los pesimistas abogaban por Ultima Oportunidad. Para los megalomaníacos era la Gran Ciudad.

Cualquiera que fuera su nombre, la ciudad estaba situada al pie de las colinas de los Alpes Indonesios, a una altura suficiente para que el calor y la humedad fuesen moderados hasta el punto de proporcionar un uniforme bienestar. Allí las Korolevs y sus amigos habían reunido a los supervivientes de todos los tiempos. Allí se podía observar casi cualquier estilo arquitectónico, según fuera el gusto del propietario. Los estadistas de Nuevo Méjico tenían su calle principal con grandes edificios (casi todos vacíos) que Wil opinaba que resumía toda su burocracia. Otros muchos que procedían del siglo veintiuno, incluido Wil, vivían en pequeños grupos de casas que se parecían mucho a las que habían conocido en su tiempo. Los viajeros más avanzados vivían en la parte más alta de la montaña.

Ciudad Korolev se había construido de forma que fuera capaz de acomodar a miles de personas. En aquel momento la población no llegaba a los doscientos seres humanos de todas clases. Necesitaban ser más; Yelén Korolev sabía de dónde sacar un centenar más, y estaba decidida a rescatarlos.

Steven Fraley, Presidente de la República de Nuevo Méjico, había resuelto que aquellos cien no fueran

rescatados. Todavía estaba discutiendo el caso, cuando llegó Brierson.

—… y usted no considera la historia de nuestra época, señora, Los Pacistas consiguieron exterminar casi por completo la raza humana. Es evidente que si salva a este grupo, conseguirá unas cuantas vidas más, pero a costa de arriesgar la supervivencia de toda nuestra colonia, de toda la raza humana.

Parecía que Yelén Korolev estaba tranquila, pero Wil la conocía lo bastante bien como para advertir las señales de una inminente explosión: tenía las mejillas sonrojadas, pero el resto de sus facciones tal vez eran más pálidas que de ordinario. Se pasó la mano por su cabello rubio.

—Señor Fraley, conozco a fondo la historia de su época. Debe recordar que casi todos nosotros, sin importar nuestra edad y experiencia actuales, hemos tenido infancias distanciadas unas de otras un par de centenares de años. Es posible que la Autoridad de la Paz —y sus labios esbozaron una breve sonrisa a causa de este nombre—, desencadenara la guerra general de 1997. Puede que hasta fuera responsable de las terribles plagas de principios del siglo veintiuno. Pero, tal como se comportan generalmente los gobiernos, tuvieron una actuación relativamente benigna. Ese grupo de Kampuchea —señaló hacia el norte—, pasó al estasis en 2048, cuando los Pacistas fueron derrocados. Esto ocurrió antes de que existieran buenos cuidados médicos. Es

perfectamente posible que ninguno de los criminales originales esté allí.

Fraley abrió y cerró la boca, pero no pronunció palabra alguna. Luego dijo:

—¿Acaso no ha oído hablar de su proyecto «Renacimiento»? En el 48 estaban otra vez a punto de matar a millones de personas. Estos fulanos que están de acuerdo con Kampuchea, probablemente posean más bombas infernales que pulgas tiene un perro. Aquella base era su recurso secreto. Si no hubieran alargado su estasis, habrían salido en 2100 y nos habrían hecho cisco. Es probable que usted no hubiese llegado a nacer.

Yelén interrumpió el torrente de palabras.

—¿Bombas infernales? ¡Bah, fusiles de juguete! Hasta usted sabe esto, Señor Fraley: Si tenemos cien personas más en nuestra colonia lograremos que sea lo bastante grande para sobrevivir. Marta y yo no hemos consumido nuestras vidas levantando todo esto sólo para verlo morir como lo hicieron los mal dirigidos intentos del pasado. El único motivo por el que hemos pospuesto la fundación de Korolev hasta el megaaño cincuenta, ha sido para poder rescatar a los Pacistas cuando su burbuja reviente. Se volvió hacia su socia: —¿Se ha podido localizar a todos?

Marta Korolev había permanecido sentada y en silencio durante toda la discusión, con sus oscuros rasgos relajados y con los ojos cerrados. La cinta que llevaba en la cabeza le permitía estar en comunicación con los dispositivos autónomos del Estado. No cabía la menor duda de que durante la última media hora, había controlado media docena de voladores, persiguiendo y echando del territorio no urbano a todos los colonos despistados que los satélites de Korolev habían descubierto. Entonces abrió los ojos.

—Todos han sido localizados, y están a salvo. De hecho —vio a Wil que estaba en las últimas filas del anfiteatro y le sonrió—, casi todo el mundo está en los terrenos del castillo. Creo que esta tarde os podremos ofrecer a todos un extraordinario espectáculo.

Marta no había estado atenta, o bien había decidido ignorar la discusión entre Yelén y Fraley, cosa más verosímil.

—De acuerdo, empecemos pues.

Un sentimiento de expectación recorrió toda la audiencia. Muchos eran del siglo veintiuno, como Wil, pero habían conocido a suficientes viajeros avanzados como para saber que estas palabras eran un índice de los extraordinarios sucesos que iban a desarrollarse.

Gracias a su posición en lo alto del anfiteatro, Wil tenía una buena visibilidad hacia el Norte. Los bosques de los puntos

más altos descendían hasta difuminarse en el color verde grisáceo de la jungla ecuatorial. Más allá de este terreno, la neblina impedía la visión del Mar Interior. Incluso en los pocos días claros, cuando la niebla se levantaba, los Alpes Kampucheanos quedaban escondidos detrás del horizonte. Sin embargo, el rescate sería visible; estaba sorprendido de que el blanco azulado del horizonte norte estuviera como siempre.

—Esto va a ser mucho más excitante, os lo prometo —la voz de Yelén hizo que su atención se centrara de nuevo en el escenario.

Dos grandes pantallas flotaban detrás de ella desentonando con el templo adornado con musgo y oro que cubría la tierra que estaba detrás del escenario. El Castillo Korolev era un ejemplo típico de la vistosidad de las residencias avanzadas. La fundamental obra de sillería y escultura —para la que se había tomado vagamente como modelo la de Angkor Wat— se había realizado medio milenio antes, y fue luego abandonada para que las lluvias que descendían de las montañas la erosionaran, el musgo la recubrió y los árboles penetraron en ella. Más tarde, los robots albañiles escondieron entre las «ruinas» toda la sutil maquinaria de la tecnología de finales del siglo veintidós. Wil sentía un gran respeto por aquella tecnología. En aquel lugar no podía pasar una mosca sin ser advertida. Las personas estaban tan a salvo de una silenciosa cuchillada como del ataque de misiles.

—Como dice el señor Fraley, se suponía que la burbuja de los Pacistas era un secreto. Al principio estaba bajo tierra. Ahora, debido a un error, está a mucha más profundidad. Lo que en principio había de ser un salto de cincuenta años resultó ser algo… más dilatado. Con la máxima aproximación de que somos capaces podemos suponer que su burbuja va a explosionar en algún momento de los próximos mil años. Habrán permanecido en estasis durante cincuenta millones de años. Durante todo este tiempo los continentes se han desplazado, han cambiado su posición relativa y se han formado nuevas grietas. Algunas partes de Kampuchea se deslizaron profundamente debajo de nuevas montañas.

La pantalla que estaba tras ella se iluminó y dejó ver una sección transversal multicolor de los Alpes Kampucheanos. La corteza superficial aparecía de color azul, y ensombrecía hacia el amarillo y el naranja en los lugares de mayor profundidad. Exactamente en el borde donde el naranja se destaca del magma rojo, había un pequeño disco negro: la burbuja de los Pacistas, flotando sobre el techo del infierno.

Dentro de la burbuja el tiempo se había detenido. En el interior, todo se mantenía tal como habían sido en el instante de aquélla casi olvidada guerra, cuando los perdedores decidieron escapar hacia el futuro. No existía fuerza capaz de alterar el contenido de una burbuja o su duración; ni siquiera el corazón de una estrella, ni siquiera el corazón de un amante.

Pero cuando la burbuja explosionara, cuando se acabara el estasis… Los Pacistas estaban a unos cuarenta kilómetros de profundidad. Habría un instante de ruido, calor y dolor cuando el magma se los tragara. Morirían cien hombres y mujeres, y cierta especie en peligro daría un paso más hacia su extinción.

Las Korolev se habían propuesto hacer salir la burbuja a la superficie, donde estaría a salvo durante los pocos milenios que le quedaban. Yelén hizo un ademán en dirección al dibujo de la pantalla.

—Ésta era la situación poco antes de que empezásemos la operación. Aquí está el siguiente esquema.

La pantalla cambió. El límite rojo del magma se había elevado miles de metros sobre la burbuja. Aislados puntos de luz blanca destacaban en las partes naranja y amarilla que representaban la corteza sólida. Sobre cada una de aquellas luces, el rojo aparecía como una flor que se abriera, y se extendía —Wil se estremeció al pensarlo— casi como sangre alrededor de una herida punzante.

—Cada uno de estos puntos luminosos es una bomba de cien megatones. En los últimos segundos hemos liberado más energía que en todas las guerras de la humanidad juntas.

La sección roja se extendió cuando las distintas heridas se agruparon para formar una extensa hemorragia en el corazón de Kampuchea. El magma todavía estaba veinte kilómetros por debajo del nivel del suelo. Las bombas se habían cronometrado de forma que hubiera una actividad constante justo por encima del nivel rojo más elevado para que la masa en fusión estuviera cada vez más cerca de la superficie. En el fondo de la imagen flotaba la burbuja de los Pacistas, serena e invariable. En la escala a que estaba representada su movimiento hacia la superficie era imperceptible.

Wil desvió su atención de la pantalla y miró más allá del anfiteatro. No se percibía ninguna variación: el horizonte norte seguía con su neblina azul pálido. El lugar del rescate estaba a mil quinientos kilómetros de distancia, pero a pesar de esto, había esperado algo espectacular. Los minutos transcurrían. Una brisa fresca soplaba débilmente por el anfiteatro, moviendo las pseudojacarandas que rodeaban el escenario y repartiendo el perfume de sus grandes flores por la audiencia. En las ramas más altas de un árbol, una familia de arañas había construido una decorativa tela con los colores del arco iris, que destacaban sobre el cielo.

El reloj de la pantalla que señalaba el tiempo transcurrido a partir del inicio de la operación, marcaba casi cuatro minutos. Los estallidos de las bombas proyectadas por las Korolev todavía ocurrían a miles de metros por debajo de la superficie.

El Presidente Fraley se levantó de su asiento.

—Señora Korolev, por favor. Todavía estamos a tiempo de interrumpir esto. Sé que usted ha rescatado a toda clase de tipos: chiflados, vagabundos, criminales, víctimas. Pero éstos son verdaderos monstruos.

Por vez primera, Wil creyó en la sinceridad del Presidente de Nuevo Méjico, también en su probable miedo. Posiblemente tenga razón. Si los rumores de que los Pacistas habían creado las plagas de principios del siglo veintiuno eran ciertos, esto les haría responsables de la muerte de miles de millones de personas. Y si hubiesen tenido éxito en su Proyecto Renacimiento, habrían matado a muchos de los supervivientes.

Yelén Korolev miró a Fraley, pero no le contestó. El de Nuevo Méjico endureció su pose, y bruscamente hizo una señal a su gente. Sus seguidores, que eran más de un centenar, muchos de ellos con el traje de trabajo de Nuevo Méjico, se levantaron inmediatamente. Era un gesto dramático: si decidían irse, el anfiteatro quedaría prácticamente vacío.

—Señor Presidente, le sugiero a usted y a sus hombres que se sienten —intervino Marta Korolev.

Su tono era tan agradable como siempre, pero el insulto que iba implícito en sus palabras hizo que a Steve Fraley se

le subieran los colores, éste hizo un gesto de enfado y se dirigió a los escalones de piedra por donde se salía del anfiteatro.

Wil estaba más inclinado a tomar en sentido liberal sus palabras de sugerencia: Yelén podía servirse del sarcasmo y de su imperiosa autoridad, pero por lo general, Marta daba su consejo sólo para ayudar. Volvió a mirar hacia el norte. Sobre las laderas de la jungla había una agitación, unas oleadas. Oops. Wil lo comprendió enseguida y se deslizó al banco que tenía más próximo.

La onda de choque llegó por el suelo un instante después, era un movimiento rotatorio, sin ruido, que hizo que Fraley perdiera el equilibrio. Inmediatamente los ayudantes de Steve le ayudaron a levantarse, pero el hombre se había quedado lívido. Dirigió a Marta una mirada asesina y rápida pero cuidadosamente empezó a ascender por la escalera. Sólo se dio cuenta de la presencia de Wil cuando ya había pasado por su lado. En la lista negra de la República de Nuevo Méjico había un lugar de honor para W. W. Brierson. El hecho que Wil hubiera visto su humillación fue la puntilla.

Los generales hicieron apresurar al Presidente. Los que iban detrás miraron rápidamente a Brierson, o bien ignoraron por completo su presencia.

Sus pasos se oyeron claramente desde detrás del anfiteatro. Unos segundos después ya habían puesto en

marcha los motores de sus transportes personales blindados y se dirigían velozmente a su parte de la ciudad. Mientras sucedía todo esto, el terremoto seguía. Para alguien que había crecido en Michigan, aquello era algo muy extraordinario. El movimiento ondulatorio que actuaba como una suave mecedora, era prácticamente silencioso. Pero también estaban silenciosos los pájaros, y las arañas de la red escenográfica estaban inmóviles. Desde lo profundo, dentro de los sillares del castillo, se oían unos crujidos.

En la sección transversal, el magma rojo había llegado casi hasta la superficie. Las lucecitas que representaban bombas llegaban casi a la corteza del planeta, y lo último de la tierra amarilla y sólido acababa de… evaporarse.

Pero las sacudidas continuaron, excavando un amplio mar rojo.

Y por fin hubo acción en el horizonte norte. Ya había una evidencia directa del cataclismo que estaba ocurriendo allí. El azul pálido se había encendido y otra vez con un brillante resplandor, algo que atravesaba la bruma como si fuera una nueva salida del sol. Justo por encima de los destellos de luz, se iba levantando poco a poco una franja blanca que parecía un segundo horizonte. La parte superior del sector norte de los Alpes Kampucheanos había desaparecido.

Un suspiro se propagó por la audiencia. Wil miró, bajó la mirada, y vio que mucha gente señalaba hacia arriba.

Ligeramente púrpura, apenas si más brillante que el cielo, una aparición fantasmal se extendía casi por encima de ellos de norte a sur. ¿Una aurora en pleno día?

Extrañas luces centelleaban en las pendientes que estaban detrás del castillo. El aire del anfiteatro estaba cargado de electricidad estática, pero todo estaba sumido en un silencio aterrador. El ruido del rescate ya llegaría, se oiría con claridad a pesar de los mil quinientos kilómetros de distancia que debía recorrer alrededor de la tierra, pero faltaba casi una hora para que llegase allí, pasando por los Alpes Kampucheanos hacia el Mar Interior.

Y la burbuja Pacista, como si fuera un pecio liberado del hielo por el sol de verano, pudo flotar hasta la superficie.

Capítulo II

Todo el mundo estuvo de acuerdo con Marta en que el espectáculo había sido impresionante. Muchos no se daban cuenta de que el «espectáculo» no acabaría con un atardecer de fuegos artificiales. Las llamadas a escena durarían algún tiempo y serían más tétricas que maravillosas.

La explosión provocada por el rescate tuvo una intensidad aproximadamente cien veces más potente que la del Krakatoa en el siglo diecinueve. Aquella tarde se lanzaron a la estratosfera miles de millones de toneladas de rocas y cenizas. En los días siguientes, el sol fue difícil de ver, a lo sumo se distinguía un disco rojizo a través de las tinieblas. En Korolev, el terreno estaba profundamente helado todas las mañanas. Las pseudojacarandas estaban marchitas y se morían. Las arañas que antes habitaban en ellas se habían

muerto o se escondían en otra parte. Incluso en las junglas que estaban casi junto a la costa, la temperatura raramente sobrepasaba los diez grados.

Llovía durante la mayor parte del día, pero no llovía agua: el polvo se iba posando. Cuando caía seco parecía nieve de color gris parduzco que formaba montones obscenos en las casas, en los árboles y sobre los pequeños animales; los de Nuevo Méjico echaron a perder su último helicóptero, pero aprendieron cómo afecta el polvo de roca a las turbinas. Si caía mojado, era peor: un fluido negro que en lugar de amontonarse, formaba lodo. Resultaba un pequeño consuelo saber que las bombas eran «limpias» y que aquel polvo no era más que un «producto natural».

Los robots de Korolev reconstruyeron rápidamente el monorraíl. Wil y los hermanos Dasgupta hicieron una excursión hasta el mar.

Las dunas habían desaparecido debido a las grandes olas tsunamis del día del rescate que se las llevaron tierra adentro. Los árboles que había al sur de donde antes estaban las dunas habían caído al suelo orientados en sentido opuesto al mar. No quedaba nada verde: todo estaba cubierto de ceniza. Incluso el mar tenía una capa de espuma sucia. Milagrosamente, algunos monos pescadores habían sobrevivido. Wil vio algunos pequeños grupos de ellos en la playa, estaban limpiándose unos a otros la ceniza

que les cubría la piel. Pasaban la mayor parte del tiempo en el agua, que todavía se mantenía caliente.

El rescate propiamente dicho había resultado un éxito indiscutible. La burbuja de los Pacistas estaba ahora en la superficie. Tres días después de la detonación, un aparato volador de Korolev visitó el lugar de los hechos. Las fotografías que transmitió eran impactantes. Vientos con fuerza de galerna, todavía cargados de cenizas, soplaban a través de la costra gris de la tierra. Por entre las grietas en forma de red que tenía la costra asomaban unas zonas incandescentes de color rojo-anaranjado. En el centro de un lago de roca que se solidificaba lentamente había una esfera perfecta: la burbuja. Flotaba sobre la roca fundida, asomando dos terceras partes. Como era normal, su superficie no estaba deformada por señales de golpes ni de mellas. En ella no se adhería la ceniza ni la roca. Era perfectamente visible: su superficie especular reflejaba el paisaje que le rodeaba, mostrando el reticulado de grietas incandescentes que se perdía entre la bruma.

Era una burbuja típica, en un lugar atípico.

—Todas las cosas han de transcurrir.

Ésta era la cita incorrecta favorita de Rohan Dasgupta. Al cabo de unos pocos meses, el lago fundido se helaría y un hombre sin ninguna clase de protección podría llegar andando hasta la misma burbuja Pacista. También acabarían

aproximadamente en la misma época las tinieblas y las lluvias de lodo. Durante algunos años las puestas de sol serían espectaculares y el tiempo sería más frío de lo habitual. Los árboles heridos sanarían, y otros nuevos reemplazarían a los que habían muerto: Al cabo de uno o dos siglos la naturaleza habría olvidado la afrenta sufrida, y la burbuja Pacista ya reflejaría un bosque verde.

Pero habrían de pasar quién sabe cuantos milenios antes de que la burbuja se rompiera y los hombres y mujeres que estaban dentro de ella pudieran juntarse con la colonia.

Como era habitual, las Korolevs tenían un plan. Y como era igualmente habitual, los tecno-min, que poseían una técnica inferior no tenían más remedio que ir en pos de ellas.

—Hey, esta noche tenemos una fiesta, ¿queréis venir?

Wil y los demás levantaron la vista de su trabajo con la pala. Después de estar tres horas chapoteando entre la ceniza, todos tenían el mismo aspecto. Negros, blancos, chinos, indios, aztlanes: todos estaban cubiertos de ceniza gris.

La visión que había delante suyo iba vestida de un blanco reluciente. Su plataforma volante estaba suspendida exactamente encima del gran montón de ceniza que los de técnica inferior habían empujado hasta la calle. Era una de las hijas de los Robinson. ¿Tammy? En cualquier caso parecía

una imagen de la moda del siglo veinte: rubia, tostada por el sol, diecisiete años, amistosa.

Dilip Dasgupta le devolvió su sonrisa.

—Claro que queremos ir, pero ¿tiene que ser esta noche? Si no sacamos esta ceniza de las casas antes de que las Korolevs emburbujen, no acabaremos nunca.

A Wil le dolían mucho la espalda y los brazos, pero estuvo de acuerdo. Llevaban dos días trabajando en lo mismo, desde que las Korolevs habían anunciado la partida para aquella noche. Si lograban sacar de las casas toda la ceniza antes de emburbujarse, cuando regresaran ya habría sido arrastrada por las lluvias de mil años. Todos los de la calle se habían puesto manos a la obra, aunque hubo muchas protestas dirigidas especialmente a las Korolevs. Los de Nuevo Méjico hasta habían aportado algunos voluntarios con palas y carretillas. Wil reflexionaba sobre esto y no podía creer que alguien como Fraley estuviera embargado por un espíritu de cooperación. No se podía tratar más que de unas honestas ganas de ayudar por parte de algunos oficiales de baja graduación. O bien se trataba de un sutil esfuerzo para atraer a los tecno-min al campo de los de NM y conseguir unos futuros aliados contra las Korolevs y los Pacistas.

La chica Robinson se inclinó sobre su plataforma y se aproximó más a Dasgupta. Miró arriba y abajo de la calle, y después habló con aire confidencial.

—A mis padres les gustan mucho Yelén y Marta, de verdad. Pero papá cree que en algunas cosas van demasiado lejos. Vosotros, los Pájaros Madrugadores, vais a poneros a nuestro nivel técnico en unas pocas décadas. Entonces, ¿por qué tenéis que estar esclavizados así? —Se mordió una uña.

—La verdad es que quiero que vengáis a nuestra fiesta… ¡Hey! Por qué no hacemos esto: seguís trabajando, pongamos hasta las seis. Tal vez entonces ya lo hayáis limpiado todo. Pero si no es así, no os preocupéis. Los robots de mis padres se cuidarán de terminarlo mientras os preparáis para la fiesta —sonrió, y luego siguió casi tímidamente—. ¿Creéis que estará bien así? ¿Entonces, vais a venir?

Dilip miró a su hermano Rohan, y luego contestó, con cara inexpresiva.

—Bien, ah, pues sí. Con este refuerzo. Creo que sí, lo conseguiremos.

—¡Magnífico! Mirad. Será en nuestra casa y empezará cerca de las ocho, o sea que no trabajéis más allá de las seis, ¿de acuerdo? Y tampoco os preocupéis por la comida, tenemos mucha. La reunión durará hasta la Hora de las Brujas, lo que os permitirá disponer de mucho tiempo para llegar a vuestras casas antes del emburbujamiento de las Korolevs.

El aparato volante se inclinó de lado y ascendió por encima de los árboles que rodeaban las casas.

—¡Hasta la vista!

Doce sudorosos trabajadores observan su partida con entumecido silencio. Una sonrisa apareció lentamente en la ancha cara de Dilip. Primero miró hacia su pala, luego dirigió la vista a sus compañeros, y por fin gritó:

—¡Qué se joda todo esto!

Arrojó su pala al suelo y empezó a saltar encima de ella.

Aquello provocó una cordial aclamación general incluyendo a los cabos de NM. En pocos instantes, los recién liberados trabajadores ya habían partido en dirección a sus casas.

Únicamente Brierson permanecía en aquella calle, todavía miraba hacia la dirección por donde se había ido la chica Robinson. Sentía tanta curiosidad como gratitud. Wil se había esforzado al máximo para conocer mejor a los tecno-max de técnica elevada: a pesar de todas sus idiosincrasias, parecían estar unidos a las Korolevs. Pero sin pararse a considerar lo amistosas que pudieran ser sus divergencias, estaba convencido de que entre ellos había facciones. Me gustaría saber qué intentan ofrecernos los Robinson.

La zona pública de la finca de los Robinson era más agradable que la de las Korolevs. Lámparas incandescentes colgaban de unos postes de roble. La pista de baile, de madera de teca, comunicaba con una habitación bar, una terraza exterior y un teatro oscurecido, donde posteriormente se pasarían algunas extraordinarias películas familiares de los anfitriones.

Todavía iban llegando algunos invitados, y los pequeños Robinson corrían ruidosamente por la pista de baile, protegiéndose detrás de los huéspedes en un improvisado juego de escondite. Se les toleraba; no, aquello era mucho más que simple tolerancia: eran los únicos niños que había en el mundo.

En cierto sentido, casi todos los presentes eran exiliados. Algunos habían sido secuestrados, algunos habían llegado allí para escapar de algún castigo (merecido o no), algunos (como los Dasguptas) pensaban que se harían ricos si durante un par de siglos se ausentaban del tiempo mientras sus inversiones se multiplicaban. En total, sus saltos temporales iniciales habían sido cortos: habían viajado a los siglos veinticuatro, veinticinco y veintiséis.

Pero en alguna parte del siglo veintitrés, el resto de la humanidad había desaparecido. Los viajeros que se habían trasladado hasta algo después de la Extinción, sólo habían encontrado ruinas. Los más frívolos y los criminales más presurosos no llevaban nada consigo. Éstos murieron, o

vivieron unos miserables años en el mausoleo en pleno deterioro que era la Tierra. Los que estaban mejor equipados (los de Nuevo Méjico, por ejemplo), tenían suficientes medios para volver al éstasis. Se burbujearon hacia el futuro a través del tercer milenio, rezando por encontrar revivida la civilización. Todo lo que encontraron fue un mundo que se iba sumergiendo en la naturaleza. Los trabajos del Hombre desaparecían bajo el avance de la jungla, de los bosques y de los mares.

Pero incluso estos viajeros sólo lograron sobrevivir unos pocos años de tiempo real. No disponían de ayuda médica, ni tenían forma alguna de conservar sus máquinas, o producir comida. Sus equipamientos habían de fallarles en breve, dejándoles perdidos en la selva.

Sólo unos pocos, muy pocos, habían partido a finales del siglo veintidós, cuando la tecnología proporcionaba a cada individuo riquezas superiores a las que podía tener toda una nación durante el siglo veinte. Estos pocos pudieron conservar y reproducir sus avanzadas herramientas. Muchos abandonaron la civilización con un deliberado espíritu de aventura. Tenían los medios de salvar a los menos afortunados repartidos por los siglos, los milenios, y finalmente los megaaños que iban transcurriendo.

A excepción de los Robinson, nadie tenía hijos. Esto era algo reservado para el futuro, cuando los fantasmas de la humanidad hicieran un último intento para exigir la

persistencia de la raza. Y por este motivo, los niños que jugaban entusiasmados al escondite en la pista de baile constituían una maravilla superior a cualquier magia de la tecnología elevada. Cuando las hijas de los Robinson prepararon a sus hermanos menores para acostarlos, hubo unos momentos de amargo y extraño silencio.

Wil paseaba por la habitación bar, deteniéndose aquí y allí para hablar con sus nuevos conocidos. Había decidido llegar a conocer a todo el mundo. Era toda una aspiración: si lo lograba, conocería a todos los individuos de la raza humana. El grupo más extenso, y que para Wil era el más difícil de conocer, era el de los Nuevos Mejicanos. A Fraley no se le veía por ninguna parte, pero la mayoría de los suyos andaban por allí. Vio a los cabos que habían ayudado en los trabajos de pala, y éstos le presentaron a algunos más. Todo transcurría en un ambiente amistoso hasta que un oficial de NM se añadió al grupo.

Wil buscó una excusa y se dirigió lentamente hacia la pista de baile. La mayor parte de los viajeros avanzados estaban en la fiesta y eran sociables. Un nutrido grupo rodeaba a Juan Chanson. El arqueólogo estaba discutiendo su teoría de la Extinción:

—Invasión. Exterminación. Éste es el principio y el fin de la Extinción.

Hablaba un dialecto muy cortado, con una entonación que hacía que sus opiniones pareciesen todavía más impresionantes.

—Pero, Profesor —alguien (Rohan Dasgupta) objetó—. Mi hermano y yo salimos del estasis en 2465, es decir, unos dos siglos después de la Extinción. Nueva Delhi estaba en ruinas. Muchos de sus edificios se habían derrumbado por completo. Pero no pudimos ver ninguna evidencia de un ataque con cabezas nucleares o con rayos láser.

—Seguro. Estoy de acuerdo. No ocurrió en los alrededores de Delhi. Pero debes darte cuenta, muchacho, que vosotros sólo pudisteis ver una parte insignificante del cuadro, es evidente. Es una gran pena que muchos de los que regresaron inmediatamente después de la Extinción no tuvieran los medios para estudiar lo que veían. Puedo enseñarte fotografías… Los Ángeles quedó reducida a un cráter de un kilómetro, Beijing se convirtió en un enorme lago. Incluso actualmente, con los aparatos adecuados, podemos encontrar evidencias de aquellas explosiones.

»He dedicado siglos a perseguir y a entrevistar a todos los viajeros que estaban vivos en el último tercer milenio. Ya lo sabes, porque a ti te entrevisté.

Los ojos de Chanson se desenfocaron durante una fracción de segundo. Como muchos de los tecno-max, llevaba una interfaz en forma de banda alrededor de sus sienes. Un

instante de concentración de su memoria podía proporcionarle una avalancha de recuerdos.

—Tú y tu hermano. Esto sucedió alrededor del año 10 000, después de que las Korolevs os rescataran.

Dasgupta asintió fervientemente. Para él sólo habían transcurrido unas pocas semanas desde el encuentro:

—Sí, nos habían trasladado al Canadá. Todavía he de saber el motivo…

—La seguridad, muchacho, la seguridad. La Protección Laurentiana es un sitio estable para almacenajes a largo plazo, casi tan bueno como la órbita de un cometa —accionó su mano para dar por terminado aquel tema—. Lo importante es que yo y unos pocos investigadores más hemos juntado todos estos elementos dispersos de evidencia. Es difícil; la civilización del siglo veintitrés disponía de extensas bases de datos, pero sus medios habían decaído y eran inutilizables al cabo de unas pocas décadas después de la Extinción. Contábamos con menos información de aquella época que la que tenemos sobre los Mayas. Pero hay suficientes… Puedo mostrártelos: mi reconstrucción de los *graffiti* de la invasión de Norcross, la cinta perforada de vanadio que W. W. Sánchez encontró en Charon. Éstos son los estertores de muerte de la raza humana.

»En vista a la evidencia, cualquier persona razonable debe estar de acuerdo en que la Extinción fue el resultado de una violencia generalizada dirigida contra poblaciones que, en cierto modo, estaban indefensas.

»Ahora, algunos pretenden que la raza humana simplemente se suicidó, que tuvo lugar la guerra del fin del mundo que tanto preocupaba a la gente del siglo veinte…

Miró a Mónica Raines. La artista de cara chupada le sonrió duramente pero no se tragó el cebo. Mónica pertenecía a la escuela de filosofía «Las Personas No Son Unos Dioses Malditos». Para ella la Extinción no tenía misterios. Después de unos instantes, Chanson prosiguió:

—… pero si estudias la evidencia, advertirás las señales de una interferencia exterior, y verás que nuestra raza fue asesinada por algo… que procedía del espacio exterior.

La mujer que estaba al lado de Rohan sofocó un pequeño grito.

—Pero estos… alienígenas. ¿Qué fue de ellos? ¡Si regresan, estaremos indefensos ante ellos!

Wil se alejó del grupo y continuó hacia la pista de baile. Detrás de él todavía pudo oír a Chanson que añadía triunfalmente:

—¡Exactamente! Éste es el aspecto práctico de mis investigaciones. Debemos montar guardia en las fronteras solares…

Sus palabras se perdieron entre los otros ruidos de fondo y los de otras conversaciones. A Wil no le importaba. Juan era uno de los tecno-max más asequibles, y Wil ya había oído aquel sermón otras veces. No existía la menor duda de que la Extinción era el misterio central de sus vidas, pero sacar a relucir de nuevo el mismo tema en una conversación casual era tan deprimente como discutir de teología.

Una docena de parejas estaba bailando. En el palco escénico, Alice Robinson y su hija Amy ejecutaban la música. Amy tocaba algo que parecía una guitarra. Improvisaban sobre una base de generadores de música automática, pero el hecho de poder ver a dos seres humanos cuyas voces y gestos formaban parte de la música, daba a los asistentes una impresión de que la banda era real y excitante.

Tocaron un poco de todo: desde los valses de Strauss hasta música de los Beatles y de W. W. Arai. Wil no había escuchado nunca las piezas de Arai, debía de haberlas escrito después de su… partida. Las parejas se cambiaban a cada baile. Las melodías de Arai atrajeron a la pista a más de treinta personas. Wil se mantuvo al borde de la pista, contentándose con observar. Al otro lado vio a Marta Korolev, cuya pareja no aparecía por allí.

Marta se balanceaba, haciendo chasquear sus dedos al ritmo de la música; sonreía levemente. Se parecía algo a Virginia: su piel achocolatada tenía casi exactamente el mismo tono que Wil recordaba. No había la menor duda de que su padre o su madre procedían de América, pero la otra parte de la familia era claramente china.

Además de la apariencia, existían otras semejanzas. Marta tenía el mismo humor bullicioso de Virginia. Combinaba el sentido común con una simpatía no tan común. Wil la observó durante algunos minutos, intentando disimularlo. Algunos de los asistentes más osados, encabezados por Dilip, solicitaron bailar con ella. Aceptó con todo entusiasmo, y a partir de aquel momento ya no salió de la pista. Daba gozo verla. Si tan sólo…

Una mano tocó su hombro y una voz femenina llegó a sus oídos.

—Hey, Sr. Brierson ¿verdad que es usted policía?

Wil vio unos ojos azules que estaban a unos centímetros de él. Tammy Robinson se había puesto de puntillas para gritarle al oído. Cuando hubo atraído su atención, se quedó en pie, lo que la dejaba a la respetable altura de un metro ochenta centímetros. Vestía el mismo impoluto vestido blanco que había llevado antes. Su banda de interfaz parecía una pieza de joyería y apartaba hacia atrás su larga cabellera.

Su sonrisa estaba enmarcada por hoyuelos: hasta sus ojos parecían sonreír.

Brierson le devolvió la sonrisa.

—Sí. Por lo menos, antes era una guindilla.

—¡Oh, vaya! —Se colgó de su brazo y se apartaron del fuerte ruido—. Nunca había visto un policía, hasta ahora. Pero supongo que esto no es decir mucho.

—¿Sí?

—Sí. He nacido unos diez megaaños después de la Singularidad, lo que Juan llama Extinción. He leído y visto todo lo que se refiere a policías, criminales y soldados, pero en realidad jamás me había encontrado realmente con uno hasta ahora.

Wil rió.

—Bien, ahora ya puedes conocer a los tres.

Tammy se avergonzó.

—Lo siento. En realidad no soy tan ignorante. Ya sé que los policías son diferentes de los criminales y de los soldados. Pero esto es muy raro: todas estas carreras no pueden existir a menos que mucha gente decida vivir junta.

Mucha gente. O sea, más de una familia. Brierson vio el abismo que les separaba.

—Creo que te gusta tener a otras personas a tu alrededor, Tammy.

Ella sonrió y le apretó el brazo.

—Papá dice que ahora estoy empezando a comprender.

—Sólo has de pensar que antes de que cumplas cien años, el pueblo de Korolev ya será una ciudad con mucha gente, un par de millares de personas, por lo menos, que deberás conocer y que serán más interesantes y más apreciados que los criminales.

—Pero no vamos a esperar a que esto suceda. Quiero estar con mucha gente, con centenares al menos. ¿Pero cómo puedes resistir estar siempre encerrado en un rincón del tiempo?

Le miró y de repente pareció entender que toda la vida de Brierson había estado comprendida en un siglo.

—Vamos a ver. ¿Cómo te lo puedo explicar? Mira: Allá, de donde viniste, ¿había viajes aéreos y espaciales, verdad?

Brierson asintió.

—Podías ir a cualquier lugar que eligieras. Pero ahora supón que tienes que pasar toda tu vida en una casa situada en un profundo valle. Algunas veces te cuentan historias de otros lugares, pero tú nunca puedes salir del valle. ¿No te volverías loco? Así me siento yo cuando pienso en una parada definitiva en Korolev. Ya llevamos aquí seis semanas. No es demasiado tiempo si se compara con otras escalas que hemos hecho, pero es lo bastante prolongada como para que me inspire este sentimiento. Los animales no cambian. Miro a mi alrededor y las montañas no hacen más que estar allí —hizo un pequeño gesto de frustración—. ¡Oh! No puedo explicarlo. Pero vas a poder ver algo de esto, quiero decir esta noche. Papá os enseñará el video que hemos hecho. ¡Es precioso!

Wil sonrió. Las burbujas no podían cambiar el hecho de que el tiempo es un camino de una sola dirección.

Ella vio la negativa en sus ojos.

—Debes sentir lo mismo que yo. ¿Ni un poquito? Quiero decir: ¿Por qué te pusiste en estasis, para empezar?

Él negó con la cabeza.

—Tammy, aquí hay muchas personas que nunca pidieron ser burbujeadas… A mí me secuestraron.

Había sido un caso de engaño de la más baja estofa. Cuando lo recordaba, era como si estuviera muy reciente en

su mente; en muchos aspectos era más real para él que su vida en las últimas semanas. El encargo le había parecido tan poco peligroso como quedarse en casa. La necesidad de un investigador armado había sido una formalidad requerida por las arcaicas reglas de la compañía: el importe de lo robado era algo más de diez mil gAu. Pero alguien había estado desesperado o descuidado… o solamente había actuado con malas intenciones. Muchas legislaciones de la época de Wil consideraban como homicidio el emburbujamiento ofensivo de más de un siglo. El estasis de Wil había durado mil siglos.

Desde luego, Wil no consideraba aquel crimen como el asesinato de un tal W. W. Brierson. El crimen era mucho más terrible que esto. El crimen era la destrucción del mundo que él había conocido, de la familia que él había amado.

Los ojos de Tammy se abrían cada vez más a medida que iba conociendo su historia. Hacía esfuerzos por entenderla, pero Wil pensaba que en su mirada había más asombro que simpatía. Él se calló, desconcertado.

Intentaba encontrar otro tema de conversación más adecuado cuando advirtió una figura pálida que estaba en la parte más alejada de la pista de baile. Era la persona que había visto en la playa.

—¿Tammy, quién es? —hizo un gesto con la cabeza en dirección hacia el desconocido.

Tammy dirigió su mirada hacia el otro lado de la pista.

—¡Oh! Es misteriosa, ¿verdad? Es una espacial. ¿Te lo imaginas? Dentro de cincuenta millones de años podrá viajar por toda la Galaxia. Creo que tiene más de nueve mil años de edad. Y durante todo este tiempo siempre ha estado sola —se estremeció.

Nueve mil años. Esto la convertía en la persona humana más anciana que Wil había visto. Aquella noche parecía más humana que en la playa. Por una parte, llevaba más ropa: una blusa y una falda que eran evidentemente femeninas. Su cráneo estaba cubierto por un corto pelaje. Su cara era pálida y suave. Wil suponía que cuando tuviera el pelo más crecido, su aspecto sería el de una mujer joven normal, probablemente china.

Un vacío de medio metro rodeaba a la espacial; en todas las demás partes la gente estaba muy apiñada. Muchos cantaban y daban palmas; difícilmente se podía encontrar a alguien que pudiera resistirse y no siguiera el ritmo de la música dando golpecitos con el pie o moviendo la cabeza. Pero la espacial estaba en silencio y casi inmóvil, sus ojos oscuros miraban impasibles a los bailarines. Ocasionalmente su brazo o su pierna se retorcía como si estuviera en cierta resonancia con la melodía.

Parecía percibir la mirada de Wil. Le miró analíticamente, con sus inexpresivos ojos. Aquella mujer había visto más

cosas que los Robinson, las Korolevs y que todos los tecno-max juntos. ¿Sería su imaginación lo que le hizo sentirse como un microbio sobre un portaobjetos? Los labios de la mujer se movieron en una mueca espasmódica que recordaba haber visto en la playa. Entonces le había parecido un gesto frío de alienígena, casi de insecto. Ahora Wil tuvo un destello de comprensión: después de estar nueve mil años sola, nueve mil años en los que sólo Dios sabía en cuántos mundos había estado, ¿podía una persona recordar todavía las cosas sencillas, por ejemplo, cómo se sonreía?

—Venga, señor Brierson, bailemos —la mano de Tammy Robinson se mostraba insistente en su codo.

Aquella noche, Wil bailó más que cuando salía con Virginia. La chiquilla de los Robinson estaba decidida a no parar. No es que ella tuviera más resistencia que Brierson, porque éste se mantenía en forma y su bio-edad seguía siendo muy próxima a los veinte años, ya que dado su gran esqueleto y su tendencia a aumentar de peso no podía aspirar a ser un hombre elegante de mediana edad. Pero Tammy tenía el entusiasmo de sus diecisiete años. Si se la pintara de un color diferente, le recordaría a su hija Anne, mimosa, brillante y un poco animal de rapiña cuando se trataba de los machos que deseaba.

La música les hacía girar y girar, haciendo que Marta apareciera y desapareciera continuamente de su vista.

Marta bailó unos pocos bailes con cualquier pareja, y estuvo mucho tiempo hablando, fuera de la pista. Aquella noche, la reputación de las Koralev se había visto sustancialmente suavizada. Luego, cuando vio que ella se marchaba al teatro, consiguió evitar un suspiro de alivio. Había sido un jueguecito deprimente, el mirarla y volverla a mirar y pretender al mismo tiempo que no la miraba.

La intensidad de las luces aumentó y la música se apagó.

—Casi falta una hora para que sea medianoche, amigos — se oyó la voz de Don Robinson—. Podéis seguir bailando hasta la Hora de las Brujas, pero tengo algunas películas y algunas ideas que me gustaría compartir con vosotros. Si os interesan, por favor, cruzad el vestíbulo.

—Se trata del video del que te he hablado. Has de oír lo que Papá va a contaros.

Tammy le arrastró fuera de la pista de baile a pesar de que empezaba una nueva pieza. La música había perdido algo de su vivacidad porque Amy y Alice Robinson habían abandonado la tarima de la banda. El resto del programa consistiría en grabaciones sin interpretación.

Detrás de ellos, la pista de baile se estaba vaciando. Durante toda la noche habían circulado rumores de que esta última parte sería la más espectacular. Prácticamente todos querían estar en el teatro de los Robinson.

Mientras pasaban por el vestíbulo, las luces se amortiguaron. El teatro, propiamente dicho, estaba inundado en una luz azulada. Un globo terráqueo de cuatro metros de diámetro estaba suspendido sobre los asientos. Se trataba de un efecto que Wil ya había visto antes, pero no a tan gran escala. Si se disponía de suficientes vistas desde los satélites, era posible construir un holograma de todo el planeta y suspender su perfección azul-verdosa ante el espectador. Desde la entrada del teatro, el mundo estaba en cuarta fase, la aurora acababa de tocar en los Himalayas. La luz de la luna se reflejaba levemente en el Océano índico. Los perfiles continentales eran los habituales de la Era del Hombre.

Pero, a pesar de todo, había algo extraño en la imagen. A Wil le costó ver de qué se trataba: no había nubes.

Estaba a punto de rodear el globo para ir a sentarse cuando advirtió dos sombras que estaban en el lado oscuro. Al parecer, se trataba de Don Robinson y Marta Korolev. Wil se detuvo, oponiendo resistencia a los tirones de Tammy, la cual insistía en que se dieran prisa para poder coger los mejores asientos. La habitación se estaba llenando rápidamente con los invitados de la fiesta, pero Wil suponía que él era el único que había visto a Robinson y a Korolev. Allí pasaba algo raro: a Korolev se la veía tensa; cada pocos segundos manoteaba en el aire que había entre ellos dos. La sombra de Don Robinson permanecía inmóvil; incluso a medida que Korolev se iba excitando, Wil tuvo la impresión

de que daba unas cortas y poco satisfactorias respuestas a las apasionadas demandas de la otra. Wil no podía oír las palabras: tal vez estaban detrás de una pantalla sónica, o bien no hablaban en voz alta. Después Robinson dio la vuelta y se apartó de su campo visual, detrás del globo. Marta le siguió, todavía gesticulando.

Ni siquiera Tammy se había dado cuenta de aquello, dirigió a Brierson hacia el extremo del área de audiencia y se sentaron. Transcurrió un minuto. Wil vio que Marta salía por detrás de la semiesfera iluminada por el sol para ir a sentarse detrás de la gente, cerca de la puerta.

Sonó una música muy débil, lo justo para que la audiencia permaneciera quieta. Tammy tocó la mano de Wil.

—Oh. Ya viene Papá.

De repente apareció por el hemisferio soleado. No arrojaba ninguna sombra sobre el globo, aunque tanto él como el globo brillaban bajo la sintética luz solar.

—Buenas noches a todos. He pensado terminar nuestra fiesta con este modesto juego de luces… y con algunas ideas sobre las que confío vais a reflexionar —levantó su mano y sonrió con simpatía—. ¡Prometo que casi todo serán películas!

Su imagen se volvió para dar unos golpecitos amistosos a la superficie del globo.

—Todos nosotros excepto unos pocos afortunados empezamos sin ninguna preparación nuestro viaje por el tiempo. Aquel primer emburbujamiento fue accidental, o se realizó con la única intención de dar un sencillo salto a lo que suponíamos iba a ser una futura civilización más amistosa. Desgraciadamente, como todos nosotros descubrimos, no existe tal civilización; muchos nos quedamos sin saber qué hacer.

La voz de Robinson era amistosa, suave, y su entonación era la que tradicionalmente se había considerado adecuada para vender alimentos de desayuno o para hacer sermones religiosos. A Wil le irritaba que Robinson utilizara el «nosotros» y lo «nuestro» incluso cuando se trataba de los viajeros que sólo conocían una técnica limitada.

—Pero entre los que estaban bien equipados ha habido algunos que se han dedicado a rescatar a los que se habían quedado varados, para reunirnos a todos y poder decidir el nuevo curso de la humanidad. Mi familia, Juan Chanson y otros hicimos cuanto pudimos, pero fueron las Korolevs las que disponían de los medios para conseguir esto. Marta Korolev está hoy aquí —gesticuló generosamente hacia ella—. Estoy convencido de que Marta y Yelén merecen que se les ayude ampliamente.

Sonaron unos educados aplausos.

Acarició el globo otra vez.

—No os preocupéis. Ya vuelvo a nuestro amigo de aquí… Uno de los problemas que se han planteado con todos estos rescates es que muchos de nosotros hemos pasado los últimos cincuenta millones de años en un estasis de larga duración, esperando a que todos los «principales» pudieran reunirse en un debate como éste. Cincuenta millones de años es mucho tiempo de ausencia, y mientras tanto han ocurrido muchas cosas.

»Esto es lo que esta noche quiero compartir con vosotros. Alicia, los niños y yo podemos contarnos entre los afortunados. Teníamos unos emburbujadores con una técnica muy avanzada, y una gran cantidad de dispositivos autónomos. Centenares de veces hemos estado fuera del estasis. Hemos podido vivir y crecer al mismo tiempo que la Tierra. Las películas que voy a mostraros esta noche son, si así lo queréis, las típicas de aficionado relacionadas con nuestro viaje hasta el presente.

»Voy a empezar con una gran vista: la Tierra tal como se ve desde el espacio. La imagen que estáis viendo, en realidad es una composición en la que he eliminado la cobertura de nubes. Se grabó en los principios del cuarto milenio, exactamente después de la Era del Hombre. Éste es nuestro punto de partida.

»Empecemos el viaje.

Robinson desapareció y tuvieron una visión sin obstáculos del globo. Wil pudo ver entonces una neblina gris que parecía pasearse alrededor del casquete de hielo polar.

—Nos dirigimos hacia adelante a un megaaño por minuto. Las cámaras colocadas sobre satélites fueron programadas para sacar fotografías cada año en el mismo tiempo local. A esta velocidad, hasta los ciclos del clima sólo se perciben como una disminución de la definición de la imagen.

¡La neblina gris debía ser el borde de los hielos de la Antártida! Wil observó con más cuidado el continente asiático. Pudo apreciar un borroso y abigarrado cambio rápido de puntos verdes y castaños. Inundaciones y sequías. Bosques y junglas luchando contra sabanas y desiertos. En el Norte, la blancura centelleaba. De repente, la blancura se extendió rápidamente hacia el sur, se contraía y se expandía una y otra vez. En menos de un cuarto de minuto había regresado al horizonte norte. Exceptuando la trémula blancura de los Himalayas, los verdes y los castaños volvieron a verse a través de Asia.

—Aquí tuvimos una era glacial muy buena —explicó Robinson—. Duró más de cien mil años… Nos encontramos en la inmediata vecindad del Hombre. Pasaré a una velocidad mayor… a cinco megaaños por minuto.

Wil miró a Marta Korolev, que aunque estaba mirando el espectáculo, mantenía un inusitado aspecto de estar a disgusto. Tenía los puños fuertemente apretados.

Tammy Robinson se inclinó desde su asiento para susurrar:

—¡Aquí es donde empieza a ponerse bueno, señor Brierson!

Wil volvió a centrar su atención en la pantalla, pero también se ocupaba del misterio del enfado de Marta.

Cinco millones de años cada minuto. Los glaciares, el desierto, el bosque y la jungla se mezclaban. Uno u otro color podía predominar ocasionalmente sobre la neblina, pero la impresión de conjunto era estable y apacible. Sólo que… ¡Sólo que ahora los propios continentes se movían! Se oyó un murmullo en la sala cuando los concurrentes se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Australia se había ido hacia el Norte, metiéndose por entre las islas más orientales del archipiélago Indonesio. Las montañas se plegaron a lo largo de la línea de colisión. Esta parte del mundo estaba cerca del punto de la salida del sol. La luz baja del sol naciente hacía destacar el relieve de las montañas.

Además había sonido. Procedente de la superficie del globo, Wil oyó algo que le recordaba los chasquidos de las superficies húmedas de madera cuando chocan unas contra otras. Un sonido, parecido al que se produce cuando se

arruga un papel, acompañó el nacimiento de los Alpes Indonésicos.

—Amigos, estos ruidos son auténticos —dijo Don Robinson—. Habíamos dejado un sistema de seismófonos en la superficie. Lo que ahora escucháis es la actividad sísmica promedia a lo largo de mucho tiempo. Muchos miles de terremotos importantes fueron necesarios para obtener cada segundo de estos sonidos.

Mientras hablaba, Australia e Indonesia se juntaron, y el conjunto continuó su migración hacia el Norte, efectuando un leve giro. Ya se podía empezar a adivinar el Mar Interior.

—Nadie había predicho lo que pasó a continuación —prosiguió Robinson—. ¡Aquí! Ved la arruga que se está formando a través de Kampuchea, rompiendo la llanura asiática. —Un rosario de lagos aparecieron a través del Sureste de Asia—. Dentro de un momento podremos ver cómo la nueva planicie cambia de dirección y vuelve a meterse dentro de China formando los Alpes Kampucheanos.

Con el rabillo del ojo, Brierson vio que Marta se encaminaba hacia la puerta. ¿Qué está pasando allí? Iba a levantarse cuando advirtió que el brazo de Tammy seguía enlazado con el suyo.

—Espere. ¿Dónde va usted, señor Brierson? —susurró ella haciendo acción de levantarse.

—Tammy, tengo que ir a comprobar algo.

—Pero… —Pareció comprender que si la discusión se prolongaba sería en detrimento del espectáculo de su padre. Volvió a sentarse, mostrándose intrigada y algo herida.

—Lo siento, Tammy —susurró Wil.

Se dirigió a la puerta. A sus espaldas quedaban los continentes entrando en colisión.

***

La Hora de las Brujas. El tiempo entre medianoche y el inicio del siguiente día. Se aproximaba más a los setenta y cinco minutos que a una hora. Desde la Edad del Hombre, la rotación de la Tierra se había hecho más lenta. Ahora, después de cincuenta megaaños, el día tenía un poco más de veinticinco horas. En vez de cambiar la definición de segundo, o la de hora, las Korolevs habían decretado (y éste era sólo uno más de sus decretos) que el día oficial debía consistir en veinticuatro horas más el tiempo que fuera necesario para completar una rotación. Yelén llamaba a este tiempo el Intervalo Variable. Todos los demás lo llamaban la Hora de las Brujas.

Wil anduvo durante la Hora de las Brujas buscando a Marta Korolev. Todavía estaba en la finca de los Robinson, esto era evidente: como viajeros de tecnología avanzada, los Robinson tenían muchos robots. Las cenizas del día del rescate habían sido eliminadas de los asientos de piedra, de las fuentes, de los árboles y hasta del suelo. El aroma de las pseudojacarandas flotaba en la fresca brisa nocturna.

Aunque no hubiera habido las lucecitas que flotaban a lo largo de los senderos, Wil habría encontrado el camino sin dificultad. Por primera vez desde la voladura, la noche estaba clara (bueno, no exactamente clara, pero se podía ver la luna cuya luz sólo estaba ligeramente enrojecida por las cenizas que había en la estratosfera). La vieja cómplice de los amantes se veía casi igual que en los tiempos de Wil, aunque habían desaparecido las manchas de la polución industrial. Rohan Dasgupta sostenía que la luna estaba ahora algo más lejos, y que ya nunca más podría haber un eclipse total de sol. Pero para Wil la diferencia era tan pequeña que le resultaba inapreciable.

La luz plateada, ligeramente rojiza, iluminaba con su brillo los jardines de los Robinson, pero no se veía a Marta por ninguna parte. Wil se detuvo, soltó el aire de sus pulmones y escuchó con atención. Pisadas. Se acercó corriendo y se encontró con Marta que todavía estaba dentro de la finca.

—Marta, espera.

Ella ya se había detenido y se había vuelto para mirarle cara a cara. Algo oscuro y masivo flotaba unos pocos metros por encima de ella. Wil miró aquello y dejó de correr. Aquellos dispositivos autónomos todavía hacían que se sintiera incómodo. En su tiempo, no existían; y a pesar de las muchas veces que le habían dicho que eran completamente seguros, todavía le enervaba sólo el pensar en la potencia de fuego que controlaban, con independencia de las órdenes directas de sus dueños. Con su protección tan próxima, Marta estaba casi tan a salvo como si se hallara en el Castillo de las Korolevs.

Pero una vez que la hubo alcanzado, casi no supo qué decirle.

—¿Qué pasa, Marta? Quiero decir: ¿Algo va mal?

Al principio creyó que no iba a contestarle. Estaba rígida, con los puños cerrados. La luz de la luna permitía ver un rastro de lágrimas en su cara. Tropezó, y se puso las manos en las sienes.

—¡Ese ba-bastardo Robinson, el cochino bastardo! —Sus palabras salían entrecortadas.

Wil dio unos pasos acercándose más. El dispositivo de protección se desplazó hacia adelante para que él quedara plenamente a la vista.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quieres saberlo? Te lo diré… pero sentémonos. Creo que no… no puedo estar mucho más rato de pie. Estoy demasiado enfadada.

Se acercó a un banco cercano y se sentó. Wil dejó caer su corpachón a su lado y esperó a que ella empezara a explicarse. Al tacto, el banco parecía ser de piedra, pero cedía al peso del cuerpo como si fuera un almohadón.

Marta puso una mano sobre su brazo, y por unos momentos creyó que iba a apoyar la cabeza sobre su hombro.

El mundo ya era para él algo demasiado vacío, y Marta le recordaba muchas cosas que había perdido… Pero tratándose de las Korolevs, aquello era lo más inconveniente, lo más peligroso que podía hacer. Wil dijo de repente:

—Puede que éste no sea el mejor sitio para hablar —hizo un ademán señalando la fuente y los árboles exquisitamente cuidados—. Me apostaría algo a que los Robinson vigilan toda la finca.

—¡Bah! Estamos apantallados —le soltó el brazo—. Además, Don ya sabe lo que pienso de él. Durante todos estos años, han estado fingiendo que apoyaban nuestro plan. Nosotros les ayudamos, les dimos planos de fábricas que no existían cuando ellos abandonaron la civilización.

Durante todo el tiempo, no hacían otra cosa que esperar y tomar sus preciosas fotografías, mientras nosotros hacíamos todo el trabajo de reunir en un mismo sitio y a un mismo tiempo todo lo que quedaba de la raza humana. Y ahora que ya estamos todos juntos, cuando necesitamos la cooperación de todos, ahora empiezan a intentar que la gente se aparte de nosotras con sus palabritas dulces. Bien, voy a decírtelo, Wil. Nuestra colonia es la última esperanza de la humanidad. Y haré cualquier cosa, cualquiera para protegerla.

Marta siempre había aparentado ser tan optimista, tan alegre, que su actual furia era sorprendente. Pero una cosa no significaba que la otra fuera pura hipocresía. Marta era como una gata que de repente se volvía feroz, hasta mortal, para proteger a sus gatitos.

—¿Dices que los Robinson quieren destruir la ciudad? ¿Es que quieren tener su propia colonia?

Marta asintió.

—Sí, pero no como tú piensas. Estos lunáticos quieren seguir viajando a través del tiempo para ver su camino hacia la eternidad. Robinson supone que podrá convencer a muchos de nosotros para que vayamos con ellos, hasta conseguir un sistema estable. Él llama a esto una «urbanización en el tiempo». Durante los próximos miles de millones de años, su colonia deberá estar fuera del estasis

un mes cada megaaño. Hasta que el sol deje de marcar la secuencia principal, viajarán por el espacio, emburbujándose cada vez por períodos más largos. ¡Quiere, literalmente, seguir la evolución de todo este condenado universo!

Brierson recordó la impaciencia de Tammy Robinson por vivir al mismo ritmo que el universo. Había estado haciendo propaganda de los proyectos que su padre debía de estar planteando a los asistentes en el teatro.

Wil sacudió su cabeza y rió.

—Lo siento. No me río de ti, Marta. Pero es que comparo lo que dices con las cosas por las que podrías preocuparte. Es ridículo.

»Mira, muchos de los tecno-min son como yo. Sólo han transcurrido unas semanas en tiempo objetivo, desde que abandoné la civilización. Hasta los Neo Mejicanos han estado sólo unos pocos años en el tiempo real antes de ser rescatados por vosotras. No hemos vivido siglos “viajando” como vosotros, los tipos avanzados. Todavía nos duele, queremos parar en un sitio y reconstruir.

—Pero Robinson es tan astuto…

—Es muy astuto, de acuerdo. Vosotras habéis estado muchísimo tiempo alejadas de esta clase de gente. En la civilización, estábamos expuestos a presiones comerciales

casi todos los días… En cualquier caso, sólo hay un argumento que tendría que preocuparos.

Marta sonrió tristemente.

—Yelén y yo nos preocupamos por muchas cosas, Wil. ¿Tienes algo nuevo para nosotras?

—Tal vez.

Wil permaneció en silencio durante unos momentos. La fuente que estaba más allá de su banco canturreaba. Los árboles dejaban oír suaves silbidos. Nunca había esperado tener una oportunidad como aquélla. Hasta entonces, las Korolevs habían sido bastante accesibles, a pesar de que parecía que prestaban poca atención a lo que se les decía.

—Todos os estamos muy agradecidos a ti y a Yelén. Nos habéis salvado de una muerte cierta, o por lo menos, de tener que vivir en un mundo vacío. Tenemos una oportunidad para volver a desarrollar la raza humana… Pero al mismo tiempo, muchos tecno-min se sienten agraviados por vuestra actitud y la de los demás viajeros avanzados. Os habéis aposentado en los castillos de la parte alta de la ciudad. Les molesta que vosotras toméis todas las decisiones, que decidáis lo que vais a compartir y lo que va a ser el objetivo del trabajo de ellos.

—Lo sé. No os hemos explicado muy bien las cosas. Parece que seamos omnipotentes. ¿Pero no lo entiendes, Wil?

Nosotros, los tecno-max, somos unas pocas personas que procedemos de los años 2200 y que hemos traído lo que en nuestra era resultaba ser lo mejor en equipo de acampada y de supervivencia. Está claro que podemos fabricar cualquiera de los productos de consumo de vuestra época. Pero no podemos reproducir nuestros instrumentos más avanzados, los autones. Cuando éstos nos fallen, estaremos tan desamparados como vosotros.

—Suponía que los autones duraban centenares de años.

—Es verdad, pero sólo si los utilizamos únicamente para nosotros. Si han de ayudar a todo un ejército de tecno-min, durarán menos de un siglo. Nos necesitamos mutuamente, Wil. Separados, ambos grupos se encaminan a la muerte. Juntos, nos queda una oportunidad. Podemos daros bases de datos, equipo y una buena aproximación al nivel de vida del siglo veintiuno… durante algunas décadas. A medida que mengüe nuestra ayuda, vosotros podréis darnos la mano de obra junto con la inteligencia y la ingenuidad para llenar los baches. Si alcanzamos un elevado índice de nacimientos, y podemos construir una infraestructura como la del siglo veintiuno, podremos salir de este atolladero.

—¿Mano de obra voluntaria? ¿Cómo el trabajo de peón que hemos tenido que hacer?

No intentaba que su pregunta resultara grosera, pero salió así.

Ella volvió a tocarle el brazo.

—No, Wil. Esto fue una muestra de nuestra estupidez y arrogancia.

Se detuvo, y sus ojos buscaron los de él.

—¿Alguna vez has volado a retropropulsión, Wil?

—¿Qué? Oh, no —por lo general, Wil no andaba buscando riesgos.

—¿Pero en tus tiempos era un gran deporte, no es cierto? Una especie de vuelo planeado, pero mucho más excitante, especialmente para los puristas que no llevaban burbujeadores. Nuestra situación me recuerda una catástrofe típica en la retropropulsión: estás a veinte mil metros de altura retropropulsándote solo. De repente tu propulsor se apaga. Es un problema interesante. Estos pequeños juguetes no pesan más que unos pocos centenares de kilos y no llevan turbinas. No puedes hacer más que picar directamente al infierno. Si consigues que tu velocidad sobrepase Mach uno, tal vez tu cohete se vuelva a encender, si no es así, vas a hacer un bonito cráter.

»Pues bien, por ahora estamos bien. Pero a la civilización subyacente se le ha apagado el cohete. Nos queda una larga trayectoria para caer. Contando con los Pacistas, habrá aproximadamente unos trescientos tecno-min. Con vuestra ayuda deberíamos ser capaces de volver a encender el

cohete a un cierto nivel de tecnología, digamos al de la del siglo veinte o al de la del veintiuno. Si lo logramos, podremos volver a elevarnos. En caso contrario, si volvemos a una era anterior a la de las máquinas cuando nuestros autones fallen… seríamos demasiado primitivos y demasiado pocos para poder sobrevivir. Así. Retirar la ceniza no era necesario. Pero no puedo disfrazar el hecho de que serán unos tiempos difíciles y de trabajo duro…

Miró hacia abajo.

—Sé que antes ya habías oído casi todo esto, Wil. Es difícil lograr que la gente acepte una perspectiva como ésta, ¿verdad? Pero yo creía disponer de más tiempo. Creía que podría convencer a la mayoría de vosotros de nuestra buena voluntad… No había contado con Don Robinson, sus zalameras ofertas y su buen compañerismo.

Marta parecía desamparada. Wil intentó darle golpecitos en el hombro. No dudaba de que Robinson tenía planes parecidos a los de las Korolevs, planes que deberían permanecer secretos hasta que los tecno-min formaran parte del viaje de su familia.

—Creo que la mayoría de nosotros, los tecno-min, podemos darnos cuenta de lo que hay detrás de Robinson. Pero sólo si dejas bien sentado en qué aspectos sus promesas son mentiras. Si puedes bajar de tu castillo. Concéntrate en Fraley: si Robinson le convence, es muy

probable que pierdas los Neo Mejicanos. Fraley no es tonto, pero es muy rígido y se deja arrastrar por la ira. Odia verdaderamente a los Pacistas. Casi tanto como a mí.

Transcurrió medio minuto. Marta soltó una breve y amarga risa.

—Demasiadas enemistades. Las Korolevs odian a los Robinson, los de NM odian a los Pacistas, casi todo el mundo odia a las Korolevs.

—Y Mónica Raines odia a toda la humanidad.

En esta ocasión su risa fue más ligera.

—Sí. Pobre Mónica.

Marta se inclinó y entonces sí apoyó su cabeza sobre el hombro de él. Wil, automáticamente, deslizó su brazo por detrás de la espalda de ella, que suspiró.

—No somos más de doscientos, más o menos la mitad de los que han quedado. Y juro que tenemos más envidia y maquinaciones que en todo el Asia del siglo veintiuno.

Se quedaron sentados y en silencio, la cabeza de ella apoyada en él, y la mano de él descansando suavemente en la espalda de ella. Wil notó que la tensión del cuerpo de ella iba cediendo, pero para Wil era lo contrario. ¡Oh, Virginia! ¿Qué tengo que hacer? Marta se sentía bien. Sería muy fácil

acariciar aquella espalda, deslizar la mano hasta su cintura. Lo más probable era que tras un momento de azoramiento se echara hacia atrás. Pero si ella correspondía… Si ella correspondía no haría más que añadir un nuevo juego de envidias a los ya existentes.

La mano de Wil no se deslizó. Algún tiempo después se preguntaría muchas veces si los acontecimientos hubieran seguido un curso diferente si él no hubiera elegido el camino de la cordura y de la cautela. Sus pensamientos se desbocaron durante unos instantes, pero por fin halló un tópico que estaba seguro iba a romper el encantamiento.

—Ya debes saber que yo fui secuestrado, Marta.

—Mm-hmm.

—Se trata de un crimen poco frecuente. Emburbujar a alguien hasta el futuro lejano. Podría haber sido juzgado como asesinato, pero el tribunal no podía estar seguro. En mis días, casi todas las jurisprudencias tenían un castigo específico para este crimen. Silencio.

—El castigo consistía en emburbujar equipo de supervivencia y una copia de las actas del tribunal al lado de la víctima. Después cogían al bastardo que había originado el problema y lo emburbujaban también, de manera que regresara de su estasis un poco después que su víctima…

El hechizo se había roto. Marta se fue separando lentamente. Podía adivinar lo que iba a decir a continuación.

—En algunos casos, los tribunales no podían saber la duración.

Wil asintió.

—En mi caso, puedo apostar que la duración era conocida. Y todavía puedo apostar más sobre seguro que hubo una convicción. Sólo había tres sospechosos. Estaba acercándome al estafador. Por eso el pánico se apoderó de él.

Hizo una pausa.

—¿Marta, le salvaste también a él? ¿Salvaste a… la persona que me hizo esto?

Ella movió la cabeza. Su franqueza le abandonaba cuando tenía que mentir.

—Tienes que decírmelo, Marta. No necesito vengarme —(esto tal vez era mentira)—. Pero necesito saberlo.

Ella volvió a negar con la cabeza, pero ahora contestó:

—No podemos, Wil. Os necesitamos a todos. ¿No te das cuenta de que estos crímenes ya no significan nada?

—Por mi propia protección…

Ella se levantó y, después de un segundo, Wil la imitó.

—No. Le hemos dado una nueva cara y un nuevo nombre, y le hemos advertido de lo que vamos a hacer con él si intenta algo.

Brierson se encogió de hombros.

—Oye, Wil. ¿Acabo de ganarme otro enemigo?

—No. Jamás podría ser enemigo tuyo. Y deseo tanto como tú y Yelén que la colonia sea un éxito.

—Lo sé —levantó su mano describiendo una semi-onda—. Buenas noches, Wil.

Se introdujo en la oscuridad, con su robot protector flotando muy cerca de sus hombros.

Capítulo III

Las cosas habían cambiado a la mañana «siguiente». Al principio los cambios eran los que Brierson había esperado.

Habían desaparecido la monótona ceniza y el cielo sucio. La aurora llenaba su cama de luz solar: podía ver una cuña de azul por entre las hojas verdes de los árboles. Wil se despertó lentamente, aunque algo dentro de él seguía diciéndole que todo era un sueño. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y miró fijamente hacia la luz.

—Lo consiguieron. Por Dios, realmente lo consiguieron.

Saltó de la cama y se vistió. En realidad, no debía estar sorprendido. Las Korolevs habían anunciado su plan. En algún momento de las primeras horas del día, después de que la fiesta de los Robinson hubiera concluido y cuando hubieron comprobado que todo el mundo estaba seguro en

su casa, habían emburbujado todos y cada uno de los edificios de la colonia. A lo largo de siglos sin cuento se habían emburbujado hacia adelante, saliendo del estasis sólo unos pocos segundos cada vez, lo suficiente para comprobar si la burbuja de los Pacistas había explotado.

Wil bajó corriendo las escaleras, más allá de la cocina. El desayuno podía saltárselo. Sólo con ver el verde y el azul, y la luz límpida del sol ya se sentía como un muchacho en Navidad. Ya estaba fuera, de pie a la luz del sol. La calle había desaparecido casi por completo. Las pseudojacarandas habían brotado a través de su superficie. Sus flores más bajas crecían un metro por encima de su cabeza Familias de arañas huían sobre las hojas. El enorme montón de ceniza que habían formado él, los Dasguptas y lo demás, había desaparecido, lavado por cien (¿o serían mil?) estaciones lluviosas. La única señal de la antigua contaminación estaba alrededor de la casa de Wil. Un arco circular marcaba la intersección entre el campo de estasis y el terreno. Más allá del arco todo era verdor y crecimiento; en el interior todo estaba cubierto de ceniza gris, y los árboles y las plantas se estaban muriendo.

A medida que Wil deambulaba por el bosque joven en que se había convertido la calle, la irrealidad de la escena fue penetrando gradualmente en él. Todo estaba vivo pero allí no había ningún otro humano, ni siquiera un robot. ¿Acaso todos se habían levantado antes, en el mismo momento en que la burbuja explotó?

Anduvo hasta la casa de los Dasguptas. Escondido a medias por la maleza, vio alguna cosa negra y grande que iba hacia él: su propio reflejo. Los Dasguptas todavía estaban en estasis. Los árboles habían nacido hasta el borde de su burbuja. Telas de araña irisadas flotaban a su alrededor, pero la superficie estaba incólume. Ni las enredaderas ni las arañas podían hacer nada contra aquella lisura especular.

Wil echó a correr por el bosque mientras el pánico hacía presa en él. Entonces ya sabía lo que debía buscar, resultaban fáciles de descubrir: la imagen del sol brillaba en dos, tres, media docena de burbujas. Sólo había explotado la suya. Miraba los árboles, los pájaros y las arañas. La escena ya no era tan placentera como antes. ¿Cuánto tiempo podría vivir sin civilización? Los demás podían salir de sus estasis al cabo de unos momentos o de centenares de años, o de millares: no había modo de saberlo. Entretanto Wil estaba solo, tal vez era el único hombre vivo sobre la Tierra.

Abandonó la calle y ascendió por una cuesta entre los árboles más viejos. Desde la parte alta debería poder ver algunas de las fincas de los viajeros avanzados. El miedo le agarrotaba la garganta. El sol y el cielo se vislumbraban por entre el verdor de las colinas; había burbujas donde deberían estar los palacios de Juan Chanson y de Phil Genet. Miró hacia el sur, hacia el Castillo Korolev.

¡Había espirales, doradas y verdes! ¡Allí no había ninguna burbuja!

Y en el aire, por encima del castillo, vio tres puntos: eran voladores, que se desplazaban rauda y directamente hacia él, como los antiguos cazas en una pasada de ataque. Al cabo de unos segundos el tercero estuvo sobre él. El volador del centro descendió y le invitó a entrar en la cabina de pasajeros.

Ascendió oblicuamente sobre el terreno. Por unos momentos tuvo la visión del Mar Interior, azul pero con sus orillas envueltas en bruma. Había burbujas alrededor de las fincas de los avanzados y alrededor del barrio de la ciudad de los NM. Hacia el oeste había algunas muy grandes. ¿Estarían alrededor de las fábricas automáticas? Todo estaba en estasis excepto la finca de las Korolev. Ya estaba encima del castillo y descendía rápidamente. Los jardines y las torres no habían cambiado, pero un enorme círculo marcado por un sutil pero brusco cambio en el tono verde del bosque circunscribía la finca. Al igual que él, las Korolevs habían estado en estasis hasta hacía poco. Por alguna razón habían dejado emburbujados a los demás. Por alguna razón, querían hablar en privado con W. W. Brierson.

La biblioteca de las Korolev no tenía librerías cargadas con cartuchos de datos ni con libros de papel y tinta. Los datos podían tenerse en cualquier otra parte; la biblioteca era un lugar para estar sentado y pensar (con los adecuados

aparatos auxiliares), o también para mantener una pequeña reunión. Las paredes estaban llenas de ventanas de holovisión que permitían ver la zona de campo de los alrededores. Yelén Korolev estaba sentada ante una gran mesa de mármol, en el centro de ella. Hizo una seña a Wil para que fuera a sentarse a su lado.

—¿Dónde está Marta? —preguntó Brierson automáticamente.

—Marta está… muerta, Inspector Brierson —la voz de Yelén era todavía más baja de lo habitual—. Asesinada.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido. ¿Marta, muerta? Había recibido heridas de bala que le habían causado menos dolor físico que aquellas palabras. Abrió la boca, pero las preguntas no acudían a ella. En cualquier caso, era Yelén quien quería preguntar.

—Y quiero saber qué tienes que ver tú en esto, Brierson.

Wil movió su cabeza hacia los lados, más en señal de confusión que de negativa.

Ella dio una palmada sobre la mesa de mármol.

—¡Despierta ya, caballero! Te estoy hablando. Eres la última persona que la vio viva. Ella había rechazado tus proposiciones. ¿Valía la pena que la mataras sólo por eso, Brierson? ¿Valía la pena realmente?

La insensatez de la acusación devolvió a Wil a la realidad. Miró a Yelén, y vio que ella estaba mucho peor que él. Al igual que Marta, Yelén Korolev había crecido en el Hainan del siglo veintidós. Pero Yelén no tenía la menor traza de sangre china. Era descendiente de los rusos que habían escapado de la China Central después de la derrota de 1997. Sus claras facciones eslavas eran normalmente frías, y algunas veces ofrecían un humor irónico. Aquellas facciones eran tan suaves como siempre, pero la mujer seguía frotándose la mejilla, y su dedo índice no cesaba de trazar el perfil de sus labios. Estaba en un estado de*shock*, con los ojos desviados, unos ojos que Wil sólo había visto antes en dos ocasiones, y en ambas habían anunciado una muerte repentina. Por el rabillo del ojo vio que uno de los robots de protección flotaba hasta el lado más apartado de la mesa, para mantenerla ampliamente distanciada de su objetivo.

—Yelén —dijo por fin, tratando de que su voz fuera serena y razonable—, hasta este mismo momento no sabía lo de Marta. Me gustaba… la respetaba más que cualquiera de los otros de la colonia. Jamás habría podido causarle daño.

Korolev le miró durante un largo instante, y después soltó un entrecortado suspiro. La impresión de tensión mortal había disminuido.

—Ya sé lo que intentaste hacer aquella noche, Brierson. Sé cómo intentabas pagar nuestra caridad. Siempre odiaré las agallas que tuviste aquella noche… Pero sé que dices la

verdad respecto a una cosa: no existe la más remota posibilidad de que tú o cualquier otro tecno-min pudiera haber matado a Marta.

Le miraba fijamente, recordando la colaboradora que había perdido o tal vez estaba comunicando con la cinta de su cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz era más suave, casi perdida.

—Tú fuiste un policía, en un siglo donde el asesinato era todavía una cosa muy corriente. Hasta llegaste a ser famoso. Cuando era muy joven, leí todo lo que se refería a ti… Haré cualquier cosa para atrapar al asesino de Marta, inspector.

Wil se inclinó hacia adelante.

—¿Yelén, qué sucedió? —dijo suavemente.

—Fue… fue abandonada, se la dejó fuera de todas nuestras burbujas.

Por un momento, Wil comprendió. Después recordó que hacía poco había paseado por la calle desierta preguntándose si se encontraba solo, preguntándose cuántos años deberían pasar hasta que se abrieran las otras burbujas. Antes había creído que ser secuestrado en el futuro era el crimen más terrible que podía cometerse con las burbujas, pero ahora se daba cuenta de que ser abandonado en un presente vacío podía ser igualmente horroroso.

—¿Cuánto tiempo estuvo sola, Yelén?

—Cuarenta años. Sólo cuarenta malditos años. Pero no tuvo cuidados sanitarios. No tuvo robots. Sólo tuvo la ropa que llevaba puesta. Me siento orgullosa de ella. Aguantó cuarenta años. Sobrevivió al desierto, a la soledad, a su propio envejecimiento. Durante cuarenta años. Y casi lo logró. Otros diez años… —su voz se quebró y se tapó los ojos—. Vuelve atrás, Korolev —dijo—. Sólo los hechos.

»Ya sabes que hemos de viajar hasta que llegue el momento en que la burbuja de los Pacistas se abra. La noche de la fiesta, habíamos planeado viajar a través del tiempo. Cuando todo el mundo estuviera bajo techo, empezaríamos a dar saltos de burbujas de tres meses. Cada tres meses las burbujas explotarían y nuestros sensores necesitarían sólo unos microsegundos para comprobar las cámaras automáticas y ver si los Pacistas seguían estando en estasis. Si era así, automáticamente nos emburbujaríamos durante otros tres meses. Aunque hubiésemos de esperar cien mil años, todo lo que habríamos visto sería más o menos un segundo de película y de relámpagos.

»Pues bien. Éste era el plan, pero lo que sucedió fue que el primer salto fue de cien años para todos los que estaban en el espacio próximo a la Tierra. Los otros viajeros avanzados habían estado de acuerdo en seguir nuestro programa. También estaban en estasis. La diferencia entre tres meses y cien años fue insuficiente para que sus programas de

control diesen la alarma. Marta estaba sola. Cuando se hubo convencido de que el intervalo de salto entre las observaciones era mayor de tres meses, se dirigió andando alrededor del Mar Interior, hacia la burbuja de la Autoridad Pacista.

Era un paseo de dos mil quinientos kilómetros.

Yelén observó el asombro en la cara de él.

—Somos supervivientes, inspector. No hubiéramos llegado hasta aquí si dejáramos que las dificultades nos hicieran desistir. De todas formas, el área que rodea la burbuja de los Pacistas es todavía una llanura vitrificada. Le costó décadas hacerlo, pero dejó una señal allí.

La ventana que estaba detrás de Yelén se convirtió de repente en una vista desde el espacio. Desde aquella distancia, la burbuja no era más que un destello de luz solar con una sombra puntiaguda. Una línea negra irregular se extendía a partir de allí hacia el Norte. Aparentemente, la fotografía había sido tomada a la hora local de la puesta de sol y la línea negra era la sombra del monumento de Marta. Debía tener una altura de varios metros y docenas de kilómetros de longitud. La imagen sólo duró unos segundos: el espacio de tiempo que Yelén lo estuvo recordando.

—Es posible que tú no lo sepas, pero tenemos muchos equipos en las zonas de Lagrange. Parte de ellos están en

estasis de kiloaños. Otros vigilan con un período de décadas. Ninguno de ellos vigila cuidadosamente el terreno… pero esta estructura lineal fue lo bastante importante para hacer accionar un monitor de alta sensibilidad. Eventualmente los robots enviaron un aterrizador para que investigara… pero llegaron unos cuantos años tarde.

Wil hizo esfuerzos para que su mente no se detuviera en pensar lo que el aterrizador pudo encontrar allí. Dio gracias a Dios porque la imaginación de Yelén no lo hizo aparecer en las ventanas.

Pero había que seguir un método.

—¿Cómo pudo pasar esto? Estaba convencido de que ni un antiguo ejército podía derribar la seguridad de los autones de vuestro hogar.

—Es cierto. Ningún tecno-min podía allanarla. A primera vista, ni los viajeros avanzados podrían hacerlo: es posible vencer a un tecno-max, pero para ello harían falta unas batallas muy duras. Fue un sabotaje. Y creo saber cómo sucedió. Alguien utilizó nuestras comunicaciones con el exterior para hablar con nuestros sistemas de programación de horarios, que no eran todo lo seguros que deberían haber sido. Marta fue excluida de la lista de comprobación final y el período del primer salto se programó en cien años en vez de lo previsto en el plan original de observaciones. El asesino

tuvo suerte: si hubiera dispuesto un tiempo algo más dilatado, se habrían disparado alarmas de todas clases.

—¿Podría repetirse?

—No. El que lo hizo sabía mucho, Brierson. Pero básicamente se aprovechó de un fallo. Este fallo ya no existe, y ahora extremo mis precauciones sobre el modo en que mis máquinas aceptan las comunicaciones exteriores.

Wil asintió. Aquello era de un siglo después del suyo, aunque su especialidad hubiera sido la computación forense. No podía hacer otra cosa que aceptar su palabra de que en lo sucesivo ya no habría más peligro de aquella clase de asesinato. Wil se había especializado más en el aspecto humano; y por tanto, preguntó:

—Motivo. ¿Quién podía desear la muerte de Marta?

La risa de Yelén era amarga.

—Mis sospechosos.

Las ventanas de la biblioteca se convirtieron en un mosaico de imágenes de la población de la colonia. Algunos de ellos sólo aparecían en pequeñas fotografías (todos los Neo Mejicanos ocupaban un solo panel). Otros, Brierson por ejemplo, merecían un espacio mayor.

—Casi cualquiera pudo haberse sentido agraviado por nosotras. Pero los tipos del siglo veintiuno, como tú, no disponéis de los fundamentos técnicos para hacer una cosa así, por más atractivo que pudiera parecerles el asunto —miró a Wil—. Tú no estás en la lista.

Las imágenes de los tecno-min desaparecieron de las ventanas. Las restantes se quedaron destacando sobre el panorama como si fueran carteles anunciadores. Eran todos los viajeros avanzados (exceptuando a Yelén): los Robinson, Juan Chanson, Mónica Raines, Philippe Genet, Tung Blumenthal, Jason Mudge y la mujer que Tammy decía que era una espacial.

—¿Preguntas el motivo, Inspector Brierson? No me atrevo a pensar ningún otro que no fuera la destrucción de nuestra colonia. Una de estas personas quiere que la Humanidad se extinga definitivamente. O, lo que tal vez sea más verosímil, quiere dirigir su propia función con la gente que nosotras hemos rescatado; probablemente ambas hipótesis llevan al mismo sitio.

—Pero ¿por qué Marta? Al matarla dejo ver sus intenciones, sin…

—¿Sin anular el Plan Korolev? No lo entiendes, Brierson —se pasó la mano por el pelo rubio y miró fijamente hacia la mesa—. Creo que ninguno de vosotros lo entiende. Ya sabes que soy ingeniero. También sabes que soy testaruda y que

he tenido que tomar muchas decisiones impopulares. El plan nunca hubiera podido llegar tan lejos sin mí. Pero lo que no sabes es que Marta era el cerebro que estaba detrás de todo esto. Cuando estábamos en la civilización, Marta era Directora de Proyectos, una de las mejores. Todo esto lo había proyectado incluso antes de que dejáramos la civilización. Pudo prever que la tecnología y la gente se dirigían a una especie de singularidad en el siglo veintitrés. Realmente quería ayudar a la gente que anduviera perdida por el tiempo.

»… Ahora hablemos de la colina. Para conseguir que tuviera éxito era imprescindible un genio especial como era ella. Sé cómo hacer funcionar los aparatos, y puedo llegar más lejos que cualquiera que juegue limpio. Pero ahora que no contamos con Marta todo puede fracasar. Aquí somos muy pocos, y hay demasiadas envidias entre nosotros. Creo que el asesino ya debía de saber todo esto.

Wil asintió, algo sorprendido de que Yelén reconociera tan abiertamente sus propias limitaciones.

—Voy a tener mis manos muy ocupadas, Brierson. Tengo la intención de emplear algunas décadas de mi vida en prepararme para el tiempo en que los Pacistas salgan y ayuden a la colonia. Si quiero que el sueño de Marta tenga éxito, no puedo permitirme el lujo de usar mi propio tiempo para perseguir a su asesino. Pero quiero coger a este asesino, Brierson. Algunas veces… algunas veces noto como

si estuviera algo loca. Ansío cogerle. Te ayudaré hasta el límite de lo razonable en este asunto, ¿quieres encargarte de este caso?

Habían pasado cincuenta megaaños, y todavía había un trabajo para Wil Brierson.

Había algo obvio que debía pedir, algo que no dudaría en exigir si había que volver a la civilización. Miró el autón de Yelén, que se cernía sobre el extremo de la mesa. Bien… sería mejor que esperar a tener testigos. Y que fueran poderosos. Por fin dijo:

—Necesito medios personales de transporte. Y también protección física. Algunos medios para comunicarme públicamente con toda la colonia. Quiero que todos me ayuden en este problema.

—Esto está hecho.

—También voy a necesitar vuestras bases de datos, por lo menos aquellas que se refieran a la gente de la colonia. Necesito saber dónde y cuándo nació cada uno, y exactamente cómo fueron emburbujados después de la Extinción.

Los ojos de Korolev se estrecharon.

—¿Es para tu venganza personal, Brierson? El pasado murió. No quiero que crees problemas con antiguos

enemigos tuyos. Por otra parte, los tecno-min no son sospechosos; no es necesario que andes husmeando entre ellos.

Wil sacudió su cabeza. Igual que en tiempos pasados: los clientes querían decidir qué debía ver el profesional.

—Tú eres una tecno-max, Yelén. Pero vas a utilizar un tecno-min, precisamente a mí. ¿Qué te hace pensar que el enemigo no tiene sus propios cómplices? Gente como Steve Fraley son ahora los títeres, pero se mueren de ganas de ser los titiriteros. Enfrentar a Korolev contra su enemigo sería un juego que le gustaría al Presidente de Nuevo Méjico.

—Humm. De acuerdo. Tendrás las bases de datos, pero pondremos en clave lo de tu secuestro.

—Además quiero la misma interfaz de alta velocidad que tú usas.

—¿Sabes utilizarla? —Su mano rozó distraídamente la cinta de cabeza—. Uh, no.

—En este caso, olvídate de ello. Los modelos modernos son mucho más fáciles de usar que los de tu época, pero yo crecí con uno y todavía no puedo visualizar correctamente con él. Si no empiezas cuando eres niño, pueden pasar años sin que logres dominarlo.

—Mira, Yelén. El tiempo es la única cosa de la que no carecemos. Sólo Dios sabe cuantos miles de años faltan para que los Pacistas aparezcan y tú vuelvas a asentar la colonia. Aunque yo tardara cincuenta años en aprender, no importaría mucho.

—El tiempo es algo que tú no tienes, caballero. Si te pasas un siglo condicionándote para este trabajo, perderás tu perspectiva, que es lo que valoro en ti.

Ella se apuntó aquel tanto. Él recordaba que a Marta le había caído mal la propaganda de Robinson.

—No hay duda —continuó ella— de que existen aspectos de técnica elevada en este asesinato. Es posible que sean los aspectos más importantes. Pero ya tengo ayuda experta en este campo.

—Oh. ¿Alguien en quien puedes confiar entre los tecno-max? —Hizo un ademán con su pulgar señalando a las borrosas caras de las paredes. Korolev sonrió levemente.

—Alguien de quien puedo desconfiar menos que de los demás. No lo olvides nunca, Brierson, mis dispositivos te estarán vigilando total y continuamente —estuvo pensando unos momentos—. Esperaba que ella regresara a tiempo para esta conversación. Es de la que menos se puede suponer un motivo. En todos estos megaaños jamás se ha entrometido en nuestras pequeñas maquinaciones. Los dos

vais a trabajar juntos. Confío en que vuestras habilidades se complementarán. Ella conoce la tecnología, pero es algo… rara.

Yelén se calló de nuevo. Wil se preguntaba si llegaría a acostumbrarse a aquella silenciosa comunión entre humanos y máquinas.

Percibió un movimiento en su visión periférica. Wil se volvió y vio a una tercera persona que se sentaba a la mesa. Era la mujer espacial. No había podido oír que la puerta se abriera ni pisadas… Después vio que estaba sentada pero apartada de la mesa, y que su asiento estaba ligeramente desviado de la vertical. Aquel holo era mucho mejor que cualquiera que hubiera podido ver antes.

Saludó solamente con la cabeza a Yelén.

—Señora Korolev. Todavía me hallo en una órbita elevada, pero si usted quiere, podemos hablar.

—Bien. Quería presentarle su compañero —sonrió a causa de algún chiste privado—. Señora Lu, éste es Wil Brierson. Inspector Brierson, Della Lu.

Wil había oído antes aquel nombre, pero no podía recordar exactamente cuándo. La pequeña asiática aparecía casi igual a como se había presentado en la fiesta. Supuso que sólo había estado fuera del estasis unos pocos días, ya que su cabello era la misma oscura pelusa que antes.

Lu miró a Korolev durante algunos segundos después de la presentación y luego se volvió hacia Brierson. Si el retraso no era una afectación, sería debido a que estaba más allá de la luna.

—He leído muchas cosas buenas acerca de usted, inspector —dijo e inició una sonrisa que no involucraba a sus ojos; hablaba cuidadosamente, cada palabra era algo aislado, pero aparte de esto, su lenguaje era muy parecido al dialecto Norte Americano de Wil.

Antes de que Brierson pudiera contestar, Korolev dijo:

—¿Hay algo sobre nuestros primeros sospechosos, señora Lu?

Otra pausa que duró cuatro latidos.

—Los Robinson no quisieron detenerse.

Las ventanas de la biblioteca mostraban una vista desde el espacio. En una dirección, Wil podía ver un brillante disco azul y otro gris de luminosidad menos intensa: la Tierra y la Luna. A través de la ventana que estaba detrás de Lu aparecía suspendida una burbuja en cuya superficie se reflejaba el sol, la tierra y la luna. La esfera estaba rodeada por una estructura metálica en forma de tela de araña, que en determinados lugares se hinchaban formando estructuras más sólidas. Docenas de pequeñas bolas de plata circulaban en órbitas lentas alrededor de la central.

Cada unos pocos segundos, las burbujas se desvanecían, y eran sustituidas por otra mucho mayor que incluía hasta la superestructura de tela de araña. Se produjo un destello de luz, y la escena volvió a su primera fase.

—Cuando pude alcanzarles, estaban fuera de la antigravedad y usaban impulsos de propulsión. Su frecuencia de destellos era constante. Resultó muy fácil seguirles.

Quack, quack. Por unos momentos, Wil estuvo completamente perdido. Después supo que estaba viendo un impulso de cabezas nucleares, desde muy cerca. La idea era tan simple que había sido puesta en práctica incluso en su tiempo: no había más que lanzar una bomba, ponerse en estasis durante unos pocos segundos mientras explotaba y daba un poderoso empuje. Cuando se salía del estasis, se lanzaba otra bomba y se iba repitiendo el proceso. Desde luego esto resultaba mortal para los que estaban cerca. Para poder conseguir aquellas fotografías, Della Lu, debía de haber igualado exactamente el ciclo de emburbujamientos, y utilizado sus propias bombas para no quedarse atrás.

—Advierta que cuando la burbuja de desplazamiento explota, inmediatamente generan otra burbuja menor dentro de su marco de defensa. Es una batalla que requiere miles de años de tiempo exterior para llegar a su fin.

Los objetos que están en estasis tienen una protección absoluta frente al mundo exterior. Pero llega un momento en que las burbujas explotan: si la duración ha sido corta, tu enemigo está todavía esperando, preparado para disparar. Si la duración fuese larga, tu enemigo podría hacer caer tu burbuja al sol: una protección absoluta acabaría en una catástrofe absoluta. Aparentemente, los viajeros avanzados utilizan una jerarquía de luchadores autónomos, que entran y salen del tiempo real. Mientras estaban en tiempo real, sus procesadores decidieron la duración del siguiente emburbujamiento. Los dispositivos de período más corto estaban en sincronismo con los de períodos más largos, pasándose las conclusiones a través de una cadena de mandos. En lo más alto, la burbuja de mando de los viajeros, podía tener un período relativamente largo.

—¿Es decir, que pudieron escapar?

Una interrupción debida al tiempo y a las profundidades estelares: Pausa, pausa, pausa, pausa.

—No del todo. Proclamaron su inocencia y dejaron un rehén para demostrar su buena fe.

Una de las ventanas se iluminó con la imagen de Tammy Robinson. Parecía más pálida que de costumbre. Wil tuvo un arrebato de ira contra Don Robinson. Podría ser una jugada inteligente, pero ¿qué clase de persona deja a su hija

quinceañera para que se enfrente a una investigación por asesinato? Lu prosiguió:

—Está conmigo. Aterrizaremos dentro de sesenta minutos.

—Está bien, señora Lu. Me gustaría que usted y Brierson la interrogaran entonces —detrás de las ventanas, los bosques sustituyeron a lo negro y lo brillante del espacio—. Quiero que consigan ustedes su historia antes de que se marchen a reestablecer la Ciudad Korolev.

Wil observó a la espacial. Era rara, pero parecía competente. Y era uno de los testigos más poderosos que podía conseguir. No se preocupó del autón de Yelén e intentó poner en su voz una nota de confianza perentoria cuando dijo:

—Hay otra cosa, Yelén.

—¿Y bien?

—Necesitamos una copia íntegra del diario.

—¡Vaya!… ¿Qué diario?

—El que Marta llevó durante todos los años en que estuvo abandonada.

La boca de Yelén se mantuvo cerrada, porque se dio cuenta de que él podría estar faroleando, pero que ella ya había perdido aquella mano. Wil mantuvo los ojos fijos en Yelén, pero vio que el autón se elevaba: allí había alguien más que se tiraba faroles.

—No es asunto tuyo, Brierson. Lo he leído. Marta no sabía quién la había dejado abandonada.

—Tengo ganas de leerlo, Yelén.

—¡Pues te las aguantas! —se levantó a medias de su asiento, después se volvió a sentar—. Eres la última persona a quien dejaría que se entrometiera en la vida privada de Marta… —Se volvió hacia Lu—. Tal vez le muestre a usted algunas partes.

Wil no dejó que la espacial contestara.

—No. Allí, en el tiempo de donde procedo, la ocultación de pruebas se consideraba un crimen, Yelén. Aquí esto puede parecer algo sin sentido, pero si no me das este diario completo y todo lo que esté asociado con él, dejo el caso, y voy a pedir a Lu que también lo deje.

Yelén tenía los puños apretados. Empezó a hablar, se detuvo. Un temblor débil se notaba en su cara. Finalmente dijo:

—Está bien, lo tendrás. ¡Pero ahora aparta de mi vista!

Capítulo IV

Tammy Robinson era una jovencita que estaba muy asustada; Wil no necesitaba su experiencia policial para darse cuenta de ello. La chica andaba incesantemente de uno a otro lado de la habitación, y la histeria se notaba en el tono alto de su voz.

—¿Cómo pueden tenerme en esta celda? ¡Es un calabozo!

Las paredes estaban desnudas y eran de un color que había sido blanco. Pero Wil pudo ver que había puertas que se abrían hacia un dormitorio y hacia una cocina. Había escaleras, tal vez iban hacia el estudio. El espacio total era de unos 150 metros cuadrados, algo reducido para lo que Wil estaba acostumbrado, pero era muy difícil considerar aquello como una cárcel. Se apartó de Della Lu y puso las manos sobre los hombros de Tammy.

—Esto son los aposentos de una nave, Tam. Della Lu nunca había pensado en la posibilidad de llevar pasajeros.

Esto no era más que una suposición, pero parecía cierto. Las posesiones de Lu eran compactas, tanto en sentido horizontal como vertical. Los viajeros avanzados podían llevarse todas sus posesiones al espacio, pero las de Lu habían sido diseñadas para que se pudiera quedar allí y pudiera sentirse a gusto incluso en sistemas solares que no tuvieran planetas habitables.

—Estás en custodia, pero cuando lleguemos a Ciudad Korolev ya tendrás aposentos mejores.

Della Lu inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí. Yelén Korolev cuidará de ti. Tiene mejores…

—¡No! —casi gritó. Los ojos de Tammy mostraban todo lo blanco que había alrededor de sus pupilas—. Yo me rendí a ti, Della Lu. Y lo hice de buena fe. No diré nada si tú… Korolev quiere… —se puso la mano sobre la boca y cayó colapsada sobre el sofá que había allí cerca.

Wil se sentó a su lado, y Della Lu acercó una silla para sentarse enfrente de los dos. Los pantalones de Lu y su chaqueta de cuello alto le daban un aspecto militar, pero se sentó en el borde de su silla y observó la consternación de Tammy con curiosidad infantil. Wil le dirigió una significativa

mirada (como si aquello pudiera arreglar algo) antes de continuar:

—Tammy, en modo alguno vamos a permitir que Yelén se apodere de ti.

Tammy estaba alterada, pero no era tonta. Miró más allá de Wil, a la espacial.

—¿Me lo prometes, Della Lu?

Lu soltó una risita rara, pero en esta ocasión no lo hizo jadeando.

—Sí. Y es una promesa que puedo mantener.

Se miraron mutuamente en silencio durante un momento. Después la chica se estremeció y todo su cuerpo se relajó.

—Está bien. Hablaré. Claro que hablaré. Por esta razón me quedé atrás para dejar bien patente el buen nombre de mi familia.

—¿Sabes lo que le sucedió a Marta?

—He oído las acusaciones de Yelén. Cuando salimos de aquel raro emburbujamiento, que se prolongó más de lo previsto, Yelén salió por todos los enlaces de comunicación. Dijo que la pobre Marta quedó abandonada en el presente…

que murió allí —se notaba un franco horror en la cara de Tammy.

—Es cierto. Alguien había saboteado el programa de salto de Korolev. Duró un siglo en lugar de durar tres meses, y dejó a Marta fuera del estasis.

—¿Y mi papá es el principal sospechoso? —dijo con incredulidad.

Wil asintió.

—Vi cómo tu padre discutía con Marta, Tam. Y después ella me dijo que vuestra familia quería que la gente de Ciudad Korolev se uniera a vosotros… Vuestros planes se verían favorecidos si la colonia fracasara.

—Claro que sí. Pero no somos una pandilla de criminales del siglo veinte, Wil. Sabemos que podemos ofrecer algo mucho más atractivo que la reelaboración de la civilización que proponen las Korolevs. Para una persona normal puede ser difícil adoptar este punto de vista, pero si se le da una oportunidad imparcial, se vendrá con nosotros. En vez de esto, el comportamiento de Yelén nos obligó a salir corriendo para poder salvar nuestras vidas.

—¿Acaso no crees en el asesinato de Marta? —dijo Lu.

Tammy se encogió de hombros.

—No. Ésta sería una falsedad muy difícil de mantener, especialmente si tú —miraba hacia Della— insistes en estudiar los restos. Creo que Marta fue asesinada, y creo que Yelén es la asesina. Toda esta historia de sabotaje exterior es algo ridículo.

Ésta era la principal preocupación de Wil. En sus tiempos, la violencia doméstica era el motivo principal de muerte. Yelén parecía ser el técnico superior más poderoso. Si ella era la asesina, la vida de los investigadores que lo descubrieran podía ser muy corta. Pero dijo en voz alta:

—Está verdaderamente deshecha por haber perdido a Marta. Si finge, lo hace muy bien.

La contestación de Tammy fue inmediata:

—No creo que esté fingiendo. Creo que mató a Marta por alguna loca razón personal, y siente terriblemente haber tenido la necesidad de hacerlo. Pero ahora que ya está hecho el mal, va a utilizarlo para destruir la oposición al gran plan de Korolev.

—Humm.

Él, W. W. Brierson, podría haber sido la causa de la muerte de Marta. Supongamos que Yelén concibió la idea de que estaba perdiendo el amor de Marta, que se alejaba hacia otro. Para algunas almas perturbadas, tal pérdida era un equivalente lógico de la muerte del ser amado. Podían

matar, y luego, con toda honestidad, echar la culpa de la pérdida a un tercero… Wil se acordó del odio irracional que vio en los ojos de Yelén cuando él entró en la biblioteca.

Miró a Tammy con un nuevo respeto. Antes, nunca le había parecido que fuera tan aguda. La verdad era que… se sentía algo manipulado. Para estar tan asustada, la chica tenía un temperamento muy frío.

—Tammy —preguntó en voz baja—. ¿Cuántos años tienes, en realidad?

—Yo… —la cara llena de lágrimas de la adolescente se inmovilizó durante un segundo y prosiguió—. He vivido noventa años, Wil.

Cuarenta años más que yo. Vaya cuerpecito juvenil.

—Pe… pero esto no es ningún secreto —de nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo he dicho a todos los que me lo han preguntado. Yo… no intento falsear mi personalidad. Intento conservar mi mente fresca y abierta. Vamos a vivir mucho tiempo, y Papá dice que es mejor crecer lentamente, y que la mente no quede inmovilizada en su forma adulta, tal como sucedía en épocas pasadas. —La criatura Lu soltó otra de sus extrañas risita—. Esto depende de lo mucho que te propongas vivir —dijo sin dirigirse a alguien en particular.

De pronto, Wil vio que era una ilusión suya el considerarse un experto en la naturaleza humana. Quizá lo había sido en

otro tiempo, pero ahora aquella habilidad se había quedado tan anticuada como el resto de sus conocimientos. Cuando dejó la civilización, la medicina que intentaba prolongar la vida era una ciencia muy joven. En aquel tiempo, lo de Tammy hubiera sido prácticamente imposible. Yelén Korolev había tenido a su disposición doscientos años para aprender por sí misma a mentir. Della Lu estaba tan desconectada de la humanidad, que era muy difícil sacar algo en claro de ella. ¿Cómo podía él juzgar lo que decían personas como aquéllas?

Lo mejor sería que siguiera con su papel de simpático.

—Muy bien, Tam. Me alegro mucho de que nos lo hayas dicho.

Ella sonrió temerosa.

—¿No lo ves, Wil? Mi papá es sospechoso porque no estamos de acuerdo con Marta. Nos fuimos para salvar la familia; el que yo me haya quedado atrás demuestra que no rehuimos una investigación… Pero Yelén si la rehuye. Durante nuestro regreso, Della Lu me contó que Yelén quiere que os pongáis en estasis inmediatamente. Así, ella se quedará sola en la escena del crimen. Cuando salgáis del estasis, toda la evidencia se habrá alterado después de los miles de años que habrán transcurrido, caray, toda la evidencia que quede será la que ella haya preparado.

»Veamos, he traído los registros familiares de las semanas que precedieron a nuestra fiesta. Tú y Della Lu los podéis estudiar. Es posible que resulten aburridos, pero son la verdad.

Wil asintió. Era obvio que los Robinson tenían su historia guardada conjuntamente. Suspendió el interrogatorio durante quince minutos, hasta que pareció que Tammy se había tranquilizado y relajado. Lu habló algunas veces, sus interjecciones eran a veces inteligibles, otras veces eran oscuras. Resultaba evidente que en esencia, limpiar el buen nombre de la familia tenía muy poca importancia para los Robinson. En el tiempo al que se dirigían, las opiniones del momento actual ya no serían más que polvo. Pero la familia seguía queriendo reclutas. Los padres de Tammy estaban convencidos de que la gente de Ciudad Korolev alguna vez se daría cuenta de que quedarse en el presente era meterse en un callejón sin salida, y que el mismo Tiempo era el sitio adecuado para la humanidad. Podría costarle algunas décadas, pero si Tammy sobrevivía a la investigación del asesinato, podría ser libre para esperar y persuadir. Y algún día podría volver con su familia. Sus padres habían prefijado cierto número de citas en los megaaños que habían de llegar. Los datos concretos de situación era algo que se negaba a revelar.

—¿Queréis ir fraccionando vuestras vidas, y vivir mientras dure el universo? —preguntó Lu.

—Como mínimo.

La espacial se rió.

—¿Y que vais a hacer cuando llegue el fin?

—Esto depende de cómo sea este fin —los ojos de Tammy se iluminaron—. Papá piensa que todos los misterios sobre los que la gente ha estado reflexionando, incluso la Extinción, serán revelados entonces. Es la cita final de todos los seres pensantes. Si el tiempo es cíclico, podremos emburbujarnos hasta el nuevo principio y entonces el Hombre será universal.

—¿Y si el universo es algo abierto y muere para siempre?

—En este caso, tal vez nosotros lo podremos cambiar —se encogió de hombros—. Pero aunque no podamos cambiarlo, todavía estaremos allí. Lo habremos visto todo. Papá dice que alzaremos una copa y brindaremos en memoria de todos vosotros, los que os hayáis ido antes —todavía seguía sonriendo.

Brierson se preguntaba si aquélla no sería la más loca de todas las personas que había conocido recientemente.

***

Después, Wil intentó hacer los planes para la investigación con Della Lu. No fue una tarea fácil.

—¿La señora Robinson estaba alterada al principio de la entrevista? —preguntó Lu.

Wil alzó los ojos hacia el cielo.

—Sí. Creo que lo estaba.

—Ah. También yo he pensado lo mismo.

—Mira, Della. Lo que Tammy dice de Yelén tiene sentido. Es absurdo que los policías, nosotros, abandonen la escena del crimen. Allá en Michigan, jamás habría aceptado un cliente que exigiera semejante condición. Yelén tiene razón cuando dice que si me quedo por aquí para investigar la evidencia física no sería más que un aficionado. Pero tu equipo es igual al suyo…

—Mejor. Es mejor.

—… y debería hacer que retrases el emburbujamiento lo suficiente para recoger pruebas.

Lu estuvo callada unos momentos (¿Quizás hablaba por su cinta craneal?).

—La señora Korolev quiere estar sola por razones emotivas.

—Humm. Dispone de miles de años antes que los Pacistas salgan. Deberías hacer, por lo menos, una autopsia y recoger las pruebas físicas.

—Muy bien. ¿Crees que la señora Korolev es sospechosa?

Wil extendió las manos.

—En esta fase, ella y los Robinson deben encabezar nuestra lista. Después de que hayamos escarbado por ahí, será muy fácil borrarla. Pero precisamente ahora, sería muy poco profesional que ella se encargara de la investigación sobre el terreno.

—¿La señora Korolev es amistosa contigo?

—¿Qué? No especialmente. ¿Qué tiene esto que ver con la investigación?

—Nada. Intento hacerme una composición de… —parecía buscar la palabra precisa—,… roles, para poder hablar contigo.

Wil sonrió débilmente. Recordó de nuevo la hostilidad de Yelén.

—Te agradeceré que no trates de componer el rol de ella.

—De acuerdo —aceptó sin sonreír.

Si Lu era tan hábil con sus aparatos como tonta con la gente, ellos dos iban a constituir la mejor pareja de detectives de la historia.

—Hay algo más, algo muy importante, que necesito. Yelén me ha prometido protección física y acceso a sus bases de datos. Me gustaría tener, además, tu protección; por lo menos hasta que nos alejemos de ella.

—Desde luego. Y si quieres, también puedo encargarme de tu salto hacia el futuro.

—Y además me gustaría poder disponer de tus bases de datos.

Poder compararlas con las de Korolev, no podía hacerle daño.

La espacial dudó.

—Bueno. Pero hay alguna información que no es muy accesible.

Wil paseó la vista por el camarote de Della (¿Sería más adecuado decir su puente de mando?). Era aún más reducido que el de Tammy, y casi tan austero. Un pequeño ramo de rosas nacía en la mesa de Della: su aroma impregnaba el aire. Un paisaje pintado a la acuarela colgaba de la pared que quedaba delante de la espacial. Los tonos vivos y las sombras estaban sutilmente equivocados, como

si el artista fuese torpe… o la escena no perteneciera a la Tierra.

Y Brierson estaba poniendo su vida en manos de aquella persona. En aquel universo de gente desconocida, tenía que confiar en unos más que en otros pero…

—¿Qué edad tienes, Della?

—He vivido novecientos años, Brierson. He estado lejos durante mucho tiempo. He visto muchas cosas.

Sus ojos volvieron a tomar aquella expresión fría y lejana que él recordaba de su primer encuentro. Por unos momentos pareció que miraba detrás de él, tal vez a la acuarela, tal vez más lejos todavía. Después recuperó el aspecto inexpresivo de su cara.

—Creo que ya es hora de que vuelva a reunirme con la raza humana.

Capítulo V

Unos cinco mil años después, todo lo que quedaba del único imperio mundial de la historia, La Autoridad de la Paz, volvió al tiempo normal. Recibieron la bienvenida de los autones de Korolev, que les desaconsejaron que interfirieran en las burbujas que estaban en la parte sur del Mar Interior. Disponían de tres meses para considerar sus nuevas circunstancias, antes de que las burbujas reventaran.

Aquello por lo que Marta y Yelén había trabajado durante tanto tiempo, estaba a punto de empezar.

Se entregaron miles de toneladas de equipamientos a los técnicos bajos, junto con granjas, fábricas y minas. Los regalos se entregaron a los individuos según la experiencia adquirida en la civilización que habían dejado atrás. Los hermanos Dasgupta recibieron dos cargas de camión de

equipo de comunicaciones. Ante la sorpresa de Wil, las cambiaron inmediatamente a un oficial de transmisiones de NM por una finca de mil hectáreas. Y Korolev no se opuso. Señaló cuál era el equipo más frágil y suministró bases de datos a aquellos que querían hacer planes para el futuro.

A muchos de los tecno-min, indisciplinados, les gustaba esto: sobrevivir y sacar provecho. Al cabo de pocas semanas ya disponían de mil proyectos para combinar el equipo de técnica elevada con las primitivas cadenas de producción. Ambas debían coexistir durante décadas, con las decadentes técnicas elevadas que cada vez debían quedar más reducidas a un papel menos importante. Al final les quedaría una infraestructura viable.

Los gobiernos no estaban tan contentos. Tanto los Pacistas como los de Nuevo Méjico estaban fuertemente armados, pero mientras Korolev estuviese de guardia sobre el Mar Interior, todo aquel poderío del siglo veintiuno resultaba tan persuasivo como un cañón de bronce en el jardín de un tribunal de justicia. Ambos tuvieron tiempo suficiente para comprender la situación. Se vigilaban unos a otros con todo cuidado, y se unían para quejarse de la Korolev y de los otros tecno-max. Su propaganda observó la coordinación de los donativos, y lo restringidos que eran éstos: no se entregaban armas, ni la técnica de emburbujar, ni aeronaves, ni autones, ni equipo médico.

—Korolev da la ilusión de libertad, pero no la realidad. La excitación de la fundación llegó algo apagada hasta Wil. Se puso en contacto con algunos de los interesados. Algunas veces veía las noticias de los Pacistas o de los de NM. Pero tenía muy poco tiempo para participar. Tenía un trabajo, en muchos aspectos igual al que había tenido hacía mucho tiempo: tenía que atrapar a un criminal. A menos que se tratara de algo que pudiera estar relacionado con esto, todo lo que pasaba a su lado era irrelevante.

El asesinato de Marta era una de las noticias más importantes. A pesar de tener que construir una civilización, la gente todavía encontraba tiempo para hablar de ello. Como ella había desaparecido, todos recordaban su cordialidad. Cada decisión política impopular se recibía con un suspiro de «Si Marta estuviera viva, esto sería muy distinto». Al principio, Wil estaba en el centro de todas las reuniones, pero tenía poco que decir. Además, estaba en una única, e incómoda categoría: Wil era un tecno-min, pero con los inconvenientes de uno elevado. Podía volar dondequiera que se le antojara; los demás tecno-min debían limitarse a los transportes «públicos» suministrados por Korolev. Tenía sus propios autones personales de protección que le habían proporcionado Della y Yelén: los demás tecno-min le miraban con mal disimulado nerviosismo cuando los veían flotar. Estas ventajas eran intransferibles, y no pasó mucho tiempo antes que Wil se viera más evitado que buscado.

Se había violado ya uno de los principios fundamentales de las Korolevs: la colonia se había diseminado físicamente. Los Pacistas habían rehusado trasladarse al otro lado del Mar Interior, a la Ciudad Korolev. Con gran descaro habían pedido que Yelén les ubicara en una ciudad para ellos solos en la costa norte. Esto les situaba a más de novecientos kilómetros del resto de la Humanidad: una distancia que era más psicológica que real ya que se salvaba con un vuelo de quince minutos en los nuevos transbordadores marinos de Yelén. De todas maneras, su consentimiento fue una sorpresa.

La Korolev superviviente estaba… cambiada. Wil sólo había hablado con ella dos veces desde que la colonia había regresado al tiempo real. La primera de ellas había sufrido algo parecido a un *shock*. Parecía la misma de antes, pero sus ojos, por unos momentos, parecieron no reconocerle.

—Ah, Brierson —dijo suavemente. El único comentario que hizo respecto a la protección que le ofrecía Lu fue para decir que ella también le seguiría protegiendo. Su hostilidad había desaparecido: había tenido mucho tiempo para enterrar sus resentimientos.

Yelén había consumido cien años siguiendo los viajes de Marta alrededor del Mar. Ella y sus dispositivos habían guardado y catalogado todo lo que podía tener relación con el asesinato.

El de Marta había sido el asesinato más estudiado de toda la historia humana. Pero sólo si el investigador no es el mismo asesino, decía una vocecita en la parte posterior de la cabeza de Wil.

Yelén había hecho otra cosa durante el siglo que se había quedado atrás: Había intentado reeducarse a sí misma.

—Sólo queda una de nosotras dos, inspector. He intentado vivir por duplicado. He aprendido todo lo posible sobre la especialidad de Marta. He soñado, mediante las memorias de Marta, en cada proyecto que ella había dirigido —una sombra de duda cruzó por su cara—. Confío en que será suficiente.

La Yelén que él había conocido antes del asesinato no habría confesado una debilidad como aquélla.

Y así, provista de los conocimientos de Marta e intentando imitar sus actitudes, Yelén había cedido y había dejado que los Pacistas se establecieran en la Playa Norte. Había instalado un servicio de vuelos ultramarinos. Había animado a un par de tecno-max, Genet y Blumenthal, para que trasladaran sus fincas principales hasta allí.

Y la investigación del asesinato había quedado en manos de Lu y de Brierson.

Aunque no había hablado más de dos veces con Korolev, veía a Della Lu casi todos los días. Ella había presentado una

lista de sospechosos y estaba de acuerdo con Korolev: el crimen estaba fuera del alcance de los tecno-min. De los tecno-max, Yelén y Robinson eran los más sospechosos (Afortunadamente, Della era lo bastante cautelosa para no informar de todas sus sospechas a Yelén).

Al principio, Wil había pensado que el modo del asesinato era una pista crucial. Lo había comentado muy pronto con Della.

—Si el asesino podía pasar por encima de la protección de Marta, ¿por qué no la mató inmediatamente? Este asunto de abandonarla era francamente poético, pero quedaba una posibilidad real de que pudiera ser rescatada.

Della negó con la cabeza.

—No lo entiendes.

Su cara ya estaba enmarcada con una cabellera lisa y negra. Se había quedado atrás durante nueve meses, lo máximo que Yelén le había permitido. Su estancia no había resuelto nada, pero había durado lo suficiente para que le creciera el pelo.

Ahora ya parecía una joven normal y era capaz de hablar varios minutos seguidos sin producir la discordante sensación de fatuidad, y sin adoptar aquella mirada fría y lejana. Lu era todavía la más misteriosa de los viajeros

avanzados, pero ya no constituía una clase especial por sí misma.

—El sistema de protección de las Korolevs es bueno. Es rápido e inteligente. Quienquiera que asesinase a Marta, lo hizo mediante *software*. El asesino encontró un fallo en la lógica de defensa de las Korolevs y se aprovechó de él con mucha inteligencia. Aumentar el período de estasis hasta un siglo, era algo que por sí mismo no atentaba contra la vida. Al dejar a Marta fuera del estasis tampoco era algo que por sí mismo atentara contra la vida.

—Pero juntos eran mortales.

—Cierto. Y el sistema de defensa debería, normalmente, haberse dado cuenta de ello. Estoy simplificando. Lo que el asesino hizo fue más complicado. Mi punto de vista es que de intentar algo más directo, no hubiera habido un programa, por bueno e inteligente que fuera, que hubiese podido engañar al sistema. No había una manera completamente segura de matar a Marta. Haciéndolo así, el asesino tenía las mayores probabilidades de conseguirlo.

—A menos que el asesino sea Yelén. Doy por supuesto que ella podía anular todas las protecciones del sistema.

—Pero si lo hubiera hecho así, su culpa habría resultado evidente.

—Humm. Al abandonar a Marta, la dejó indefensa. ¿Por qué no preparó el asesino un accidente entonces? No tiene sentido que la dejara vivir cuarenta años.

Della pensó durante unos momentos.

—¿Estás sugiriendo que el asesino podía haber emburbujado a todos los demás para un siglo, y retrasar su propio emburbujamiento?

—Claro que sí. Una demora de unos pocos minutos habría sido suficiente. ¿Habría sido tan difícil?

—Por sí mismo, esto hubiera sido trivial. Pero todos estaban enlazados con el sistema Korolev para aquel salto. Si alguien se hubiera retrasado, se hubiera podido ver en los registros. Soy experta en sistemas autónomos, Wil. Yelén me ha mostrado sus esquemas de sistema. Es un trabajo a toda prueba, y sólo un año más viejo que el mío. El que alguien, exceptuando a Yelén, pudiera alterar los registros de salto tendría que ser…

—¿Imposible?

Esos especialistas en sistemas nunca cambiaron. Podían hacer milagros, pero al mismo tiempo aseguraban que ciertas peticiones razonables eran imposibles.

—No, tal vez no fuera imposible. Si el asesino lo tenía planeado de antemano, podría haber tenido un autón que

no apareciera en la lista del estasis, y haberlo dejado fuera del estasis sin que nadie lo advirtiera. Pero no veo cómo los registros de los saltos, propiamente dichos, podían haber sido alterados a menos que el asesino se hubiera infiltrado a fondo en el sistema Korolev.

O sea que estaban trabajando en un caso bastante improvisado. Y las extrañas circunstancias de la muerte de Marta no eran sino una versión del siglo veintitrés de la clásica puñalada por la espalda.

Capítulo VI

Korolev había entregado el diario de Marta poco después de que la colonia hubiera retornado al tiempo real. El que Wil lo hubiera pedido era una de las cosas que todavía podía hacer aparecer una llamarada de ira en su cara. En realidad, Wil no quería verlo. Pero como era un policía, y teniendo a Della para poder comprobar que no había sido trucado, le resultaba algo esencial.

Hasta aquel momento, Yelén ocupaba el primer lugar en la lista de sospechosos. Pero al tener el diario era más fácil aceptar su intuición de que Yelén era inocente. Empezó leyendo los resúmenes de Yelén y las comprobaciones de Della. Si allí no descubría algo importante, el diario iba a ser una pieza de baja prioridad.

Yelén había enviado una enorme cantidad de material. Incluía unos holos de alta resolución de todos los escritos de Marta. Yelén había añadido un complemento con índices y referencias cruzadas; Wil podía escoger las páginas por el pH, si así lo quería. Una nota en el complemento decía que los originales estaban en estasis, pero podían estar disponibles al cabo de cinco días de pedirlos.

Los originales. Wil no había pensado en ellos: ¿Cómo se puede hacer un diario sin tener siquiera un bloc de notas? Unos mensajes breves podrían ser grabados a cuchillo en los troncos de los árboles o con cincel sobre las piedras, pero para llevar un diario hace falta algo parecido a papel y pluma. Marta había estado aislada durante cuarenta años, y eso representaba mucho tiempo para poder hacer experimentos. Sus primeros escritos los hizo con tinta de jugo de bayas sobre la parte blanda interior de la corteza de los árboles y dejó las pesadas páginas en un montón de piedras que impermeabilizó con barro. Cuando se recuperaron cincuenta años después, la corteza se había podrido y las manchas de tinta eran invisibles. Yelén y sus autones había estudiado los frágiles restos. Un microanálisis indicó dónde había estado las manchas de bayas, gracias a este recurso no se perdieron los primeros capítulos. Al parecer, Marta se había dado cuenta del peligro y los montones sucesivos estaban recubiertos con cañizos. La tinta de color verde oscuro se había decolorado muy poco.

Los primeros párrafos eran, principalmente, narrativos. Al final del diario, después de haber estado sola durante décadas, las páginas estaban llenas de dibujos, ensayos y poemas. Cuarenta años representan mucho tiempo si uno tiene que vivirlos en soledad, segundo a segundo. Sin contar el material que había copiado, Marta había escrito más de dos millones de palabras cuando murió (Yelén había entregado a Wil una base de datos comercial: Greenlnc. Wil buscó en ella algunos registros: el diario era tan extenso como veinte novelas que no guardaran relación entre ellas). El material que había utilizado era mucho más abultado que el papel de los tiempos antiguos, y tuvo que viajar miles de kilómetros durante su vida. Cuando llegaba a alguna parte, construía un montón de piedras para guardar sus escritos. En las primeras páginas que guardaba en cada montón repetía especialmente las cosas importantes: la localización de los montones anteriores, por ejemplo. Después, Yelén pudo localizarlos todos. No se había perdido nada; a pesar de que uno de los montones había sufrido una inundación, también pudo reconstruir los escritos casi por completo.

Wil estuvo ocupado durante toda una tarde con la sinopsis de Yelén y el correspondiente análisis de Della. Allí no había sorpresas.

Más tarde, Wil no pudo resistir la tentación de buscar las referencias a él mismo. Las encontró en cuatro localizaciones distintas, la última era la que estaba listada en primer lugar. Wil la pidió por el teclado:

Año 38 137 Montón 4

Lat 14.36N Long 1.01E (ref. meridiano K)

—busque referencias heurísticas cruzadas—

Éste fue el encabezamiento que el programa complementario de Yelén imprimió en la parte alta de la pantalla. Más abajo aparecía el texto en letra cursiva verde. Una flecha roja intermitente marcaba la referencia:

«… y si no salgo de ésta, querida Lelya, por favor: no pierdas el tiempo tratando de resolver este misterio. Vive por nosotras dos, vive para nuestro proyecto. Si debes hacer algo relacionado con mi caso, delega la responsabilidad. Había aquel policía. Un tecno-min. No puedo recordar su nombre (¡Oh, la de millones de veces que he rogado una interfaz de banda, o siquiera un equipo de base de datos!). Pásale el trabajo a él y tú concéntrate en lo importante…».

Wil volvió a sentarse deseando que el buscador de contextos no fuera tan condenadamente eficaz. ¡Ella ni siquiera se acordaba de su nombre! Intentaba decirse a sí mismo que cuando escribió aquellas palabras ella había vivido casi cuarenta años después de haberle conocido. ¿Sería él capaz de recordar su nombre cuarenta años a partir de aquel momento? (¡Sí!). Pensaba en lo mucho que había analizado sus sentimientos, pensaba en lo próximos que habían parecido estar aquella última noche, y en la nobleza

que él había demostrado al echarse atrás… y pensaba también que durante todo aquel tiempo no había sido para ella más que un tecno-min.

Con un rápido movimiento de la mano, Wil borró las otras referencias de la pantalla. Déjalo, Wil, déjalo. Se levantó y se acercó a la ventana de su estudio. Tenía un importante trabajo que hacer. Estaba la entrevista con Mónica Raines y después la de Juan Chanson. Debería estar preparándolas.

Por este motivo retornó a su mesa… y se apresuró a poner en pantalla la primera entrada del diario de Marta:

«El diario de Marta Qih-hui Qen Korolev: Queridísima Lelya», —empezaba. Todas las entradas estaban dirigidas a Lelya.

—Greenlnc. Consulta —dijo Wil—. ¿Qué es «Lelya»? Señaló la palabra en el diario. Un encuadre lateral se llenó con las tres posibilidades más probables. La primera era: «Diminutivo del nombre Yeléna». Wil estuvo de acuerdo: también había sido ésta su primera hipótesis. Continuó leyendo en la pantalla central: «Queridísima Lelya. Se cumplen 181 días desde que todos os fuisteis, y ésta es la única cosa que sé de cierto».

»El hecho de que empiece este diario es una especie de reconocimiento de mi derrota. Hasta ahora, he podido llevar cuenta del tiempo, ya que parecía que esto era lo único que

era necesario hacer; debes recordar que habíamos previsto un ciclo de observaciones de noventa días. Ayer debía haber tenido lugar la segunda grabación, pero no pude ver nada.

»O sea que he de tomar un punto de vista más amplio (Vaya una manera suave de decirlo. Ayer no podía hacer más que llorar). Necesito alguien con quien "hablar".

»Y tengo mucho que decir, Lelya. Ya sabes lo que me gusta hablar. Lo más difícil es tener que escribirlo. Si la literatura requiere el esfuerzo que estoy haciendo, no sé como empezó la civilización. Esta corteza se puede encontrar fácilmente, pero tengo miedo de que se deteriore muy rápidamente. Tendré que reflexionar sobre esto. La "tinta" también es de fácil obtención. Pero la pluma de caña que he fabricado gotea y hace borrones. Y si me equivoco, lo único que puedo hacer es tachar con tinta los errores (ahora comprendo por qué la caligrafía era un arte tan exquisito). Lleva mucho tiempo escribir las cosas más simples. Pero ahora tengo una ventaja: dispongo de mucho tiempo. De todo el tiempo del mundo».

La reconstrucción del original presentaba unas letras mayúsculas raras y numerosas tachaduras. Wil especulaba sobre los años que debería haberle costado a Marta desarrollar el estilo de letra cursiva que había visto en las partes finales del diario.

«Cuando puedas leer esto, probablemente tendrás ya todas las explicaciones (¡Y confío, por lo que a mí se refiere, que te las haya podido dar directamente!), pero quiero contarte todo lo que recuerdo.

»Estábamos en la fiesta de los Robinson. Yo me había ido pronto, tan enfadada con Don que le habría escupido en la cara. Nos había hecho una cochinada, ¿lo sabes? Bueno, era después de la Hora de las Brujas y andaba por el sendero del bosque hacia casa. Fred flotaba a unos cinco metros, delante de mí; recuerdo que la luz de la luna relucía en su casco».

¿Fred? El programa complementario del diario explicó que se trataba del autón que estaba con Marta aquella noche. Wil no había advertido que estaban personificados, porque nunca se dirigían a ellos por su nombre. Pero puesto a pensar en ello, esto no era tan sorprendente; los tecno-max hablaban generalmente con sus colaboradores mecánicos por vía de la cinta de cabeza.

Por medio de Fred tenía una buena visibilidad sobre tres octavas. No había nadie cerca de mí. No había autones ajenos que me siguieran. El trayecto hasta casa era de una hora, pero yo tardé más. No quería estar acalorada cuando te explicara el jueguecito que Don se traía entre manos. Había llegado casi hasta las escaleras grandes cuando sucedió. Fred no había dado ninguna señal. Se produjo una descarga de estática y cayó al suelo. Me llevé una sorpresa mayúscula, Lelya. Durante toda nuestra vida habíamos

tenido autones que nos daban ojos extras. Ésta era la primera vez que yo recuerde no haber tenido algún aviso previo a un problema. Delante de mí, los grandes escalones habían desaparecido. Allí estaba mi reflejo, mirándome. Fred estaba tumbado en el borde de la burbuja. Había sido cortado en dos trozos por el campo del estasis.

«Habíamos estado en situaciones apuradas, Lelya, como cuando tuvimos que luchar contra los ladrones de tumbas. Eran tan fuertes que creí que la batalla iba a durar cincuenta megaaños, y que todo iba a quedar destruido. Debes acordarte de cómo estaba yo después de aquello. Pues bien, ahora era peor. Creo que me volví algo loca. Iba diciéndome a mí misma que todo era un sueño (incluso ahora, después de seis meses, hay ocasiones en que me parece que es la mejor explicación). Corrí alrededor del borde de la burbuja. Todo estaba tan tranquilo y silencioso como antes, pero ahora el terreno se había vuelto traicionero bajo mis pies, y las ramas intentaban desgarrarme. Ya no tenía a Fred para que me diera una visión elevada. La burbuja tenía centenares de metros de diámetros. Se encontraba junto a los grandes escalones. No había cortado ninguno de los árboles grandes. Obviamente, se trataba del emburbujamiento que habíamos planeado para la finca.

»Bien, si lees esto es que ya conoces el resto. La casa de los Robinson fue emburbujada. La de los Genet, también. Me costó tres días de marcha el ir visitando a todos los de la Ciudad Korolev: todo estaba emburbujado. Era exactamente

el salto que habíamos programado, excepto por dos cosas: 1) la pobrecita Marta se había quedado fuera, y 2) todos los equipos automáticos estaban en estasis.

»Durante aquellas primeras semanas, todavía tenía la esperanza de que cada noventa días el estasis desaparecería mientras los autones comprobaban el estado de la burbuja Pacista. No podía imaginar cómo había pasado aquello (todavía no puedo imaginarlo ahora), pero podría resultar que fuera uno de aquellos errores estúpidos de los que uno se ríe después. Todo lo que tenía que hacer era mantenerme viva durante noventa días.

»Había muy pocas malditas cosas fuera de estasis, Lelya. No cabía ni pensar en recuperar algo de Fred. Cuando miraba aquella masa compacta de chatarra me sorprendía de lo poco que podía hacer con aquello, incluso si se diera el caso de que sus acumuladores de potencia hubieran quedado a mi lado de la burbuja. Mónica Raines tiene razón en una cosa: sin los autones, todavía seríamos como salvajes. Ellos son nuestras manos. Y ésta es la parte más horrible: sin un procesador y las bases de datos, soy como una inválida, mi mente es torpe y trabaja lentamente. Cuando se me ocurre algo, los únicos datos que tengo son los que están grabados en mi propia materia gris. Los únicos ojos con los que puedo ver, son mis propios ojos, que están fijos en el espacio y en el tiempo y que sólo pueden ver una banda muy estrecha del espectro. ¡Es difícil imaginarse que antes de nuestra era la gente vivía toda su vida en un estado

tan lobotomizado! Posiblemente resultara una bendición el que no conocieran nada mejor.

»Pero Mónica se equivoca en otra cosa: no me resigné a quedarme sentada y morirme de hambre. Todo el tiempo que había dedicado a los deportes de supervivencia me sirvió de mucho. Los Robinson habían dejado un montón de basura en nuestro lado de la línea de separación de propiedades (esto era de esperar). A primera vista habrías pensado que debía haber mucho que valiera la pena: un centenar de kilos de componentes de oro estropeados, una laguna de barro orgánico que me hizo venir ganas de vomitar y, fíjate en esto, una docena de hojas de cortadora. ¿Qué me importaba que hubieran perdido su filo micro-métrico? Todavía estaban afiladas como para cortar un pelo a lo largo. Eran monocristales de diamantes, de casi medio kilo cada uno. Los monté sobre mangos de madera. También encontré algunas palas en un montón de cenizas, en la ciudad.

»Recordaba los grandes carnívoros que habíamos visto de lejos a nuestra llegada. Si todavía andaban por allí, debían de haberse escondido. Después de un par de semanas, empezaba a sentirme a salvo. Mis trampas funcionaban, aunque no tan bien como en una aventura deportiva, ya que los animales salvajes todavía no se habían recuperado del rescate de los Pacistas. Tal como habíamos planeado, el ala sur de la casa había quedado fuera del estasis (¿Recuerdas que creías que todavía no estaba bastante envejecida?).

Toda ella es de piedra desnuda: escaleras, torres y vestíbulo; pero es un buen refugio y hay partes que se pueden proteger fácilmente con barricadas.

»No recordaba cuánto iba a durar cada inspección, por lo que decidí darte en la cara con mi mensaje. Até un marco entre los árboles y el paso a los grandes escalones. Esparcí corteza por encima de todo el marco y utilicé ceniza para pintar las letras de SOCORRO de tres metros de alto. No había manera de que pasara desapercibida al monitor que está encima de la biblioteca. Tenía el letrero terminado una semana antes de tiempo.

»Lo del día noventa fue peor que cuando esperas a ser llamada por el juez en un juicio. Ningún otro día me había parecido tan largo. Lo pasé sentada a la derecha de mi letrero vigilando mi reflejo en la burbuja. Lelya, no pasó nada. No estabais en una observación trimestral, o el monitor no estaba vigilando. Nunca odié tanto a mi cara como aquel día, mirándola en la superficie de la burbuja».

Desde luego, Marta no se había rendido. En las siguientes páginas explicaba que había construido unos letreros parecidos cerca de las burbujas de todos los viajeros adelantados.

«El día 180 ya había transcurrido y las burbujas seguían allí. Lloré mucho. Te echaba de menos. Los juegos de supervivencia son divertidos, pero no para siempre.

»He de prepararme para el largo recorrido. Voy a hacer que los letreros sean más resistentes. Quiero que duren por lo menos cien años. ¿Cuánto podré resistir? Sin cuidados médicos, la vida media de la gente era de unos cien años. He mantenido mi edad biológica en los veinticinco años, o sea que deben quedarme unos setenta y cinco años. Sin las bases de datos no puedo estar segura, pero creo que lo de los setenta y cinco años es una aproximación mínima. Deben quedar algunos efectos residuales de mi último tratamiento médico, y todavía estoy llena de panfagos. Por otra parte, la gente vieja era frágil ¿no es verdad? Si tengo que protegerme a mí misma y conseguir mi propia comida, esto debe ser un factor a tomar en consideración.

»Está bien. Seamos pesimistas. Digamos que sólo voy a durar setenta y cinco años. ¿Cuáles son mis probabilidades de ser rescatada? Puedes apostar a que he pensado mucho sobre todo esto, Lelya. Mucho depende de lo que causó esta catástrofe, y todas las pistas están a tu lado de la burbuja. Tengo ideas, pero sin las bases de datos no puedo decidir cuáles son plausibles.

Seguía una lista de la cadena de errores independientes que eran necesarios para dejarla fuera, con todos los autones dentro, y además cambiando el tiempo entre las observaciones. Un sabotaje era la única explicación posible; Marta sabía que alguien había intentado matarla.

«Pero no voy a tumbarme para dejarme morir. Ya no puedo pensar técnicamente, pero apostaría a que el período entre observaciones ha de ser bastante corto. Además, tenemos equipo en muchos otros sitios: en las zonas de Lagrange, en las minas de Punta Oeste, en la burbuja Pacista. Con suerte, echaréis vistazos por allí durante los próximos setenta y cinco años. ¿Y acaso no dejamos instalaciones autónomas en el tiempo real, en Canadá? Creo que hay un puente de tierra que lo une con América, en ésta era. Si consigo llegar hasta allí, tal vez pueda efectuar mi propio rescate.

»O sea, que casi todo el tiempo me siento optimista.

»Pero supongamos que no lo consigo. En este caso yo sería la víctima del asesinato, y también en cierta manera, testigo del mismo. Aunque nunca puedas tener los registros de Fred de la fiesta de alistamiento de los Robinson, habrás oído hablar de ella en alguna otra parte. Ésta es la única pista que tengo.

»No permitas que destrocen nuestra colonia, Lelya».

Capítulo VII

La mañana en que debía entrevistarme con Mónica Raines no empezó bien. Wil todavía dormía cuando la casa le avisó de que Della Lu estaba esperando fuera.

Wil gruñó, saliendo de los sueños desagradables que le perseguían todos los amaneceres. Después se dio cuenta de la hora y de la fecha.

—Lo siento, lo siento. Bajaré enseguida.

Se tiró de la cama y fue al cuarto de baño, tambaleándose. ¿Quién había decidido empezar tan pronto? Recordó que había sido él mismo; por algo relacionado con las zonas de tiempo.

Cuando llegó a la planta baja todavía estaba algo atontado. Cogió una caja de comida de la cocina. Los colorines

brillantes del envase correspondían a lo que se estilaba cincuenta millones de años antes. Cuando Korolev decía que les suministraba ayudas del siglo veintiuno, se refería a aquello. Las fábricas automáticas funcionaban con los mismos programas de los primitivos fabricantes. El efecto que les causaba era más de asombro que de algo familiar. Metió la comida en su mochila, junto con su aparato de datos. Algo le decía que debía llevarse algo más: sabía que aquel día iba a dar una tercera parte de la vuelta al mundo. Movió la cabeza. Seguramente estaría de regreso al cabo de cinco horas. Ni siquiera era necesario que se llevara la comida. Wil dio las instrucciones finales a su casa y salió al frescor matutino.

Era uno de esos días, que podía llegar a cambiar los hábitos de los mochuelos nocturnos. Alrededor de la casa, lo verde llegaba hasta muy alto, los árboles todavía húmedos relucían al sol. Todo parecía limpio y brillante, como si hubiera sido acabado de crear. Menos los pájaros, todo estaba en silencio. Atravesó la calle cubierta de musgo para ir al encuentro del volador cerrado de Lu. Dos dispositivos de protección, uno procedente de Yelén y el otro de Lu, dejaron sus puestos sobre la casa y le siguieron.

—¡Hola, Wil! Espera un minuto —era Dilip Dasgupta que le hacía señas con la mano desde su casa que estaba a unos cincuenta metros calle abajo—. ¿Dónde vas?

—A Calaña —le contestó Brierson gritando.

—Vaya.

Rohan y Dilip ya estaban levantados y vestidos. Corrieron hacia él.

—¿Forma parte de la investigación del asesinato? —preguntó Dilip.

—Tienes un aspecto horroroso, Wil —dijo Rohan.

Brierson hizo como si Rohan no existiera.

—Sí. Vamos a ver a Mónica Raines.

—¡Ah! Es una sospechosa.

—No. Todavía estamos investigando los hechos, Dilip. Quiero hablar con todos los técnicos elevados.

—¡Oh!

Parecía un hincha de fútbol contrariado por la mala suerte de su equipo. Algunos días antes, la contrariedad hubiera estado teñida de miedo; entonces todo el mundo había estado inquieto al suponer que el asesinato de Marta pudiera ser el preludio de un ataque masivo a la colonia.

—Wil, te lo decía de verdad —Rohan no iba a dejarse apartar a un lado—. Realmente pareces agotado. Y no se trata tan sólo de hoy porque sea muy pronto y todo esto. No dejes que este caso te aparte de tus amigos. Has de

relacionarte, Wil… Por ejemplo, esta mañana nos vamos con una expedición de pesca que sale de la Costa Norte. Es algo que han organizado los Pacistas. Nuestros amigos, los Genet también vienen, por si acaso encontramos algo demasiado grande para nosotros solos. ¿Sabes? No sé por qué los gobiernos tienen tan mala fama. Tanto los Pacistas como los Neo Mejicanos no son muy diferentes de los clubs sociales o de las asociaciones de los colegios. Se portan muy bien con todo el mundo. Sí, y piensa esto, Wil: aquí hemos empezado una nueva vida. La mayor parte de la humanidad está atada a estos dos grupos. Hay muchas mujeres, mucha gente a la que te gustaría conocer. —Brierson sonrió, algo turbado y conmovido.

—Tienes razón. Debería estar más al corriente de las cosas.

Rohan alzó su brazo para darle un golpe en el hombro.

—Hey, si por la tarde ya estáis de vuelta, podías procurar que Lu te dejara en la Costa Norte. Estoy seguro de que todavía habrá acción por allí.

—¡De acuerdo!

Wil dio la vuelta y se acercó andando a la nave volante de Lu. Los Dasguptas tenían razón en algunas cosas. ¡Pero qué equivocados estaban en otras! Una sonrisa afloró a sus labios cuando se imaginó la reacción de Steve Fraley si oyese

que se comparaba la República de Nuevo Méjico con un club social.

—Buenos días, Wil —la cara de Lu era impasible. Parecía no estar preocupada en absoluto por el retraso—. ¿Te parece bien a 1.5 g?

—Claro, claro.

Brierson ocupó un asiento, no demasiado seguro de saber sobre qué estaba hablando Lu. Por lo menos no tenía que preocuparse por preguntas sobre su estado de salud. Aparte de la risa o la sonrisa, y de las lágrimas, Lu parecía incapaz de leer las expresiones faciales.

Se hundió en los cojines del asiento y la aceleración del aparato volante añadió una lasitud física a la mental que ya tenía. No había usado la base de datos Greenlnc sólo para la investigación del asesinato de Marta. Durante la noche anterior había seguido el rastro de su familia hasta el final del siglo veintidós. Estaba orgulloso de ver hasta dónde habían llegado sus hijos: Anne, astronauta; Billy, policía y luego escritor. Por lo que había podido averiguar, Virginia no se había vuelto a casar. Los tres habían desaparecido en el siglo veintitrés, junto con sus padres, sus hermanas y el resto de la humanidad.

En 2140 y 2180 habían emburbujado regalos para que le hicieran compañía. Greenlnc decía que se trataba del mejor

equipo de supervivencia que se podía comprar con dinero. Había caído en manos de los salteadores de tumbas, los viajeros basureros que existieron durante el primer megaaño después del Hombre. Tal vez había sido mejor así, porque en aquellos paquetes debería de haber videos de la familia, y hubiese sido muy duro el verlos.

… Pero durante todo el tiempo había mantenido el sueño secreto de que Virginia pudiera ir en pos de él, al menos cuando los hijos hubieran tenido sus propias familias. Era algo extraño: él hubiera discutido con ella para que no fuera, pero ahora se sentía… traicionado.

El leve silbido que venía de detrás de los cristales hacía tiempo que había desaparecido, pero continuaba la aceleración que le revolvía las tripas. La atención de Wil volvió al volador. Miró directamente hacia adelante. Un océano salpicado de nubes aparecía ante él como una pared azul. Miró a través de la cúpula transparente y vio la curvatura de la Tierra: el azul pálido se mezclaba con el negro del espacio. Estaban a centenares de kilómetros de altura, volando hacia adelante con una aceleración constante muy distinta a las trayectorias balísticas a que estaba acostumbrado.

—¿Faltaba mucho? —consiguió decir.

—Es lento ¿verdad? —dijo Della—. Ahora que ya está establecida la colonia, Yelén no quiere que usemos las

cabezas nucleares dentro del espacio próximo. A esta aceleración, todavía falta media hora para llegar a Norte América.

Un rosario de islas pasó rápidamente por su campo visual. Mucho más cerca, vio los autones que le protegían cuando estaba en casa: volaban en formación con la nave de Della.

—Todavía no comprendo por qué quieres apartarte tanto de tu camino para ir a hablar con la señora Raines. ¿Tan especial es ella?

Wil se encogió de hombros.

—Quiero hablar primero con las personas que sean menos propicias. Mónica no está interesada en venir a vernos en persona, y a mí me gusta que estas entrevistas sean cara a cara.

Della dijo:

—Esto es juicioso. La mayoría de nosotros podemos hacer cualquier cosa en un canal de holo… Pero ella es, de los técnicos elevados, uno de los menos potentes. No puedo imaginármela como una asesina.

Pocos minutos después, Della hizo dar a su aparato un viraje pronunciado y en picado, que por unos segundos les hizo acelerar fuertemente en dirección al Pacífico. Wil se alegró de no haber tenido tiempo para desayunar. Cuando

entraron en la atmósfera por la parte oeste de Calaña, iban a la velocidad justa para que el casco de la nave se pusiera solamente un poco al rojo.

Calaña. Era uno de los nombres más apropiados que habían puesto las Korolevs. En los tiempos de Wil, una de las pautas del insulto regional era la predicción de que California algún día caería al mar. Esto no ocurrió nunca. Al contrario, California se había hecho a la mar, deslizándose a lo largo de la falla de San Andrés, terremoto a terremoto, milenio tras milenio, hasta que la costa suroeste de Norte América se convirtió en una isla de mil quinientos kilómetros. Sin duda era Calaña, la dilatada y estrecha isla que los marineros españoles habían (muy prematuramente) identificado cincuenta millones de años antes.

Della hizo los últimos cientos de kilómetros en aproximación baja. La playa se deslizaba rápidamente debajo de ellos. Tanto al norte como al sur, hasta donde alcanzaban a ver, las rompientes iban a dar en la pura arena. Allí no había ciudades ni caminos. El mundo estaba en un período interglaciar, al igual que en la Era del Hombre. Aquella línea de costa, se parecía a la de California. No le hacía sentir la misma nostalgia que si se hubiera tratado de Michigan, pero de todas maneras notó un nudo en la garganta. Él y Virginia habían visitado California del Sur en la década de los 2090, después de que se hubiera suprimido el gobierno de Aztlán. Se deslizaron volando sobre las colinas cubiertas de árboles de hojas perennes. La luz de la tarde

hacía que todo apareciera con un relieve desigual. Detrás de las colinas, la vegetación estaba marchita y de un color verde grisáceo. Y detrás de todo esto había la llanura y los estrechos de Calaña.

***

—Está bien. ¿Qué preguntas estúpidas quieres hacerme? —Mónica Raines les miraba mientras les precedía hasta su… escondite, como lo llamaba ella. Wil y Della se apresuraban detrás de ella. Él no estaba desanimado por la brusquedad de la artista. En el pasado, jamás había sido un secreto su desagrado por las Korolevs y sus planes.

Los escalones de madera descendían por una zona ensombrecida por los árboles. Un olor de mezquite flotaba en el aire. En el fondo, invisible entre las enredaderas y las ramas, había una pequeña cabaña. Su suelo estaba profusamente alfombrado con almohadas esparcidas por todas partes. Uno de los lados de la habitación no tenía pared para dejar ver el principio de la tierra plana. Una batería de equipos (¿ópticos?) estaba dispuesta en el borde de aquel lado abierto.

—Les agradeceré que hablen en voz baja —dijo Mónica—. Estamos a menos de doscientos metros de distancia del nido de encendida.

Jugueteó con su equipo; no llevaba una cinta de cabeza. Una pantalla plana se iluminó con la imagen de dos… ¿buitres? Se pavoneaban alrededor de un pequeño montón de piedras y maleza. La imagen daba unos reflejos oscilantes a causa del calor. Wil suspiró a causa de la óptica: sólo podía distinguir dos pájaros situados en el valle que había detrás del escondrijo.

—¿Por qué usa un telescopio? —dijo Lu en voz baja—. Con unas cámaras trazadoras, podría…

—Sí. Algunas veces también las uso. Pasadme las lejanas —dijo en dirección al tenue aire. Otras pantallas cobraron vida. Las imágenes eran oscuras hasta en el oscurecido cuarto—. No me gusta repartir trazadoras por ahí: falsean el ambiente. Además, no me queda ninguna que sea buena —señaló con su pulgar hacia la pantalla principal—. Si tenéis suerte, estos pájaros dragón os van a dar un verdadero espectáculo.

¿Pájaros dragón? Wil volvió a mirar aquellos cuerpos deformes con sus cabezas y cuellos desplumados. Seguían pareciéndole buitres. Aquellas criaturas de color pardo seguían pavoneándose alrededor del montón, de vez en cuando hinchaban sus pechugas. Separado a un lado vio a otro, menor, que estaba quieto y observaba a los otros. Lo que más extrañeza causaba en ellos era un puente en forma de hoja que cruzaba la parte alta de sus picos.

Mónica estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Wil se sentó menos estéticamente y tecleó algunas notas en su aparato de datos. Della Lu se quedó de pie, paseando por la habitación, mientras miraba los cuadros de la pared. Eran pinturas famosas: La muerte en bicicleta, La muerte visita el parque de atracciones… Habían sido una novedad allá por el año 2050, cuando se descubrió la longevidad, cuando la gente se dio cuenta de que, salvo por accidente o violencia, podía vivir para siempre. Repentinamente La Muerte se había convertido en un personaje anciano que se había liberado de su pesada obligación; rodaba torpemente en su primer viaje en bicicleta, con su guadaña en alto como si se tratara de una bandera. Los niños corrían a su lado, sonriendo y riendo. Wil se acordaba mucho de aquellos cuadros: él también era un niño en aquella época. Pero allí, cincuenta millones de años después de la extinción de la raza humana, parecían más macabros que bonitos.

Wil volvió a centrar su atención en Mónica Raines.

—Usted sabe que Yelén Korolev ha delegado la investigación del asesinato en la señora Lu y en mí. En resumen, yo me encargo de husmear por todas partes, igual que en las novelas de detectives; y Della Lu se ocupa de los análisis de técnica elevada. Puede parecerle una frivolidad, pero así he trabajado siempre: quiero hablar con usted cara a cara para que me diga lo que piensa sobre el crimen.

Y para descubrir qué tuvo que ver en él, pero esto no lo dijo.

Wil entró en materia de la forma más casual y menos amenazante posible.

—Todo esto es voluntario. No pretendemos tener la menor autoridad contractual.

Las comisuras de la boca de Raines se torcieron hacia abajo.

—Lo que yo pienso del crimen, señor Brierson, es que no tengo nada que ver en él. Para decirlo en su jerga de detective: no tengo el menor móvil, porque nunca he tenido el menor interés en el despreciable intento de hacer resurgir la humanidad. No he tenido la menor oportunidad, ya que mi equipo de protección es mucho más reducido que el de ella.

—Pero usted es una técnica elevada.

—Sólo por la época de mi origen. Cuando dejé la civilización, me llevé lo más imprescindible para poder sobrevivir. No me traje *software* para construir fábricas automáticas. Tengo capacidad aire-espacio y algunos explosivos, pero son lo mínimo que se necesita para poder salir del estasis con seguridad —hizo un gesto en dirección a Lu—. Su acompañante, que es tecno-max, puede comprobarlo.

Della se dejó caer, como si no tuviera huesos, a una posición con las piernas cruzadas y apoyó las mejillas en las manos. Por un momento pareció que era una muchacha.

—¿Me permitirá el acceso a sus bases de datos?

—Sí.

La espacial asintió, y su atención volvió a alejarse. Estaba mirando la imagen telescópica. Los pájaros dragón habían acabado de pavonearse. Arrojaban piedras por turno contra la estructura que parecía un nido y que estaba situada entre ambos. Wil jamás había visto nada parecido. Los pájaros buscaban por el borde del montón de piedras y maleza. Parecía ser que escogían algo cuidadosamente. Lo que cogían con sus picos relucía. Después con un movimiento rápido de su cabeza, el guijarro salía despedido contra el montón. Al mismo tiempo, el que lanzaba aleteaba brevemente el aire.

Raines siguió la mirada de Della. La cara de la artista se abría con una sonrisa menos cínica que de costumbre.

—Fíjese en cómo se ponen a favor del viento, cuando hacen esto.

—¿Son capaces de encender fuego? —preguntó Lu.

La cabeza de Raines se alzó.

—Usted es la espacial. ¿Ha visto cosas como ésta, antes de ahora?

—Una vez. En el LMC. Pero no se trataba de… pájaros, exactamente.

Raines se mantuvo callada durante unos instantes. La curiosidad y extrañeza reñían una batalla con su natural deseo de demostrar que sabía más que sus visitantes. Salió ganando esto último, pero se había vuelto más amistosa cuando prosiguió:

—Ha de estar todo bien preparado, antes de que lo intenten. Hemos tenido un verano muy seco, y han construido su pira inicial al borde de una zona que no se ha quemado desde hace décadas. Advierta que hay una buena brisa que sopla a lo largo de las colinas.

También Lu estaba sonriendo.

—Sí. De manera que este reflejo de aleteo que tienen cuando arrojan… ¿es para ayudar un poco a las chispas?

—Correcto. Podría ser que… ¡Oh, miren, miren!

No había mucho que ver. Wil había visto una débil chispa cuando el último guijarro había golpeado las piedras del nido, mejor dicho, de la pira inicial, que es como la llamaba Mónica. Una tenue voluta de humo salía de la paja que cubría el lado de sotavento del montón. El buitre se

mantenía próximo al humo y movía suavemente sus alas en forma de largos abaniqueos. Su grito traqueteante creó ecos en todo el barranco.

—Nada. Esta vez no ha prendido… Otras veces el dragón tiene demasiado éxito. Si se prenden sus plumas, arden como antorchas. Creo que por este motivo, los machos operan por parejas: uno de ellos va de repuesto.

—Pero cuando el juego sale bien… —dijo Lu.

—Si les sale bien, consiguen un bonito incendio forestal que se propaga alejándose de donde están los pájaros dragón.

—¿Y para qué quieren iniciar incendios? —preguntó Wil, con la desagradable sensación de que ya sabía la respuesta.

—Les conviene para comer, señor Brierson. Estos necrófagos no esperan a que su comida caiga muerta por sí misma. Un fuego como éste puede extenderse más rápido de lo que los animales pueden correr. Cuando ya ha pasado, encuentran mucha carne asada. Estos puentes que tienen en su pico son para hacer saltar la carne de sus víctimas. Después, los dragones engordan tanto que apenas si son capaces de andar como los patos. Un buen incendio marca el inicio de una época de cría realmente buena.

Wil se sintió algo mareado. Había visto muchas películas dedicadas a la naturaleza, desde las de pantalla plana de

Disney, pero nunca había podido admitir toda la habladuría sobre la belleza y equilibrio de la naturaleza cuando estaban ilustrados con unas formas tan grotescas de muerte súbita.

Las cosas se pusieron peor con la intervención de Della.

—¿Es decir, que matan principalmente a animales menores que ellos?

Raines hizo un signo afirmativo.

—Pero hay algunas interesantes excepciones. —Hizo cobrar vida a otra pantalla—. Estas imágenes proceden de una cámara situada a unos cuatrocientos metros al este de aquí.

La imagen oscilaba y saltaba. Wil vislumbró unas criaturas peludas que escarbaban por entre la espesa maleza. Su constitución les obligaba a andar muy a ras del suelo; pero, vagamente, parecían monos.

—Es curioso ver en qué pueden convertirse los primates, ¿verdad? Su diseño original puede desplegar tantos resultados; es tan centrado. Exceptuando una desastrosa ocasión en que se llegó a un callejón sin salida, en general son los mamíferos más interesantes. En todas las épocas, he visto cómo se adaptaban a cualquier casilla de los grandes animales terrestres, y lo que es todavía más: los monos pescadores están casi en la casilla de los pingüinos. Los vigilo

de cerca: algún día pueden convertirse en animales estrictamente marinos.

En sus facciones, normalmente melancólicas y tristes, se veía el brillo del entusiasmo.

—¿Cree usted que la humanidad tuvo un fenómeno de regresión hasta convertirse en los monos pescadores, y estas… cosas? —dijo Wil, señalando la pantalla sin poder evitar que su voz delatara la repulsión que sentía.

Raines contestó con desdén:

—Esto es absurdo. Y además presuntuoso, realmente. El *homo sapiens* fue casi la más automortífera variación del tema de la vida. Esta especie se aisló tanto de los esfuerzos físicos durante tanto tiempo que los pocos de sus individuos que pudieron sobrevivir a la destrucción de la tecnología fueron totalmente incapaces de vivir por sus propios medios. No, los actuales primates descienden de los que estaban en estado salvaje cuando la humanidad se autoextinguió.

Rió suavemente al ver la expresión de la cara de Wil.

—No tiene el menor derecho, señor Brierson, de hacer juicios de valor sobre los pájaros dragón. La suya es una variedad muy bonita que ha sobrevivido durante medio millón de años (casi lo que duró la experiencia del Hombre con el fuego). Las piras iniciales empezaron siendo pequeños

montones de resplandor, una especie de ostentación sexual de los machos. Los primeros fuegos fueron accidentales, pero la adaptación ha ido mejorando la especie a lo largo de centenares de miles de años. Estos fuegos no les proveen de toda su comida, ni siquiera de la mayor parte de ella. Pero es una ventaja adicional. Como ritual de emparejamiento, ha llegado incluso a superar las épocas de clima húmedo. Cuando los veranos vuelven a ser secos, todavía está vigente para su uso.

—Éste es el modo en que debía usarse el fuego, señor Brierson. Los pájaros tienen un impacto muy pequeño en el promedio de incendios: no hacen más que redistribuir los fuegos según su conveniencia. Su manera de utilizarlo es autolimitante, pues cumple el balance de la naturaleza. Fue el Hombre quien pervirtió el fuego y lo usó para una destrucción sin límites.

Cada una de sus intervenciones es más disparatada que la anterior, pensó Wil. Mónica Raines estaba rodeada y servida por los frutos de aquella «perversión», y no sabía hacer otra cosa que quejarse. Parecía algo del siglo veinte.

—¿Usted no cree en la teoría de Juan Chanson, de que el hombre fue exterminado por los alienígenas?

—No hay ninguna necesidad de inventar algo así. ¿No lo ve, señor Brierson? Las tendencias estaban allí, innegables. Los sistemas de la Humanidad se hicieron cada vez más

complicados y sus demandas fueron cada vez más rapaces. ¿Ha visto las minas que las Korolevs construyeron al oeste del Mar Interior? Se alargan docenas y docenas de kilómetros, pozos abiertos, autómatas por todas partes. En los últimos años del siglo veintidós, ésta era la escala de recursos que necesitaba un solo individuo. La ciencia daba a cada animal humano la presunción de que obraba como un dios. La Tierra no podía consentirlo. Diablos, apostaría a que ni siquiera hubo una guerra. Estoy segura de que toda la estructura se colapso bajo su propio peso, dejando a los violadores a merced de su víctima: la naturaleza.

—Existe el cinturón de asteroides. La industria podría haberse trasladado fuera del planeta. —De hecho, Wil había visto en su tiempo cómo se iniciaba este proyecto.

—No. Se trataba de un proceso exponencial. El trasladarse al espacio sólo podía retrasar la catástrofe durante unas décadas.

Se puso de rodillas y miró hacia la pantalla del telescopio. Los buitres habían vuelto a adoptar su pavoneo alrededor del montón de piedras.

—Es una lástima que hoy no podamos observar un fuego. Por la tarde lo intentan con más ahínco.

—Si usted opina esto de los humanos, ¿por qué está fuera de estasis, precisamente ahora? —dijo Lu.

Wil añadió:

—¿Es que piensa usted que podrá persuadir a la nueva colonia que se comporte más…, respetuosamente con la naturaleza?

Raines les obsequió con otra de sus torcidas sonrisas.

—Rotundamente… no. ¿No habrán visto alguna propaganda mía, verdad? Esto es lo que menos me importa. Esta colonia es la mayor que yo he visto, pero va a caer como todas las demás. Una vez más, habrá paz sobre la Tierra. Yo, hum… es solamente una coincidencia que todos hayamos salido del estasis al mismo tiempo —dudó—. Yo… yo soy una artista, señora Lu. Uso los instrumentos de los científicos, pero con un corazón de artista. Cuando estaba en la civilización, vi que se acercaba la Extinción y que no iba a quedar nadie que violara a la naturaleza, pero que tampoco quedaría nadie para ensalzar su obra.

»Por esto viajé a través del tiempo, he estado un promedio de un año viva por cada megaaño, pintando mis cuadros, tomando mis anotaciones. Algunas veces sólo estoy un día, otras una semana, o un mes. Durante los últimos megaaños he estado muy activa. Las arañas sociales son fascinantes, y ahora, precisamente en el último medio millón de años, han aparecido los pájaros dragón. No es tan sorprendente que vivamos todos al mismo tiempo.

Había algo sospechoso en aquella explicación. Un año de tiempo de observación, repartido a lo largo de un millón de años dejaba una tremenda cantidad de huecos. La colonia sólo llevaba en actividad unos pocos meses. Las probabilidades de no coincidir con ella parecían ser muy altas. Raines estaba sentada, incómoda, casi temblaba cuando él la miraba. Mentía, pero ¿por qué? La explicación evidente era de un cariz inocente. A pesar de toda su hostilidad, Mónica Raines seguía siendo un ser humano. Aunque ella misma no quisiera admitirlo, todavía necesitaba compartir sus cosas con los demás.

—Pero mi presencia aquí no es pura coincidencia, señor Brierson. Tengo mis cuadros; estoy a punto de marcharme. Supongo que los próximos siglos, el tiempo que vais a tardar todos en morir, serán muy poco gratos. Ya me habría marchado hace mucho tiempo si no hubiera sido por Yelén. Exige que me quede en ésta era. Me amenaza con dejarme caer en el Sol si me emburbujo, es una fiera rabiosa. —Al parecer, Raines no tenía tantos explosivos como los Robinson. Wil se preguntaba si habría otros tecno-max que se quedaban a la fuerza—. O sea que ya pueden ustedes darse cuenta de por qué quiero cooperar. No se echen encima de mí.

A pesar de sus agrias palabras, tenía ganas de hablar. Les enseñó el video de los primitivos pájaros dragón, de los tiempos cuando el inicio de un fuego era casi un accidente. Durante sus cincuenta años de viajes había creado archivos

que habrían avergonzado a las bibliotecas nacionales del siglo veinte. Don Robinson no era el único que hacía videos caseros. La automatización de Mónica podía reorganizar sus datos para formar unos homotópicos alucinantes, en los que las criaturas presas de la antorcha del tiempo se iban transformando y se fundían de una forma a otra. Parecía estar dispuesta a enseñárselo todo, y Della Lu, por lo menos, parecía querer verlo.

Cuando salieron del escondrijo, reinaba una profunda penumbra en la zona de césped. Raines les acompañó hasta la parte alta de su pequeño cañón. Un viento seco y tibio agitaba el chaparral: los pájaros dragón no iban a tener dificultades para encender su fuego si el viento seguía así. Se detuvieron unos momentos en la parte alta de la cresta. Su vista alcanzaba hasta varios kilómetros de distancia en todas direcciones. Unas líneas de colores naranja y rojo cruzaban el horizonte por el Oeste. Una insinuación de color verde estaba encima y luego seguía el violeta y el negro estelar. No se advertía ninguna luz artificial. Un olor parecido al de la miel flotaba en la brisa.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo Raines en voz baja.

Impoluto para siempre y aún más. ¿Era posible que ella quisiera esto?

—Sí, pero algún día la inteligencia volverá a evolucionar. A pesar de que usted tenga razón en lo que piensa de la humanidad, el mundo no va a estar siempre en paz.

Ella no contestó inmediatamente.

—Podría suceder. Hay un par de especies que están al borde de la inteligencia, las arañas, por ejemplo —ella le miró otra vez y su cara quedó iluminada por la semipenumbra ¿estaba enrojeciendo? Al parecer había dado en el blanco—. Si esto ocurriera… bien, yo estaría allí, desde el mismo principio de su aparición. No estoy en contra de la inteligencia propiamente dicha, sino del abuso que se haga de ella. Tal vez podré lograr apartarlos de la arrogancia de mi raza.

Al igual que uno de los dioses antiguos, dirigiría las nuevas criaturas por el camino de la verdad. Mónica Raines encontraría a alguien que pudiera apreciarla adecuadamente, aunque tuviera que ayudar a crearlo.

***

El aparato volador de Lu se desplazaba regularmente sobre el Pacífico. El sol se levantaba rápidamente sobre el borde de la Tierra. De acuerdo con los datos de sus registros, todavía no era mediodía en Asia. La brillante luz del sol y el cielo azul (que en realidad era el Pacífico que estaba debajo de ellos) les proporcionaba una diferencia emocional

importante. Sólo unos minutos antes todo había sido oscuridad y los tenebrosos pensamientos de Mónica.

—Locos —dijo Wil.

—¿Quiénes?

—Todos los viajeros avanzados. En todo un año de trabajo de policía no se puede encontrar alguien que sea más raro que ellos. Yelén Korolev, que parece tener celos de mí sólo por que me gusta su amiga que se quedó sola durante un siglo después de nuestro salto en el tiempo; la lista jovencita Tammy Robinson, que tiene edad suficiente para poder ser mi madre, y cuya meta es poder celebrar el Año Nuevo al final del tiempo; Mónica Raines a cuyo lado cualquier fanático ecologista del siglo veinte quedaría en ridículo. Y además tenemos a Della Lu, que ha vivido tanto que ha de estudiar para poder parecer humana.

Se detuvo después de pronunciar estas últimas palabras y miró con ojos culpables a Della. Ella le sonrió comprensivamente, y la sonrisa parecía que llegaba hasta sus ojos. Maldición. Ahora había momentos en que ella parecía darse cuenta de todo.

—¿Y qué esperabas, Wil? Para empezar, todos somos algo raros: en su día abandonamos voluntariamente la civilización. Desde entonces hemos consumido centenares (y a veces millares) de años para llegar hasta aquí. Esto

requiere una fuerza de voluntad que puedes llamar monomanía.

—No todos los tecno-max estaban locos, al principio. Quiero decir que… vuestra motivación original fueron las expediciones de corto alcance, ¿no es cierto?

—Según vuestra escala de medidas, no eran de corto alcance. Yo acababa de perder a alguien a quien quería mucho; quería estar sola. La Misión Estelar Gatewood era un viaje de mil doscientos años. Pero cuando regresé había rebasado la Singularidad, lo que Mónica y Juan llaman la Extinción. Fue entonces cuando me fui en misiones realmente largas. Te has olvidado de todos los técnicos adelantados que eran razonables, Wil. Éstos se asentaron después de los primeros megaaños después del Hombre, y sacaron el mejor partido de su situación. Tú te has quedado con lo peor de lo peor, por decirlo de alguna manera.

Ella se había apuntado un tanto. Era mucho más fácil hablar con los técnicos bajos. Hasta entonces Wil había creído que aquello se debía a una mayor afinidad cultural, pero ya comprendía que era algo que obedecía a razones más profundas. Los tecno-min eran personas que habían sido secuestradas, o que tenían metas a corto plazo (como los Dasguptas y sus locos planes de inversiones). Hasta los de Nuevo Méjico, que tenían un gran número de conceptos desagradables, no habían pasado más que unos pocos años

en el tiempo real, desde que habían abandonado la civilización.

De acuerdo, todos los sospechosos estaban chiflados. El problema estribaba sólo en saber además cuál de los chiflados estaba podrido.

—¿Qué podemos pensar de Raines? A pesar de toda su aparente indiferencia, es claramente hostil a las Korolevs. Era posible que hubiera matado a Marta únicamente para «acelerar el proceso natural» del colapso de la colonia.

—Creo que no, Wil. Estuve rondando por allí mientras hablábamos con ella. Tiene un buen equipo de emburbujar, y suficientes autones como para mantener su programa de observaciones, pero está prácticamente indefensa. No tiene los medios necesarios para engañar a los programas de planes de Korolev… La verdad, es que prácticamente carece de equipos. Si sigue viviendo un año cada megaaño, no durará más de un par de centenares de megaaños antes de que sus autones le empiecen a fallar. Y entonces va a tener que descubrir por sí misma y de primera mano lo que es la naturaleza… Deberías felicitarme, Wil: estoy siguiendo tus consejos en las entrevistas. No me reí cuando empezó a largar sobre la paz y el equilibrio de la naturaleza.

Brierson sonrió.

—Sí. Has sido un buen co-interrogador… Pero no creo que quiera viajar indefinidamente. Su objetivo real es hacer el papel de dios para la próxima raza inteligente que se desarrolle sobre la Tierra.

—¿La próxima raza inteligente? Entonces no se da cuenta de lo escasa que es la inteligencia. Es posible que pienses que aquellos pájaros que hacen fuego son una mutación, pero deja que te diga una cosa: casos así son mil veces más frecuentes que la evolución de la inteligencia. Es más probable que el sol se convierta en una estrella gigante roja antes de que la inteligencia vuelva a aparecer sobre la Tierra.

—Humm —no estaba en posición de poder discutir. Della Lu era el único ser humano viviente, y tal vez la única persona a lo largo de toda la historia, que realmente sabía aquellas cosas—. De acuerdo, Mónica vive una fantasía… o tal vez nos está ocultando sus verdaderas posibilidades, en las zonas de Lagrange, o en el desierto. ¿Estás segura de que no se hace la tonta?

—Todavía no. Pero cuando me facilite el acceso a sus ficheros, voy a efectuar unas muy concienzudas comprobaciones. Tengo mucha confianza en mi automatización. Raines abandonó la civilización siete años antes que yo. Por muy buena que fuera la automatización que se llevó, la mía es mejor. Si nos esconde algo, voy a descubrirlo.

Un sospechoso menos, probablemente. En cierto modo era un progreso.

Volaron en silencio durante algunos minutos. Tenían a un lado el azul de la Tierra, y el sol deslizándose por el otro. Consiguió ver a uno de los autones de protección: era una mota brillante que flotaba y se destacaba delante de las nubes.

Tal vez debería concederse la tarde libre para ir a la reunión de los Pacistas en la Costa Norte. Pero todavía quedaba algo acerca de Mónica Raines.

—Della: ¿Cómo crees que se sentiría Mónica si la colonia resultara un éxito? ¿Sería tan indiferente con nosotros, si creyera que podemos causar un daño permanente?

—Creo que se sorprendería, se enfadaría mucho… pero no podría hacer nada.

—Lo estoy tomando en consideración. Supongamos que no dispone del habitual equipo de batalla de alta técnica. Si sólo quiere destruir la colonia, no necesita tener algo espectacular: tal vez una enfermedad, algo con un largo período de incubación.

Los ojos de Della se ensancharon, casi cómicamente. Él ya había visto la misma expresión en Yelén Korolev. Tenía algo que ver con la interfaz de datos directa: cuando se enfrentaban con una pregunta sorpresa que requería un

análisis profundo, al principio parecían sorprendidas y después aturdidas. Transcurrieron algunos segundos.

—Cabe dentro de lo posible —prosiguió Wil—. Ella tiene una base biocientífica, y un pequeño laboratorio automático sería muy difícil de descubrir. La automatización médica de las Korolev es buena, pero no está proyectada para caso de guerra…

Della sonrió:

—Es una idea muy interesante, Wil. Un virus debidamente programado podría ser inmune a los panfagos e infectar a todos antes de que aparecieran los primeros síntomas. Aunque se emburbujara toda la zona, no habría defensa.

«Interesante» no era la palabra que Brierson habría usado. Las enfermedades que se propagaron después de 1997 habían matado a la mayor parte de la raza humana. En los tiempos de Wil, en Norte América no vivían más de cuarenta millones de personas. Aquel terror ya se había acabado, y el mundo era un sitio amistoso, pero todavía eran preferibles las bombas y las balas a los bichitos. Se mojó los labios.

—Supongo que no nos hemos de preocupar inmediatamente. Ella debe saber lo mortal que podría ser la respuesta de los tecno-max. Pero si nuestra colonia tiene demasiado éxito…

—Sí. La he puesto en mi lista. Y ahora que ya estamos al corriente de esta posibilidad, no será muy difícil protegernos de ella. Tengo un equipo médico de exploración espacial muy bueno.

—Yaaaaa. No te preocupes por nada, Wil.

Habían perdido a uno de los sospechosos de asesinato, pero posiblemente habían ganado un maníaco genocida.

Capítulo VIII

Wil no fue a reunirse con los de la excursión a la Playa Norte.

En primer lugar, el asunto de la Raines le había afectado mucho; por otra parte, alguien había asesinado a Marta. Lo más probable era que este alguien quisiera que la colonia fracasase. Y aquel día no estaba más cerca de la solución del caso de lo que estaba una semana antes. Las excursiones tendrían que esperar.

Conectó su aparato de datos con los archivos de su casa. Podría utilizar directamente las pantallas de la casa, pero se sentía más a gusto con su portátil… Además, era una de las pocas cosas que había llevado consigo a través del tiempo, y su memoria era un desván lleno de mil recuerdos íntimos; la

fecha que señalaba, 16 de febrero de 2100, sería correcta si su antigua vida hubiera continuado.

Después de calentar su comida, Wil se ocupó en mascar distraídamente las verduras mientras estudiaba a fondo sus progresos. Andaba retrasado en sus lecturas, lo que era otra buena razón para quedarse en casa aquella tarde. La gente que no está al corriente del trabajo policial no sabe que gran parte de la investigación criminal requiere sacar conclusiones de las bases de datos, principalmente de las bases de datos de dominio público. Las «lecturas» de Wil eran el origen más probable de la evidencia real. Y no le faltaban cosas que buscar. El archivo de su casa era mucho más extenso que el de cualquier otro técnico bajo. Además de la edición de 2201 de Greenlnc, disponía de copias de algunas partes de las bases de datos personales de Korolev y de Lu.

Wil había insistido en tener sus propias copias. No quería recibir su información a través de las redes de enlace, porque no quería que su contenido cambiara misteriosamente en función de lo que se les antojara a sus propietarias originales. Pero debía pagar un precio por esta independencia: iba a encontrar ciertas incoherencias. Sus mismos procesadores tenían que adaptarse a la idiosincrasia de la estructura de los datos aportados. Con las bases de datos de Yelén, no era demasiado difícil porque habían sido preparadas tanto para ser usadas con la cinta de cabeza como con el anticuado lenguaje de preguntas. Su jerga

ingenieril resultaba incomprensible a veces, pero podía soslayarla.

Las bases de datos de Della ya eran otra cosa. Su copia de Greenlnc era un año más reciente que la de Yelén, pero había una nota que informaba que las últimas partes habían resultado severamente dañadas durante sus viajes. Esto era un modo de decir las cosas. Secciones enteras de los últimos años del siglo veintidós estaban desordenadas o simplemente habían desaparecido. Su base de datos personal estaba intacta, pero sólo podía usarse con su código particular de conexión a la cinta de cabeza. Con los procesadores de que disponía descubrió que le era casi imposible comunicarse con los programas para recuperar datos. Con frecuencia no lograba más que un *output* que parecía estar compuesto por alucinaciones alegóricas; otras veces quedaba bloqueado por los fragmentos de un simulador de personalidad. No era la primera vez en su vida que Wil deseaba poder usar como interfaz las cintas de cabeza. Ya existían en su tiempo. Añadidas a una gran inteligencia congénita y a un cierto carácter imaginativo, podían convertir los ordenadores en una extensión directa de la mente. Pero si no se contaba con estos dones, las cintas craneales no proporcionaban más que una especie de agudeza mental parecida a la que dan las drogas. Wil suspiró. Yelén decía que las cintas de cabeza de su época eran de uso más fácil, pero le había faltado tiempo para aprenderlo.

Della tenía nueve mil años de exploración metidos en su base de datos. Cedió a la tentación de echarles un vistazo: un mundo donde las plantas flotaban en el cielo, fotografías de estrellas que coronaban desde muy cerca a algo oscuro y que se desplazaba visiblemente, una instantánea de un planeta verde y lleno de cráteres obtenida desde una órbita muy baja. En un planeta, bañado por el resplandor de un sol gigante rojizo, vio lo que le parecieron ruinas. En ninguna otra parte pudo ver señales de inteligencia. ¿Tan raro era que todo lo que Della pudo ver eran las ruinas, o los fósiles de las ruinas, de alguna civilización que había durado unos milenios y a la que se había acercado millones de años demasiado tarde? Todavía no le había preguntado lo que había visto. La solución del asesinato era su problema inmediato, y hasta hacía muy poco tiempo le había resultado difícil hablar con ella. Pero al reflexionar sobre ello, cayó en la cuenta de que era terriblemente reservada en lo que hacía referencia a sus viajes.

Sus otras investigaciones iban mejor. Había estudiado a casi todos los tecno-max. Exceptuando a Yelén y Marta, ninguno de ellos había tenido contactos especiales cuando estaban en la civilización. Esta conclusión no podía ser absoluta, desde luego. Las compañías biográficas sólo tenían un determinado número de espías. Si alguien ocultaba algo, y además estaba fuera de la vista de la gente, este algo podía permanecer oculto.

Philippe Genet era uno sobre los que había menos documentación. Wil no pudo encontrar ninguna referencia de él anterior a 2160, cuando empezó a anunciar sus servicios como contratista de obras. En aquel tiempo ya debía tener cuarenta años, por lo menos. Se tenía que vivir como un ermitaño o poseer dinero en gran abundancia para que pasaran cuarenta años sin figurar en una lista de ventas por correspondencia o sin hacerse pública la clasificación de crédito. Quedaba otra posibilidad: tal vez Genet había estado en estasis antes de 2160. Wil no había llegado muy lejos en este sentido, pero por aquí podría abrirse un nuevo abanico de posibles investigaciones. Entre 2160 y la época en que Genet dejó la civilización, en 2201, la pista era escasa pero visible. No había sido convicto de ningún crimen que implicara un castigo público. No se le había visto en los acontecimientos públicos ni escrito nada que el público pudiera conocer. Por su propaganda, y por la propaganda que se dirigía a él, era evidente que su empresa de construcciones iba bien, pero no lo bastante como para atraer la atención de los periódicos de su ramo. La calificación de su trabajo era buena pero no espectacular; quedaba bastante por debajo en las «relaciones con los clientes». En la década de los 2190, siguió la tendencia general y empezó a especializarse en la construcción en el espacio. Wil no pudo encontrar en parte alguna un móvil para el asesinato, pero por sus antecedentes como constructor, Genet era probablemente uno de los viajeros mejor armado.

Los antecedentes tranquilos y conservadores de Genet, al parecer, encajaban muy poco con los saltos hacia el futuro. Por lo menos, era una posibilidad para una entrevista preliminar, y sería agradable tratar con un tecno-max que no estaba loco.

En términos de documentación, Della Lu estaba en el otro extremo. Brierson debería haber reconocido su nombre la primera vez que lo oyó, incluso si se atribuía a su actual poseedor. Aquel nombre era muy importante en los libros de historia de la niñez de Wil. Si no hubiese sido por ella, la revolución del 2048 contra la Autoridad de la Paz habría resultado un fracaso catastrófico. Della había sido un agente doble.

Wil acababa de releer la historia de aquella guerra. Para los Pacistas, Lu era un miembro de la policía secreta que se había infiltrado entre los rebeldes. Pero en realidad, había sido todo lo contrario. Durante el asalto rebelde a Livermore, Della Lu estaba destacada en el corazón del Alto Mando Pacista. Bajo las mismas narices de sus jefes, emburbujó el puesto de mando de los Pacistas cuando ella estaba allí. Esto fue el fin de la batalla, y el fin de la Autoridad de la Paz. Las tropas que quedaban se rindieron o se autoemburbujaron. Los Pacistas que entonces vivían en la Costa Norte procedían de una fortaleza secreta de Asia, preparada para llevar la guerra al futuro, pero desgraciadamente para ellos, se fueron a un futuro demasiado lejano.

Lo que Della hizo requería un gran valor. Estaba rodeada por la gente que había traicionado; cuando reventara la burbuja sólo podía desear que su muerte fuese rápida.

Todo aquello había sucedido en 2048, dos años antes de que Wil naciera. Se acordaba que de pequeño leía las historias y deseaba que se encontrara la manera de poder salvar a la valiente Della Lu cuando por fin reventara la burbuja de Livermore. Brierson no vivía cuando se hizo aquel rescate. Fue secuestrado en el 2100, precisamente cuando Della salió de su estasis. Todo el tiempo que había vivido en la civilización había transcurrido en lo que para Della Lu no era tiempo.

Entonces podía ver el rescate de Lu, y seguirla por el siglo veintidós. Desde el principio, ella era una celebridad. Los biógrafos habían pagado a los*paparazzi*, y no quedó parte alguna de su vida sin ser examinada. Había cambiado mucho. Oh, la cara era la misma, y la Della Lu del siglo veintidós llevaba con frecuencia el cabello corto. Pero antes había en sus movimientos una fuerza y una precisión. A Wil le recordaba un guardia, o hasta un soldado. También había humor y felicidad en las grabaciones, cosas que al parecer la actual Lu estaba aprendiendo de nuevo. Se había casado con un Quincallero, Miguel Rosas, y en él Wil reconoció el modelo para el simulador de personalidad que había encontrado en la base de datos de Della. Durante los años 2150 habían vuelto a ser famosos, esta vez por explorar la parte exterior del Sistema Solar. Rosas murió durante su

expedición al Compañero Negro. Della había abandonado la civilización en 2202 para marcharse a la Estrella de Gatewood.

Wil acabó de comer y dejó que por la pantalla pasaran los resúmenes biográficos que había recopilado hasta entonces. Había algo irónico, que era imposible antes de las burbujas: Della Lu era una figura histórica del pasado de Wil; por otra parte él lo era del pasado de Lu. Ella había reconocido que después de haber sido rescatada había leído sobre él, y le admiraba por ser «alguien que sin ayuda alguna había impedido la incursión de Nuevo Méjico». Brierson sonrió amargamente. No había hecho más que estar en el sitio adecuado en el momento oportuno. Si él no hubiera estado allí, la invasión hubiera terminado un poco más tarde y con algo más de sangre vertida; era gente como Kiki van Steen y Armadillo Schwartz los que realmente detuvieron la invasión de Kansas. Durante todo el tiempo de su carrera policial, su compañía había ensalzado a Wil. Era conveniente para su negocio, y en general era malo para Wil. Los clientes, al parecer, esperaban milagros cuando se asignaba su caso a W. W. Brierson. Su reputación por poco le causó la muerte durante el asunto de Kansas. ¡Demonio! Cincuenta millones de años después aquella propaganda todavía me persigue. Si él hubiera sido cualquier otro policía. Yelén Korolev jamás habría pensado en darle aquel caso. Lo que ella necesitaba era un verdadero investigador, y no un tipo que hacía

cumplir la ley y que había sido ascendido más allá de todos sus méritos.

¿Qué podía importar que «conociera» a la gente? Poco podía servir en aquel caso. Tenía abundantes sospechosos, abundantes motivos, pero nada en concreto. Greenlnc era amplio y detallado; en este programa había centenares de posibilidades que podía tomar en consideración. ¿Pero acaso esto iba a acercarle más al asesino de Marta?

Wil apoyó la cabeza en las manos. Virginia siempre había dicho que era muy sano para una persona autocompadecerse de vez en cuando.

—Hay una llamada de Yelén Korolev.

—¡Ugh! —volvió a sentarse—. Está bien, casa, pásamela.

El holo de conferencias mostraba a Yelén sentada en su biblioteca. Se la veía cansada, pero en aquellos días siempre parecía cansada. Wil contuvo su impulso de componerse el pelo ya que no dudaba que él tenía el mismo aspecto agotado.

—Hola, Brierson. Acabo de hablar sobre Mónica Raines con Della. La has eliminado como sospechosa.

—Sí. Pero te habrá contado Della que la Raines pudiera ser…

—Ya. Lo de la guerra biológica. Esto es… pensar bien. Ya sabes que le dije a Raines que la mataría si intentaba irse de ésta era en una burbuja. Pero puesto que ya no es sospechosa de asesinato y todavía representa una amenaza para la colonia, me pregunto si no sería conveniente «persuadirla» para que diera un salto que durase, por lo menos, un megaaño. ¿Qué opinas?

—Hmm. Yo esperaría a haber estudiado su base de datos personales. Lu dice que puede protegernos de un ataque biológico. En cualquier caso, no creo que Raines pudiese intentar algo hasta que parezca que la humanidad va a tener otra ocasión de desarrollarse. Hasta es posible que ella represente un peligro mucho mayor para la humanidad que exista dentro de un millón de años.

—Ya. No puedo tener la absoluta seguridad de nuestra propia dispersión en el tiempo. Confío en que quedaremos bien arraigados aquí, pero… —asintió bruscamente—. De acuerdo, estos planes quedan en suspenso. ¿Cómo piensas seguir la investigación?

Brierson sugirió que Lu revisara los sistemas de armamentos de los viajeros avanzados, y después esbozó sus esfuerzos con Greenlnc. Korolev escuchaba en silencio. Había desaparecido la ira abrasadora de su anterior confrontación y había sido sustituida por una determinación obstinada.

Cuando hubo terminado, ella no parecía estar contenta, pero sus palabras fueron suaves:

—Has empleado mucho tiempo buscando pistas en las eras civilizadas. Está bien: después de todo, de allí procedemos. Pero has de considerar que los viajeros avanzados (excepto Jason Mudge) han vivido la mayor parte de sus vidas después de la Singularidad. En un tiempo u otro, había unos cincuenta de nosotros. Físicamente éramos independientes, vivíamos a nuestro propio aire. Pero había comunicaciones, había reuniones. Después que se hizo evidente que el resto de la humanidad había desaparecido, todos nosotros hicimos nuestros propios planes. Marta dijo que era una sociedad difusa, tal vez una sociedad de fantasmas. Y cada vez era más reducida. Los tecno-max que ves ahora, inspector, son los casos difíciles. Los criminales declarados, los ladrones de tumbas, fueron eliminados hace treinta millones de años. Los viajeros comodones, como Bill Sánchez, abandonaron muy pronto. La gente se detenía unos pocos centenares de años para intentar formar una familia o establecer una ciudad; sólo con detenerte, podías tener todo un mundo a tu disposición. A muchos de ellos no les hemos vuelto a ver, pero al correr del tiempo un grupo, o lo que queda de él, algunas veces puede aparecer al cabo de unos megaaños. Nuestras vidas están enhebradas muy débilmente con las de los demás. Deberías estudiar esto en mis bases de datos personales, Brierson.

—Hmm. Todas las primeras colonias fracasaron. ¿Hubo entonces evidencia de sabotaje? Si el asesinato de Marta era parte de un plan…

—Esto es lo que quiero que busques tú, inspector —aparecía de nuevo su antiguo desdén—. Hasta ahora no me había pasado por la cabeza. Desde el punto de vista de los que se quedaron, no todo fueron fracasos. Algunas parejas querían sencillamente vivir sus vidas, estableciéndose en una era. Los cuidados médicos de la salud pueden mantener el cuerpo vivo durante muchísimos años; pero descubrimos otros límites. El tiempo pasa, las personalidades cambian. Muy pocos de nosotros hemos vivido más de mil años. Ni nuestras mentes ni nuestras máquinas pueden durar siempre. Para volver a instaurar la civilización necesitamos las interacciones de mucha gente, hace falta tener un amplio fondo genético y estabilidad a lo largo de varias generaciones de crecimiento de la población. Esto es prácticamente imposible con grupos pequeños, especialmente cuando todos los individuos tienen burbujadores y cualquier disputa tiene el potencial para disgregar la colonia.

Yelén se echó hacia adelante, bruscamente.

—Brierson, aunque el asesinato de Marta no formase parte de una conspiración contra la colonia, aunque fuera así, yo… no estoy segura de poder mantenerla unida.

Había cambiado, ciertamente. Wil nunca había supuesto que un día Yelén lloraría sobre su hombro.

—¿Acaso los tecno-min no quieren quedarse en ésta era?

Ella sacudió la cabeza.

—No pueden elegir. ¿Conoces bien el campo supresor de Wáchendon?

—Claro que sí. En un campo supresor no se pueden generar más burbujas.

El invento había costado tantas vidas como las que había salvado, ya que el campo hacía imposible escapar de las armas que quemaban y destrozaban.

Yelén asintió.

—Más o menos es esto. Tengo una gran parte de Australasia en un campo Wáchendon. Los Neo Mejicanos, los Pacistas y los tecno-min están clavados en ésta era hasta que no descubran cómo contrarrestar este campo. Les va a llevar diez años como mínimo. Confiamos en que para entonces ya habrán arraigado aquí y querrán quedarse —miró hacia el mármol rojo de la mesa de su biblioteca—. Y el plan puede resultar bien, inspector —dijo suavemente, tomándose su ración de autocompasión—. El plan de Marta podría ser factible si no fuera por estos malditos bastardos estadistas.

—¿Steve Fraley?

—No se trata sólo de él. Los jefes Pacistas, Kim Tioulang y su pandilla, son igualmente malos. No quieren cooperar conmigo. Allí hay ciento un individuos de Nuevo Méjico y ciento quince Pacistas. Esto es más de los dos tercios de la colonia. Fraley y Tioulang están convencidos que son los dueños de sus grupos. ¡Y, maldita sea, lo peor del caso es que sus componentes parecen estar de acuerdo con esto! Es una locura del siglo veinte, pero les convierte en más poderosos de lo que sería razonable. Ambos quieren dirigir todo el tinglado. ¿Te has dado cuenta de sus banderines de enganche? Quieren que el resto de los tecno-min se conviertan en «ciudadanos» suyos. No van a parar hasta que uno de los dos sea el Jefe Supremo. Pueden volver a inventar la técnica elevada sólo para destrozar la colonia.

—¿Has tratado de esto con los otros tecno-max?

Ella frotó nerviosamente su mejilla. ¡Si Marta estuviera allí! No faltaba sino que las palabras se hubieran articulado ellas mismas.

—Un poco, pero la mayoría de ellos están más confusos que yo. Della resulta una buena ayuda; en realidad en otro tiempo fue una estadista. Pero resulta bastante difícil hablar con ella. ¿Te has dado cuenta? Cambia de personalidad como quien se cambia de traje, como si estuviese probándose algo para descubrir si se le adapta bien.

»Inspector, tú no has ido tan lejos como Della, pero en tu tiempo todavía había gobiernos. Caray, tú causaste el colapso de uno de ellos. ¿Cómo puede tener éxito ahora una cosa tan primitiva?

Brierson hizo una mueca. ¿Es decir, que era él quien había provocado que Nuevo Méjico se quedara sin gobierno? Wil se sentó, se echó hacia atrás y, como en sus antiguos tiempos, intentó encontrar algo que pudiera satisfacer los deseos de su cliente.

—Yelén, estoy de acuerdo contigo en que los gobiernos son una forma de engaño, aunque no necesariamente para los que mandan, que por lo general sacan tajada. A la mayor parte de los ciudadanos casi siempre se les puede convencer de que el interés nacional es más importante que su propia conveniencia. A ti tal vez te parezca una increíble demostración de hipnotismo de masas, reforzada por el castigo público de los que no lo acepten.

Yelén asintió.

—Y el «hipnotismo de masas» es lo importante. Si lo desearan, en cualquier momento, todos los de Nuevo Méjico, los poderosos y los que no lo son, podrían hacerle un corte de mangas a Fraley y dejarlo plantado; no podría matarlos a todos. Pero en vez de esto, se quedan y son sus peones.

—Sí, pero en cierta manera esto les da poder. Si le plantan, ¿dónde van a ir? No hay otros grupos. No existe la sociedad sin gobierno como había en mis tiempos.

—Claro que la hay. La Tierra está vacía, y casi la tercera parte de los tecno-min no tienen gobierno. No hay nada que impida a la gente instalarse como y donde le convenga.

Wil movió la cabeza; estaba sorprendido de su propia perspicacia y de la conferencia que le estaba soltando a Yelén. Anteriormente, ni se le habría ocurrido discutir con ella. Pero ahora parecía estar interesada en sus opiniones.

—¿No lo ves, Yelén? Ahora ya no hay gente sin gobierno. Están los Pacistas, y los de Nuevo Méjico, pero por encima de los tecno-min está el gobierno de Yelén Korolev.

—¿Qué dices? ¡Yo no soy un gobierno! —se había sonrojado—. Yo no cobro impuestos, no recluto a nadie. Únicamente quiero hacer lo más conveniente para el pueblo.

A pesar de que ella había cambiado mucho, Wil se alegraba de que el autón de Lu estuviera sobrevolando su casa.

Wil escogió cuidadosamente sus palabras:

—Esto es verdad. Pero tienes dos o tres atributos esenciales del gobierno. En primer lugar, los tecno-min creen, supongo que acertadamente, que tienes poder de

vida y muerte sobre ellos. En segundo lugar, usas esta creencia, aunque hay que reconocer que lo haces con amabilidad, para que ellos antepongan tus metas a las suyas.

Esto no era más que una divulgación de las ciencias sociales de la época de Wil, pero al parecer produjo un efecto real en Korolev. Se frotó la mejilla.

—¿Piensas que los tecno-min, al menos subconscientemente, tienen la impresión de que han de escoger bando?

—Sí. Y como eres la fuerza de gobierno más poderosa, es posible que desconfíen más de ti.

—En este caso, ¿qué me aconsejas?

—Pues yo… uh…

Wil se había abstraído. Sí. Y supón que tengo razón. ¿Entonces qué? Aquella pequeña colonia a cincuenta megaaños de distancia temporal, era completamente distinta de la sociedad que había conocido Wil en su época. Era perfectamente posible que sin la mano rectora de Korolev aquel puñado de semillas que había recogido allí fuera dispersado por los vientos huracanados del tiempo. Y una vez separadas, aquellas semillas no llegarían a florecer jamás.

Cuando estaba en la civilización, Wil nunca había pensado gran cosa sobre «los grandes problemas». Incluso cuando estaba en el instituto, no le gustaba andar metido en discusiones sobre la religión o los derechos naturales. El mundo tenía sentido y parecía responder adecuadamente a sus actos. Desde que había perdido a Virginia, todo se mezclaba en su cabeza. ¿Podría existir una situación tan fantástica que le obligara a defender la institución gubernamental? Se sentía como un Victoriano que tuviera que fomentar la sodomía.

Yelén le obsequió con una sonrisa torcida.

—¿Sabes? Marta dijo algo parecido a esto. Tú no tienes su formación, pero me parece que tienes su mismo sentido común. Tampoco el bueno de Maquiavelo se arredraba por las consecuencias. Tengo que hacerme popular, pero también tengo que salirme con la mía…

Le miró y pareció llegar a una conclusión.

—Mira, inspector. Quiero que alternes más. Tanto los de NM como los Pacistas tienen unas reuniones periódicas de reclutamiento. Asiste a la primera que convoquen los Pacistas. Escucha lo que allí se diga. Tal vez podrías explicarles cómo soy. En tus tiempos eras un personaje popular. Dile a la gente lo que piensas (hasta lo que no te gusta de mí). Si han de ponerse a favor de alguien, creo que soy lo mejor que pueden escoger.

Wil asintió. Primero los Dasguptas y ahora Korolev. ¿Es que había una conspiración para volver a poner en circulación a W. W. Brierson? ¿Y qué pasaba con la investigación?

Yelén estuvo callada unos momentos.

—Te necesito para ambas cosas, Brierson. He llorado a Marta durante cien años. Seguí sus pasos, metro a metro, alrededor del Mar Interior. Tengo grabaciones o muestras en burbujas de todo lo que ella hizo o escribió. Creo que ya he superado la rabia que me causó su desaparición. Ahora, lo más importante de mi vida ha de ser procurar que la muerte de Marta no sea inútil. Voy a hacer cualquier cosa para conseguir que la colonia tenga éxito. Esto requiere encontrar al asesino, pero también significa conquistar con mis argumentos a los tecno-min.

Capítulo IX

Aquella noche volvió a echar otra ojeada al diario de Marta. Entonces ya se trataba de una pieza de baja prioridad, pero no se podía concentrar en algo que fuera más técnico. Yelén lo había leído varias veces. Según su manera de operar, al pie de la letra, sus autones habían estudiado el texto con mucho más detalle, y después Lu había confirmado su análisis. Marta sabía que la habían asesinado, pero decía una y otra vez que no tenía más pistas que la descripción de la tarde del día de la partida. Según la documentación complementaria, era muy raro que en años sucesivos repitiera los detalles, y si alguna vez lo hacía, era evidente que sus primeros recuerdos eran mucho más exactos.

Wil leía a saltos las anotaciones de la primera época. Marta había permanecido en las inmediaciones de Ciudad Korolev

durante más de un año. Aunque decía lo contrario, era obvio que esperaba ser rescatada al cabo de algún múltiplo bajito de noventa días. Aunque no llegara el rescate, tenía muchas cosas que preparar: planeaba llegar andando hasta el Canadá, la mitad de la vuelta al mundo.

«… pero kilómetro a kilómetro difícilmente puede considerarse un camino hacia la supervivencia» —había escrito— «Requerirá años, y es posible que pierda una posible observación que hagáis aquí, en Ciudad Korolev, pero estoy conforme. A lo largo del camino, dejaré letreros en las minas de Punta Oeste y en la burbuja de los Pacistas. Cuando haya atraído vuestra atención, hacedme una señal, Lelya. Provocad explosiones atómicas en el cielo durante las noches de una semana. Buscaré un terreno abierto y esperaré a los autones».

Marta conocía el territorio que estaba cerca de Korolev. Su refugio en el tiempo real, en el ala de su castillo, era seguro, con agua y caza adecuada en sus proximidades. Era un buen lugar para acumular fuerzas para la odisea que proyectaba. Probó las armas y herramientas que conocía por sus deportes de supervivencia. Al final se decidió por una pica con hoja de diamante, un cuchillo y un arco pequeño. Dejó en reserva las otras hojas de diamante: no iba a malgastarlas en hacer puntas de flecha. Construyó un trineo con un trozo del casco de Fred. Era suficiente para hacer algunas pruebas. Efectuó algunos viajes cortos, de unos pocos kilómetros, tomando precauciones. «Querida Lelya: Si alguna vez he de

irme, supongo que ha de ser ahora. El plan es ir a vela hasta nuestras minas de Punta Oeste y luego poner rumbo norte hacia la burbuja de los Pacistas, y hacia Canadá, que está detrás de ella pero mucho más lejos. Mañana partiré hacia la costa. Esta noche acabaré de empaquetar. No lo vas a creer: he preparado tanto equipo, que he tenido que hacer listas: ¡Ha llegado la edad del procesador de datos!

»Espero verte antes de que pueda escribir más. —Te quiero, Marta». Esto estaba en la última de las tablas de corteza que dejó en el castillo. Doscientos kilómetros más lejos, por la costa sur del mar, Yelén encontró el segundo montón de piedras de Marta: tenía tres metros de alto y estaba al borde de un bosque de Jacarandas. Era uno de los mejor conservados. Había construido una cabaña que todavía estaba en pie cuando Yelén la estudió, un siglo después.

Habían pasado seis meses desde que Marta había salido del castillo de las montañas. Todavía era optimista, aunque se había propuesto alcanzar las minas antes de detenerse. Había tenido problemas, uno de ellos muy doloroso y casi mortal. Durante su estancia en la cabaña, Marta explicó sus aventuras desde que salió del castillo.

«Seguí nuestro monorraíl hasta la costa. Recordarás que yo había dicho que era un despilfarro construirlo porque íbamos a abandonarlo. Pues bien, ahora me alegro de que siguieras los consejos de Genet y no los míos. Era un paso en

línea recta que cortaba el bosque hasta la costa. Evité tener que trepar por alguna roca peligrosa haciendo resbalar el trineo a lo largo de los soportes del raíl. Fue como una marcha de entrenamiento, que me hacía más falta de lo que había supuesto.

»He olvidado muchas cosas, Lelya, ahora no me queda más que un pobre cerebro lleno de recuerdos. Si hubiera sabido que iba a quedarme abandonada, habría cargado otras cosas muy diferentes (¡Pero si lo hubiera sabido de antemano, probablemente habría renunciado a toda esta aventura! Suspiro. Debería estar contenta de no haber prescindido de mis cursos de supervivencia). A pesar de todo, mi mente está llena de nuestros planes para la colonia, de todo aquello en lo que yo estaba pensando la noche de la partida. Sólo tengo un somero recuerdo de los mapas. Recuerdo que habíamos hecho muchos estudios de la vida salvaje, que además entroncaban con el trabajo de Mónica. Pero todo esto ha desaparecido. Cuando las plantas son como las que había en la civilización, las puedo reconocer.

»En cuanto al resto, tengo retazos de memoria que algunas veces es peor que si fueran inútiles: veamos las arañas y los bosques de Jacarandas. Éstos no se parecen en absoluto a los árboles aislados y a las escasas telas de araña que hay en Ciudad Korolev. Aquí los árboles son enormes, y el bosque no se acaba nunca. Esto era obvio desde el terreno, cuando andaba a lo largo del monorraíl. Nos habíamos abierto paso a través de aquel bosque, pero éste

descollaba por ambos lados. La maleza que había crecido a lo largo del paso ya estaba cubierta por un enmarañamiento de tela de araña. Ah, si hubiera recordado entonces lo que tuve que volver a aprender después, ¡ahora estaría en las minas!

»En vez de ello, me paseaba por debajo del raíl (donde por alguna razón no hay telas de araña) y admiraba la seda gris que se extendía por las Jacarandas. Para atravesar el bosque no me atrevía a pasar por donde había tela de araña, porque entonces todavía tenía miedo a estos animales. Son diminutas, iguales a las de la montaña, pero si observas cuidadosamente podrás ver millares de ellas que andan por su telas. Temía que fueran como las hormigas soldado, dispuestas a ahogar a quien destrozara su seda. Por fin logré dar con un agujero en la vegetación por donde pude salir sin tocar los hilos… Lelya, éste es un mundo diferente, más silencioso y más pacífico que el más espeso bosque de secoyas. Una luz verdosa amortiguada brilla por todas partes; las telas de araña, realmente espesas, están en las orillas de los bosques (y desde luego, no encontré la explicación de esto hasta mucho más tarde). No hay matorrales bajos, ni animales; sólo hay un olor musgoso y una niebla verdosa en el aire. (Apuesto a que estás riéndote de mí porque tú ya sabes lo que genera tal olor). De todos modos, me impresionó. Es como una catedral… o una tumba.

»La primera vez, sólo pasé una hora allí; todavía me ponían nerviosa las arañas. Además la meta de aquella etapa era alcanzar el mar. Todavía planeaba construir una balsa y navegar a vela directamente hasta Punta Oeste. Si esto no resultaba, dando pequeños saltos de cabotaje podría llegar a las minas mucho antes que andando por tierra. Por lo menos así lo creía entonces.

»El día que llegué al mar, había tormenta. Sabía que habíamos destrozado la costa con nuestro tsunami, pero no estaba preparada para lo que vi. La jungla había sido arrancada de cuajo hasta varios kilómetros tierra adentro. Los troncos de los árboles formaban montones de tres o cuatro de alto, todos apuntando en la dirección opuesta al mar. Recuerdo que pensé que no me iba a faltar madera para mi balsa.

»Protegí el trineo como pude y emprendí el viaje por la llanura costera. La marcha era peligrosa. Las enredaderas podridas envolvían los troncos. La corteza de los árboles se deshacía debajo de mis pies. Los troncos que habían quedado encima de los otros estaban relativamente despejados pero eran resbaladizos a causa del légamo. Me arrastré o anduve de tronco en tronco. La tempestad empeoraba sin cesar. La última vez que había estado en la playa fue cuando fui a echar de allí a Wil Brierson…». El lector sonrió. ¡Ella se acordaba de mi nombre! En alguna parte de sus aventuras en los siguientes cuarenta años lo olvidó, pero hasta aquel momento lo recordaba.

«… Inmediatamente antes de que levantáramos a los Pacistas. Entonces era un sitio tibio y con niebla. Hoy era distinto: rayos, truenos, lluvia arrastrada por el viento. Aquella tarde no había forma humana de alcanzar la orilla. Me arrastré por encima del tronco de un árbol tumbado hasta sus raíces arrancadas del suelo para dar un vistazo. Aquello era la Tierra de la Fantasía. Había tres chorros de agua. Se desplazaban hacia adelante y hacia atrás, los más alejados eran claros y translúcidos. El tercero se había desplazado tierra adentro, creo que estaba alejado un par de kilómetros. Porquería y leña salían despedidos de su extremo. Arrastrándome, me aparté del viento y escuché su fragor. Mientras no fuese a más, podría estar a salvo de los rigores del cielo.

»Todo aquello despertó en mí serias dudas sobre la bondad de mi plan de atajar el camino a través del mar. Sin duda, aquélla era una tempestad excepcional, pero ¿qué pasaría en las tempestades más normales? ¿Cuál era su frecuencia? El Mar Interior es muy parecido al Mar Mediterráneo. Pensé en un fulano llamado Ulises que se pasó la mitad de su vida siendo arrojado por los vientos de uno a otro sitio de esta charca. Deseé que nos hubiésemos tomado más en serio los deportes marítimos. El que hubiésemos navegado hasta Catalina no nos hacía perder nuestra categoría de novatos, ¡si ni tan siquiera tuvimos que construir el barco! Lo de ir dando saltos de cabotaje por la costa, tampoco me parecía bien. Recordé todo el cuadro: el

tsunami había asolado toda la costa meridional. No quedaban playas ni calas en aquel lado del mar, sólo había millones de toneladas de madera rota y de barro. Me vería obligada a tener que llevar conmigo toda mi comida a pesar de ir por la orilla.

»Y así estaba yo: bastante desanimada y terriblemente mojada. Mis planes se habían esfumado. Y era para reírse: tenía todo el tiempo del mundo y aquél era el problema.

»Cayó un rayo muy cerca de mí. Por el rabillo del ojo vi algo que se me precipitaba encima. Y así sucedió, cayó sobre mi hombro y se me colgó del cuello. Un instante después, algo más aterrizó sobre mi cintura, y luego otro más en una pierna. Apuesto a que pegué el grito más fuerte de toda mi vida, pero se perdió entre los truenos.

»Eran monos pescadores, Lelya. Tres de ellos. Se me agarraban como sanguijuelas; uno de ellos tenía su cara escondida en mi cintura. Pero no mordían. Me quedé rígida durante unos instantes, preparada para empezar a pegar golpes a diestro y siniestro. El que estaba sujeto a mi pierna tenía los ojos cerrados como si los tuviera cosidos. Los tres estaban temblando, y me apretaban tanto que me hacían daño. Poco a poco me relajé gradualmente, y dejé caer mi mano sobre el amiguete que estaba abrazado a mi cintura. A través de su piel, que parecía de foca, pude apreciar que su temblor se había calmado un poco.

»Eran como niños pequeños, que acudían a su madre cuando los relámpagos les asustaban. Estuvimos refugiados, al socaire de aquellas raíces, mientras pasaba lo peor de la tempestad. Durante todo aquel tiempo apenas se movieron, sus cuerpos calientes seguían pegados a mis pierna, vientre y hombro.

»El temporal amainó hasta convertirse en una lluvia regular, y la temperatura subió hasta algunos grados sobre cero. No se escaparon, se quedaron sentados, mirándome solemnemente. Pero, hasta yo me niego a creer que la naturaleza esté llena de criaturas mimosas que precisamente están esperando que llegue un humano para amarle. Empecé a tener algunas sospechas desagradables. Me levanté y trepé sobre el lado del tronco. Los tres me siguieron, corrieron un poco hacia un lado, se detuvieron y empezaron a hacerme monerías. Me acerqué a ellos y volvieron a salir corriendo y volvieron a detenerse. Ya pensaba en ellos como Juanito, Jorgito y Jaimito. Desde luego, los monos pescadores no se parecen en nada a los patos jóvenes, ya sean reales o de dibujos animados. Pero en ellos había una locura cooperativa que hacía inevitable la asociación de nombres.

»Nuestro juego intermitente del “a ver si me coges”, duró hasta unos cincuenta metros, que fue cuando llegamos a un montón que se había deslizado recientemente: podía ver dónde habían rodado los troncos porque se veía la madera que no había sufrido las inclemencias del tiempo. Los tres no

intentaron subirse a aquellos troncos. Me guiaron dando la vuelta alrededor de ellos hasta donde un mono mayor que ellos estaba aprisionado por dos troncos. No era difícil adivinar lo que había sucedido. Un riachuelo de buen tamaño corría por debajo de los montones de troncos. Probablemente los cuatro habían estado pescando allí. Cuando llegó la tempestad, se escondieron en la oquedad que formaban los troncos. Sin duda el viento y el aumento de la corriente del agua, hicieron caer el montón.

»Los tres acariciaban y tiraban de su compañero, pero sin muchas ganas; el cuerpo no estaba caliente. Pude ver que su pecho estaba hundido. Tal vez era su madre. O tal vez era el macho dominante: siempre el Tío Donald.

»Aquello me puso más triste de lo que hubiera sido normal, Lelya. Sabía que nuestro rescate de los Pacistas iba a producir un fallo en el ecosistema. Ya había racionalizado los hechos, ya había llorado mis lágrimas. Pero… Me preguntaba cuantos monos pescadores habían quedado en la costa sur. Estaba segura de que se habían desperdigado en pequeños grupos por toda aquella jungla muerta y ahora, esto. Nosotros cuatro nos quedamos allí durante un tiempo, consolándonos mutuamente, supongo».

***

«Si había que descartar el viaje por mar, mis opciones quedaban forzadas. La jungla sigue paralela a la costa y se

extiende tierra adentro hasta los dos mil metros sobre el nivel del mar. Me llevaría un siglo entero dar la vuelta al mar si tenía que arrastrarme a través de todo aquello, con todos los ríos formando ángulo recto con mi itinerario. Sólo me quedaba la opción de los bosques de Jacarandas, allá arriba, donde el aire es más frío y las arañas tejen sus telas.

»Ah, me llevé los monos conmigo. La verdad es que no quisieron que los dejara atrás. Ahora yo era su madre o el macho dominante, o lo que fuera. Aquellos tres tenían la movilidad de los pingüinos. Durante el día, se pasaban casi todo el tiempo encima del trineo. Cuando me detenía a descansar, bajaban de él y se perseguían mutuamente, intentando animarme para que participara en su juego. Al cabo de un rato Jorgito se sentaba a mi lado. Era el macho desaparejado al que dejaban de lado. Exactamente hablando, Juanita era una chica y Jaimito el otro macho. (Me costó bastante llegar a esta conclusión. El aparato sexual de los pescadores está mucho mejor escondido que el de los monos de nuestro tiempo). Todo era muy platónico, pero en algunas ocasiones Jorgito necesitaba otro amigo.

»Parece que te estoy viendo, Lelya, moviendo la cabeza y murmurando algo sobre la debilidad sentimental. Pero recuerda lo que ya te he dicho muchas veces: si puedo sobrevivir y seguir siendo una sentimental, la vida será mucho más divertida. Además, tenía mis propias razones egoístas, sopesadas fríamente, para cargar con mis amiguitos hasta el bosque de Jacarandas. Los pescadores no

son enteramente animales marinos. El hecho de que puedan pescar en los ríos lo demuestra. Aquellos tres comían bayas y raíces. Las plantas no han cambiado tanto como los animales en estos cincuenta megaaños, pero algunos de sus cambios pueden ser inconvenientes. Por ejemplo, Jorgito y compañía no quisieron probar el agua que saqué de una palmera de viajero: aquella agua hizo que me sintiera enferma». A partir de allí el diario tenía varias páginas de dibujos, mejorados por los autones de Yelén para lograr los colores originales de las tintas. No estaban dibujados con tanto arte como los que Wil había visto en el diario de años después, cuando Marta tenía ya más práctica, pero eran mejores que cualquier cosa que pudiera dibujar él. Ella había puesto breves anotaciones al lado de cada dibujo:

«Jorgito no los quiere ni tocar cuando están verdes, pero después son buenos…» o «Parece que sea trillium: hace ampollas como la hiedra venenosa». Wil examinó cuidadosamente las primeras hojas, pero luego saltó hacia adelante, allí donde Marta entraba en el bosque de Jacarandas.

«Al principio estaba algo asustada, y les he contagiado mi miedo a los pescadores, que andan melancólicos al lado del trineo sollozando. Me parece que el paso a través del bosque de jacarandas es demasiado fácil. El ambiente es húmedo y lluvioso, pero no tan molesto como el de un bosque cuando llueve. La niebla, que ya había visto antes, siempre se halla presente. El olor musgoso, asfixiante, está

allí, pero después de unos pocos minutos ya no lo percibes. La luz que atraviesa la cubierta del bosque es verdosa y sin sombras. De vez en cuando, caen desde lo alto unas hojas o unas ramitas. No hay animales; excepto en las orillas del bosque, las arañas se quedan en la fronda de cobertura. No hay otros árboles que las Jacarandas y no aparece la hiedra. El suelo está cubierto de una alfombra húmeda. En los centímetros superiores se advierten trozos de hojas y tal vez algunas pocas arañas. Al andar por él se levanta una sustancia más espesa de la que hay en el ambiente. Cuando te adentras unos mil metros en el bosque, los únicos sonidos que puedes oír, son los que tú haces. Es un sitio hermoso y da gusto andar por él.

»Pero, Lelya, ¿sabes por qué estaba nerviosa? Sólo unos metros más abajo de la pendiente está la jungla, que es una espesura enorme; allí la vida se ha desbordado hasta extremos de locura. Ha de haber algo que provoque un miedo terrible y mantenga alejados del bosque de Jacarandas a las plantas competitivas y a las plagas de animales. Todavía sufro visiones en las que ejércitos de arañas descienden por los troncos de los árboles para chupar los jugos de los intrusos.

»Durante los primeros días iba con mucho cuidado. Andaba muy cerca del extremo norte del bosque, lo bastante cerca para poder oír los sonidos de la jungla.

»Tardé poco en darme cuenta de que la frontera entre la jungla y el bosque de Jacarandas era una zona de guerra. Cuando te aproximas a la frontera, el suelo del bosque está roto por los árboles ordinarios muertos. La madera muerta que está algo alejada aparece como una masa informe casi irreconocible; más cerca de la separación puedes ver árboles enteros, algunos todavía en pie. Lo que habían sido sus partes verdes están ahogadas en antiguas telas de araña. Capas sobre capas de hongos cubren la madera. Son de bonitos colores pastel… y los pescadores nunca los tocarían.

»Si andas algo más lejos, ya saldrás de debajo de las Jacarandas. Allí la jungla está viva y en perpetua lucha para seguir viviendo. Allí las telas de araña son muy tupidas, forman una espesa capa sobre las partes altas de los árboles. Aquellas telas son seda kudzu, Lelya. La batalla crítica en esta guerra está entre la parte alta de la jungla, que trata de crecer más allá de la maleza; y las arañas, que todavía intentan cubrirla con más seda. Ya sabes lo aprisa que crece todo en un bosque cuando llueve; las mismas plantas aparecen de pronto y crecen doce centímetros en veinticuatro horas. Las arañas han de tener una actividad febril para ir por delante. Después de los primeros días, trepé hasta la fronda de cobertura por encima del bosque de Jacarandas y observé: en un día ajetreado, la parte superior de la tela de kudzu casi parecía que hacía espuma de tanta seda como estaban echando los bichitos.

»En los lugares donde todavía viven los árboles de la jungla, se advierte la presencia de animales. Las telas que van de árbol a árbol están negras a causa de la gran cantidad de insectos que han atrapado. Para los animales mayores, la seda no es una barrera. He podido ver serpientes, lagartos y predadores felinos en la zona de unos treinta metros de ancho que está a la sombra del kudzu de las arañas, pero nunca construyen sus madrigueras allí. Andan huyendo, o persiguiéndose, o están muy enfermos. No hay monstruos que les ahuyenten, pero no les gusta quedarse allí. Entonces ya tenía algunas teorías, pero tardé una semana en confirmarlas.

»Una o dos veces cada día, íbamos hasta el límite de la jungla. Allí podía cazar fácilmente y comíamos las bayas que tanto les gustaban a los pescadores. Por la noche nos internábamos unos centenares de metros entre las Jacarandas para dormir, que era mucho más de lo que los animales se atrevían a penetrar. Mientras estábamos bastante adentrados en el bosque, llevábamos muy buena marcha.

Los troncos viejos de las Jacarandas se enmohecen y desaparecen rápidamente, y el mantillo que está por todas partes allana casi todas las irregularidades del suelo. Los únicos obstáculos eran las muchas corrientes de agua que se cruzaban en nuestro camino. En el interior de la jungla, la maleza que se criaba al lado de estos cursos de agua los había convertido en prácticamente infranqueables. En

cambio, allí el mantillo llegaba hasta la misma orilla del agua. Incluso el agua era clara, a pesar de que allí donde el cauce se ensanchaba y el agua se remansaba, había una espuma verdosa sobre la superficie. También había peces.

»Generalmente, no me importa beber en una corriente de agua, incluso en los trópicos. Cualquier parásito de la sangre o de las tripas es sólo un manjar sabroso para mis panfagos. Pero allí iba con más cuidado. La primera vez que llegamos hasta un arroyo, retrocedí y contemplé a mi comité de expertos. Empezaron a husmear por allí, tomaron uno o dos sorbos y se lanzaron al agua. Pocos segundos después ya habían comido. A partir de entonces ya no tuve reparo en cruzar las corrientes, haciendo flotar el trineo delante de mí.

»Pero al quinto día, Juanita empezó a arrastrarse por el suelo. Ya no quería salir del trineo para jugar. Jorgito y Jaimito la acariciaban y cortejaban, pero ella no se dejaba engatusar. A la tarde siguiente también ellos estaban exhaustos. Estornudaban y tosían. Era lo que yo temía. Pasemos a lo importante.

»Encontré un sitio para acampar al lado de la jungla, cerca de la divisoria. Comparado con la comodidad que habíamos disfrutado bajo las Jacarandas, era un infierno, pero era un lugar donde podíamos defendernos, y estaba al lado de un estanque. Mis tres amigos estaban ya tan débiles que tenía que pescar y buscar frutos para ellos.

»Los cuidé durante una semana, tratando de calcular las posibilidades, imaginando lo que en otro tiempo habría podido recordar en un instante. Era la niebla verduzca, estaba segura. Aquello caía sin cesar desde lo alto de las Jacarandas. También caían otras cosas, pero casi todas eran fáciles de identificar: hojas, trozos de araña, cosas que podían ser partes de orugas. Hice un cálculo aproximado de la biomasa de las arañas: en algunos lugares, las copas de las Jacarandas se doblaban debido a su peso. La niebla verde… era los excrementos de las arañas. Esto por sí mismo no era demasiado importante. Lo que ocurría era que si vivías en el bosque tenías que respirar mucha cantidad de aquella sustancia. Cualquier cosa que fuera tan fina podía fácilmente causar problemas de salud. Ahora quedaba bien claro que las arañas habían dado un paso más. Había algo en aquella niebla que era francamente venenoso. ¿Micotoxinas? La palabra me viene sola a la mente, pero, maldita sea, no puedo recordar todo lo relacionado con ella. Ha de tratarse de algo más que de un irritante. Aparentemente nada ha producido una defensa para aquello. A pesar de todo no era de acción super rápida. Los pescadores habían resistido varios días. La pregunta importante era: ¿Con qué rapidez podía atacar a un animal mayor (como por ejemplo a ésta su segura y afectísima servidora)? Y otra: para sanar, ¿bastaba con salir del bosque?

»Obtuve la respuesta a la segunda pregunta al cabo de un par de días. Los tres se repusieron. De vez en cuando,

pescaban y alborotaban con tanto entusiasmo como antes. Y yo tenía que tomar la decisión que había pospuesto tantas veces, para lo que ahora disponía de más información: ¿debía continuar mi fácil marcha atravesando el bosque de Jacarandas para ir lo más rápido y más lejos posible?, ¿o debía abrirme paso cruzando un millar de kilómetros de jungla? Como mis conejitos de Indias estaban como nuevos, decidí continuar por la ruta del bosque de Jacarandas hasta que se declararan los síntomas.

»Aquello significaba dejar a Jorgito, Juanita y Jaimito. Me consolaba saber que los dejaba en mejores condiciones de las que estaban cuando los había encontrado. Aquel estanque estaba lleno de peces, tan buenos como los mejores que teníamos antes en la civilización. Los monos pescadores se metían rápidamente en el agua a la primera señal de depredadores de tierra. La única amenaza que había en al agua era la que procedía de algo grande y parecido a un cocodrilo que no parecía ser demasiado rápido. No era precisamente como la jungla que habían conocido antes al lado del mar, pero yo me quedaría el tiempo que hiciera falta para construirles un refugio.

»Me olvidaba de que mi aprendizaje de supervivencia procedía de una era diferente. En aquella ocasión, el ser sentimental era peligroso, podía ser mortal.

»La mañana del séptimo día, me di cuenta de que algo grande había muerto por allí cerca. El aire húmedo siempre

estaba cargado con los aromas de la vida y de la muerte pero en aquella ocasión llevaba un fuerte hedor a putrefacción. Juanita y Jaimito no hicieron caso de él porque se perseguían mutuamente por la orilla del estanque. A Jorgito no se le veía por allí. Generalmente, cuando los otros le dejaban segregado, venía junto a mí, pero otras veces se marchaba enfadado. Le llamé. No hubo respuesta. Le había visto una hora antes, por tanto no podía ser su fallecimiento lo que anunciaba la brisa.

»Empezaba a preocuparme cuando Jorgito salió corriendo de los matorrales, saltando lleno de gozo. Sostenía entre sus manos una gran abeja negra».

Un dibujo cubría el resto de la página. La criatura parecía ser un bicho con aguijón, pero según la documentación complementaria, medía más de diez centímetros de largo. Su enorme abdomen ocupaba la mayor parte de esta longitud. La cola era gruesa y negra, provista de una red de profundas ranuras.

«Jorgito se acercó corriendo hasta Juanita, empujando a un lado a Jaimito. Por una vez, tenía una ofrenda que le podía hacer ganar sus favores. Y Juanita estaba impresionada. Pinchó con su dedo aquella bola blindada, y saltó hacia atrás con sorpresa cuando el bicho emitió un silbido: tchuiiit. En cuestión de segundos, estaban haciéndolo rodar arriba y abajo, entre los dos, maravillados

por los ruidos de tetera y las acres proyecciones de vapor que salían de aquella cosa.

»Yo también sentía curiosidad. Cuando me dirigía hacia ellos, Jorgito agarró la abeja para sostenerla delante de mí. De pronto, soltó un chillido y me arrojó aquel bicho. Cayó sobre el empeine de mi pie derecho… y explotó.

»No sabía que podía haber un dolor tan fuerte como aquél, Lelya. Y lo que era peor, no podía hacerlo cesar. No creo que perdiera la conciencia, pero durante unos momentos, el mundo que había además de aquel dolor, parecía no existir. Finalmente, me recuperé lo suficiente para poder notar que algo húmedo manaba de la herida. Los huesecillos de mi pie estaban destrozados. Trozos de la cola del bicho habían cortado profundamente mi pie y mi pantorrilla. Jorgito también sangraba, pero su herida era sólo un arañazo comparada con la mía.

»Les llamé abejas-granada. Ahora sé que comen carroña y que tienen un escudo digno de un armadillo del siglo veintiuno. Cuando luchan, su metabolismo les convierte en una enfadada olla a presión. No quieren morir: avisan con mucha anticipación. Ninguna criatura de esta región intentaría molestarles en lo más mínimo. Pero si se les provoca hasta el punto límite, su muerte es una explosión que puede matar inmediatamente a cualquier atacante pequeño y provocar la muerte lenta de casi todos los grandes.

»No recuerdo gran cosa de los siguientes días, Lelya. Tuve que hacerme todavía un daño mayor para intentar colocar bien los huesos de mi pie. Cuando tuve que sacarme los trozos de aguijón me dolió casi igual. Olían a podrido, a causa de los cadáveres en que había penetrado la abeja. Sólo Dios puede saber de cuántas infecciones me salvaron mis panfagos.

Los monos pescadores intentaron ayudarme. Me trajeron bayas y pescados. Mejoré. Ya podía arrastrarme, y hasta andar con una improvisada muleta, aunque me dolía como si mil demonios me atormentaran.

»Había otras criaturas que sabían que estaba herida. Algunas “cosas” metieron sus narices en mi refugio, pero los pescadores las ahuyentaron. Una mañana me desperté a causa de los fuertes chillidos de los monos pescadores. Algo grande pasó por mi lado y el grito del mono fue interrumpido por un horrible crujido.

»Aquella tarde, Juanita y Jaimito volvieron, pero ya no volví a ver más a Jorgito.

»La jungla no tolera a los convalecientes. Si no podía regresar al bosque de Jacarandas, moriría muy pronto. Y si los pescadores que quedaban eran tan fieles como Jorgito, también morirían. Por la tarde coloqué las bayas y el pescado más fresco en el trineo. Metro a metro lo remolqué hasta el bosque de Jacarandas. Juanita y Jaimito me

siguieron durante parte del camino. Hasta su paso vacilante de pingüino bastaba para que no se quedaran atrás. Pero entonces ya temían al bosque, o tal vez no estaban tan locos como Jorgito, porque al final se quedaron rezagados. Todavía recuerdo que me llamaban cada vez desde más atrás».

Aquélla fue, durante muchos años, la vez que más cerca de la muerte se encontró Marta. Si no hubiera habido buena pesca en el primer curso de agua que encontró, o si el bosque de Jacarandas no hubiera sido tan benigno como ella se imaginaba, no hubiera sobrevivido.

Pasaron las semanas y luego un mes. Su destrozado pie sanó lentamente. Pasó casi un año al lado de aquella corriente de agua que estaba a la entrada del bosque, regresando a la jungla de vez en cuando a buscar frutos frescos, a vigilar a los monos pescadores, o para poder escuchar sonidos distintos de los que ella misma podía producir. Llegó a ser su segundo campamento importante, el que tenía la cabaña y el montón de piedras. Tuvo tiempo sobrado para poner al día su diario y para explorar el bosque. No era igual en todas partes. Había zonas en las que había Jacarandas más viejas que se morían. Las arañas colgaban sus telas de estos árboles, convirtiendo el color de la luz en azul y rojo. Muchas de sus descripciones del bosque, a Wil le recordaban a unas inacabables catacumbas, pero en realidad era una catedral, con los cristales teñidos por las telas de araña. Marta no lograba acordarse de cuál era el

objeto del despliegue de aquellas telas. Se quedó varios días debajo de una de aquellas telas intentando llegar hasta el fondo de aquel misterio. Era algo sexual, suponía: ¿Pero lo era para las arañas… o para los árboles? Durante un momento embrujado, Wil se sintió impelido a buscar la respuesta, en su honor, puesto que ella más que nadie había merecido conocerla. Después movió la cabeza y deliberadamente ojeó los datos de sus propios archivos.

Marta había descubierto la mayor parte del ciclo vital de las arañas. Había visto las enormes cantidades de vida de insectos que quedaban atrapadas en las barreras perimetrales, y había hecho una estimación de las toneladas que eran capturadas en la fronda de cobertura. Había observado también la frecuencia con que las hojas caídas estaban fragmentadas, y supuso correctamente que las arañas mantenían granjas de orugas, parecidas a lo que hacen las hormigas con los áfidos. Hizo lo que cualquier naturalista que no tuviera aparatos pudiera haber hecho.

«Pero el bosque nunca me hizo enfermar, Lelya. Es un misterio. ¿En cincuenta millones de años, la carrera de armas de la Evolución ha ido a parar tan lejos que he quedado fuera del alcance de la toxina de los excrementos de las arañas? No puedo creerlo, ya que parece ser que la toxina actúa sobre todo lo que se mueve. Lo más verosímil es que haya algo en mis sistemas médicos, los panfagos, o lo que sea que me proteja». Wil alzó la vista de la transcripción.

Había mucho más escrito, desde luego, casi tres millones de palabras más.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y apagó las luces. Calle abajo, la casa de los Dasguptas todavía estaba a oscuras. La noche era clara, las estrellas eran como un polvillo oscuro en el cielo que hacía destacar la silueta de las copas de los árboles. Aquel día le parecía horrorosamente largo. Tal vez era por el viaje a Calaña y haber pasado por dos atardeceres en el mismo día. Pero era más fácil que fuera por el diario. Sabía que iba a seguir leyéndolo. Sabía que iba a concederle más atención de la que justificaba la investigación. ¡Maldita sea!

Capítulo X

Los sueños de Wil Brierson siempre ocurrían cuando estaba a punto de despertarse. En otro tiempo le habían divertido o instruido. Ahora le tendían emboscadas.

Adiós, adiós, adiós. Wil lloraba y lloraba, pero sin emitir sonidos y derramando muy pocas lágrimas. Sostenía las manos de alguien que no hablaba. Todo estaba teñido de sombras de azul pálido. Su cara era la de Virginia, y también era la de Marta. Ella sonreía amargamente, era una sonrisa que no podía negar la verdad que ambos conocían.

Adiós, adiós, adiós. Sus pulmones estaban vacíos, pero sin embargo seguía gimiendo apurando lo último de su aliento. Ya podía ver, a través de ella, el azul que había detrás. Se

había ido, y lo que habría podido guardar se había perdido para siempre.

Wil se despertó con una repentina inhalación para respirar. Había exhalado tanto que le dolía el pecho. Miró hacia lo alto, al techo gris y recordó un anuncio de su infancia. Habían hecho una campaña para vender monitores médicos, se basaba en algo referente a que las seis de la mañana era una hora propicia para morir, en la que mucha gente sufría apnea y ataques de corazón, durante el sueño, un poco antes de despertar. Todos debían comprar monitores automáticos para quedar a salvo de estos riesgos.

Aquello no podía ocurrir con los modernos tratamientos médicos. Por otra parte, los autones que Yelén y Della tenían flotando por encima de su casa le estaban vigilando; y además, Wil se sonrió socarronamente a sí mismo, el reloj marcaba las diez de la mañana. Había dormido durante casi nueve horas. Balanceó su cuerpo fuera de la cama, sintiéndose como si sólo hubiera dormido la mitad de este tiempo. Se movió pesadamente hasta el cuarto de baño, se lavó la inusitada humedad que encontró cerca de los ojos. Durante toda su carrera se había esforzado para dar una imagen de fuerza tranquila. No le había resultado difícil. Tenía una constitución como la de un tanque; y por naturaleza, su tipo era de los de baja presión sanguínea. Hubo unos pocos casos que le pusieron nervioso, pero entraba dentro de la normalidad, porque había visto balas volando cerca. En su trabajo policial, había conocido un buen

número de compañeros que habían sufrido un colapso nervioso. A pesar de toda la publicidad que se había dado a casos como el de Incidente de Kansas, la mayor parte de la violencia que había en su tiempo correspondía a asuntos domésticos: la gente se salía de quicio por presiones laborales o familiares.

Sonrió irónicamente a la cara que veía en el espejo. Nunca se había imaginado que aquello pudiera sucederle a él. El remate de su sueño había sido un paseo por senderos nocturnos. Tenía la impresión de que las cosas iban a empeorar, pero una parte de sí mismo seguía siendo tan analítica como de costumbre, y seguía sus sueños matutinos y la tensión de todo el día con un interés sorprendido, tomando notas de su propio desdoblamiento.

En la planta baja, Wil abrió completamente las ventanas para que entraran los sonidos y los aromas de la mañana. No iba a dejar que todo aquello le paralizara. Más tarde, Lu debía ir a verle. Hablarían de la revisión de los armamentos y habrían de decidir quién era el siguiente al cual iban a entrevistar. Mientras tanto, había muchas cosas que hacer. Yelén estaba en lo cierto cuando decía que tenían que estudiar las vidas de los tecno-max, desde la Extinción. En particular, Wil quería saber lo que se refería al abortado intento de la colonia de Sánchez.

Apenas había empezado con esto cuando Juan Chanson se dejó caer por allí. En persona.

—¡Wil, muchacho! Estaba deseando tener una charla contigo.

Brierson le franqueó la entrada, preguntándose por qué el tecno-max no le había anunciado su visita. Chanson se paseaba por el cuarto de estar. Como de costumbre, era enérgico hasta el punto de andar a sacudidas.

—¿*BlasSpañol*, Wil? —dijo.

—Sí —contestó Brierson sin detenerse a pensar, aunque de todas formas podía seguirle el humor.

—*Labueno* —dijo el arqueólogo y ya siguió en español-negro—. Acabo cansándome del inglés, ya lo sabes. Nunca consigo a tiempo la palabra que necesito. Apostaría a que muchos creen que estoy loco.

Wil asintió con la cabeza a aquella verborrea en español-negro. Chanson hablaba mucho más aprisa que cuando lo hacía en inglés. Era una hazaña impresionante aunque casi imposible de comprender.

Chanson interrumpió su nervioso paseo por la habitación. Señaló hacia el techo con su pulgar.

—Supongo que nuestros amigos tecno-max se enteran de todas las palabras.

—Ah, no. Sólo están controlando las funciones corporales, pero si quisiera que nuestras palabras fueran traducidas, debería llamar pidiendo ayuda. Y pedí a Lu que se asegurase de que Yelén no estaba escuchando a escondidas.

Chanson sonrió maliciosamente.

—Es decir, que así te lo han contado, sin duda.

Colocó una cosa gris, oblonga, sobre la mesa. En uno de sus extremos había una luz roja que parpadeaba.

—Ahora podemos estar seguros de que lo que te han prometido será verdad. Todo lo que hablemos quedará sin registrar.

Hizo una seña a Brierson para que se sentara.

—Hemos hablado de la Extinción ¿verdad?

—Sí, varias veces.

Chanson agitó su mano.

—Desde luego. Hablo con todo el mundo de esto. ¿Pero, cuántos creen lo que digo? Hace cincuenta millones de años que la raza humana fue asesinada, Wil. ¿Acaso no te importa?

Brierson se quedó sentado. Aquello podía convertir aquella mañana en una fecha importante.

—Juan, la Extinción es muy importante para mí.

¿Lo era, en realidad? A Wil le habían secuestrado mucho más de un siglo antes de que aquello ocurriera. En el fondo de su corazón, creía que fue entonces cuando habían muerto Virginia, Anne y W. W. júnior, a pesar de que las biografías dijeran que habían vivido en el siglo veintitrés. Él había sido trasladado hasta cien mil años después, lo que era un período mucho más largo que el de toda la historia escrita. Ahora estaba viviendo en los megaaños cincuenta. Hasta prescindiendo de la E mayúscula de Extinción, estaba tan lejos en el futuro que nadie podía esperar que la raza humana todavía existiera.

—Pero muchos tecno-max no creen posible una invasión alienígena. Alice Robinson dijo que toda la especie murió en el siglo veintitrés, y que no aparecieron signos de violencia hasta mucho después. Además, si hubiese habido una invasión, se podría pensar que tendríamos toda clase de refugiados del siglo veintitrés. Pero en vez de esto, no hay nadie, si exceptuamos a los últimos de vosotros, los tecno-max, de los años 2201 y 2202.

Chanson dijo con desdén:

—Los Robinson están locos. Fuerzan los hechos para que encajen en sus proyectos de color de rosa. He pasado miles de años de mi vida atando todos los cabos, Wil. He levantado mapas de todos los centímetros cuadrados de la Tierra y de

la Luna, con todos los métodos de diagnosis que el hombre ha conocido. Bill Sánchez hizo lo mismo para el resto del Sistema Solar. He interrogado a los tecno-min que han sido rescatados. Muchos de los tecno-max creen que estoy chiflado porque he abusado tanto de su hospitalidad. No alcanzo a comprender algunas cosas de los alienígenas, pero hay muchas más que sí entiendo. No tenemos refugiados del siglo veintitrés porque los invasores pudieron intervenir y bloquearon los generadores de burbujas: tenían alguna superpoderosa variante del supresor Wáchendon. La exterminación no fue como en una guerra nuclear del siglo veintiuno, en que todo se hubiera acabado en unas pocas semanas. He fijado la fecha de los *graffiti* de Norcross en 2230. Parece ser que los alienígenas usaron armas específicamente antihumanas ya desde los inicios de la guerra. Por otra parte, la cinta de grabación sobre vanadio que Bill Sánchez encontró en Charon parece ser posterior, en el mismo siglo. Esto está de acuerdo con los nuevos cráteres que aparecen allí y en los asteroides. Pero al final, los alienígenas acabaron con la resistencia usando armas nucleares.

—No lo sé, Juan. Está tan lejos en el pasado que ahora ¿cómo se pueden probar o rebatir las teorías de alguien? Lo que importa es que nuestra colonia tenga éxito y que la humanidad tenga una nueva oportunidad.

Chanson se apoyó sobre la mesa y dijo con más fuerza que antes:

—Exactamente. ¿Pero es que no lo ves? Los alienígenas también tenían burbujeadores. Lo que destruyó la civilización, sigue amenazándonos ahora con la destrucción.

—¿Después de cincuenta millones de años? ¿Qué motivos tendrían para hacerlo?

—No lo sé. Hay límites para la investigación física, a pesar de la paciencia que se tenga. Pero creo que lo del siglo veintitrés fue algo muy reñido. Los alienígenas tuvieron que forzar su marcha al tope, y por poco no lo consiguieron. Después de la guerra, quedaron muy debilitados, tal vez al borde de su propia extinción. Se fueron del Sistema Solar hace millones de años, pero no te equivoques, Wil. No se han olvidado de nosotros.

—Esperas otra invasión.

—Esto es lo que me ha atemorizado siempre, pero empiezo a verlo de otra manera. Ellos son demasiado pocos, su juego es cauteloso, por ahora. Intentan dividirnos para destruirnos. El asesinato de Marta sólo fue el principio.

—¿Qué?

Chanson mostró una rápida y colérica sonrisa.

—El juego ya no es tan académico ahora, ¿no es cierto, muchacho? Piénsalo. Con este asesinato nos han dejado inválidos. Marta era el cerebro de todo el plan Korolev.

—¿Afirmas que están entre nosotros? Yo creía que vosotros los tecno-max podíais saber todo lo que entraba en nuestro sistema.

—Es cierto. Pero los otros no se preocupan. Los sitios más seguros para los almacenajes a largo plazo están en las órbitas de los cometas. Tales burbujas regresan cada cien mil años, más o menos. Sólo yo me di cuenta de que después de unos pocos regresos, van a explotar. Casi la mitad de mi tiempo lo he empleado en montar una red de vigilancia. A lo largo de los megaaños he podido interceptar tres que llegaban con un importante exceso hiperbólico. Dos de ellos salieron del estasis en el Sistema Solar interior, rodeados por mis fuerzas. Salieron disparando, Wil.

—¿Habían usado el super supresor Wáchendon?

—No. Creo que su equipo de supervivencia no es mucho mejor que el nuestro. Desde mi posición superior, logré destruir a ambos.

Wil miraba al hombrecito con un nuevo respeto. Al igual que los demás tecno-max, era un monomaniaco: cualquiera que persiguiera un objetivo durante siglos debía serlo. Sus conclusiones habían sido ridiculizadas por gran parte de la colonia, pero él seguía aferrado a ellas y hacía todo lo que podía para proteger a todos contra una amenaza que sólo él podía ver. Si Chanson tenía razón… La boca de Wil se quedó

seca de repente. Podía ver a dónde le iba a llevar todo aquello.

—¿Y qué pasa con el tercero, Juan? —preguntó bajando la voz.

Otra vez la airada sonrisa.

—Éste es mucho más reciente, y mucho más listo. Intenté verle antes de estar en buena posición, y pudo más que yo. Cuando regresé a la Tierra, ya estaba aquí, pretendiendo ser humano, pretendiendo ser Della Lu, la espacial perdida durante mucho tiempo. Tu compañera es un monstruo, muchacho.

Wil trató de no pensar en el potencial de fuego que estaba flotando sobre sus cabezas.

—¿Hay alguna evidencia bien fundada? Della Lu fue una persona de verdad.

Chanson se rió.

—Ahora son débiles. Los subterfugios es lo único que les queda, y además deben tener copias de Greenlnc. ¿Pudiste ver a esta Della Lu, inmediatamente después de su llegada? Parecía un chiste decir que aquella cosa era humana. La afirmación de que es tan vieja que los atributos humanos normales han ido difuminándose no tiene sentido. Yo tengo

más de dos mil años y mi comportamiento es perfectamente normal.

—Pero ella ha estado sola durante todo el tiempo —las palabras de Wil la estaban defendiendo, pero se acordaba de su encuentro en la playa. La manera de actuar de Lu, como un insecto. Su mirada fría—. Estoy seguro de que un examen médico podría aclararlo.

—Puede que sí, y puede que no. Tengo razones para creer que los exterminadores tienen una estructura muy parecida a la humana. Si sus ciencias de la vida son tan buenas como las nuestras, pueden redistribuir sus órganos internos en modo análogo al de los humanos. Y en cuanto a los rebuscados análisis químicos, nuestra ignorancia de ellos y de su tecnología es sencillamente tan enorme que jamás podríamos aceptar como prueba una evidencia negativa.

—¿A quién más se lo has contado?

—A Yelén y a Philippe. Puedes estar seguro de que no voy a hacer acusaciones en público. Esta criatura Lu sabe que alguien la atacó cuando venía hacia aquí, pero no creo que pueda saber quién fue. Hasta puede creer que se trataba de una acción automática. A pesar de que está sola, es terriblemente peligrosa, Wil. No podemos permitirnos ir contra ella hasta que todos los tecno-max estén dispuestos a actuar conjuntamente. Rezo para que esto suceda antes de que tenga ocasión de destruir la colonia.

»No sé si Philippe me cree, pero estoy convencido de que estaría dispuesto a actuar si yo pudiera ganarme a los demás. Y en cuanto a Yelén, pues… ya he dicho hace poco que es la menor de las Korolevs. Ha efectuado algunas pruebas pasivas y no puede creer que el enemigo haya podido lograr una falsificación tan perfecta. No le impresiona en lo más mínimo el comportamiento errático de Lu. En resumidas cuentas, Yelén no tiene imaginación.

»Tú puedes ser la clave, Wil. Ves a Lu todos los días. Más pronto o más tarde cometerá un error, y entonces sabrás que lo que te digo es cierto. Es de una importancia vital que te prepares para cuando esto ocurra. Con suerte, puede tratarse de algo pequeño, de algo que puedas pretender ignorar. Si no dejas translucir que lo sabes, tal vez ella te deje vivir.

»Y si te deja vivir, entonces tal vez podamos convencer a Yelén.

Y si no me deja vivir, esto también será una evidencia, sin duda. Chanson había descubierto que podía utilizarle de cualquiera de las dos formas.

Capítulo XI

Della Lu llegó a primeras horas de la tarde. Wil salió de su casa para verla aterrizar. Los autones que Yelén y Della le habían prestado montaban guardia algunos centenares de metros por encima del edificio. Especulaba sobre cómo sería una batalla entre aquellas dos máquinas, y si él podría sobrevivir a ella. Antes, había estado agradecido a Lu por su protección frente a Yelén. Pero ahora era un arma de doble filo. Brierson conservó la placidez de su cara mientras la espacial se dirigía hacia él.

—Hola, Wil —a pesar de su recuerdo de la primitiva Della, era difícil poder creer que Chanson tuviera razón. Lu vestía una blusa rosa y unos pantalones acampanados. Llevaba el pelo cortado con un flequillo que oscilaba juvenilmente mientras andaba. Su sonrisa parecía natural y espontánea.

—Hola, Della —le devolvió la sonrisa, confiando en que la suya pareciera igualmente espontánea y natural. Ella entró en la casa, delante de él.

—Yelén y yo tenemos una discusión que queremos que tú… —dejó de hablar y su cuerpo se puso tenso. Se acercó cautelosamente a la mesa del cuarto de estar, sus ojos echaban chispas sobre su superficie. De pronto algo redondo y plateado empezó a brillar allí. Ella lo cogió.

—¿Sabías que te están espiando?

—¡No! —se acercó a la mesa. Alguien había cortado una muesca esférica de más o menos un centímetro de diámetro. La muesca estaba donde Chanson había dejado su aparato contra-escucha.

Sostuvo en alto la esfera plateada, que cabía exactamente dentro de la muesca, y dijo:

—Siento haber tenido que dejar una marca en tu mesa. He querido emburbujarlo antes de hacer otra cosa. Algunos de estos bichos suelen morder cuando se les descubre.

Wil miró su propia cara reflejada en la superficie de la pelotita. Podía contener cualquier cosa.

—¿Cómo lo has descubierto?

Se encogió de hombros.

—Era demasiado minúsculo para que mi autón pudiera verlo. Dentro de mí tengo algunos complementos implantados —se dio unos golpecitos en la cabeza—. Tengo algunas posibilidades más que los humanos corrientes. Puedo ver en el UV y el IR, por ejemplo… Muchos de los tecno-max no se preocupan por mejoras como éstas, pero a veces son útiles.

Humm. Wil había vivido algunos años llevando electrónica médica implantada dentro de su cráneo, y no le había gustado lo más mínimo.

Della atravesó andando la habitación y se sentó en el brazo de un sillón. Colocó sus pies en el asiento y apoyó la mejilla en sus manos. Su comportamiento juvenil estaba en franco contraste con sus palabras.

—Mi autón me dice que Juan Chanson ha sido tu último visitante. ¿Se ha acercado a esta mesa?

—Sí, ahí es donde hemos estado sentados.

—Hummm. Es una treta burda, ha corrido un elevado riesgo de ser descubierto. ¿Qué quería, de todos modos?

Wil estaba preparado para esta pregunta. Su contestación fue pronta y casual.

—Divagaba, como de costumbre. Se había enterado de que hablo español-negro. Me temo que a partir de ahora seré su audiencia favorita.

—Creo que aquí ha de haber algo más que esto. No he podido lograr que nos dé una cita para que le entrevistemos. No dice que no, pero siempre pone excusas. Philippe Genet es el único que también quiere evitarnos. Debemos ponerlo en cabeza de nuestra lista de entrevistas.

Ella estaba haciendo un trabajo mucho mejor para probar los alegatos de Juan que éste mismo.

—Ya lo pensaré… ¿Qué era lo que tú y Yelén queríais saber?

—Oh, eso. Yelén quiere dejar a Tammy emburbujada durante un siglo, más o menos hasta que los tecno-min «estén firmemente arraigados».

—Y tú no quieres.

—No. Y tengo varios motivos. Prometí a los Robinson que no le pasaría nada a Tammy. Por esto me niego a entregarla a Yelén. Pero además prometí que a Tammy se le daría una oportunidad para dejar en buen lugar el nombre de su familia. Ella asegura que esto significa que debe quedar libre para operar en el presente.

—Apostaría a que Robinson no se podría preocupar menos de su buen nombre. Las cosas se han puesto al rojo para su familia, pero todavía necesita seguidores. Con Tammy emburbujada, se habría acabado el proselitismo.

—Sí. Éstas son casi las mismas palabras de Yelén. —Della cambió de postura en el sillón y se quedó sentada como una persona adulta. Enlazó los dedos y los miró durante unos momentos—. Cuando yo era muy joven, incluso era más joven que tú, fui policía de los Pacistas. No sé si puedes comprender lo que esto significa. La Autoridad de la Paz era un gobierno, no importa lo que quisiera hacer creer. Como policía del gobierno, mi moralidad era muy diferente de la tuya. Los objetivos a largo plazo de la Autoridad eran la base de mi moralidad. Mis propios intereses y los de los demás, eran algo secundario. Yelén piensa que creo de verdad que la supervivencia depende de que se puedan lograr las metas de la Autoridad. Los libros de historia hablan principalmente de cómo impedí el Proyecto Renacimiento y de cómo hice caer a los Pacistas, pero además hice algunas cosas… brutales en nombre de la Autoridad; no tienes más que ver como dirigí la Campaña de Mongolia.

»Aquella remota y joven Della Lu no hubiera tenido el menor problema: si Tammy está libre, será un riesgo, un riesgo pequeño, para el objetivo del buen éxito de la colonia. Aquella Della Lu no habría vacilado en emburbujar a Tammy, tal vez hasta la habría ejecutado para evitar aquel riesgo.

»Pero ya he crecido y lo he superado —sus manos enlazadas se colapsaron y su expresión se suavizó—. Durante cien años viví en una civilización donde los individuos se proponían sus propias metas y se preocupaban de su propio bienestar. La Della Lu de ahora ve por lo que está pasando Tammy. Esta Della Lu cree que hay que mantener las promesas que se hacen.

Wil hizo esfuerzos para pensar en el asunto.

—Yo también creo en que hay que cumplir los contratos, aunque en este caso no estoy demasiado seguro de qué fue lo que se contrató. Me inclino a dejar libre a Tammy. Dejémosla prosetilizar, pero sin su cinta de cabeza. Dudo de que recuerde bastante tecnología para que esto le pueda servir de algo.

—Es posible que los Robinson hayan dejado equipo escondido por aquí, de donde lo pudieran coger Tammy y los que pueda reclutar.

—Si actuaran así, esto mismo podría ser una evidencia muy buena de que ya estaban enterados del asesinato de antemano. ¿Por qué no hemos de dejarla en libertad, pero llena de chivatos de todas clases, sin compasión? Si hace algo más que hablar, la emburbujamos. Tammy y su familia son los principales sospechosos, si la dejamos prisionera, es posible que jamás podamos resolver el asesinato… ¿Crees que Yelén se dejará convencer con esto?

—Sí. Éste es más o menos el argumento que le he expuesto. Me contestó que estaba de acuerdo, si tú lo estabas también.

Las cejas de Wil se elevaron. Estaba tan sorprendido como halagado.

—En este caso, que sea como dices, queda acordado.

Miraba por la ventana, intentando pensar en cómo podía llevar la conversación al asunto que realmente le preocupaba.

—Tú ya sabes Della, que yo tenía una familia. Por lo que encuentro en Greenlnc, vivieron hasta la Extinción. Me horroriza pensar que Mónica pueda tener razón y que la humanidad no hizo otra cosa que suicidarse. Y las teorías de Juan son igualmente repugnantes. ¿Cómo crees tú que acabó todo aquello?

Confiaba en que su verdadero interés quedaría enmascarado. Y lo que acababa de decir no era simplemente una excusa: estaría muy agradecido si recibía una explicación no violenta del fin de la humanidad.

Della sonrió al oír la pregunta. No parecía sospechar nada.

—Siempre es más fácil hacerse el sabio, si lo que explicas es de carácter pesimista. Esto hace aparecer a Juan y Mónica

más listos de lo que son en realidad. La verdad es que… no hubo Extinción.

—¿Qué?

—Algo ocurrió, pero no tenemos más que una evidencia circunstancial de lo que pasó.

—De acuerdo, pero este «algo» mató a cada uno de los humanos que no estaba en estasis —no pudo esconder su sarcasmo.

Della se encogió de hombros.

—No lo creo así. Deja que te explique mi interpretación de la evidencia circunstancial:

«Durante los últimos dos mil años de la civilización, casi cualquier área de progreso presentó un crecimiento exponencial. A partir del siglo diecinueve esto ya resultaba evidente. La gente empezó a extrapolar las tendencias. Los resultados fueron absurdos: vehículos que viajaban más aprisa que el sonido a mediados del siglo veinte, los hombres en la luna un poco después. Todo esto fueron logros, pero el progreso continuaba. Algunas extrapolaciones no demasiado inteligentes de la producción energética, unido al poder de los ordenadores y a la velocidad de los vehículos llevaron a resultados demasiado largos y sin sentido en los últimos años del siglo veintiuno. Los más sofisticados pronosticadores hicieron resaltar el hecho de que el

crecimiento real podría llegar a saturarse; los números que obtenían eran demasiado crecidos para podérselos creer».

—Humm. Me parece que tenían razón. En realidad, no creo que el 2100 fuera más diferente que el 2000, que el 2000 lo había sido del 1900. Tuvimos la longevidad y el viaje espacial económico, pero ambos estaban dentro del margen de las predicciones moderadas del siglo veinte.

—Sí, pero no te olvides de la guerra del 1997. Faltó muy poco para que acabara con la raza humana. Costó más de cincuenta años volver a salir a flote. Después del 2100 ya volvíamos a estar en un desarrollo exponencial. En 2200, los que no fuesen ciegos podían ver que algo realmente fantástico nos esperaba en un futuro inmediato. Teníamos prácticamente la inmortalidad. Teníamos los principios de los viajes interestelares. Teníamos redes de conexiones que efectivamente hacían incrementar la inteligencia humana, con mayores incrementos en camino.

Ella se detuvo, y pareció que cambiaba de tema:

—Wil, ¿alguna vez te has preguntado lo que fue de tu homónimo?

—¿El original W. W.? Dime —dijo con un repentino caer en la cuenta— ¿le conociste en persona, verdad?

Ella sonrió brevemente.

—Me encontré con Wil Wáchendon en un par de ocasiones. Era un joven enfermizo y estábamos en bandos distintos de una guerra. ¿Pero sabes lo que fue de él después de la caída de los Pacistas?

—Bien, inventó muchas cosas, demasiadas para que yo las pueda recordar. Pasó mucho tiempo en el espacio. En los años 2090 no se oía hablar mucho de él.

—Eso es. Y si le sigues en el Greenlnc podrás ver que la tendencia continuó. Wil era un genio de primera clase. Incluso entonces podía usar una cinta de interfaz mucho mejor de lo que puedo hacerlo yo ahora. Supongo que, a medida que pasó el tiempo, cada vez tenía menos en común con la gente como nosotros. Su mente estaba en algún otro lugar.

—¿Y crees tú que esto mismo es lo que pasó con todo el género humano?

Della asintió.

—En 2200 podíamos incrementar la misma inteligencia humana. Y la inteligencia es la base de cualquier progreso. Mi suposición es que a mediados de aquel siglo, cualquier meta, (cualquier meta que pudiera establecerse objetivamente, sin contradicciones internas), podía alcanzarse. ¿Y cómo serían las cosas cincuenta años

después? Todavía podía haber metas y podía haber afanes, pero no los que nosotros podemos comprender.

»Llamar a aquel tiempo “La Extinción” es algo absurdo. Fue una Singularidad, un lugar donde se rompe la extrapolación y hay que aplicar unos nuevos modelos. Y estos nuevos modelos están más allá de nuestra inteligencia.

La cara de Della estaba radiante. Le resultaba muy difícil a Wil creer que todo aquello era una invención de una «exterminadora». Por lo menos en su origen, aquello habían sido ideas y sueños humanos.

—Es una cosa divertida, Wil. Abandoné la civilización en 2202. Miguel había muerto unos pocos años antes. Aquello representó más para mí que cualquier Gran Obra. Quería estar sola algún tiempo, y la misión Estrella de Gatewood me pareció ideal. Pasé allí cuarenta años, y después fui emburbujada durante por lo menos mil doscientos años. Esperaba que cuando regresara, la civilización sería ininteligible para mí —su sonrisa se torció—. Me sorprendió mucho encontrar la Tierra vacía. Pero ¿qué podía ser menos inteligente que una ausencia total de inteligencia? Desde el siglo diecinueve en adelante, los futuristas se preguntaban el destino de la ciencia. Y ahora, desde el otro lado de la Singularidad, el misterio es igualmente inescrutable.

»No hubo Extinción, Wil. La humanidad, sencillamente, se promocionó, y tú, yo y los demás no estábamos presentes el día de la graduación.

—Y así, sin más, tres mil millones de personas ascendieron a un plano superior. Esto empieza a sonar como algo parecido a la religión, Della.

Se encogió de hombros.

—Si empezamos a hablar de la inteligencia sobrehumana ya entramos en algo parecido a la religión —se sonrió—. Si realmente quieres la explicación religiosa… ¿Conoces a Jason Mudge? Asegura que la Segunda Venida de Cristo ocurrió en alguna parte del siglo veintitrés. Los creyentes se salvaron y los descreídos fueron destruidos… y el resto de nosotros somos prófugos.

Entonces fue Wil quien sonrió: había oído hablar de Mudge. Su teoría de la Segunda Venida también podía explicar las cosas (en uno de los aspectos, mejor que la teoría de Lu).

—Prefiero tus ideas. Pero ¿qué explicación das a la destrucción física? Chanson no es la única persona que cree que las armas nucleares y biológicas fueron utilizados hacia finales del veintitrés.

Della dudó.

—Esto es algo que no encaja. Cuando regresé a la Tierra en 3400, hallé muchísimas evidencias de guerra. Los cráteres ya se habían llenado de vegetación, pero desde mi órbita pude ver que las áreas metropolitanas habían sido alcanzadas. Chanson y las Korolevs tienen información mejor que la mía, ya que estuvieron activos durante el cuarto milenio tratando de imaginarse lo que había sucedido e intentando rescatar a los tecno-min que estaban en estasis a corto plazo. Parece como si se tratara de una guerra nuclear clásica, en la que se hubiera luchado sin burbujas. La evidencia de guerra biológica es mucho más débil.

»No lo sé, Wil. Debe haber alguna explicación. Las aspiraciones eran tan elevadas en el siglo veintidós que no puedo creer que la raza cometiera un suicidio. Tal vez fueron unas tracas para celebrar algo. O tal vez… ¿conoces el deporte de la supervivencia?

—Apareció después de mi época. He leído algo de esto en Greenlnc.

—El buen estado físico siempre ha sido una cosa muy importante en la civilización. En los últimos años del siglo veintidós, los cuidados médicos mantenían automáticamente la buena forma física, por lo que la gente se dedicaba a otras cosas. Muchos tipos de la clase media tenían posesiones en la Tierra de varios miles de hectáreas. Había fincas comunales mayores que algunas naciones del siglo veinte. Estar en forma llegó a significar la aptitud para

sobrevivir sin la intervención de la tecnología. Los jugadores eran abandonados desnudos en un terreno salvaje: ártico, bosque lluvioso o del tipo que escogieran, previamente seleccionado en secreto por los jueces. No se permitía ninguna tecnología, aunque unos autones médicos seguían de cerca a los participantes; podía llegar a convertirse en una experiencia brutal. Hasta la gente que no entraba en la competición, con frecuencia pasaba algunas semanas cada año viviendo en condiciones que habrían resultado mortales para los ciudadanos del siglo veinte. En el 2200, los individuos eran probablemente mucho más resistentes que en cualquier otro tiempo. Todo lo que les faltaba era las malas intenciones de los tiempos primitivos.

Wil asintió. Marta había demostrado lo que Lu decía.

—¿Cómo se puede explicar la guerra nuclear a partir de esto?

—Está cogido por los pelos, pero… imagínate cómo estaban las cosas un poco antes de que la raza incidiera en la Singularidad. Los individuos podían ser sólo «ligeramente» sobrehumanos y al mismo tiempo estar interesados en los primitivos. Para ellos, la guerra nuclear podía no ser más que un juego para demostrar su fuerza y su buen estado físico.

—Tienes razón; esto me parece cogido muy por los pelos.

Della se encogió de hombros.

—¿Dirías pues que Juan está entre la minoría, cuando piensa que la humanidad fue exterminada? —continuó Wil.

—Así es; sé que Yelén está de acuerdo conmigo. Pero recuerda que, hasta muy recientemente, no he tenido demasiadas ocasiones de hablar con la gente. Regresé al Sistema Solar durante unos pocos años, alrededor del 3400. En aquella época, nadie estaba fuera del estasis. Pero habían dejado muchos mensajes. Las Korolevs ya estaban hablando de citas al cabo de cincuenta megaaños. Juan Chanson tenía un autón en L4 que explicaba sus teorías a todo aquél que pudiera oírlas. Para mí estaba muy claro que, con la evidencia de que disponían, podían estar discutiendo eternamente sin llegar a probar nada en un sentido u otro. Quise tener la certeza. Y creí hallarla —volvió a asomar aquella sonrisa torcida.

—¿Por esto volviste al espacio?

—Sí. Lo que nos había pasado a nosotros, podía volver a ocurrir (o podía estar ocurriendo) una y otra vez por todo el universo. A partir del siglo veinte, los astrónomos estaban pendientes de si había inteligencia más allá del Sistema Solar. Jamás pudieron encontrarla. Nos extraña el gran silencio de la Tierra, después del 2300. Ellos se extrañaban del silencio de las estrellas. Su misterio es ni más ni menos que nuestra interpretación del espacio.

»Pero hay una diferencia. En el espacio, puedo viajar en cualquier dirección que yo elija. Estaba segura de que eventualmente podría encontrar una raza que estuviera al borde de la Singularidad.

Al oírla hablar, Wil sentía una extraña mezcla de miedo y de frustración. De una manera u otra, aquella persona sabía aquello sobre lo que los demás sólo podían especular. Pero lo que ella le contara y la verdad, podían ser dos cosas muy diferentes. Y las preguntas que iban a permitirle distinguir la verdad de la mentira podían provocar una respuesta mortal.

—He intentado utilizar tus bases de datos, Della. Me resultan muy difíciles de entender.

—Esto no ha de sorprenderte. Al correr de los años, han sufrido algunos daños irreparables, algunas partes de mi Greenlnc son tan ininterpretables que no las uso nunca. Y mis bases de datos personales… bien, las he adaptado un poco a mi manera de ser.

—¿Estás segura de que realmente quieres que la gente sepa lo que has visto?

Pero Della había permanecido siempre muy callada cuando se trataba del tiempo que había pasado Allá Fuera. Dudó.

—En otro tiempo, lo quería. Pero ahora no estoy segura. Hay gente que no quiere saber la verdad… Wil, alguien disparó contra mí cuando regresé al Sistema Solar.

—¿Qué? —Confiaba que su sorpresa pareciera real—. ¿Quién fue?

—No lo sé. Yo estaba a mil Unidades Astronómicas, y los cañones eran automáticos. Supongo que era Juan Chanson, que es el que me parece más paranoico en relación a los de fuera; yo llegaba claramente hiperbólica.

Wil, de repente se puso a pensar en los «alienígenas» que Juan decía que había destruido. ¿Cuántos de ellos habían sido espaciales que regresaban? Algunas de las teorías de Juan podían comprobarse por sí solas.

—Tuviste suerte —dije interviniendo con cautela— de salir bien de la emboscada.

—No fue cosa de suerte. Ya me habían disparado otras veces. Siempre que me acerco a una estrella, a menos de medio año luz, estoy preparada para luchar (y por lo general, también dispuesta a huir).

—¡Esto quiere decir que hay otras civilizaciones!

Durante un rato, Della no contestó. Su personalidad volvió a transformarse. Su cara se quedó inexpresiva, y parecía ser tan fría como en sus primeros encuentros.

—La vida inteligente es un desarrollo muy excepcional. Pasé nueve mil años investigando esto, repartidos a lo largo de cincuenta millones de años de tiempo real. Mi promedio de velocidad no alcanzó una vigésima parte de la velocidad de la luz. Pero esto ya era bastante rápido. Tuve tiempo para visitar La Nube Larga de Magallanes y el Sistema Fórnax, además de nuestra propia galaxia. Tuve ocasión de detenerme en decenas de millares de sitios, en monstruosidades astronómicas y en estrellas normales. Pude ver cosas muy raras, principalmente cerca de los pozos de gravedad. Tal vez fuesen fruto de la ingeniería, pero no tengo pruebas ni para mí misma.

»Descubrí que muchas de las estrellas de giro lento tienen planetas. Cerca de un diez por ciento de ellas tienen algún planeta del tipo de la Tierra. Y casi todos estos planetas tienen vida.

»Si Mónica Raines adora la pureza de la vida sin inteligencia, admira una de las cosas más comunes del universo… En todos mis nueve mil años, encontré dos razas inteligentes —sus ojos permanecían fijos en Wil—. En ambos casos llegué demasiado tarde. El primero fue en Fórnax, llegué con un retraso de algunos miles de millones de años; hasta las colonias de sus asteroides se habían convertido en polvo. Allí no había burbujas, y era imposible saber si su final había sido brusco.

»El otro caso fue más próximo, tanto en el espacio como en el tiempo: una estrella G2, a aproximadamente un tercio del recorrido de la Galaxia, a partir de aquí. Era un mundo precioso, mayor que la Tierra, su atmósfera era tan densa que muchas plantas flotaban en el aire. La raza era parecida a los centauros; esto es todo lo que pude saber. Se me escaparon por un par de centenares de megaaños. Sus bases de datos se habían evaporado, pero sus colonias en el espacio estaban casi indemnes.

»Se habían desvanecido tan de repente como la humanidad había desaparecido de la Tierra. Un siglo estaban allí, y al siglo siguiente ya no estaban. Pero aquello era distinto. En primer lugar, no había indicios de guerra nuclear; y en segundo lugar, aquellos centauros habían fundado un par de colonias interestelares. Las visité. Encontré evidencias de una población creciente, de progreso tecnológico independiente, y además de… sus propias Singularidades. Viví dos mil años en aquellos sistemas, que se repartieron por un megaaño. Los estudié tan cuidadosamente como Chanson y Sánchez han hecho con nuestro Sistema Solar.

»En los sistemas de los centauros, había burbujas. No tantas como había en la Tierra, pero allí ya era mucho después de su Singularidad. Sabía que si me quedaba por allí, podría encontrarme con alguien.

—¿Y lo encontraste?

Della asintió.

—¿Pero qué clase de persona crees que se podía esperar doscientos megaaños después de la civilización?… El centauro apareció disparando. Salí de allí a base de explosiones nucleares. Recorrí cincuenta años luz, más allá de donde el centauro tenía intereses. Y después, durante el siguiente millón de años, regresé sin dejarme ver. Tal como suponía, estaba otra vez en estasis, confiando en observaciones de vez en cuando y en la protección de sus autones. Dejé una gran cantidad de robots de transmisiones, algunos con autones. Si les daba sólo media oportunidad, le podrían enseñar mi idioma y convencerle de que era pacífica…

»En el tiempo real, sus fuerzas atacaron en el mismo minuto en que oyeron mis transmisiones. Perdí la mitad de mis autones de defensa para mantenerme a salvo. Casi perdí la vida: fue entonces cuando se dañaron mis bases de datos. Mil años después, el propio centauro salió del estasis. Entonces me atacó con todas sus fuerzas. Nuestras máquinas lucharon durante otros mil años, tiempo durante el cual el centauro permaneció fuera del estasis.

Aprendí muchas cosas. Estaba decidido a hablar, aunque había olvidado como se escucha.

«Estaba sólo, lo había estado durante los últimos veinte mil años de su vida. Alguna vez, mucho tiempo antes, no

había estado mucho más loco que muchos de nosotros, pero aquellos veinte mil años de soledad habían quemado su alma —ella se calló durante unos momentos (¿Tal vez pensaba lo que podían representar nueve mil años?)—. Estaba atrapado en líneas de conducta que ya nunca podría (ni querría) romper. Creía que su sistema solar era una especie de mausoleo, que debía ser protegido contra la profanación. Uno a uno, había destruido a los últimos centauros a medida que iban saliendo del estasis. Había luchado, al menos, con cuatro viajeros procedentes de fuera de su sistema. Dios sabe quiénes eran: tal vez eran centauros espaciales o "Dellas Lus" de otras razas.

»Pero, lo mismo que nosotros, no podía sustituir a sus autones. Ya había perdido muchos de ellos cuando le encontré. Yo no hubiera tenido la menor oportunidad si hubiera llegado algunos megaaños antes. Supongo que si me hubiera quedado más tiempo allí, le habría derrotado. Pero hubiera sido a costa de vivir mil años más; y el precio habría sido mi alma. Por fin, decidí dejarlo tranquilo.

Estuvo callada mucho tiempo, aquella frialdad fue desapareciendo lentamente de su cara y fue sustituida por… ¿eran lágrimas? ¿Las vertía por el último centauro o era por los mil años que había consumido, para no encontrar más que el mismo misterio con que había empezado?

—Nueve mil años… no son suficientes. Los artefactos de después de la Singularidad eran tan inmensos que los que

dudaban de su existencia los podían negar fácilmente. Cualquier esquema de progreso que fuera seguido de una desaparición podía adaptarse a cualquier explicación, especialmente en la Tierra, donde había señales de guerra.

Wil se dio cuenta de que había una diferencia entre la propaganda de Della y la de los demás. Ella era la única que parecía estar castigada con la incertidumbre, tenía una permanente necesidad de pruebas. Era muy difícil de creer que una historia tan ambigua y llena de dudas, pudiera ser una tapadera alienígena. ¡Demonio! Della parecía ser más humana que Chanson.

Della sonrió pero no se sacudió la humedad de las pestañas.

—Al final, sólo hay una manera de saber realmente lo que es la Singularidad. Has de estar allí, cuando ocurre… Las Korolevs han reunido a todos los que quedamos. Creo que somos bastante gente. Puede tardar un par de siglos, pero si podemos restablecer la civilización, podremos construir nuestra propia Singularidad.

»Y esta vez, no me voy a perder la fiesta de graduación.

Capítulo XII

Wil fue a la fiesta en la Costa Norte aquella misma semana, unos días después.

Virtualmente, todos estaban allí, incluyendo a algunos de los tecno-max. Della y Yelén estaban ausentes, y a Tammy le estaba más o menos prohibido asistir a tales excursiones, pero vio a Blumenthal y a Genet. Aquel día parecían ser como cualquiera de los demás. Sus autones volaban muy a lo alto, casi desaparecían a la luz de la tarde. Por primera vez desde que se ocupaba del caso Korolev, Wil no se sentía como un forastero. Sus propios autones no se podían distinguir de los otros, y aún cuando eran visibles, los voladores no parecían más intimidantes que si fueran simples globos de la fiesta.

Todas las semanas había dos actos de aquella clase, uno en Ciudad Korolev bajo el patrocinio de Nuevo Méjico, y otro que los Pacistas montaban allí, en la Costa Norte. Tal como Rohan había dicho, ambos grupos se esforzaban en manejar con cara sonriente a los indecisos. Wil pensaba si alguna vez a lo largo de toda la historia, los gobiernos se habían visto obligados a tratar a la gente con tanta suavidad.

El personal estaba sentado en grupos, sobre mantas, por todo el césped. Otros estaban haciendo cola en las barbacoas. Muchos iban vestidos con camisa y pantalón corto. No se podía saber con certeza, basándose en la ropa, quiénes eran los Pacistas y quiénes los de Nuevo Méjico, aunque la mayor parte de las mantas azules eran de los de la República. El propio Steve Fraley estaba presente. Los de su comitiva estaban un poco tiesos, sentados en sillas de campo, pero no llevaban uniformes. El Sumo Pacista, Kim Tioulang, andaba por allí y fue a estrechar la mano de Steve. Visto desde aquella distancia, su diálogo parecía completamente cordial…

Si Yelén había decidido que él debía mezclarse con la gente, observarla, y ver el rechazo con que aceptaban sus planes, estaba de acuerdo. Wil sonreía débilmente y se echaba hacia atrás apoyándose en sus codos. Había acudido a aquel picnic porque era su deber; para hacer nada más y nada menos lo que los hermanos Dasgupta (y también su sentido común) le habían sugerido. Pero estaba muy

contento de haber ido allí, y este sentimiento ya no tenía nada que ver con su obligación.

En algunos aspectos, la escenografía de la Costa Norte era la más espectacular que había visto. Era impresionante y diferente de la Costa Sur del Mar Interior. Allí había acantilados de cuarenta metros que caían directamente sobre estrechas playas. Las praderas que se extendían tierra adentro desde los riscos eran tan acogedoras como cualquier parque en la civilización. Unos pocos centenares de metros más hacia el Norte, el rellano de la cima de los acantilados terminaba en unas laderas muy empinadas cubiertas de árboles y flores, que subían más y más hasta que se destacaban con tintes levemente azules sobre el cielo. Tres cascadas se desplomaban desde aquellas alturas. Era como un paisaje de un cuento de hadas.

Pero el panorama era sólo una parte pequeña del placer de Wil. Había visto ya mucho territorio hermoso en los últimos días, todo tan prístino y virgen como pudiera desear cualquiera de los que odian las ciudades. Algo, en lo más profundo de su mente, pensaba que aquélla era la belleza de una tumba y que él era un fantasma que había ido a llorar por los muertos. Hizo descender su mirada desde las alturas y la dirigió a la muchedumbre de los asistentes al picnic. ¡Muchedumbres, por Dios! Recuperó su sonrisa, sin intentarlo. Doscientas, tal vez trescientas personas, todas en un mismo lugar. Allí se podía ver que todavía tenían una

oportunidad, que podría haber niños y un futuro para la humanidad, y una posibilidad de utilizar la belleza.

—¡Eh, perezosos, si no nos vais a ayudar con la comida, por lo menos dejadnos sitio para que nos sentemos!

Era Rohan, mostrando una gran sonrisa en la cara. Él y Dilip acababan de regresar de las colas para recoger la comida. Les acompañaban dos mujeres. Los cuatro se sentaron, riéndose un poco de la confusión de Wil. La amiga de Rohan era una asiática muy bonita que le saludó agradablemente con una inclinación de cabeza. La otra mujer era una estupenda morena anglo. Dilip, realmente sabía escogerlas.

—Wil, ésta es Gail Parker. Gail es un EMC…

—ECM —rectificó la chica.

—Eso es, una oficial del Estado Central Mayor de Era-ley.

Vestía unos *shorts* que le llegaban a los muslos, y un sujetador de algodón; Wil nunca hubiera podido suponer que era un miembro del Estado Mayor de Nuevo Méjico. Ella le tendió la mano.

—Siempre me preguntaba cómo sería usted, inspector. Desde que era niña me han estado hablando de un grandote, negro y mal bicho norteño que se llama W. W. Brierson… —le repasaba de arriba a abajo—. No me parece que sea tan peligroso.

Wil cogió su mano con cierta indecisión, luego advirtió el malicioso brillo de sus ojos. Se había encontrado con muchos Neo Mejicanos desde la fracasada invasión de NM a las tierras sin gobierno. Unos pocos ni tan sólo habían reconocido su nombre. Muchos le estaban francamente agradecidos porque creían que él había acelerado la supresión del gobierno de Nuevo Méjico. Otros, los estadistas tan difíciles de desaparecer que llevaban los galones de Fraley, odiaban a Wil fuera de toda proporción con lo que él significaba.

La reacción de Gail Parker era totalmente inesperada… y divertida. Wil le sonrió e intentó imitar su tono.

—Bueno, señora, soy grandote y negrote, pero en el fondo no soy un mal bicho, como usted dice.

La respuesta de Gail quedó interrumpida por un vozarrón enorme que levantaba ecos por todos los terrenos del picnic.

—AMIGOS —hubo una pausa, luego la voz amplificada habló algo más bajo—. Ooops, estaba demasiado alto… Amigos, permitidme que os robe un poco de vuestro tiempo.

La amiga de Rohan dijo en voz baja:

—¡Qué bonito! ¡Un discurso!

Su inglés tenía un acento muy marcado, pero Wil creyó percibir algo de sarcasmo. Había confiado en que después

de la partida de Don Robinson estaba a salvo de más discursos de «¡Amigos!». Miró al que hablaba. Era el mandamás de los Pacistas, el que había estado dialogando con Fraley unos momentos antes. Dilip le pasó a Wil una lata de cerveza por encima del hombro.

—Te aconsejo que bebas, «amigo» —dijo—. Quizás esto sea lo único que pueda salvarte.

Wil inclinó afirmativa y solemnemente la cabeza y rompió el precinto del bote.

El delgaducho Pacista prosiguió:

—Ésta es la tercera semana que nosotros, los de la Paz, hemos sido anfitriones de una fiesta. Si habéis estado en las otras, ya sabréis que teníamos un mensaje que transmitir, pero no queríamos fastidiaros con discursos. Bien, suponemos que ya «os habremos seducido» lo bastante para que ahora me prestéis un poco de atención.

Se rió nerviosamente, y hubo algunas risas sofocadas en la audiencia, casi sin la menor simpatía. Wil sorbió algo de cerveza y con los ojos entornados miró al orador. Habría apostado cualquier cosa a que aquel fulano estaba realmente nervioso y avergonzado porque no estaba acostumbrado a arengar a las masas. Pero Wil había leído todo lo que se refería a Tioulang. Desde 2010 hasta la caída de la Autoridad de la Paz en 2048, Kim Tioulang había sido el

Director de Asia. Había mandado sobre un tercio del planeta. En realidad, su timidez reflejaba el hecho de que si uno es un dictador bastante importante, no tiene necesidad de impresionar a nadie con sus modales.

—Incidentalmente, notifiqué al Presidente Fraley mi intención de hacer propaganda esta tarde, y le ofrecí la «tribuna» por si quería precederme. Graciosamente declinó mi oferta.

Fraley se levantó e hizo megáfono con sus manos:

—Ya os pillaré a todos vosotros en nuestra fiesta.

Hubo risas generalizadas, y Wil advirtió que las comisuras de su boca se torcían hacia abajo. Sabía que Fraley era un ordenancista: era muy fastidioso ver cómo aquel individuo se comportaba con cierta gracia.

Tioulang volvió a dirigirse a la multitud.

—Bueno, bueno. ¿De qué voy a intentar convenceros? De que os unáis a la Paz, y si esto no puede ser, de que os mostréis solidarios con los intereses de los tecno-min, que están representados por la Paz y por la República de Nuevo Méjico. ¿Y por qué os pido esto? La Autoridad de la Paz llegó y se fue antes de que muchos de vosotros nacierais, y las cosas que habéis oído son las habituales que la historia de los vencedores imputa a los vencidos. Pero puedo deciros una cosa: la Autoridad de la Paz siempre ha estado en favor

de la supervivencia de la humanidad y del bienestar general de los seres humanos.

La voz del Pacista se suavizó:

—Señoras y caballeros, hay una cosa que está fuera de discusión: lo que hagamos en los próximos años, será lo que determine si la raza humana va a vivir o morir. Todo depende de nosotros. Por el bien de la humanidad, no podemos seguir ciegamente a las Korolevs, o a cualquier tecno-max. No me mal interpretéis: admiro a Korolev y a los otros. Les estoy muy agradecido. Ellos han dado a la especie una segunda oportunidad. Y el proyecto Korolev parece muy sencillo y muy generoso. Yelén ha prometido que, haciendo funcionar sus fábricas por encima del límite de peligro, podrá darnos un moderado nivel de vida durante unas pocas décadas —hizo un ademán dirigido hacia los refrigeradores de cerveza y a las parrillas de las barbacoas, como agradeciendo su procedencia—. Ella nos dice que esto va echar a perder sus máquinas siglos antes de lo que tardarían en estropearse. A medida que vayan pasando los años, primero uno y luego otro de sus sistemas irán fallando. Y vamos a quedarnos dependiendo sólo de los recursos que hayamos podido desarrollar nosotros mismos.

»En resumen, tenemos unas pocas décadas para conseguirlo… o regresar al salvajismo. Korolev y los otros nos han provisto de herramientas y de bases de datos para que creemos nuestros propios medios de producción. Creo que

todos comprendemos el reto. Esta tarde he estrechado muchas manos, he notado en ellas callos que antes no estaban allí. He hablado con personas que han trabajado doce, quince horas diarias. Dentro de poco, estas pequeñas reuniones serán los únicos momentos de respiro en la lucha cotidiana.

Tioulang hizo una pequeña pausa, y la chica asiática rió por lo bajo.

—Atento todo el mundo. Ahora viene lo importante.

—Hasta aquí, ninguna persona sensata puede estar en desacuerdo. Pero la Autoridad de la Paz, y nuestros amigos de la República nos oponemos al método de Yelén Korolev. La suya es la historia, tan vieja como el tiempo, del terrateniente absentista, de la reina en su castillo y los siervos trabajando en los campos. Por algún designio que jamás ha revelado, reparte nuestros datos y herramientas entre los individuos, nunca entre las organizaciones. La única forma en que los individuos pueden hacer algo que tenga sentido dentro del desconcierto general es seguir las indicaciones de Korolev… desarrollando el hábito de la servidumbre.

Wil dejó la cerveza en el suelo. El Pacista captaba su atención al cien por cien. Seguramente Yelén estaba escuchando el discurso, pero ¿podría llegar a entender el punto de vista de Tioulang? Probablemente no; aquello era

algo nuevo para Wil, que había creído que ya sabía todos los motivos posibles para no estar conforme con Korolev. La interpretación de Tioulang era una sutil y tal vez inconsciente distorsión del plan de Marta. Yelén facilitaba herramientas y equipo productivo a los individuos, de acuerdo con las aficiones y oficios que habían tenido en la civilización. Si estos individuos optaban por ceder las instalaciones a la Paz o a la República, era asunto de ellos; era muy cierto que Yelén no había prohibido estas transferencias.

En realidad, Yelén no había dado ninguna orden sobre la forma de utilizar los regalos. Se había limitado a publicar sus bases de datos de producción y sus programas de planificación. Cualquiera podía utilizar aquellos datos y programas para hacer tratos y coordinar el desarrollo. Aquellos que lo coordinaran mejor, sin duda saldrían mejor parados, pero difícilmente aquello era un «desconcierto»… excepto tal vez para los estadistas. Wil observó detalladamente a los asistentes al picnic. No podía imaginarse que los sin gobierno pudieran ser captados por la argumentación de Tioulang. En aquellas circunstancias, el plan de Marta era lo que más se acercaba a «un negocio como suele hacerse», pero para los Pacistas y los de NM era algo misterioso y ajeno a ellos. Aquella diferencia de percepción podía echarlo todo a rodar.

Kim Tioulang también vigilaba a la audiencia, esperando ver si su exposición había calado.

—No creo que ninguno de nosotros quiera ser siervo, pero ¿cómo podremos evitarlo, dada la superioridad técnica aplastante de Korolev?… Os revelaré un secreto. Los tecno-max nos necesitan más a nosotros que nosotros les necesitamos a ellos. Aunque nos quedásemos absolutamente sin ningún técnico superior, la raza humana todavía tendría una posibilidad. Tenemos, mejor dicho, somos lo único realmente necesario: gente. Entre la Paz, la República y los, uh, sin afiliación, nosotros, los tecno-min, somos casi trescientos seres humanos. Esto es más de lo que ha habido en cualquier colonia después de la Extinción. Nuestros biocientíficos nos dicen que esto es una diversidad genética suficiente, justamente suficiente, para reinstaurar la raza humana. Sin nuestro número, los tecno-max están sentenciados. Y ellos lo saben.

»Así pues, lo más importante es que permanezcamos unidos. Estamos en una posición que nos permitirá reinventar la democracia y la autoridad de la mayoría.

Detrás de Wil, Gail Parker dijo:

—¡Dios mío! ¡Qué hipócrita! Los Pacistas jamás tuvieron interés por las elecciones cuando ellos estaban en el poder.

—Si os he podido convencer de la necesidad de que estemos unidos, y francamente, esta necesidad es tan evidente que en este punto no me hace falta mucha

persuasión, queda todavía la cuestión de por qué la Paz presenta una mejor opción que la República.

»Pensadlo bien. La raza humana ya estuvo antes al borde del desastre. En la primera parte del siglo veintiuno, las plagas destruyeron a miles de millones de personas. Entonces, como ahora, la tecnología permaneció ampliamente disponible. Entonces, como ahora, el problema residía en la despoblación de la Tierra. Con toda humildad, amigos míos, la Autoridad de la Paz tiene más experiencia en resolver nuestro actual problema que cualquier otro grupo en toda la historia. Ya conseguimos en otra ocasión sacar la raza humana del borde de su aniquilación. Se diga lo que se diga de la Paz, nosotros, somos los expertos acreditados en estos asuntos…

Tioulang gesticuló tímidamente.

—Y esto es todo lo que tenía que deciros. Son puntos importantes, que requieren reflexión. Cualquiera que sea vuestra decisión, confío en que habréis sopesado cuidadosamente los pros y los contras. Mi gente y yo contestaremos gustosamente vuestras preguntas, pero hacedlas de una en una —y desconectó el amplificador.

Había un zumbido de conversaciones. Un grupo bastante grande siguió a Tioulang cuando regresó a su pabellón, que estaba al lado del estante de las cervezas. Wil movió la cabeza mientras pensaba que aquel fulano se había anotado

algunos puntos. Pero la gente no había creído todo lo que había dicho. Exactamente detrás de Wil, Gail Parker estaba dando a los Dasguptas un rápido repaso de historia. La Autoridad de la Paz había sido el gran demonio de principios del siglo veintiuno, y Wil había vivido bastante cerca de aquella época para saber que su reputación no era del todo una calumnia. Los modales tímidos y amistosos de Tioulang podían, tal vez, suavizar los duros perfiles de su historia, pero muy pocos iban a aceptar su opinión sobre la Paz.

Lo que algunos sí aceptaron (como descubrió con tristeza Wil cuando escuchaba lo que decían sus vecinos que eran de los «sin gobierno») fue el punto de vista global de Tioulang. Estaban de acuerdo en admitir que la política de Korolev estaba encaminada a mantenerles a ellos en una posición inferior. Parecía coincidir en que la «solidaridad» era su principal arma contra la «reina de la colina». Y el llamamiento del Pacista para reestablecer la democracia, era especialmente popular. Wil comprendía que los NM aceptaran esto, porque la ley de la mayoría era la base de su sistema. Pero ¿qué pasaría si la mayoría decidiera que todo aquél que tuviera la piel oscura debía trabajar de balde? ¿O que Kansas debía ser invadida? No podía creer que los «sin gobierno» pudieran aceptar una cosa así. Sin embargo, algunos parecían dispuestos a aceptarlo. Aquél era un asunto de supervivencia, y la voluntad de la mayoría estaba trabajando a su favor. ¡Qué frágil es el barniz de la civilización!

Brierson se puso en pie.

—Voy a buscar algo que comer. ¿Queréis algo más?

Dilip dejó de dialogar con Parker por un instante.

—Pues no. Todavía estamos bien provistos.

—Está bien. Regresaré dentro de un momento.

Wil discurrió por la pradera, andando con cuidado por entre las mantas y la gente. Siempre había el mismo deseo-razonador cuadro de respuestas: los Pacistas entusiasmados, los NM desconfiados pero reconociendo la «sabiduría básica» de la arenga de Tioulang, los «sin gobierno» con opiniones variadas.

Llegó hasta donde estaba la comida y empezó a llenar dos platos. Una de las ventajas de aquellos profundos debates filosóficos: no tuvo que guardar cola.

La voz que sonó detrás de él era de un bajo sardónico.

—Esté Tioulang es realmente un payaso, ¿no crees?

Wil se volvió. ¡Un aliado!

El que había hablado era un anglo de pelo oscuro, vestido con una túnica pesada y no demasiado limpia. A pesar de medir uno setenta, era todavía lo bastante bajo para que Wil

pudiera ver que llevaba la coronilla afeitada. El individuo tenía una eterna sonrisa pintada en su cara.

—Hola, Jason.

Brierson trató de que su voz no dejara traslucir su irritación. ¡De toda la gente que había por allí, que el único que se hiciera eco de sus pensamientos fuera Jason Mudge, el embullador engañado y el chiflado profesional! Era demasiado. Wil siguió en la fila de la comida y continuó llenando sus platos hasta alturas precariamente elevadas. Jason iba tras él, pero no cogía nada para comer, sino que bombardeaba a Wil con el análisis Mudge de la chaladura de Tioulang: Tioulang había interpretado completamente mal la crisis del Hombre. Tioulang intentaba que la humanidad se apartase de la Fe. Los Pacistas, los NM y las Korolevs (de hecho, todo el mundo) habían cerrado los ojos a la posibilidad de redención y a los peligros de seguir en la Incredulidad.

Wil gruñía de vez en cuando mientras el otro hablaba, pero evitaba cualquier respuesta que pudiera tener sentido. Cuando llegó al final de la fila, cayó en la cuenta de que no podía trasladar tanta comida por la pradera sin que se le cayera. No tenía más remedio que «hacer disminuir la montaña» allí mismo. Dejó los platos en el suelo y se enfrentó a uno de los perritos calientes.

Mudge se acercó más, creyendo que Brierson se había detenido para escucharle. Una vez iniciado su discurso, siguió hablando sin parar. En aquel momento, su voz estaba a «potencia reducida», pero antes se había empinado en el terreno alto que había al norte de la pradera y había arengado a la gente durante un cuarto de hora. Su voz había retumbado por los terrenos del picnic, tan fuerte como la de Tioulang, a pesar de carecer de amplificadores. No obstante hablar con un volumen de voz tan alto, había articulado tan aprisa como lo estaba haciendo entonces, y emitía cada palabra como si estuviera en mayúscula. Su mensaje era muy sencillo, aunque lo iba repitiendo una y otra vez con diferentes palabras: Los actuales humanos eran prófugos de la Segunda Venida del Señor. (Esta Segunda Venida era presumiblemente la Extinción). Él, Jason Mudge, era el profeta de la Tercera y Final Venida. Todos debían arrepentirse, ponerse el hábito del Perdonado, y esperar la Salvación que iba a llegar muy pronto.

Al principio, la arenga era divertida. Alguien le gritó un comentario mortificante referente a que a la Tercera va la vencida. Pero estas y otras inconveniencias no habían hecho más que aumentar el ardor de Jason: seguiría hablando, hasta el día del Juicio Final si era necesario, mientras quedara alguien que no se hubiera arrepentido. Por fin, los hermanos Dasgupta se habían levantado del césped y habían tenido una breve charla con el profeta. Y aquél había sido el

final de sus arengas. Después, Wil les había preguntado sobre aquello. Rohan se sonrió tímidamente y contestó:

—Le dijimos que le despeñaríamos por los acantilados si continuaba chillándonos.

Conociendo a Dilip y Rohan, aquella amenaza no podía tomarse en serio. No obstante funcionó muy bien con Mudge: él era un profeta indigno de llegar a ser un mártir.

Y era por esta razón que Jason iba dando vueltas por el campo de picnic, buscando rezagados, solitarios y otros objetivos ocasionales. Y W. W. Brierson era la víctima de turno. Wil se zampó un par de croquetas y miró al otro. Tal vez no fuera una total pérdida de tiempo. Della y Yelén habían perdido todo interés en Mudge, pero aquélla era la primera vez que Wil le podía ver de cerca.

Estrictamente hablando, Jason Mudge era un tecno-max. Había dejado la civilización en 2200. La base de datos Greenlnc lo presentaba como un (muy) oscuro loco religioso, que predicaba que la Segunda Venida de Cristo ocurriría al final del siglo siguiente. Aparentemente ridícula, ésta es una constante de la historia. Mudge no pudo resistir las presiones, y se emburbujó hasta 2299, pensando salir durante los estertores agónicos del mundo del pecado. Pero, 2299 llegó después de la Singularidad; Mudge se encontró en un planeta vacío. Como siempre estaba dispuesto a explicar, y con gran extensión, se había equivocado en sus

cálculos bíblicos. De hecho, la Segunda Venida había tenido lugar en 2250. Y además, sus errores fueron un castigo por su arrogancia en tratar de «escabullirse hasta la parte buena». Pero el Señor, en Su infinita compasión, había dado a Jason otra oportunidad. Puesto que era el profeta al que se le había escapado la Segunda Venida, Jason Mudge era el pastor perfecto del rebaño perdido que habría de ser salvado en la Tercera.

Y ya está bien de religión. Greenlnc mostraba otra faceta del mismo hombre. Hasta 2197 había trabajado como programador de sistemas. Cuando Wil se enteró de esto, el nombre de Mudge ascendió varios lugares en la lista de sospechosos. Allí estaba un loco declarado y que además (cabía esperarlo lógicamente) quería ver fracasar los esfuerzos de Korolev. Y la especialidad técnica del loco requería la clase de habilidades que se necesitaban para sabotear las seguridades de las burbujas y dejar abandonada a Marta.

Yelén no sospechaba de él. Había dicho que, en las postrimerías del siglo veintidós, muchas ocupaciones implicaban sistemas. Y que con la longevidad, mucha gente tenía varias especialidades. El rastro de Mudge se había cruzado varias veces con el de las Korolevs desde la Edad del Hombre. En todos los encuentros era siempre lo mismo: Mudge necesitaba ayuda. Entre todos los tecno-max que habían abandonado la civilización voluntariamente, él era el peor equipado: tenía un volador, pero no podía salir al

espacio. No poseía autones. Sus bases de datos consistían en dos cartuchos de religión.

Pero seguía estando en la lista de Wil. Era muy poco verosímil que alguien llegara tan lejos en disfrazar sus propias habilidades, pero Mudge podía tener algo escondido, a pesar de todo. Había pedido a Yelén que lo mantuviera bajo vigilancia para saber si se comunicaba con autones ocultos.

Wil tenía una ocasión para utilizar el «legendario saber hacer de Brierson» de primera mano. Contemplaba a Mudge y comprendió que el hombrecito no necesitaba realimentación. Mientras Wil estuviera de pie delante suyo, la arenga proseguiría. Sin duda alguna, en muy pocas ocasiones había hablado con alguien que se enrollara más. ¿Estaría en condiciones de responder una vez había empezado? Vamos a verlo. Wil levantó una mano e intercaló un comentario al azar:

—Pero no necesitamos explicaciones supernaturales, Jason. ¿Para qué? Juan Chanson dijo que unos invasores provocaron la Extinción.

La diatriba de Mudge siguió casi un segundo antes de que advirtiera que había habido alguna interacción real.

Su boca se quedó abierta durante un instante y luego… se rió.

—¿Este retrógrado? No sé cómo podéis creer nada de lo que dice. Se ha caído desde el Camino de Cristo a las garras de la ciencia.

Esta última palabra era malsonante en boca de Jason. Movió la cabeza, y su sonrisa volvió a ser tan ancha como siempre.

—Pero tu pregunta me demuestra algo. Desde luego, podemos considerar que…

El último profeta se acercó más y se embarcó en otro intento para que él comprendiera… y Wil, lo hizo realmente. Jason Mudge necesitaba a la gente. Pero en alguna parte de su pasado, el hombrecito había llegado a la conclusión de que la única forma de lograr la atención de los demás era con algo que fuera cósmicamente importante. Y cuanto mayor era el ardor con que intentaba explicarse, más hostil se volvía su audiencia… hasta que llegó el momento en que tener una audiencia ya era de por sí un triunfo. Si la intuición de Brierson servía para algo, Yelén tenía razón: Jason Mudge debía ser eliminado de la lista de los sospechosos.

***

El día de veinticinco horas podía parecer algo poco importante. Pero esta hora y pico extra era una de las mejores ventajas del nuevo mundo. Casi todos opinaban así. Por primera vez en sus vidas, parecía que durante el día

tenían tiempo suficiente para hacer su trabajo y para reflexionar. Lo más probable era, todos estaban de acuerdo en esto, que pronto se acostumbrarían y los días estarían tan llenos como siempre. Pero iban pasando las semanas y el efecto persistía.

La reunión se prolongó toda la tarde, y perdió mucho de la temática concreta que había seguido al discurso de Tioulang. La atención general se desvió a las redes de balonvolea que había en la parte norte de la pradera. Para muchos de los presentes, fue una tarde agradable y sin preocupaciones.

También debería haber sido así para Wil Brierson, porque siempre le habían gustado aquel tipo de reuniones. Pero, en aquella ocasión, cuanto más tiempo llevaba allí, más incómodo se sentía. ¿El motivo? Si toda la especie humana estaba allí, la persona que le había secuestrado también estaría allí. En algún sitio, a menos de doscientos metros, estaba la causa de todos sus males. Previamente, había creído que podría ignorar este hecho: le había divertido un poco el temor de Korolev de que pudiera iniciar una *vendetta* contra el secuestrador.

¡Qué poco se conocía a sí mismo! Wil se dio cuenta de que estaba mirando a los demás jugadores, intentando encontrar una cara que surgiera del pasado. Falló tiros muy fáciles; y lo que es peor, chocó contra otro jugador menos robusto que él. Considerando los noventa kilos de Brierson, aquello era una clara falta de buenos modales.

Después de esto, se quedó al borde de la pista. ¿Sabía realmente lo que estaba buscando? El caso de desfalco había sido muy sencillo: un hombre ciego podría haber señalado al culpable. Había tres sospechosos: el Chico, el Ejecutivo y el Conserje (así es como él había pensado de ellos). Si hubiera tenido algunos días más, habría hecho un arresto. El gran error de Brierson fue subestimar el pánico del ladrón. Las cantidades robadas eran triviales. ¿Qué clase de loco podía haber emburbujado al oficial investigador, sabiendo que él mismo iba a recibir un terrible castigo?

El Chico, el Ejecutivo, el Conserje. Wil, ni siquiera estaba seguro de sus nombres, pero recordaba claramente sus caras. Sin duda, las Korolevs habían disfrazado al individuo, pero Wil estaba seguro de que si disponía del tiempo suficiente, iba a poder descubrirlo a través de su disfraz.

Esto es una locura. Había prometido a Yelén (y a Marta antes que a ella) que no perseguiría a su raptor. ¿Y qué iba a hacer si encontraba a aquel bastardo? De cualquier manera, su vida le iba a resultar menos agradable que hasta entonces… Pero su mirada se extravió, treinta años de habilidad policial debían poner riendas a su dolor. Wil se alejó de los juegos y fue a dar una vuelta por la pradera. Más de la mitad de los asistentes no se habían ocupado del balonvolea. Se paseaba aparentando ir sin rumbo fijo, pero era consciente de todo lo que abarcaba su campo visual, buscando el menor signo de evasión. Nada.

Después de deambular por allí, Brierson pasó de un grupo a otro de forma relajada y con buen humor. En sus viejos tiempos, aquel comportamiento hubiera sido genuino, incluso en caso de estar trabajando. Ahora se trataba de un doble engaño. En alguna parte, por encima de él, Yelén vigilaba todos sus movimientos… debía sentirse complacida porque él estaba haciendo exactamente lo que ella quería: durante el transcurso de las dos últimas horas se había entrevistado con casi la mitad de los «sin gobierno», y lo había hecho sin que diera la impresión de ser un interrogatorio oficial. Se había enterado de muchas cosas. Por ejemplo: había mucha gente que se daba cuenta de las verdaderas intenciones que se escondían tras los argumentos de los gobiernos. Ésa era una buena noticia para Yelén.

Al mismo tiempo, el designio privado de Wil se iba realizando. Después de diez o quince minutos de charla, ya podía estar seguro de que ninguno del grupo era su presa. Seguía la pista de las caras y de los nombres. Algo que había dentro de él sentía placer por conseguir engañar a Yelén tan absolutamente.

El secuestrador debía de ser, casi con toda certeza, un solitario. ¿Cómo podía esconderse un tipo así? Wil no lo sabía. Había descubierto que por entonces casi nadie estaba realmente solo. Frente a una Tierra vacía, la gente se apiñaba e intentaba ayudar a los que lo pasaban peor. Y podía ver en más de uno una pena terrible, frecuentemente

escondida tras un aparente buen humor. Los casos más críticos eran los que habían salido del estasis sólo uno o dos meses antes: para ellos su pérdida era dolorosamente reciente. Era muy probable que hubiese habido algunas crisis psiquiátricas totales; ¿qué podía hacer Yelén en casos como aquéllos? Humm. Era perfectamente posible que el secuestrador no estuviera allí. No importaba. Cuando regresara a su casa pensaba comparar la lista de la gente que había encontrado allí con el censo de la colonia. Las discrepancias se pondrían de manifiesto. Después de la próxima reunión, o de la siguiente a ésta, ya podría tener una buena idea de a quién perseguía.

El sol se puso lentamente, descendiendo en un curso recto que parecía algo irreal para los que habían crecido en latitudes de la zona media. Las sombras se hicieron más pronunciadas. El verde de la pradera y de las laderas sufría cambios sutiles a la luz que enrojecía; entonces más que nunca la Tierra parecía el cuadro de un pintor fantasista. El cielo viró al color oro y luego al rojo. A medida que el crepúsculo se iba tornando en noche, se alumbraron unos paneles luminosos en dos de las pistas de balonvolea. Aparecieron algunos fuegos de campamento, que daban una luz amarillenta y alegre en comparación con la luz azulada que había alrededor de las pistas.

Wil había hablado con casi todos los «sin gobierno» y con unos veinte Pacistas. No era un grupo demasiado numeroso, pero había tenido que desplazarse lentamente… para

engañar a Yelén, y asegurarse de que no le estaban engañando a él con algún disfraz.

La oscuridad le liberó de su terrible obligación; ya no había razón para una entrevista a menos que confiara en su resultado. Se desplazó paseando hacia las pistas, y su alivio se fue convirtiendo en regocijo. Incluso había desaparecido su impresión de que estaba engañando a Yelén. A su pesar, había hecho un buen trabajo para ella durante aquel día. Había recogido opiniones y actitudes que ella nunca había mencionado.

Por ejemplo:

Había gente que estaba sentada lejos de las luces. Su conversación era en voz baja pero intensa. Casi había regresado a las pistas cuando se encontró en un grupo grande, de casi treinta personas, todas ellas mujeres. A la luz de la fogata más próxima, reconoció a Gail Parker y a algunas más. Unas eran de las «sin gobierno», otras eran de NM, y tal vez había alguna de las Pacistas. Wil se detuvo, y Parker alzó la vista. Su mirada no demostraba la misma cordialidad que antes. Se apartó de allí, consciente de que varios pares de ojos vigilaban su retirada.

Ya conocía el tema de las discusiones. Los individuos como Tioulang podían hablar grandilocuentemente sobre el restablecimiento de la especie humana. Pero esto exigía unos tremendos índices de nacimiento, por lo menos

durante un siglo. Sin recipientes-matriz y automatización postnatal, la tarea debía recaer sobre las mujeres. Aquello representaba crear una clase de servidumbre, pero no la que Tioulang estaba dispuesto a denunciar. Sería una servidumbre querida y mimada; los, perdón, las siervas mismas podían estar más convencidas que nadie de la justicia de todo aquello, pero estarían obligadas a soportar una pesada carga. Aquello ya había ocurrido antes. Las plagas de los inicios del siglo veintiuno habían matado a la mayor parte de la especie, dejando además estériles a muchos de los que pudieron sobrevivir. Las mujeres de aquel período tenían un papel muy restringido, muy diferente del de las mujeres de antes o después. Los padres de Wil habían crecido en aquella época. Las únicas discusiones importantes que recordaba entre sus padres estaban relacionadas con los esfuerzos de su madre para iniciar su propio negocio.

En el presente, una servidumbre de las madres sería mucho más difícil de establecer. Aquella gente no acababa de salir de las plagas y de una guerra terrible. A excepción de los Pacistas, procedían de finales del siglo veintiuno y del veintidós. Las mujeres tenían una educación de alto alcance, y muchas de ellas tenían más de una carrera. En la mitad de los casos, eran los jefes. Y la mitad de las veces eran las que empezaban las relaciones amorosas. Muchas de las mujeres del siglo veintidós tenían sesenta o setenta años, a pesar de

lo jóvenes y deseables que fueran sus cuerpos. No eran la clase de gente a la que se podía ir empujando por ahí.

… Y a pesar de todo, Gail y las demás podían ver que la extinción final les aguardaba inexorablemente en un futuro muy próximo… a menos que no estuvieran dispuestas a hacer unos terribles sacrificios. Wil comprendió su apasionada discusión y la mirada poco amistosa de Gail. Qué sacrificios había que aceptar, cuáles había que declinar. Qué había que pedir, qué había que aceptar. Wil se alegró de no haber sido bien recibido.

Algo tan brillante como la luna se elevó en el aire por delante de él, y rápidamente cayó. Wil miró hacia arriba y echó una carrera, apartando a la fuerza el problema de su mente. La luz se volvió a elevar, creando nuevas sombras por la pista. ¡Alguien había llevado una pelota luminosa! Un nutrido público ya se había congregado a lo largo de los tres laterales de la pista y le impedía ver. Brierson se fue abriendo paso hasta que pudo observar el juego.

Wil se dio cuenta de que estaba sonriendo estúpidamente. Los balones luminosos era algo nuevo que hacía sólo dos meses que habían aparecido… cuando él fue secuestrado. Para algunos podía tratarse de algo archiconocido, pero era una novedad absoluta para los Pacistas y hasta para los de NM. El balón tenía el mismo tamaño y tacto que uno de reglamento de balonvolea, pero su superficie brillaba con intensidad. Los equipos jugaban únicamente con su luz, y Wil

ya sabía que los primeros juegos habrían de constituir un intermedio cómico. Si mantienes tus ojos fijos en el balón, entonces quedan muy pocas cosas que estén suficientemente iluminadas para poder verlas. El balón se convierte en el centro del universo, una esfera que parece que se dilata y se contrae mientras todo oscila a su alrededor. Después de un corto rato, no puedes encontrar a tus compañeros de equipo y… ni tan siquiera el suelo. Los equipos NM y Pacista pasaron tanto tiempo sobre sus posaderas como sobre sus pies. Unas fuertes risotadas sonaron en el extremo lejano de la pista cuando tres espectadores se cayeron. Aquella pelota era mejor que las que Wil había visto antes. Cuando caía fuera del campo, se oía una campana y la luz cambiaba al amarillo. Era un truco impresionante.

No todos tenían problemas. Sin duda Tung Blumenthal había jugado siempre con balones luminosos. En cualquier caso, Wil sabía que el problema mayor de Tung era jugar al mismo nivel que los demás. El tecno-max abultaba tanto como Wil, pero medía más de dos metros de alto. Tenía la velocidad y la coordinación de un profesional, pero cuando se echaba atrás y dejaba que los otros dominasen el juego, no parecía que lo hiciera por condescendencia. Tung era el único tecno-max que alternaba con los min.

Al cabo de un rato, todos los jugadores habían aprendido la estrategia apropiada: cada vez miraban menos directamente hacia la pelota. Se vigilaban unos a otros, y, lo

que era más importante, vigilaban las sombras. Con el balón luminoso, las sombras eran como unos dedos móviles y retorcidos que indicaban dónde estaba el balón y hacia dónde iba.

Las partidas se hacían con rapidez, pero no había más que una pelota y eran muchos los que querían jugar. Wil abandonó cualquier plan inmediato de entrar en el campo de juego. Se paseaba por detrás del público y vigilaba las sombras que oscilaban arriba y abajo, iluminando por momentos una cara y luego volviéndola a sumergir en la oscuridad. Era divertido ver cómo los mayores se comportaban como niños.

Una de las caras le dejó inmóvil: Kim Tioulang estaba de pie, separado de la gente, a menos de cinco metros de Brierson. Estaba solo. Podía ser un jefe, pero aparentemente no necesitaba un corro de «ayudantes» como Steve Fraley. Era un hombre menudo, su cara quedaba en la sombra excepto cuando un tiro alto lo dejaba bañado en una alternancia de luz. Su concentración era intensa, pero su mirada inexpresiva no denotaba la menor señal de placer.

Aquel hombre era sorprendentemente frágil. Era de un tipo que no había existido en los tiempos de Wil (excepto por una intención suicida o por un accidente metabólico). El cuerpo de Kim Tioulang era viejo, estaba en las últimas etapas de la degeneración que, hasta bien mediado el siglo

veintiuno, había limitado la duración de la vida a menos de un siglo.

¡Había tantas maneras diferentes de pensar en el tiempo! Kim había vivido menos de ochenta años. Era muy joven en comparación con los «quinceañeros» del siglo veintidós. Y esto no era nada comparado con los trescientos años de experiencia en el tiempo real que poseía Yelén, o con el casi inconcebible número de años vitales de Della. Pero no obstante, en algunos aspectos Tioulang era un caso mucho más extremo que Korolev o Lu.

Brierson había leído el sumario de aquel hombre en el Greenlnc. Kim Tioulang había nacido en 1967. Es decir, dos años antes de que el Hombre iniciara la conquista del espacio, treinta años antes de la guerra y de las plagas, al menos cincuenta años antes de que naciera Della Lu. En cierto perverso sentido, él era el humano más viejo que vivía.

Tioulang había nacido en Kampuchea, en medio de una de las guerras locales que salpicaron los finales del siglo veinte. Aunque reducidas en espacio y en tiempo, eran tan horribles como lo que siguió al colapso de 1997. La infancia de Tioulang estuvo bajo el signo de la muerte, pero una muerte que no era como la causada por las plagas del siglo veintiuno, en la que los asesinos eran unas ambigüedades sin rostro. La muerte en Kampuchea llegaba de persona a persona, por medio de balas, arma blanca o un hambre

provocada. Greenlnc decía que el resto de la familia de Tioulang desapareció en la vorágine… y el pequeño Kim acabó en Estados Unidos de América. Era un muchacho muy inteligente; en 1997 terminó su doctorado en física. Y trabajaba para la organización que derribó el gobierno y que llegó a ser la Autoridad de la Paz.

A partir de allí, Greenlnc tenía poco más que las nuevas historias de los Pacistas y las referencias históricas para documentar la vida de Tioulang. Nadie sabía si Tioulang había tenido algo que ver con las plagas (en cuanto a este asunto, no había una prueba absoluta de que la Paz las hubiera iniciado). En el 2010, aquel hombre era Director de Asia. Había mantenido bajo control a una tercera parte del planeta. Tenía una reputación mejor que la de los otros Directores: no era ningún Christian Gerrault, «El Carnicero de África». Excepto durante la insurrección de Mongolia, consiguió evitar los grandes derramamientos de sangre. Estuvo en el poder hasta la caída de la Paz en 2048 y… desde aquella caída para Tioulang habían pasado menos de cuatro meses.

Y así, aunque Tioulang tenía una fecha de nacimiento que sólo precedía en unas pocas décadas a la de algunos otros, sus antecedentes le colocaban en una clasificación de la que era el único representante. Era el único que había crecido en un mundo donde los humanos se mataban rutinariamente unos a otros. Era el único que había tenido verdadero poder

y que había matado para mantenerlo. A su lado, Steve Fraley no era más que un delegado de clase de instituto.

Un lanzamiento parabólico hizo elevar el balón luminoso por encima de la gente, volviendo a iluminar la cara de Tioulang, y Wil vio que el Pacista le estaba mirando. Vio que le sonreía débilmente, y que se separaba de la gente para colocarse al lado de Brierson. Muy cerca. Wil advirtió que tenía la cara marcada, como picada de viruela. ¿Podía ser que la avanzada edad biológica le causara esto?

—¿Es usted Brierson, el que trabaja para Korolev?

Su voz se elevaba lo estrictamente necesario para que se pudiera oír sobre las risas y gritos. La luz seguía bailando delante y detrás de ellos.

Wil se molestó, pero después decidió que no le estaba acusando de traicionar a los tecno-min.

—Estoy investigando el asesinato de Marta Korolev.

—Hummm —Tioulang se cruzó de brazos y dejó de mirar a Wil—. He leído algunas cosas muy interesantes durante estas últimas semanas, señor Brierson —soltó una risita sofocada—. Para mí es como conocer la historia del futuro y poder ver lo que pasará ciento cincuenta años después… ¿sabe usted?, estos años han resultado ser tan buenos como siempre. Siempre había pensado que sin la Paz, la Humanidad se exterminaría por sí sola… Y tal vez lo hizo,

eventualmente, pero pudisteis ir tirando más de un siglo sin nuestra ayuda. Creo que esto de la inmortalidad puede haber tenido algo que ver. ¿Es qué funciona, realmente? Usted parece que tenga unos veinte años…

Brierson asintió:

—Pero tengo cincuenta.

Tioulang frotó el terreno con su tacón. Su voz sonaba casi melancólica.

—Sí. Y aparentemente yo podría conseguirla ahora. El ver las cosas de lejos… ya puedo ver cómo suaviza las cosas, y que esto puede ser probablemente lo mejor que puede suceder.

»Además, he leído vuestras historias de la Paz. Ustedes nos hacen parecer unos monstruos, y lo peor del caso es que tienen algo de razón —miró directamente a Wil y su voz se hizo más incisiva—. Estoy convencido de lo que he dicho esta tarde. La raza humana está en un aprieto, nosotros, los Pacistas, podemos ser los mejores líderes. Pero también estaba en lo cierto cuando he dicho que estábamos en favor de la democracia; y ahora veo que realmente podría funcionar.

»Usted es muy importante para nosotros, Brierson. Sabemos que Korolev escucha todo lo que usted dice… ¡No me interrumpa, por favor! Nosotros podemos hablar con

ella siempre que lo deseemos, pero sabemos que ella respeta las opiniones de usted. Si usted cree lo que le estoy diciendo, hay alguna posibilidad de que ella también lo haga.

—De acuerdo —dijo Wil—. Pero ¿cuál es el mensaje? Usted se opone a las directrices de Yelén y quiere que todo ocurra bajo algún sistema de gobierno regido por la opinión de la mayoría. ¿Qué pasará si ustedes no ganan? Los NM tienen muchas más cosas en común con los «sin gobierno» y con los tecno-max que ustedes. Si vamos a parar a una situación gubernamental ellos tendrían más posibilidades que ustedes de ser los líderes. ¿Aceptarían ustedes esto? ¿O se apoderarían del poder como hicieron al final del siglo veinte?

Tioulang miró a su alrededor, casi como si estuviera buscando a un espía.

—Confío en que ganaremos nosotros, Brierson. Los problemas a los que tenemos que enfrentarnos, son problemas que los Pacistas estamos preparados para resolver. Aunque no ganemos, seguiríamos siendo necesarios. He hablado con Steve Fraley. A usted puede parecerle que es brutal y duro… pero a mí no me lo parece. Está un poco loco y quiere dominar a la gente, pero si nos dejan, podremos ponernos de acuerdo.

—¿Dejárselo a ustedes?

—Ésta es otra de las cosas de las que quiero hablar con usted —echó una mirada furtiva detrás de Wil—. Hay algunas fuerzas en juego de las que Korolev debería estar enterada. No todo el mundo quiere una solución pacífica. Si uno de los tecno-max encabezara una facción, nosotros… — la luz oscilante volvió a dar sobre ellos. De repente, la expresión de Tioulang se inmovilizó en algo que pudiera reflejar odio… o miedo—. No puedo hablar más ahora, no puedo hablar.

Se dio la vuelta y se alejó de allí con paso rígido.

Wil miró en la dirección opuesta. No vio a nadie especial entre la gente que había alrededor. ¿Qué había dicho el Pacista? Wil deambuló alrededor de las pistas, viendo jugar y mirando a la gente. Transcurrieron algunos minutos. La partida terminó. Se produjeron las habituales discusiones amistosas sobre qué otros iban a jugar. Oyó que Tung Blumenthal decía algo referente a «probar algo nuevo» con el balón luminoso. El ruido de las conversaciones disminuyó cuando Tung habló con los jugadores y éstos desmontaron la red de balonvolea. Cuando empezó el partido, Wil vio que, desde luego, Blumenthal había probado algo nuevo.

Tung se colocó en la línea de servicio y dio un puñetazo al balón para lanzarlo a través de la pista por encima de las cabezas de los jugadores del otro equipo. Cuando atravesó la línea de final de pista, se produjo un relámpago de luz verde y el balón rebotó allí como si hubiera una superficie

invisible, y salió despedido hacia atrás y hacía arriba, volviendo a rebotar en un techo invisible. Cuando chocó contra el suelo, el resplandor cambió al color amarillo de fuera de juego. Tung efectuó otro servicio, esta vez hacia uno de los lados. El balón rebotó como si hubiera habido una pared, después volvió a rebotar contra la invisible pared de final de pista, y luego en el otro lateral. Los resplandores verdes iban acompañados de los sonidos que producirían unos rebotes reales. El público estaba callado, a excepción de algunos gritos sofocados de sorpresa. ¿Estarían los equipos de jugadores atrapados allí? La idea se les ocurrió simultáneamente a varios jugadores. Se acercaron corriendo a las paredes invisibles e intentaron tocarlas. Uno de ellos perdió el equilibrio y cayó fuera de la pista.

—¡Aquí no hay nada!

Blumenthal dio algunas reglas sencillas y empezaron a jugar. Al principio reinó un gran caos, pero al cabo de algunos minutos ya estaban jugando realmente al nuevo juego. Era un rápido y extraño híbrido de balonvolea y de pelota mano en frontón cerrado. Wil no podía explicarse cómo funcionaba aquel truco, pero era muy espectacular. Antes, el balón se había desplazado en forma de parábolas perfectas, que sólo se interrumpían a causa de los golpes de los jugadores, pero ahora el balón rebotaba en superficies invisibles, y su sombra cambiaba de campo instantáneamente.

—¡Ah, Brierson! ¿Qué estás haciendo aquí, hombre? Deberías estar jugando. Te he visto hacerlo antes. Eres bueno.

Wil se volvió hacia la voz. Era Philippe Genet y dos amigas Pacistas. Las mujeres vestían unas chaquetas abiertas y la parte inferior de sus bikinis. Genet no llevaba más que un pantalón corto. El técnico elevado andaba entre las dos mujeres y tenía las manos metidas dentro de las chaquetas, ciñéndoles las cinturas.

Wil rió.

—Me haría falta mucha práctica para ser bueno con algo tan salvaje. Aunque me imagino que a ti se te debe dar bien.

El otro se encogió de hombros y estrechó más a las mujeres. Genet tenía la misma altura que Brierson, pero quizá pesaba quince kilos menos, casi estaba flaco. Era negro, aunque algo más claro que Wil.

—¿Tienes alguna idea de dónde ha podido salir esta pelota luminosa, Brierson?

—No. Tal vez de alguno de los tecno-max.

—Esto es seguro. No sé si te das cuenta de que se trata de algo muy estudiado. Oh, apuesto a que los del siglo veintiuno ya teníais algo parecido: pones una luz de alta intensidad y un procesador de navegación dentro de una pelota y ya

puedes jugar a un sencillo juego nocturno de balonvolea. Pero mira esto, Brierson —con su cabeza indicaba la pelota brillante que era rechazada por unas paredes invisibles—. Tiene su propia unidad antigravitatoria. Sumada al procesador de navegación constituye un simulador de paredes reflectantes. He estado antes en el juego. Este balón es un Collegiate Mark 3, y es todo un departamento deportivo. Si a uno de los equipos le falta un jugador, no hay más que comunicárselo al balón y se encargará de simular un jugador suplente además de las paredes. Hasta puedes jugar tú solo, especificando el nivel de habilidad en el juego y la estrategia que prefieres que tengan los otros jugadores.

Interesante. Wil tenía su atención repartida entre la explicación y el propio tecno-max. Aquélla era la primera vez que hablaba con Genet. Desde lejos, le había parecido un hombre malhumorado y poco hablador, bastante de acuerdo con el perfil comercial que Greenlnc daba de él. Pero ahora se mostraba locuaz, casi jovial… y quizá le gustaba menos. Aquel hombre tenía la arrogancia de los que son muy locos y muy ricos a la vez. Mientras hablaba, las manos de Genet se paseaban por los torsos de las dos mujeres. En el cambio alternativo de luces y sombras, era como ver con intermitencias una sesión de *strip-tease*. Aquello era a la vez repelente y exótico. En los tiempos de Brierson, mucha gente era de manga ancha en lo que se refería al sexo, ya fuera por placer o por interés monetario. Pero esto era diferente: Genet trataba a aquellas dos como…

a una propiedad. Eran como unos muebles bonitos para palparlos mientras hablaba con Brierson. Y ellas no tenían la menor objeción. Aquellas dos había que situarlas muy lejos de las del grupo de Gail Parker.

Genet miró de lado a Wil y sonrió lentamente.

—Sí, Brierson. El balón luminoso es de un tecno-max. Collegiate no puso en el mercado el M3 hasta… —se interrumpió para consultar alguna base de datos—… hasta 2195. ¿Es extraño, no crees que pueden haber sido los Neo Mejicanos los que lo hayan traído a la reunión?

—Es evidente que algún tecno-max se lo había dado antes —Wil hablaba con cierta brusquedad, distraído por las manos del otro.

—Es evidente. Pero considera lo que implica esto, Brierson. Los NM forman uno de los dos grupos más numerosos de la colonia. Son absolutamente necesarios para el plan de Korolev. Por la historia (mi historia, tu experiencia personal) sabemos que están acostumbrados a mandar. Tan sólo la incompetencia técnica impide que a los tecno-min os dejen tirados a un lado… Ahora, supón que algún tecno-max quiera ponerse en el lugar de Korolev. La manera más fácil de destruir su plan sería apoyar a los NM y suministrarles algunos autones antigravitacionales y burbujeadores de los últimos modelos. Korolev y el resto de nosotros, los tecno-max no podemos prescindir de los NM.

Los vamos a necesitar si hemos de reestablecer la civilización. No tendremos más remedio que capitular a lo que sea que se esconda tras el plan.

Tioulang intentaba decirme algo parecido. El frescor de la tarde se convirtió de pronto en frío. Era raro que una cosa tan inocente como aquel balón luminoso fuese la primera evidencia, desde la muerte de Marta, de que alguien quería apoderarse de las riendas. ¿Qué tenía que ver esto con su lista de sospechosos? Tammy Robinson podía usar aquel soborno para reclutar adictos. O tal vez Chanson estaba en lo cierto, y la fuerza que acabó con la civilización en el siglo veintitrés estaba trabajando todavía. O podía tratarse de que el enemigo sencillamente quería poseer, y estaba dispuesto a arriesgar la destrucción de todos para conseguirlo. Miró a Genet. Aquel mismo día, Wil se había alterado al pensar que podían regresar a un gobierno y a la dictadura de la mayoría. Pero recordó entonces que existían otros sistemas de instituciones más primitivas y maléficas. Genet rezumaba confianza, megalomanía. Wil estaba absolutamente seguro de que el otro era capaz de darle aquella pista, explicársela, y después disfrutar con la consternación y las sospechas de Wil.

Algo de esta sospecha debía haberse mostrado en su cara. La sonrisa de Genet se hizo más amplia. Su mano echó a un lado la chaqueta de una de las chicas, haciendo alarde de su «propiedad». Wil se relajó en parte; a lo largo de los años, había tratado con algunos tipos muy desagradables. Tal vez

aquel tecno-max era un enemigo, o tal vez no, pero él no iba a consentir que se le metiera debajo de la piel.

—Usted ya sabe que trabajo para Yelén en el asesinato de Marta, señor Genet. Lo que usted me diga, se lo transmitiré. ¿Qué sugiere que hagamos?

Genet se rió.

—«Se lo transmitirás» ¿no es verdad? Mi querido Brierson, no dudo de que cada palabra que pronunciamos va a llegar directamente a ella… Pero tienes razón. Es más fácil fingir. Y de todos modos, vosotros, los tecno-min, sois mucho más simpáticos y menos respondones. Y en lo referente a lo que podemos hacer: no hay nada que pueda hacerse público por ahora. No podemos asegurar que lo del balón luminoso haya sido un desliz, o un sutil anuncio de victoria. Sugiero que pongamos bajo una vigilancia intensa a los de NM. Si esto ha sido un patinazo, será fácil evitar que se apoderen del mando. Personalmente, no creo que los NM hayan recibido todavía mucha ayuda: de ser así habríamos recibido alguna evidencia más —miró el juego durante unos breves instantes y volvió a Wil—. Tú especialmente, debes estar contento de este giro de los acontecimientos, Brierson.

—Supongo que sí —Wil estaba contrariado por tener que aceptar lo que decía Genet—. Si esto tiene alguna relación con el asesinato de Marta, el caso podría solucionarse.

—Yo no hablaba de esto. Tú fuiste secuestrado ¿correcto?

Wil afirmó levemente con un gesto.

—¿Te has preguntado alguna vez lo que fue del fulano que te preparó la emboscada? —se interrumpió, pero Brierson ni siquiera pudo asentir a esto—. Estoy seguro de que nuestra querida Yelén querrá ocultártelo, pero yo creo que debes saberlo. Le atraparon; hasta conseguí las actas del juicio. No sé cómo aquel canalla pudo pensar que evitaría ser convicto. El tribunal le dio la sentencia usual: Fue emburbujado, calculando el tiempo para que saliera un mes después que tú. Personalmente, creo que merece cualquier cosa que le hagas. Pero Marta y Yelén no pensaban así. Rescataron a todos los que pudieron. Creían que cualquier individuo haría aumentar las posibilidades de la colonia.

»Marta y Yelén le hicieron prometer que se apartaría de tu camino. Después le dieron un disfraz completo y lo entregaron a los NM. Creyeron que allí sería más fácil disimularlo entre la gente —Genet rió—. Por este motivo he dicho que éste ha de ser un agradable cambio de la suerte para ti. Si ejerces presión sobre los NM, tendrás la oportunidad de aplastar con tu pie al insecto que te ha traído hasta aquí —vio la inmutable expresión de Wil—. ¿Crees que te estoy tomando el pelo? Lo tienes bastante fácil si quieres comprobarlo. El Director de NM, Presidente o lo que quieran llamarle, tiene un verdadero afecto a tu amigo. El tío está

ahora en la camarilla de Fraley, y le he visto hace sólo unos minutos, al otro lado de la pista.

La cara chupada de Genet se abrió en una ancha sonrisa. Reunió su «propiedad» abrazándola y se metió en la oscuridad.

—Compruébalo, Brierson. Todavía puedes tener tus propias alegrías.

Wil permaneció en silencio algunos minutos después que el otro se hubo marchado. Estaba mirando el partido, pero sus ojos ya no seguían la pelota luminosa. Finalmente, dio la vuelta y se fue andando rodeando a la gente. Su camino se iluminaba cada vez que el balón se elevaba por encima de los hinchas. Aquella luz daba destellos blancos, verdes o rojos según la pelota estuviera en juego, golpeara una «pared», o en un fuera de juego. Wil ya no se daba cuenta de los colores.

Steve Fraley y sus amigos estaban sentados junto al borde más alejado de la pista. De algún modo habían podido persuadir a los otros espectadores para que se apartaran de las líneas laterales, y así ellos podían tener una buena vista, a pesar de estar sentados. Wil se quedó entre la gente. Desde allí podía vigilar sin que Fraley se enterara. En el grupo había quince personas. La mayoría parecía gente de su séquito, aunque Wil logró reconocer a algunos «sin gobierno». Fraley estaba sentado cerca del centro, con dos

de sus ayudantes más importantes. Se pasaban más tiempo hablando a los «sin gobierno» que viendo el juego. Como candidato gubernamental, el viejo Steve tenía una amplia experiencia en tratar a los indecisos. Por dos veces, en los años 2090, había sido elegido Presidente de la República.

Fue un éxito impresionante, pero vacuo: a fines del siglo veintiuno, el gobierno de Nuevo Méjico era como una casa en la playa cuando las dunas cambian de lugar. La guerra y la expansión territorial no eran factibles, como había demostrado el fracaso de la Incursión a Kansas. Y la República no podía competir económicamente con las tierras sin gobierno. Cierto que la hierba era más verde al otro lado de la valla, y como la emigración no estaba restringida la situación no hizo más que empeorar. Como un asunto de franca competencia, el gobierno revocaba regulación tras regulación. A diferencia de Aztlán, la República nunca perdió formalmente su gobierno. Pero en 2097, el Congreso de NM hizo una enmienda a la Constitución, pasando por encima del veto de Fraley, para renunciar a toda autoridad que permitiera cobrar impuestos. Steve Fraley objetó que lo que quedaba ya no era un gobierno. Obviamente tenía razón, pero no le sirvió para nada. Lo que quedaba era todavía un negocio próspero. La policía de la República y el sistema judicial duraron poco: sencillamente, no podían competir con las compañías existentes. Pero el Congreso de NM permaneció. Turistas de todo el mundo visitaban Alburquerque para pagar

«impuestos», para votar, para poder ver un verdadero gobierno en acción. El fantasma de la República vivió durante muchos años, era un motivo de orgullo y de provecho para sus ciudadanos.

Aquello no le bastaba a Steve Fraley. Empleó lo que le quedaba de su autoridad presidencial para reunir los restos de la máquina militar de NM. Con un centenar de amigos que pensaban correctamente (como él), se emburbujó hasta quinientos años después, a un futuro donde esperaba que hubiese vuelto la cordura.

Wil sonrió para sí. Y de esta manera, como todos los locos, fulleros y víctimas que fueron a parar más lejos de la Singularidad, Fraley y sus amigos acabaron en la orilla de un lago que antes había sido océano abierto, cinco millones de años después del Hombre.

Los ojos de Wil pasaron de Fraley a los ayudantes que estaban con él. Al igual que muchos de los que se creen importantes, aquellos dos mantenían sus edades aparentes en unos cuarenta y cinco años. Pulcros y canosos, representaban el ideal de NM para el liderazgo. Wil se acordaba de haber visto a aquellos dos en los noticiarios del siglo veintiuno. Ninguno de ellos podía ser la… criatura… que andaba buscando. Se metió entre el gentío que estaba más próximo al espacio abierto que rodeaba a los NM.

Algunos de los que escuchaban la charla de propaganda de Fraley eran forasteros. Wil los miraba fijamente, aplicando todas las pruebas que había inventado durante todo el día.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, Wil se fue apartando de la gente. Ya podía ver a todos los NM que estaban en el grupo de Fraley. Unos pocos prestaban atención a lo que se discutía en torno a Fraley; los demás contemplaban el partido. Wil los estudió a todos, comparando aquellos personajes con el Chico, el Ejecutivo y el Conserje. Había algún vago parecido, pero nada seguro… Se detuvo con la mirada fija en un asiático de mediana edad. El tipo no se parecía a ninguno de los tres pero, no obstante, había algo raro en él. Era tan viejo como los asesores más importantes de Fraley, pero centraba toda su atención en el juego. Y el tío aquel no aparentaba el aire de seguridad de los demás. Se estaba quedando calvo, y era bastante barrigón. Wil trataba de imaginárselo con pelo en la cabeza y sin ojeras y flacidez de la cara.

Haz estos cambios y sácale treinta años de su edad aparente… y tienes al… Chico. El sobrino del fulano que había sido robado. Y aquello era la cosa que le había robado a Virginia, a Bill, y a Anne. Aquello era la cosa que había destruido todo el mundo de Brierson… y lo había hecho sólo para ahorrarse un par de años de recargo de reparación.

¿Y qué voy a hacer si encuentro al bastardo? Algo frío y horrible se apoderó de él, y dejó de pensar.

Wil se dio cuenta que estaba en el área abierta entre la pista de balonvolea y los NM. Debía haber chillado, porque todos le miraban. Fraley se quedó boquiabierto. Hubo un instante en que pareció tener miedo. Luego vio hacia dónde se dirigía Wil y se rió.

No hubo ni pizca de humor en la reacción del Chico. Su cabeza saltó hacia arriba y su cara demostraba que le había reconocido en el acto. Botó sobre sus pies, con las manos colocadas por delante con miedo, gesto que tanto podía ser un ineficaz intento de defenderse como una súplica de perdón. No importaba. El andar deliberado de Wil se había convertido en una arrolladora carrera. Alguien que tenía su misma voz chillaba. Los NM que estaban en su camino se dispersaron. Wil casi no se dio cuenta de que había blocado con su cuerpo a uno que no era bastante ágil, y había salido rebotado.

La cara del Chico demostraba un profundo terror. Retrocedió de espaldas frenéticamente y tropezó; de aquel lío no iba a poder escaparse.

Capítulo XIII

Algo relampagueó, en el aire por encima de Wil, y sus piernas se quedaron paralizadas. Cayó casi en el mismo lugar donde había estado el Chico. Mientras perdía violentamente la respiración, intentó ponerse de rodillas. No pudo. Escupió sangre y recuperó la capacidad de pensar. Alguien le había disparado un rayo paralizante.

A su alrededor sonaban gritos y la gente seguía retirándose, por si continuaba su furioso arrebato. El juego se había interrumpido; la pelota luminosa estaba quieta sin cambiar de color. Wil se tocó la nariz: sangraba, pero no estaba rota.

Cuando se revolvió y se quedó apoyado sobre sus codos, se acalló el ruido confuso de voces.

Fraley se acercó a él con una ancha sonrisa en su cara.

—Vaya, vaya, inspector. Está un poco exaltado ¿no? Suponía que era usted más frío. Usted, más que nadie, debería saber que no podemos mantener los antiguos rencores.

Cuando se le acercó más, Wil tuvo que esforzarse para poder mirarle a la cara. Hubo de renunciar y bajó la cabeza. Detrás del Presidente de NM, y en el límite de la zona iluminada por el balón, vio al Chico que vomitaba en la hierba.

Fraley se detuvo junto al caído Brierson, y sus zapatos deportivos llenaron el primer plano visual de éste. Wil se preguntaba cómo se sentiría si le diera con uno de aquellos zapatos en la cara, y estaba seguro de que Steve estaba pensando lo mismo.

—Presidente Fraley —la voz de Yelén hablaba desde algún lugar situado arriba—. Estoy completamente de acuerdo con usted acerca de los rencores.

—Hummm, sí —retrocedió un par de pasos. Cuando hablaba parecía como si lo hiciera hacia arriba—. Le agradezco que lo haya atontado, señora Korolev. Es posible que sea mejor que haya sucedido esto. Creo que ya es hora de que usted se dé cuenta de a quién puede confiar una responsabilidad, y a quién no.

Yelén no contestó. Pasaron algunos segundos. Wil oía el murmullo de conversaciones cerca de él. También oyó el ruido de unos pasos que se acercaban y después la voz de Tung Blumenthal.

—Sólo queremos apartarlo de la gente. Yelén. Dale una oportunidad y deja que use sus piernas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Blumenthal ayudó a Wil a ponerse de espaldas y después le cogió por debajo de los sobacos. Vio que Rohan Dasgupta le había cogido por las piernas. Pero lo único que Wil podía sentir eran las manos de Blumenthal, sus piernas todavía estaban como muertas. Entre los dos le llevaron con dificultad lejos de la luz y de la gente. Fue una hazaña del escuálido Rohan. Cada pocos pasos, el trasero de Wil se arrastraba por el suelo; oía el ruido, pero no sentía nada. Por fin, todo estuvo a oscuras a su alrededor. Le incorporaron, apoyando su espalda en una gran roca. Las pistas y las fogatas eran lagunas de luz que se agrupaban debajo de ellos. Blumenthal se puso en cuclillas al lado de Wil.

—Tan pronto como notes un hormigueo en las piernas, te aconsejo que intentes andar, Wil Brierson. Así te dolerá menos.

Wil asintió. Era el consejo que siempre se daba a las víctimas de un paralizador, por lo menos cuando el corazón no había salido perjudicado.

—Por Dios, Wil. ¿Qué te ha pasado? —La curiosidad luchaba con la turbación en la voz de Rohan.

Brierson respiró profundamente: las ascuas de su ira todavía ardían.

—Nunca me habías visto cabreado de verdad. ¿Es esto lo que quieres decir, Rohan?

¡El mundo estaba tan vacío! Todos aquellos que le habían importado ya no estaban allí… y el vacío que habían dejado se había llenado de una cólera desconocida para él. Wil movió la cabeza. Nunca se había dado cuenta de lo desagradable que podía llegar a ser una cólera permanente.

Permanecieron sentados otro minuto. Wil empezó a notar un hormigueo en sus pies. Nunca había visto un paralizador cuyos efectos desaparecían tan pronto; sin duda se trataba de otra mejora que habían hecho los tecno-max. Se puso de rodillas.

—Veamos si puedo andar —dijo y se encaramó sobre sus pies con la ayuda de Dasgupta y de Blumenthal, que le servían de muletas.

—Allí hay un sendero —dijo Blumenthal—. No dejes de andar y cada vez te resultará más fácil.

Andaba tambaleándose. El sendero empezó a descender, dejando los terrenos del picnic detrás de la cresta de una colina. Los gritos y risas se fueron amortiguando, y al cabo de unos instantes el sonido más intenso que podían oír era el de los insectos. Había un olor dulzón, ¿de flores, tal vez?, que él jamás había percibido en las proximidades de Ciudad Korolev. El aire era frío, y terriblemente más frío en las partes de sus piernas que habían recuperado la sensibilidad.

Al principio, Wil hubo de descansar todo su peso en Blumenthal y en Dasgupta. Sus piernas le parecían poco más que muñones, a veces se sostenían y a veces se doblaban sin ninguna coordinación real. Al cabo de unos cincuenta metros, los pies de Wil ya notaban los guijarros del camino, y él ya realizaba por lo menos la mitad del trabajo.

La noche era clara pero sin luna. De alguna manera, la luz de las estrellas era suficiente para que vieran por dónde iban… ¿O tal vez era la luz de la Vía Láctea? Wil miró hacia el cielo que tenían delante. La pálida luz era extraordinariamente brillante. Subía por el Este y era una franja ancha que se estrechaba y se perdía a medio camino hacia el cénit del cielo. ¿Por el Este? ¿Podían los megaaños haber llegado a cambiar hasta este punto? Wil casi dio un traspié y notó que los otros le cogían con más fuerza.

Miró hacia lo alto y vio la verdadera Vía Láctea que estaba en otra dirección.

Blumenthal se rió.

—¿No pasaban muchas cosas en las zonas de Lagrange en tu tiempo, verdad? Había hábitats en L4 y L5. Se podían ver fácilmente, ya que eran como estrellas brillantes —no como este resplandor de polvo de estrellas—. Pon suficientes elementos en la órbita de la luna y verás mucho más que unas pocas estrellas nuevas. En mis tiempos, allí vivían millones de personas. Toda la industria pesada de la Tierra estaba emplazada allí. Ya empezaba a haber demasiada aglomeración. Hay un límite para la contaminación térmica y química que se puede soltar antes de que las fábricas empiecen a envenenarse ellas mismas.

Entonces Wil recordó cosas que Marta y Yelén habían dicho.

—Pero ahora allí casi todo son burbujas.

—Sí. Esta luz no se debe a fábricas o civilización. Las perturbaciones debidas al tercer cuerpo del sistema, desde ya hace mucho tiempo han arrasado los artefactos originales. Ahora es un buen lugar para los almacenajes a corto plazo, o para situar allí equipos de observación.

Wil contemplaba absorto aquel pálido resplandor. Intentaba imaginar cuántos miles de burbujas debían ser

necesarias para producir aquel resplandor. Sabía que Yelén todavía tenía gran parte de su equipo fuera de la Tierra. ¿Cuántas toneladas de elementos «almacenados a corto plazo» habría allí? Y ya que estamos en esto, ¿cuántos viajeros estaban todavía en estasis, y desconocían los mensajes, que las Korolevs habían dejado a lo largo de los megaaños? Aquella luz era fantasmal en más de un sentido.

Se desplazaron otros doscientos metros hacia el Este. La coordinación de Wil fue retornando gradualmente, hasta que logró andar sin ayuda, aunque tambaleándose algunas veces. Sus ojos se habían adaptado completamente a la oscuridad. Unas flores de color claro parecían flotar sobre los arbustos que bordeaban el sendero, y cuando se acercaban, el olor dulzón les llegaba con más intensidad. Se preguntaba si aquel sendero era natural, o algo artísticamente proyectado por Korolev. Puso a prueba su equilibrio mirando directamente hacia arriba. Con toda certeza, allí había algo negro que ensombrecía las estrellas. El autón de Yelén, y probablemente también el de Della, todavía estaban con él.

El sendero serpenteaba hacia el Sur, hacia las rocas desnudas que formaban los bordes de los acantilados. Desde abajo llegaba un débil suspiro, que no era más que el rítmico batir del agua contra las rocas. Podría haberse tratado del Lago Michigan en una noche silenciosa. Echaba de menos algunos mosquitos para poder sentirse realmente como en casa.

Blumenthal rompió el largo silencio.

—Tú fuiste uno de los héroes de mi infancia, Wil Brierson —se percibía una sonrisa en su voz.

—¿Qué?

—Sí. Tú y Sherlock Holmes. Leí todas las novelas que escribió tu hijo.

—¿Billy escribió… sobre mí?

Greenlnc había dicho que la segunda carrera de Billy había sido la de novelista, pero Wil no había tenido tiempo para ver qué había escrito.

—Las aventuras eran inventadas, aunque tú eras el héroe. Las escribió bajo la premisa de que Derek Lindemann no te había liquidado. Eran casi treinta novelas; corriste aventuras durante todo el siglo veintidós.

—¿Derek Lindemann? —dijo Dasgupta—. ¿Quién…? ¡Oh! Ya lo entiendo.

Wil asintió.

—Ya, Wimpy Derek Lindemann… el Chico. El fulano al que hace poco he intentado matar.

Aunque fuese sólo por un momento, su cólera le parecía irrelevante. Wil sonrió tristemente en la oscuridad. Pensaba

que Billy había creado una vida sintética para suplir la que se había acabado. ¡Por Dios, iba a leer todas aquellas novelas!

Miró al tecno-max.

—Me alegro mucho de que disfrutaras con mis aventuras, Tung. Supongo que al crecer, lo superaste. Por lo que he oído decir, te dedicaste a la construcción.

—Cierto y cierto. Pero si hubiera querido ser policía, no me habría costado demasiado. A finales del siglo veintidós, muchas zonas urbanas no tenían más de un policía por cada millón de habitantes. En las zonas rurales, todavía era peor. Había una terrible escasez de crímenes.

Wil sonrió. El acento de Blumenthal era raro, casi cantarín, una mezcla entre escocés y amerasiático. Ninguno de los otros técnicos elevados hablaba así. En los tiempos de Wil, las diferencias entre los dialectos se habían ido suavizando debido a lo rápidas y fáciles que eran las comunicaciones dentro del volumen Tierra-Luna. Blumenthal había crecido en el espacio, a algunos días de viaje de la Tierra.

—Además, preferí construir cosas para proteger a la gente. A principios de siglo veintitrés, el mundo cambiaba más aprisa de lo que puedas imaginarte. Apostaría a que hubo más cambios técnicos en la primera década del veintitrés que en todos los siglos que habían transcurrido hasta terminar el veintidós. ¿Te has dado cuenta de las diferencias

que hay entre los viajeros avanzados? Mónica Raines dejó la civilización en el 2195, y a pesar de lo que diga ahora, se compró el mejor equipo técnico disponible. Juan Chanson se fue en el 2200 con una inversión mucho menor; no obstante, el equipo de Juan es superior en todos los aspectos. Sus autones han estado varios miles de años en el tiempo real, y van a servir por lo menos para otro período igual. Mónica ha sobrevivido sesenta años y sólo le queda un autón. La diferencia estaba en los progresos hechos en cinco años en lo referente a equipos de deporte y acampada. Las Korolevs partieron un año después que Chanson. Compraron una cantidad inmensa de equipos con casi la misma inversión que Chanson: un sólo año había depreciado los modelos de 2200 hasta aquel punto. Juan, Yelén y Genet saben esto, pero no creo que ninguno de ellos pueda comprender lo que nos pueden traer nueve años de progresos… ¿Sabes que soy el último de los que salimos?

Wil lo había leído en los resúmenes de Yelén. La diferencia no le había parecido tan terriblemente importante.

—¿Te emburbujaste en el 2210?

—Efectivamente. Della Lu fue la última que lo hizo antes que yo, en el 2202. Jamás hemos podido encontrar a alguien que haya vivido más cerca de la Singularidad.

Rohan intervino en voz baja:

—Debes ser el más poderoso de todos ellos.

—Debería serlo, tal vez. Pero el hecho es que no soy un viajero voluntario. Era más que feliz entonces. Nunca tuve la menor inclinación a saltar hacia el futuro para iniciar una nueva religión o hacer caer el mercado bursátil… lo siento. Rohan Dasgupta, yo no…

—Está bien. Mi hermano y yo fuimos demasiado codiciosos. En aquella época pensamos: ¿qué puede fallar? Nuestras inversiones parecen estar seguras; después de uno o dos siglos nos habrán convertido en hombres muy ricos. Y si no sucede así, pues bien, el nivel de vida habrá de ser tan alto, que incluso siendo pobres podremos vivir mucho mejor que ahora —suspiró—. Apostamos por el progreso del que has hablado antes. No contábamos con regresar a las junglas y a las ruinas, a un mundo sin habitantes.

Anduvieron algunos pasos en silencio. Finalmente pudo más la curiosidad de Rohan:

—¿A ti te secuestraron como a Wil?

—No… no lo creo; pero dado que nadie vivió después de mí, es imposible saberlo con seguridad. Yo trabajaba en la construcción pesada, y a veces ocurren accidentes… ¿Cómo van tus piernas, Brierson?

—¿Qué dices?

El repentino cambio de tema de conversación había pillado a Wil desprevenido.

—Ya están mejor —continuó Wil.

Todavía notaba el hormigueo, pero ya no tenía problemas con su coordinación.

—En este caso regresemos, ¿de acuerdo?

Se alejaron de los acantilados dejando atrás las flores de dulce olor. Las fogatas eran invisibles porque estaban detrás de algunas crestas, habían andado casi unos mil metros. Hicieron todo el camino de regreso sin casi pronunciar palabra. Hasta Rohan estaba callado.

La rabia de Wil se había enfriado, sólo quedaban las cenizas: una tristeza profunda. Meditaba sobre lo que pasaría cuando viese nuevamente a Derek Lindemann. Su disfraz era muy bueno. Si Phil Genet no hubiera dirigido a Wil directamente hacia el Chico, podrían haber pasado semanas enteras antes de que le localizara. Cuando pasó aquello, Lindemann tenía diecisiete años, y era un desgarbado anglo; ahora parecía ser un asiático algo gordinflón de unos cincuenta años. Se veía claramente que había intervenido la cirugía cosmética. Y en cuanto a lo de su edad… pues bien, cuando Yelén y Marta decidían hacer algo podían llegar a ser brutalmente directas. Durante los millones de años que Wil y los otros estuvieron

emburbujados, Derek Lindemann había vivido treinta años en el tiempo real, sin asistencia médica. Tal vez entonces las Korolevs habían estado fuera del estasis, tal vez no; los autones que cuidaban su campamento de burbujas de Canadá, podían haber sido competentes para cuidar de él. Durante aquellos treinta años el Chico vivió completamente solo. Treinta años de introspección. El Lindemann que Wil había conocido era un resentido. Sin duda sus pequeños hurtos eran venganzas contra sus parientes de la compañía. No cabía la menor duda de que había emburbujado a Brierson a causa de un pánico infantil. Y durante treinta años el Chico había vivido con el miedo de que algún día W. W. Brierson pudiera reconocerlo.

—Gracias por… haber hablado conmigo. Por lo general, yo no soy así.

Aquello era verdad, y tal vez también era lo que le acobardaba más de todo aquel día. Durante treinta años de trabajo de policía, nunca había perdido los estribos. Posiblemente aquello no era tan sorprendente, porque si hubiera golpeado salvajemente a sus clientes le hubieran despedido inmediatamente. Pero en el caso de Wil, la frialdad le había resultado fácil. Era verdaderamente el tipo tranquilo que aparentaba ser. Con mucha frecuencia había sido él quien conservaba la calma y conseguía apartar a los demás de las fronteras del pánico y de la rabia. Durante las últimas semanas, todo esto había cambiado, pero…

—Vosotros habéis perdido tanto como yo, ¿no es cierto?

Recordó toda la gente con la que había hablado aquella misma tarde, y la confusión se convirtió en vergüenza. Tal vez el viejo W. W. Brierson había sido siempre imperturbable porque nunca había tenido verdaderos problemas. Cuando llegó la crisis, fue el más débil de todos.

—Está bien —dijo Blumenthal—. Siempre han existido las peleas. Algunas personas hacen más daño que otras. Y para cada persona, algunos días son peores que otros.

—Además, tú eres especial, Wil —dijo Rohan.

—¿Yo?

—Los demás tenemos que ocuparnos de reconstruir la civilización. Korolev nos da una considerable cantidad de material. Requiere mucha supervisión, no hay bastantes elementos automáticos para hacerlo todo. Trabajamos tanto como cualquiera del siglo veinte. Creo que esto vale para la mayoría de los tecno-max. De Tung lo sé concretamente.

»Pero tú, Wil, ¿cuál es tu trabajo? Tu trabajo es tan duro como el nuestro, pero ¿qué es lo que haces? Intentas descubrir al que asesinó a Marta. Apuesto a que te resulta divertido. Tienes que pasar todo tu tiempo por ahí, tú solo, pensando en las cosas que se han perdido. Ni el más perezoso de los tecno-min tiene este problema. Si alguien

quisiera que te volvieras loco, no podría haber inventado un trabajo más adecuado.

Wil se dio cuenta de que sonreía. Recordaba las veces que Rohan había intentado llevarle a aquellos picnics.

—¿Qué me vas a recetar? —preguntó a la ligera.

—Bien… —Rohan se había vuelto tímido de repente—. Podrías abandonar el caso. Pero espero que no lo hagas. Todos queremos saber qué es lo que le pasó a Marta. De todos los tecno-max, es a la que más quería. Y su asesinato puede ser parte de una trama que podría acabar con todos nosotros… Creo que lo más importante es que te des cuenta de cuál es el problema. No es que te estés desmoronando, sencillamente es que tú estás bajo una presión mayor que muchos de nosotros. Además, tampoco se trata de que andes trabajando continuamente en ello ¿verdad? Estoy seguro de que te pasas muchas horas buscando en callejones sin salida. Dedica más tiempo al resto de la humanidad. ¡Hasta podría ser que al hacerlo, encuentres algunas pistas!

Wil recordó lo que había pasado durante las dos últimas horas. Respecto al último consejo de Rohan, era imposible estar en desacuerdo.

Capítulo XIV

La distancia desde la Costa Norte a Ciudad Korolev era de unos mil kilómetros y la mayor parte de ellos atravesaban el Mar Interior. Yelén no había limitado el servicio de transbordadores entre ambos puntos. Las dos mitades de la colonia estaban separadas físicamente, pero estaba decidida a que se acercaran lo más posible. Cuando Wil abandonó el picnic, había tres voladores en espera de los pasajeros que hubieran de ir hacia el Sur. Se montó en uno que iba vacío, exceptuando a los hermanos Dasgupta.

El antigravedad se elevó con la acostumbrada aceleración que nunca llegaba a parecer intensa, pero que nunca se anulaba. El viaje iba a durar unos quince minutos. Debajo de ellos, los fuegos del picnic se amortiguaban y parecían desplazarse de lado. El más fuerte de los sonidos que podía oír era el lejano rugir del viento, que al principio iba en

aumento pero que llegó a reducirse por completo. La iluminación interior hacía que la noche que estaba detrás de las ventanas se convirtiera en una oscuridad sin detalles. Dejando aparte la aceleración constante, podían haber estado sentados en la sala de espera de cualquier oficina.

Regresaban a sus casas antes que la mayoría de los asistentes. Wil se quedó sorprendido al ver que Dilip se retiraba pronto. Recordó a qué se había dedicado durante toda la tarde.

—¿Qué ha sido de Gail Parker, Dilip? Yo creía que…

La voz de Wil se fue apagando cuando recordó la poco acogedora reunión de mujeres con que él mismo se había tropezado.

El mayor de los Dasguptas le quitó importancia, aunque su acostumbrado tono libertino parecía haberse desinflado.

—Ella… no tenía ganas de jugar. Era muy cortés, pero ya sabes como son estas cosas. Cada semana las chicas son más difíciles de tratar. Supongo que tendremos que tomar algunas decisiones serias.

Wil cambió de tema.

—¿Alguno de vosotros sabe quién trajo el balón luminoso?

Rohan se sonrió. Sin duda prefería este otro tópico que creía más inocente.

—¿Verdad que era algo bueno? Ya había visto antes algunas pelotas luminosas, pero ninguna era como ésta. ¿La trajo Tung Blumenthal?

Dilip hizo gestos negativos con la cabeza.

—Yo he estado allí desde el principio. Fueron los de Fraley. Vi que ya la llevaban al salir del transbordador. Tung no se acercó por allí hasta después de que ellos hubieran jugado un par de partidas.

Exactamente, esto era lo que había asegurado Phil Genet.

Todavía sometido a aceleración, el transbordador efectuó una suave virada que sólo notaron por un ligero sobresalto en el estómago. Estaban volando de espaldas por entre la oscuridad, ya habían recorrido la mitad del camino.

Wil se echó hacia atrás, en su asiento, y su mente empezó a repasar todo lo que había sucedido aquel día. El trabajo de detective había sido más fácil en la civilización; la mayoría de las cosas eran lo que parecían. Tenías tus empleados, tus clientes, servicios colaterales. En muchos casos, se trataba de personas con las que habías trabajado durante años, y sabías de quién te podías fiar. Pero ahora se encontraba en el paraíso de los paranoicos. Exceptuando a Lindemann, no conocía a nadie desde antes. Virtualmente, todos los tecno-

max eran gente retorcida. Chanson, Korolev, Raines, Lu; todos habían vivido más tiempo que él; algunos millares de años más. Todos eran más excéntricos que los tipos con los que estaba acostumbrado a tratar. Y Genet. Genet no era tan excéntrico; Wil había conocido a algunos como él. Había muchas cosas misteriosas relacionadas con la vida de Genet en la civilización, pero después de aquella noche una cosa quedaba más clara que el cristal: Phil Genet era un amo de personas, muy difícil de controlar. Hubiera o no matado a alguien, el asesinato entraba dentro del campo de su moral.

Por otro lado, Blumenthal le parecía que era auténticamente un buen muchacho. Era un viajero involuntario, como Wil, pero sin la responsabilidad de Lindemann.

Brierson hizo esfuerzos para no sonreír. En las tramas manidas de los cuentos de misterio, aquella calidad de ser siempre una excelente persona era señal segura de culpabilidad. En el mundo real, era muy raro que las cosas ocurrieran de aquel modo... Maldición. En aquel mundo real, casi cualquier cosa podía llegar a ser verdad. Está bien. ¿Qué bases tenía para sospechar de Blumenthal? ¿Móviles? Realmente, no veía ninguno. De hecho, se sabía muy poco acerca de Blumenthal. El Greenlnc de 2201 lo registraba como un niño de diez años de edad, empleado en una compañía minera propiedad de su familia. Había muy poca información más en relación con esta compañía. Era poco importante y operaba principalmente en las nubes de

cometas. Wil disponía de menos información interesante acerca de Blumenthal que de cualquier otro de los tecno-max, exceptuando a Genet. Como fue el último humano que abandonó la civilización, no quedó nadie que pudiera escribir su biografía. Sólo contaba con su propia palabra para confirmar que había sido emburbujado en el 2210. Podría haber sido después, hasta podría venir del mismo centro de la Singularidad. Afirmaba que un accidente industrial le había lanzado hacia el sol. Puesto a pensar en ello, ¿qué corroboración podía haber de esto? Si no se trató de un accidente, entonces lo más probable es que fuese el perdedor de una batalla de armas nucleares y de burbujas, en la que los vencedores querían que los vencidos estuviesen permanentemente muertos.

De pronto, Wil se preguntó qué lugar debía ocupar Tung en la lista que había hecho Chanson sobre posibles alienígenas.

Unas farolas regularmente distribuidas lucían amistosamente entre los árboles. El volador se posó en el suelo y Wil y los Dasguptas se apearon, aturdidos a causa del súbito retorno a la gravedad uno.

Habían aterrizado en la calle de detrás de sus casas. Wil dio las buenas noches a Rohan y a Dilip y anduvo lentamente calle arriba hasta su casa. No podía recordar si alguna otra vez se le habían acumulado tantos sucesos, mentales y físicos, en una sola tarde. Los efectos residuales del

paralizador añadían una fatiga insuperable a todo aquello. Miró hacia arriba pero únicamente vio las hojas iluminadas desde atrás por una farola. Pero no le cabía la menor duda de que los autones todavía estaban por allí arriba, escondidos detrás de los árboles.

¡Una cosa tan inocua como el balón luminoso! Y las explicaciones también podían ser inofensivas: tal vez Yelén simplemente lo había dado a los NM; o tal vez ellos mismos se lo habían apropiado. Seguramente era algo muy trivial en un inventario de alta tecnología. El hecho de que ella no le hubiera llamado para una reunión nocturna era una buena señal. Después de una buena noche de sueño, podría incluso reírse de Genet.

Wil andaba por la linde de su terreno. Llegó a la puerta… y se detuvo en seco. Había unas burdas letras trazadas con un *spray* sobre la puerta y las paredes vecinas. Se podía leer las palabras TECNO-MIN NO SIGNIFICA TECNO-NO. El mensaje apenas se había registrado en su mente cuando una luz blanca bañó la escena. El autón de Yelén había descendido a la altura de un hombre al lado de Wil. Su foco abanicaba el portal.

Brierson se detuvo cerca de la pared. La pintura todavía estaba húmeda. Brillaba a la luz. Miraba, paralizado, aquellas letras.

Pintura punteada, verde sobre rojo. Los brillantes discos verdes estaban perfectamente formados, incluso cuando la pintura había goteado. Era una de aquellas cosas que se pueden ver con bastante frecuencia en las bases de datos y nunca en el mundo real.

La voz de Yelén salió del autón.

—Míralo, Brierson. Y luego entra; tenemos que hablar.

Capítulo XV

Las luces se encendieron antes de que él llegara a la casa. Wil entró en el cuarto de estar y cayó postrado en su silla preferida. Dos holos de conferencia estaban iluminados: Yelén aparecía en uno y Della en el otro. Ninguna de las dos parecía contenta. Korolev habló primero:

—Quiero que Tammy Robinson quede fuera de nuestro tiempo, inspector.

Wil empezó a encogerse de hombros. ¿Por qué me lo dice a mí? Miró a Della Lu, y recordó que seguramente debería actuar como arbitro de aquella disputa.

—¿Por qué?

—Ahora ya debería saltar a la vista. El trato fue que la íbamos a dejar estar en tiempo real en tanto que ella no

interfiriera. Bien, está muy claro que alguien está apoyando a los de NM, y ella es la primera sospechosa.

—Pero solamente es sospechosa —dijo Lu.

La cara y el vestido de la espacial formaban un contraste raro. Llevaba pantalones con volantes y un corselete, la clase de atuendo que Wil podía haber esperado encontrar en el picnic. Pero no obstante, no la había visto allí. ¿Es que Lu se había limitado a observar desde lejos porque era demasiado tímida o reservada para dejarse ver? Cualquiera que fuera la personalidad que hiciera juego con su vestimenta, difícilmente podía estar de acuerdo con la expresión que tenía en aquel momento. Era fría, decidida.

—Le di mi palabra de que…

Yelén golpeó la mesa que tenía delante con la mano.

—¡Al infierno con las promesas! La supervivencia de la colonia tiene preferencia, Lu. Tú, deberías saberlo mejor que nadie. Si no quieres emburbujar a Robinson, hazte a un lado y deja que…

Della sonrió, y de pronto pareció mucho más peligrosa, mucho más determinada de lo que Korolev hubiera podido ser en toda su vida, a pesar de todo su temperamento.

—No me haré a un lado, Yelén.

—Humm.

Yelén se apoyó en el respaldo, tal vez recordaba que Della era el viajero que tenía más armamento pesado, tal vez pensaba en los siglos de experiencia de combate que Lu tenía con sus armas. Miró a Brierson.

—¿Quieres decirle que sea sensata? Nos enfrentamos a una situación de vida o muerte.

—Es posible. Pero Tammy no es más que una sospechosa, y precisamente a la que vigilamos con más cuidado. Si estuviese intentando algo, estoy seguro de que tendrías pruebas. ¿Las tienes?

—No necesariamente. Me figuro que voy a necesitar una capacidad de reconocimiento mediana, por lo menos durante otro siglo de tiempo real. No puedo permitirme una red de observación de aquella que «ni un sólo gorrión puede caer que no…». Se me terminarían los materiales perecederos en unos pocos meses. He mantenido una fuerte vigilancia sobre Robinson, pero si su familia guardó escondidos algunos autones antes de marcharse, no le resultaría difícil a Tammy mantenerse en comunicación con ellos. No tendría que hacer más que regalar algunas chucherías, hacer que los tecno-min se sintieran algo más descontentos. Apuesto a que cerca del Mar Interior tiene escondidos algunos burbujeadores de alto rendimiento. Si consigue ponerse a la cabeza de sus amiguitos de la colonia,

ya podemos prepararnos para ver muchas burbujas a largo plazo, y el fin del plan.

Si los Robinson habían preparado su partida con tanto cuidado, probablemente serían los responsables del asesinato de Marta.

—¿Y qué os parecería una solución intermedia? Quitadla de circulación sólo por algunos meses.

—Se lo prometí, Wil.

—Lo sé. Pero esto podría ser voluntario. Explícale la situación. Si es inocente, estará tan afectada por todo esto como todos nosotros. Una ausencia de tres meses no puede perjudicar a sus proyectos, y es muy verosímil que ayude a probar su inocencia. Y si acepta, luego va a tener mucha más libertad.

—¿Y si no lo acepta?

—Estoy seguro de que lo va a aceptar, Della. Y si no, veremos si mi integridad puede enfrentarse a Yelén, tal como lo hace la tuya.

Yelén dijo:

—Estoy de acuerdo con un emburbujamiento de tres meses, aunque deberemos volver a tratar este asunto cuando hayan transcurrido.

—Está bien. Hablaré con Tammy.

Della miró los volantes de sus pantalones, y una rara expresión apareció en su cara. ¿Azoramiento?

—Vuelvo enseguida con vosotros.

Su imagen se desvaneció.

Wil miró hacia el holo que quedaba. Yelén estaba en su biblioteca. La luz del sol entraba por sus falsas ventanas. El día y la noche debían casi carecer de significado para Yelén, lo que hacía que Wil todavía se sintiera más cansado.

Korolev manipuló algo que tenía sobre la mesa, y después volvió a mirar a Wil.

—Gracias por haber propuesto el compromiso. Estaba a punto de hacer algo… precipitado.

—De nada.

Wil cerró los ojos, casi cediendo a la somnolencia producida por el arma paralizadora.

—Ahora ya sabemos que lo que más temíamos ha resultado ser verdad, inspector. Pelotas luminosas antigravedad, pintura punteada. Esto son cosas sin importancia, comparadas con las que ya les hemos dado. Pero no están incluidas en el inventario de los regalos. Es lo

que ha dicho Phil. El asesinato de Marta no ha cerrado el asunto. Alguien, o algo, anda por ahí captando a los tecno-min.

—No me parece que estés demasiado segura de que sean los Robinson los que estén detrás de todo esto.

—… No, esto, en parte, eran ilusiones. Tienen los motivos más evidentes. Tammy es la más fácil de manejar… No. Podría tratarse de cualquiera de los tecno-max.

Brierson estaba demasiado cansado para mantenerse callado.

—¿Llegaremos a saber de quiénes se trata?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasaría si el asesino se disfraza de tecno-min? Tal vez podría tratarse de un salteador de tumbas que haya sobrevivido.

—Esto es absurdo —pero sus ojos se abrieron más y permaneció callada durante unos quince segundos—. Sí, esto es absurdo —repitió con algo menos de seguridad—. Tengo fichas de todos los rescates; nosotras efectuamos la mayoría de ellos. Nunca pudimos ver algún equipo no usual. Alguien disfrazado podría haber tenido su equipo de alta tecnología en un almacén separado, pero lo hubiésemos sabido si hubiera trasladado una parte importante de él… No

sé si podrás comprenderlo, Brierson: hemos tenido un control completo de su estasis desde el principio. Un viajero avanzado no podría tolerar tal dependencia.

—Está bien —dijo, pero se preguntaba si la reacción de Lu habría sido la misma.

—Bueno. Ahora quiero que me des tu opinión sobre lo que has visto hoy. Lo estuve vigilando todo, yo personalmente, pero…

Wil levantó una mano.

—¿Por qué no esperamos hasta mañana, Yelén? Así podría tener las cosas más ordenadas.

—No.

La reina de la montaña no se había enfadado, pero estaba decidida a hacer las cosas a su manera.

—Hay algunas cosas que necesito saber. Por ejemplo: ¿Qué crees que fue lo que asustó a Kim Tioulang?

—No tengo la menor idea. ¿Pudiste ver a quién estaba mirando cuando le entró el pánico?

—Miraba a la gente. No disponía de bastantes cámaras para poder ser más concreta. Supongo que había colocado

vigilantes, y uno de ellos debe haberle hecho una señal de que el Señor Malo estaba por allí.

El Señor Malo. Phil Genet. La asociación fue instantánea y no necesitó ninguna clase de lógica que la apoyara.

—¿Para qué hacer tanto misterio sobre esto? Dale a Tioulang cierta protección y pregúntale cuáles son sus planes.

—Ya lo he hecho. Pero ahora no quiere hablar.

—Estoy convencido de que tienes drogas de la verdad. No tienes más que traerle hasta aquí y… —Wil se detuvo, súbitamente avergonzado. Estaba hablando como un policía gubernamental—. Las necesidades del Estado son lo primero.

Podía racionalizarlo, desde luego. Aquél era un mundo sin contratos policiales ni sistemas legales. Mientras no estuvieran bien institucionalizados, la mera supervivencia podía justificar aquellos procedimientos. El razonamiento era resbaladizo, y Wil se preguntaba si habría que resbalar mucho hacia el salvajismo antes de poder asentar bien los pies en el suelo.

Cuando se dio cuenta de su turbación, Yelén sonrió, (aunque Wil no podía decir si era por simpatía o por que le resultaba divertido).

—Decidí no hacerlo. Por lo menos, todavía no. Los tecnomin ya me odian bastante. Y es perfectamente posible que Tioulang pudiera suicidarse durante el interrogatorio. Algunos de estos gobiernos del siglo veintiuno ponían en su gente unos bloqueos psicológicos. Si los Pacistas heredaron esta cochina costumbre… Además, es posible que no sepa más de lo que ya sabemos: que alguien está apoyando a la facción NM.

Wil recordó el pánico repentino de Tioulang; el hombre temía a alguien en particular.

—¿Lo tienes bajo protección?

—Sí. Casi tan buena como la tuya, aunque él no lo sabe. Por ahora no me quiero arriesgar a apoderarme de él.

—¿Quieres saber quién es mi candidato favorito para el papel del malo? Es Phil Genet.

Yelén se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué?

—Se dejó ver por allí, sólo unos pocos minutos después de que Tioulang se fuera. Este hombre huele mal.

—¿Huele mal? ¿Ésta es una opinión profesional, verdad?

Wil se frotó los ojos.

—¡Vaya! Tú querías que te explicara mis «impresiones», ¿recuerdas?

Pero ella tenía razón. No lo hubiera expresado de aquella manera, si hubiera razonado bien.

—Phil es un sádico. Hace años que lo sé. Y creo que ha empeorado ahora que hemos sacado del estasis a todos los tecno-min. Vosotros, pobrecitos, sois para él unas víctimas demasiado fáciles. Vi como te manejó a placer cuando te habló de Lindemann. Siento haber tenido que paralizarte, Wil, pero no puedo tolerar ninguno de los antiguos rencores.

Wil asintió, algo sorprendido. En la voz de ella había algo que parecía simpatía. La verdad era que le estaba agradecido porque le había paralizado.

—Genet es capaz de asesinar, Yelén.

—Hay mucha gente así. ¿Qué le hubieras hecho tú a Lindemann si no…? Mira, a ninguno de nosotros nos gusta Phil. Pero esto, estrictamente hablando, no es decir mucho: tú no me gustas especialmente, y sin embargo nos comportamos mutuamente bien. Phil nos ayudó mucho a Marta y a mí. Dudo mucho de que hubiésemos podido rescatar a los Pacistas sin sus equipos de construcción. Ha quedado suficientemente demostrado que quiere que la colonia resulte bien.

—Quizá. Pero ahora que ya está reunido todo el mundo, tal vez vuestro «interés común» haya desaparecido y lo que realmente quiera sea dirigir él solo la función.

—Hummm. Sabe que ninguno de nosotros tiene la menor posibilidad si nos liamos a tiros. ¿Crees que está tan loco?

—No lo sé, Yelén. Vuelve a mirar las grabaciones. Tuve la impresión de que no jugaba sólo conmigo. Sabía que tú estabas escuchando. Creo que también se reía de ti. Como si estuviera a punto de lograr algún triunfo, algo de lo que el sádico que hay en él no podía evitar dar alguna pista.

—Es decir, que tú opinas que lo del balón luminoso fue cosa suya, y que se estaba riendo de todos nosotros mientras iba dándote «pistas» —se pellizcó los labios—. No tiene sentido… pero supongo que te pago por tu intuición más que por cualquier otra cosa. Sacaré del estasis algunos autones más, y trataré de vigilar mejor a Phil.

Yelén se echó hacia atrás, y por un momento Wil creyó que ya había acabado con él.

—Está bien. Quiero que repasemos tus otras conversaciones —observó la expresión de Wil—. Mira, inspector. Yo no te había pedido que alternaras con la gente para tu conveniencia. Aquí tenemos un asesinato, una incipiente guerra civil y el disgusto general que todos sienten por mí. Todo lo que hemos visto hoy puede tener una

relación directa con otros asuntos. Quiero conocer tus reacciones mientras las tienes frescas.

Y así, revisaron el picnic. Literalmente. Yelén insistió en pasar casi todo el vídeo. Era verdad que necesitaba ayuda. Wil no sabía si se debía a los siglos que había vivido aislada, o a su punto de vista de tecno-max, pero había muchas cosas referentes al picnic que Yelén no entendía. No sentía la menor simpatía por el dilema de las mujeres. La primera vez que pasaron la reunión de las mujeres, hizo un oscuro comentario sobre el asunto de «la gente que debía pagar por los errores de los demás». ¿Se estaría refiriendo al error de las Korolevs de no haber traído tanques-matriz?

Wil dejó que ella pasara de nuevo la escena, y luego intentó explicárselo. Al final, ella se enfadó un poco.

—Claro que tendrán que hacer sacrificios. ¿Pero es que no se dan cuenta de que es la supervivencia de la especie humana lo que está en juego? —agitó su mano—. No puedo creer que su naturaleza sea tan diferente de la de los siglos anteriores. Cuando llegue la crisis, deberán cumplir con su deber. —¿Cumpliría también la reina de la montaña con su deber de hembra? ¿Tendría seis críos… o doce? Brierson se abstuvo de formular estas preguntas en voz alta. Podía prescindir de una explosión de la Korolev.

La luz matutina del sol que entraba por las ventanas de Yelén fue cambiando lentamente a una claridad vespertina.

El reloj del registrador de datos de Wil indicaba que ya había transcurrido la Hora de las Brujas. Si continuaban de aquella manera, pronto estaría viendo una salida de sol real a través de sus propias ventanas. Por fin el análisis volvió a la conversación que Wil había mantenido con Jason Mudge. Korolev le detuvo.

—Puedes borrar a Mudge de tu lista de sospechosos, inspector.

Wil había estado a punto de decir lo mismo. Simuló curiosidad y preguntó:

—¿Por qué?

—El majadero cayó por el acantilado esta última noche. Se dio de cabeza.

Brierson hacía esfuerzos para permanecer despierto.

—¿Quieres decir, que está muerto?

—Muerto más allá de cualquier intento de resucitarle, inspector. Mucho hablar de Dios, pero no era ningún abstemio. La autopsia encontró un 0.22 por ciento de alcohol en su sangre. Había abandonado la reunión un poco antes de que descubrieras a Lindemann. Al parecer, no pudo encontrar a nadie que por lo menos fingiera escucharle. La última vez que le vi iba tambaleándose por las laderas escarpadas del lado oeste. Anduvo unos mil quinientos

metros por el sendero que baja hasta el acantilado y debió resbalar cuando estaba cerca del borde. Una de mis patrullas de rutina encontró su cuerpo poco después de que regresaras aquí. Llevaba en el agua un par de horas.

Wil apoyó las mejillas en las manos y movió lentamente la cabeza. Yelén, Yelén, llevamos hablando toda la noche, y durante todo este tiempo tus autones han estado investigando y haciendo la autopsia… y tú no has sido capaz de decirme ni una palabra sobre que había muerto un hombre.

—Te pedí que no le perdieras de vista.

—Bueno. Decidí no seguir tú consejo, porque él no era tan importante —calló durante unos momentos, era posible que algo de la actitud de él la hubiera afectado—. Mira, Brierson, no me gusta que haya muerto. Eventualmente, podría haber olvidado toda esa basura de la Tercera Venida, y haber sido útil para algo. Pero considéralo así: ese hombre era un parásito, y si está fuera del paso es un sospechoso menos que tenemos, por más rebuscada que fuera la sospecha.

—Está bien, Yelén. Estoy de acuerdo.

Podría haber previsto el efecto de su acierto. Yelén se inclinó hacia adelante.

—¿De verdad eres tan paranoico, Brierson? ¿Piensas que Mudge también fue asesinado?

Quizá sí. ¿Qué podría saber Mudge que valiera la pena hacerle callar para siempre? Poseía muy poco equipo de alta tecnología, pero conocía los sistemas. Tal vez había sido el vandálico ayudante del asesino, y se había convertido en un peligro. Wil trató de recordar de qué habían hablado, pero no conseguía más que ver la expresión de determinación del hombrecito. Desde luego, Yelén querría reproducir la conversación una y otra vez. Esto era lo último que deseaba Wil.

—Dejemos que nuestras paranoias vayan cada cual por su camino, Yelén. Si se me ocurre algo, ya te lo diré.

Por alguna razón, Yelén no insistió. Quince minutos después desaparecía del aparato de comunicaciones.

Wil se arrastró hasta su dormitorio, aliviado pero decepcionado de haberse quedado solo.

Capítulo XVI

Como era habitual en él, tuvo un sueño matinal, pero aquella voz no fue el sueño azul, no fue la pesadilla de la separación con suspiros entrecortados que vaciaban sus pulmones. Era el sueño de las varias casas. Se despertaba una y otra vez, siempre en una casa que debería serle familiar, pero que no lo era. Había patios y vecinos que nunca llegaba a reconocer. Algunas veces estaba casado, pero generalmente estaba solo; Virginia se acababa de ir o estaba en alguna otra casa. Algunas veces podía verles, (a Virginia, Anne, Bill) y entonces era peor. Sus conversaciones eran lacónicas, relacionadas con hacer el equipaje, iban a salir de viaje. Y después se habían ido dejando a Wil para que descubriera el objeto de las habitaciones secretas y de las puertas que no se querían abrir.

Cuando Wil se despertó de verdad, lo hizo con un sobresalto desesperado, y no con la sollozante asfixia del sueño azul. Sintió una sensación de alivio, pero con cierto resentimiento al ver los rayos de sol que llegaban a su dormitorio atravesando las pseudojacarandas. Aquélla era una casa que no cambiaba de día en día, una casa que casi había aceptado, aun a pesar de ser el origen de algunos de sus sueños. Estuvo tumbado unos segundos más; algunas veces también había reconocido las otras casas: una era una mezcla de aquel lugar y la casa de invierno que habían comprado en California, algo antes del… asunto Lindemann. Wil sonrió débilmente para sí mismo. Aquellas diversiones matinales tenían mayor intensidad que cualquier novela en la que hubiera podido aparecer él. Era una pena que no fuese un aficionado a los temas lacrimógenos.

Miró su correo. Había una breve nota de Lu: «Tammy está de acuerdo con un emburbujamiento de tres meses, siempre que haya una intermitencia cada diez horas». Bien. Los otros mensajes eran de Yelén: «Megabits de análisis sobre la reunión».

¡Ugh! Ella esperaba que él lo tuviera a punto para la próxima vez que hablaran. Se sentó y ojeó distraídamente las primeras entradas. Lo de Mudge por ejemplo.

Wil redactó el informe de la autopsia con el estilo de la Policía Estatal de Michigan. Estudió detenidamente los resultados del laboratorio; los impresos familiares le

trajeron a la memoria recuerdos sorprendentemente agradables a pesar de que se referían al aspecto más repugnante de su trabajo. Cuando Jason Mudge murió, estaba tan borracho como había dicho Yelén. No había trazas de otras drogas. Tampoco había exagerado en lo referente a la caída. El pobre hombre había caído golpeando en primer lugar las piedras con la cabeza. Wil efectuó algunas simulaciones: un aterrizaje de cabeza estaba de acuerdo con la altura del despeñadero y con la estatura de Mudge, aceptando que había tropezado y que cayó sin hacer ningún esfuerzo para evitarlo. Todas las lesiones, todos los golpes en el cuerpo del pobre Mudge quedaron explicadas; hasta los arañazos que tenía en los brazos fueron comparados con las partículas de unos microgramos de carne que se encontraron en los arbustos que crecían junto al camino. Todo era muy razonable: se le había visto mientras bebía, y cuando abandonaba los terrenos del picnic en estado de absoluta embriaguez. Considerando la impaciencia que le dominaba por la tarde, Wil se imaginaba el posterior estado mental de Mudge. Se había paseado por el sendero compadeciéndose a sí mismo y exagerando todos los movimientos a causa de la bebida… Si hubiese habido alguien más, Mudge se habría detenido; pero acercarse a Jason Mudge era correr el riesgo de tener que soportar unos interminables sermones.

Y estaba muerto, como muchos otros semisuicidas relacionados con las drogas que Wil había visto. De todos

modos, era interesante que la muerte hubiese sido tan perfectamente instantánea. Incluso suponiendo que los autones de Yelén hubieran descubierto a Mudge inmediatamente después de su caída, no podrían haberle salvado. Exceptuando algunas heridas a causa de balazos o explosiones, Wil nunca había visto tamaña destrucción de un cerebro.

Podría valer la pena volver sobre el pasado de aquel individuo una vez más, y en particular a la última conversación que Wil había sostenido con Mudge. Ahora ya se acordaba. Había efectuado un extraño comentario relacionado con Juan Chanson. Wil volvió a pasar el vídeo del autón de Yelén. Sí, había dado a entender que Juan había sido alguna vez un pagano.

Aquello era fácil de comprobar. Brierson interrogó al Greenlnc de Yelén sobre el arqueólogo… Había mucho sobre él, a pesar de su oscura especialidad. De muy joven había tenido relación con asuntos religiosos: sus padres habían sido Fieles Creyentes de Ndelante Alí. Pero cuando llegó al instituto, todas sus creencias eran superficiales y ecuménicas. Obtuvo el Doctorado en arqueología Maya en la Universidad Politécnica de Ceres. Wil sonrió para sí mismo. En su tiempo, Port Ceres había sido un campo minero. ¡Pensar que unas pocas décadas después podía haber allí una Universidad que podía dar títulos como el de Chanson!

Por ninguna parte aparecía evidencia de fanatismo religioso o de cualquier conexión con Jason Mudge. A decir verdad, tampoco había la menor alusión a su reciente preocupación por la invasión de los alienígenas. Chanson se emburbujó en el 2200, y su motivación no fue mucho más desatinada que la de otros muchos: estaba convencido de que un siglo o dos de progreso podrían proporcionarle los instrumentos para conseguir un estudio definitivo de la cultura Maya.

… Y en lugar de esto, se encontró con el mayor misterio arqueológico de todos los tiempos.

Wil suspiró. Había llegado a la conclusión de que a los defectos del difunto señor Mudge había que añadir el de propagar mentiras acerca de sus rivales.

Capítulo XVII

Los días siguientes cayeron en una rutina que resultó grata casi en su totalidad: todas las tardes las pasaba con uno u otro grupo de técnicos bajos.

Visitó varias minas. Todavía estaban automatizadas a fondo. Muchas de ellas se abrían a cielo abierto; cincuenta millones de años habían creado yacimientos completamente nuevos (los únicos yacimientos más ricos que aquéllos estaban en el cinturón de asteroides, y una de las formas de ahorrar de Yelén consistía en suprimir la mayor parte de las actividades espaciales). Las fábricas de la colonia eran completamente distintas a lo que había existido en toda la historia, eran una combinación fantástica de la construcción a medida, de técnica elevada y de las primitivas

cadenas de montaje que a la postre deberían predominar. Gracias a Gail Parker pudo ver una fábrica de tractores de NM; quedó sorprendido por la amistosa acogida que todos le dispensaron.

En algunos aspectos, el picnic de la Costa Norte le había engañado. Wil descubrió que, aunque muchos estaban de acuerdo con las quejas que Tioulang formuló contra Korolev, muy pocos de los «sin gobierno» estaban dispuestos a conceder su soberanía a los de la Paz o a Nuevo Méjico. De hecho, ya se habían dado algunas calladas deserciones en los campamentos estadistas.

La gente estaba tan ocupada como decía Rohan. Las jornadas de diez o doce horas eran la regla general. Y gran parte del tiempo restante se empleaba en discurrir formas de potenciar al máximo las ganancias a largo plazo. Muchos de los regalos de alta tecnología ya se habían cambalacheado varias veces. Cuando visitó la granja de los Dasguptas vio que también construían maquinaria agrícola. Les habló de la fábrica de NM. Rohan no hizo más que sonreír inocentemente. Dilip se apoyó en uno de los tractores que fabricaban allí y se cruzó de brazos.

—Sí, ya he hablado de esto con Gail. Fraley quiere comprar nuestro negocio. Si ofrece un buen precio, tal vez aceptemos. Ja, ja. Tanto los de NM como los Pacistas se dedican a la producción masiva de herramientas. Ya puedo imaginar lo que pasa por su débil seso. Suponen que al cabo

de diez años habrá una confrontación entre los campesinos y los industriales, y que ellos van a ganar. Pobre Fraley, algunas veces me da pena. Aún en el supuesto de que los NM y los Pacistas se unieran, todavía no estarían en posesión de todas las fábricas ni mucho menos de la mitad de todas las minas. Yelén dice que sus bases de datos y su *software* de proyectos estarán disponibles durante siglos. Hay ciertos técnicos entre los «sin gobierno» que son mejores que cualquiera de los de Fraley. Rohan y yo conocemos el comercio de mercancías. ¡Diablo! Muchos de nosotros estamos especializados en esto, y también en la prospección de mercados —y sonrió feliz—. Al final, acabarán perdiendo la camisa.

Wil contestó a su sonrisa con otra. Dilip Dasgupta jamás había padecido por falta de confianza en sí mismo. En aquel caso podía ser que estuviera en lo cierto… siempre que los de NM y de la Paz no usaran su fuerza.

***

Las reuniones de despacho que todas las tardes tenía Wil con Yelén no eran tan amenas, aunque en ellas ambos congeniaban más que lo habían hecho en la reunión posterior al picnic de la Costa Norte. El autón de Yelén le seguía a todas partes, lo que generalmente permitía a ésta ver y oír todo lo que él hacía. Algunas veces parecía que ella quería repasar cada uno de los detalles; el encontrar al asesino de Marta era un objetivo que nunca se alejaba de su

intención, y más cuando parecía formar parte de un plan general de sabotaje. Pero con igual frecuencia, quería que Wil le diera su opinión sobre las actitudes e intenciones de los tecno-min. Sus frecuentes conversaciones eran una mezcla fantástica de ciencias sociales, paranoia e investigación criminal.

Habían emburbujado a Tammy pocas horas después del picnic. Después de esto no hubo señales de interferencia de los tecno-max. O bien había sido ella la responsable de esa interferencia (y había actuado de forma terriblemente chapucera), o bien el balón luminoso y la pintada eran parte de algo que todavía era inescrutable.

Aparentemente, los tecno-min se habían percatado de esta segunda parte de la alternativa. Durante las últimas semanas habían visto y utilizado una enorme cantidad de maquinaria; muchos no tenían manera de saber el origen o el grado de «santidad» de lo que recibían. Y Yelén había borrado el *graffiti* de pintura punteada de la puerta de Wil. Por otra parte, era verdad que algunos de los de NM estaban enterados del contrabando, hasta el punto que los espías de Tioulang lo habían sabido. Conociendo la organización de NM, Wil no podía imaginar que hubiera una conspiración que fuera independiente de Fraley.

Yelén estaba indecisa sobre si debía coger a Fraley y a su equipo de mando para someterlos a interrogatorio, pero al final desistió de hacerlo. Habría el mismo problema si se

apoderaba de Tioulang. Además, parecía que los planes de Marta funcionaban bien. Las primeras fases, es decir, las donaciones y el establecimiento de acuerdos entre los tecno-min, eran pasos muy delicados que dependían de la confianza y buena voluntad de cada uno de los implicados. Incluso en la mejor de las circunstancias (y los últimos días parecía que las cosas no podían ir mejor), los tecno-min tenían toda clase de razones para que no les gustara la reina de la montaña. Y en esto radicaba uno de los principales intereses de Korolev para sacar información de Brierson. Tomaba cada una de las quejas que figuraban en las grabaciones y pedía el análisis de Wil. Y más aún, quería enterarse de los problemas que Wil detectaba aunque no se hablara de ellos. Ésta era una de las cosas que más le gustaba a Wil de su nuevo trabajo, y era algo que sospechaba que muchos de los tecno-min también comprendían… De no ser así, ¿hubiese sido tan cordial la acogida en la fábrica de tractores de NM?

A Yelén le divertían mucho los tratos de Dilip Dasgupta con los de Nuevo Méjico:

—Estoy a su favor; nadie debería consentir que estos atávicos quieran darle lecciones. ¿Sabes lo que hicieron Tioulang y Fraley cuando empecé el reparto de donativos previsto por Marta? —continuó Yelén—. Me dijeron que entre ellos había sus desacuerdos, pero que el futuro de la especie era de suprema importancia; sus expertos se habían reunido y habían acabado por redactar un «Plan de Unidad».

En él se detallaba las metas de producción previstas y el reparto de las asignaciones, exactamente lo que cada maldita persona tenía que hacer en los próximos diez años. Esperaban de mí que haría tragar esta muestra de sabiduría a todo el mundo… Idiotas. Tengo *software* que lleva años machacando estos problemas y soy incapaz de planear con tanto detalle como pretenden estos cretinos. Creo que Marta habría estado orgullosa de mí, porque no me reí en voz alta. Me limité a sonreír dulcemente al decirles que cualquiera que quisiera seguir su plan, sería bien recibido; pero que yo, ni en sueños pensaba poder imponérselo a alguien. A pesar de esto se dieron por ofendidos. Supongo que fue porque creyeron que yo lo había dicho con sarcasmo. Fue después de esto que Tioulang empezó a hacer propaganda de la regla de la mayoría y de la unidad de todos frente a la reina de la montaña.

Otros asuntos que se trataron fueron mucho más importantes, pero a ella no le resultaron nada divertidos. Había 140 hembras tecno-min. Desde las fundación de la colonia, sus servicios médicos sólo habían registrado cuatro embarazos.

—¡Dos de las cuatro mujeres solicitaron el aborto! ¡Y no quiero que haya abortos, Brierson! Y quiero que todas las mujeres dejen de utilizar métodos de contracepción.

Ya habían hablado en otras ocasiones de este problema; Wil casi no sabía qué decir.

—Con esto no conseguirás más que hacer que caigan en brazos de los de NM o de los Pacistas.

Pero, puestos a pensar, se trataba de un tema sobre el que Korolev y los gobiernos, con toda probabilidad, tenían exactamente la misma opinión. Fraley y Tioulang podían hacer la comedia de apoyar la libertad de reproducción, pero no podía imaginarse que esto pudiera ser otra cosa que una estratagema sólo a muy corto plazo.

En la voz de Yelén ya no había cólera. Casi suplicaba:

—¿No lo ves, Wil? Ha habido colonias, antes. Muchas no consistían más que en una o dos familias, pero otras, como la de Sánchez, tenían casi la mitad del tamaño de la nuestra. Todas fracasaron. Creo que la nuestra será lo suficiente grande. Pero sólo por muy poco. Si las mujeres tienen, en promedio, diez niños cada una durante los próximos treinta años, y sus hijas tienen un comportamiento análogo, podremos tener la gente necesaria para tapar los agujeros que se produzcan cuando falle la automatización. Pero si no lo consiguen, entonces fallará la tecnología, y con toda seguridad perderemos población. Todos mis estudios demuestran que los supervivientes no podrían mantenerse. Al final, sólo quedarían unos pocos tecno-max que vivirían algunos siglos subjetivos más con lo que hubiera quedado de su equipo.

La visión de Marta de un avión a propulsión al que se le había apagado el chorro de llamas y que no tenía más recurso que picar en dirección a la Tierra pasó por la mente de Wil.

—Creo que las mujeres tecno-min quieren que sobreviva la humanidad tanto como tú, Yelén. Pero hay que darles tiempo para que se acostumbren a esta idea. Las cosas eran muy diferentes cuando estaban en la civilización. Un hombre o una mujer podían decidir dónde y cuándo y si…

—¿Inspector, no le parece que yo ya sé esto? Viví cuarenta años en la civilización, y sé de sobra que lo que tenemos aquí es algo abominable… pero no tenemos otra cosa.

Hubo un momento de ominoso silencio y después Wil dijo:

—Hay una cosa que no entiendo, Yelén. De entre todos los viajeros, tú y Marta fuisteis las que tuvisteis la mejor visión del futuro. ¿Por qué no…? —las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas, aunque no tenía intención de provocar una batalla verbal—. ¿Por qué no tuvisteis la previsión de traer matrices automáticas y un banco de cigotos?

Korolev se sonrojó, pero no llegó a dispararse. Después de unos segundos contestó:

—Lo hicimos. Como siempre, fue una idea de Marta. Yo me cuidé de la compra. Pero… me pasé de rosca —desvió la

mirada de Brierson. Era la primera vez que éste la veía avergonzada—. No comprobé suficientemente bien el envío. La compañía estaba calificada como AAAA; debía haber sido de las más fiables. ¡Y nosotras estábamos tan ocupadas aquellas últimas semanas! Pero debí haber sido más cuidadosa —movió la cabeza—. Después tuvimos mucho tiempo, en el lado del futuro de la Singularidad. Todo el equipo era basura, Brierson. Las matrices y la automatización postnatal eran sólo cubiertas con la mínima capacidad de operación para simular el proceso de diagnosis ante una observación rutinaria.

—¿Y los cigotos?

Yelén soltó una risita amarga.

—Sí. ¿Crees que teniendo burbujas había de ser imposible que aquello fallara? Estás en un error. Los cigotos estaban malformados, eran la clase de cigotos no viables que ningún cristiano tocaría.

»Posteriormente he estudiado esta compañía en el Greenlnc; pero allí no hay nada que hubiera podido prevenirnos. Después de la última calificación de aquella empresa, sus propietarios deben haberla echado al arroyo. Su comportamiento fue criminal; si les cogieron, debieron pasarse décadas reparando el mal. O tal vez sólo cometieron un fraude con nosotras, porque se habían enterado de que nos íbamos a marchar en un salto muy largo.

Hizo una pausa, y el vigor había retornado a su voz cuando prosiguió:

—Quisiera tenerles ahora aquí. No tendría que ponerles pleito; solamente les dejaría caer en el sol.

»Algunas veces los inocentes han de pagar a causa de los errores de otros, inspector. Es lo que ocurre ahora. Estas mujeres han de empezar a producir. Ahora.

Wil se abrió de brazos:

—Dales, danos un poco de tiempo.

—Tal vez te resulte difícil de creer, pero no estamos sobrados de tiempo. Hemos esperado cincuenta millones de años para poder reunir a todos. Pero una vez que esto ha empezado, hay algunas fechas tope. Te habrás dado cuenta de que no he repartido equipo médico.

Wil asintió. La propaganda de NM y de los Pacistas lo anunciaban a todo grito. Cualquiera podía utilizar los servicios médicos de tecnología tecno-max pero, igual que pasaba con las burbujas y las armas, los equipos médicos no formaban parte de las donaciones.

—Ahora tenemos aquí unas trescientas personas. El equipo médico de alto nivel es algo muy delicado. Consume materiales que no se pueden reponer, y además se deteriora. Esto ya está ocurriendo ahora, Brierson, y mucho

más aprisa de lo que una simple escala lineal pudiera predecir. Los sintetizadores deben ser recalibrados constantemente para tratar a cada individuo determinado.

Había un nudo en la garganta de Wil. Se preguntaba si un fulano del siglo veinte se sentiría así cuando le comunicaban que tenía un cáncer que no se podía operar.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Ella se encogió de hombros.

—Si atendemos a todo el mundo, y la población no aumenta, tal vez serán cincuenta años. Pero la población debe aumentar para que podamos mantener el resto de nuestra tecnología. Los niños van a necesitar muchos cuidados médicos… pero no sé cuanto tiempo deberá pasar para que la nueva civilización pueda hacer su propio equipo médico. Quizá se necesiten entre cincuenta y doscientos años, en función del tiempo que debamos esperar a tener una población verdaderamente grande o a lograr un crecimiento exponencial de la técnica cuando sólo tengamos unos pocos miles de pobladores.

»Nadie deberá morir a causa de la edad. Estoy decidida a emburbujar a los moribundos. Pero sí habrá senectud. No voy a proporcionar conservación de la edad y, con ciertas excepciones, no pienso hacerlo por lo menos durante un cuarto de siglo.

Wil, tenía veinte años biológicos. En cierta ocasión se había dejado envejecer hasta los treinta y descubrió que no era de los que envejecen elegantemente. Se acordó de su obesidad, de la barriga que desbordaba por encima de sus pantalones.

Yelén le sonrió fríamente.

—¿No vas a preguntarme por las excepciones?

Maldita seas, pensó Wil.

Al ver que él no contestaba, continuó:

—Las excepciones menos importantes: aquéllos tan locos o desgraciados que ya tienen más de cuarenta bioaños. Voy a retrasarles los relojes sólo por una vez. Las excepciones importantes: cualquier mujer, con tal de que se mantenga embarazada —Yelén se sentó con una inexorable mueca en su cara—. Esto deberá suplir las pocas ganas que tenga.

Wil la miraba pensativamente. Hacía unos pocos minutos que Yelén había actuado como lo haría una persona civilizada, muy divertida con los planes de los Pacistas y los de NM para obtener el control central. Y ahora estaba hablando de disponer de las vidas del personal tecno-min.

Se produjo un largo silencio. Yelén comprendió de qué se trataba. Wil lo podía asegurar por la forma con que ella intentaba hacerle bajar la mirada. Al final, la bajó ella.

—Maldita sea, Brierson, hay que hacerlo así. Y además, también es moral. Cada uno de nosotros, los tecno-max, poseemos nuestro propio equipo médico. Todos estamos de acuerdo en que, sin duda, es asunto nuestro el decidir cómo hacemos nuestra caridad.

Ya habían discutido otras veces esta teoría. La lógica de Yelén era algo muy frágil, e iba algo más allá de las leyes referentes a naufragios que Wil conocía. Después de todo, los viajeros avanzados habían llevado allí a los tecno-min, y no les iban a permitir que se emburbujaran para salir de aquélla era. Con más claridad que nunca comprendía la reacción de Yelén ante Tammy. ¡Podría necesitarse tan poca cosa para destruir la colonia! Y durante los siguientes años el descontento estaba predestinado a aumentar.

Le gustara o no, Wil trabajaba para un gobierno. ¡Heil Yelén!

Capítulo XVIII

Wil dedicaba las mañanas a la investigación. Todavía tenía que empaparse con los antecedentes. Quería alcanzar un conocimiento básico de toda la colonia. Todos tenían pasados y habilidades; cuanta más información obtuviera, menores serían las sorpresas. Al mismo tiempo había algunas preguntas específicas (sospechas) que saltan a la luz a causa de sus trabajos de campo y de las conversaciones con Yelén.

Por ejemplo: ¿Qué pruebas había que corroboraran la historia de Tung Blumenthal? ¿Fue víctima de un accidente, o de una batalla? ¿Había sucedido en 2210, o mucho más tarde, tal vez dentro de la misma Singularidad?

Resultó que había una evidencia física: la nave espacial de Blumenthal. Era un vehículo pequeño (Tung, lo llamaba un

bote de reparaciones) cuya masa era de poco más de tres toneladas. Le faltaba la proa, pero ésta no había sido cortada por la curvatura suave de una burbuja sino que se había evaporado instantáneamente. Aquel casco tenía la opacidad del plomo multiplicada por un millón; algún monstruoso estallido de rayos gamma había vaporizado una buena parte de la nave al mismo tiempo que se emburbujaba. Su sistema de propulsión era una «ordinaria» antigravedad; pero en este caso era una característica propia del material del casco. Los sistemas de comunicaciones y de soporte de la vida llevaban unas marcas de fábrica conocidas, pero su mecanismo era prácticamente ininteligible. El recirculador media treinta centímetros de largo y no tenía partes móviles. Al parecer, era tan eficiente como la ecología de un planeta.

Tung podía explicar muchas de estas cosas en términos generales. Pero las explicaciones detalladas (la teoría y las especificaciones) habían estado en la base de datos de la nave, precisamente en la chaqueta de Tung que guardaba en el compartimento delantero, el que resultó volatilizado. Los procesadores que quedaron eran compatibles con los de Korolev, y Yelén había practicado largamente con ellos en más de una ocasión.

En uno de los extremos estaba la red de monoprocesadores y burbujadores incluidos en el casco. Los monos no eran mejores que los de un ordenador casero del siglo veinte, pero cada uno de ellos no media más de una

unidad ángstrom en cualquiera de sus direcciones. Cada uno ejecutaba un solo bucle de programa, uno por «e» elevado a 17 veces por segundo. El programa vigilaba a los demás hermanos suyos del procesador por si había señales de catástrofe, y de haberlas disparaba el burbujeador que estaba preparado allí. La flota de aparatos de guerra de Yelén no tenía nada parecido a esto.

En otro extremo estaba el ordenador de la cinta de cabeza de Tung. Mantenía una parecida relación de masas y tenía tanta potencia como el cuerpo central del ordenador de una gran corporación del tiempo de Yelén. Marta había opinado que a pesar de haber perdido su base de datos, Tung con su cinta de cabeza era tan importante para su plan como cualquiera de los otros técnicos elevados. Ellas le habían dado una buena parte de su equipo avanzado a cambio de que les dejara usarla.

Brierson sonreía mientras leía el informe. Había algunos comentarios ocasionales de Marta, pero de ellas dos Yelén era el ingeniero y éste era su trabajo principal. Cuando conseguía enterarse de que iba la cosa, el tono era una mezcla de asombro y de frustración. Al leerlo lo comparaba con lo que pudiera parecer un análisis imaginario que Benjamín Franklin hubiera hecho de una nave aérea a reacción. Yelén podía estudiar el equipo, pero sin la ayuda de las explicaciones de Tung su utilización hubiera sido un misterio. Y hasta después de conocer para qué servían y los principios básicos del método operativo, no podía entender

cómo se podía haber construido aquellos aparatos ni la causa de que trabajasen tan perfectamente.

La sonrisa de Wil desapareció. Casi dos siglos separaban a Benjamín Franklin de los aviones a reacción, pero había menos de una década entre la experta habilidad de Yelén y este «bote de reparaciones». Wil conocía lo que era la aceleración del progreso. Había sido una de las realidades de su vida. Pero, incluso en su tiempo, siempre había habido un límite en la manera como un mercado podía absorber los nuevos adelantos técnicos. Suponiendo que todos aquellos adelantos se hubieran podido hacer en sólo nueve años, ¿qué pasaría con las bases ya instaladas en los equipos más anticuados? ¿Qué pasaría con la compatibilidad de los dispositivos que todavía no se hubieran puesto al día? ¿Cómo el mundo de los productos reales podía cambiarse tan por completo en un tiempo tan corto?

Wil apartó su mirada de la pantalla. Pues sí, había evidencia tangible, pero todo aquello no probaba más que entre Tung y los tecno-max había tanta diferencia como entre éstos y Wil. Realmente, resultaba raro que Chanson no hubiera acusado a Tung de ser otro alienígena, a pesar de que había sido rescatado del sol, tenía unos equipos inexplicables y una historia que nadie podía comprobar. Tal vez la paranoia de Juan no podía abarcarlo todo, contra lo que parecía.

Se imponía otra charla con Blumenthal.

Wil utilizó un canal de comunicaciones que Yelén le había descrito como privado. Blumenthal estaba tan calmado y era tan razonable como en ocasiones anteriores.

—Claro que puedo hablar contigo. El trabajo que hago para Yelén es, principalmente, de programación, y su horario puede ser muy flexible.

—Gracias. Deseaba hablar contigo sobre la manera como fuiste emburbujado. Me dijiste que era posible que te hubieran secuestrado…

Blumenthal se encogió de hombros.

—Es posible. Pero es mucho más probable que se tratase de un accidente. ¿Has leído lo relacionado con los proyectos de mi compañía?

—Sólo en los sumarios de Yelén.

Tung vaciló e hizo un gesto como para quitarle importancia al asunto.

—Ah, sí. Lo que ella dice es correcto. Nosotros estábamos trabajando en una destilería materia/antimateria. Pero observa las cantidades. Las instalaciones de Yelén pueden destilar tal vez un kilo cada día, lo que ya es bastante para dar energía a un proyecto pequeño. Nosotros estábamos en otra categoría completamente distinta. Mis socios y yo nos habíamos especializado en el trabajo mucho más próximo al

sol, a menos de cinco radios de distancia. Teníamos instalaciones en una gran parte del hemisferio sur del sol. Cuando yo… partí, estábamos destilando cien mil toneladas de materia y antimateria cada segundo. Esto es suficiente para ir apagando el sol, aunque habíamos arreglado las cosas para que el efecto no se pudiera notar desde la eclíptica. Pero pese a todo, hubo quejas. Una condición absoluta de nuestro seguro, era que nuestra producción la trasladáramos rápidamente y sin fugas. La producción de unos pocos días podría ser suficiente para perjudicar a un sistema solar que no estuviera protegido.

—El resumen de Yelén decía que la estabais enviando al Compañero Oscuro, ¿es cierto?

Igual que sucedía con muchos de los comentarios de Yelén, el resto de aquel informe era técnico, ininteligible para quien no usara una cinta de cabeza.

—¡Es verdad! —la cara de Tung se iluminó—. Y se trataba de una buena idea. A nuestra compañía central le gustaban los grandes proyectos de construcción. Originariamente querían convertir Júpiter en una estrella, pero no pudieron adquirir las opciones necesarias. Y fue entonces cuando dimos con un proyecto mucho más importante, íbamos a producir una implosión del Compañero Oscuro, convirtiéndolo en un pequeño cilindro de Tipler —notó la expresión de incomprensión de Wil—. ¡Un agujero negro desnudo, Wil! ¡Un bucle del espacio! ¡Una puerta para el

viaje más rápido que la luz! Desde luego, el Compañero Oscuro es tan pequeño que la abertura sólo tendría unos pocos metros de ancho, y con esfuerzos de marea superiores a uno elevado a 13 g por metro, pero sería practicable utilizando burbujas. Y si no lo fuera, teníamos planes para introducirnos a través de él hasta el centro de la galaxia y sacar de allí, por sifón, la energía necesaria para ampliarlo.

Tung se interrumpió cuando desapareció su entusiasmo.

—Por lo menos éste era el plan. En realidad, la destilería era casi demasiado para nosotros. Cada vez, pasábamos varios días seguidos en las instalaciones. Al cabo de poco, esto se te mete en los nervios, sabiendo que detrás de todo el montaje de pantallas, el sol se extiende desde una punta a otra del horizonte. Pero teníamos que estar allí, ya que no podíamos permitirnos retrasos en la transmisión. Era preciso que todos nosotros estuviésemos enlazados con nuestras instalaciones centrales para mantener estable el producto.

»Habíamos logrado que fuera estable, pero no lo expedíamos todo. Algo, aproximadamente una tonelada cada segundo, empezó a acumularse sobre el polo sur. Era imprescindible que lo arreglásemos inmediatamente para no perder las primas de rendimiento. Salí en el bote de reparaciones para ocuparme de ello. Localicé el problema a diez mil kilómetros de nuestra estación: se trataba de un intervalo de tiempo de treinta milisegundos. Las redes de información funcionan bien con unos tiempos muertos de

este orden, pero en este caso se trataba de un control de proceso; habíamos corrido un riesgo. Según los registros, ya habíamos acumulado una retención de doscientas mil toneladas. Todas estaban en almacenaje precario y eran una bomba que estaba explotando lentamente. Tenía que embalarlas mejor y lanzarlas fuera de allí.

Tung se encogió de hombros.

—Esto es lo último que recuerdo. Por lo que fuera, perdimos el control y parte de aquel atasco se recombinó. Mi bote se emburbujó y salí desplazado. Ya estaba en el lado del sol, la explosión me había mandado directamente hacia él. Mis socios no podían salvarme de ninguna de las maneras.

Emburbujado en el sol. En el argot de los técnicos elevados esto equivalía a una muerte cierta.

—¿Cómo podría uno escapar de allí?

Blumenthal se sonrió.

—¿No lo has leído? No había manera humana de salvarme. En el sol, la única forma de sobrevivir es estando en estasis. Mi emburbujamiento inicial era únicamente para unos pocos segundos. Después que hubieron transcurrido, el control de seguridad inspeccionó instantáneamente la situación, vio hacia donde nos dirigíamos e hizo un nuevo emburbujamiento para sesenta y cuatro mil años. Esto era

«prácticamente el infinito» para aquel programa del tamaño de una cabeza de alfiler.

»Desde entonces acá he efectuado algunas simulaciones. Golpeé la superficie con la suficiente velocidad para penetrar miles de kilómetros. La burbuja estuvo unos cuantos años siguiendo las corrientes de convección que iban dando vueltas por el interior. Era mucho menos densa que la materia de que estaba formado aquello. Eventualmente «percolé» de regreso hasta cerca de la superficie. Después cada vez que la burbuja flotaba por encima de una erupción era despedida hasta decenas de miles de kilómetros hacia fuera… Durante treinta mil años fui como una maldita pelota de balonvolea que volaba por las partes altas de la corona y luego volvía a caer a través de la fotosfera, donde flotaba durante cierto tiempo hasta que era lanzada de nuevo hacia arriba.

»Fue allí donde estuve durante la Singularidad y durante todo el tiempo que los viajeros de corto plazo fueron rescatados. Allí es donde habría muerto si no hubiera sido por Bill Sánchez —hizo una pausa—. Tú nunca conociste a Bill Sánchez. Renunció a seguir, y murió hace unos veinte millones de años. Estaba chiflado por la teoría de la exterminación que explicaba Juan Chanson. La mayor parte de las pruebas de Chanson están en la Tierra; W. W. Sánchez viajó por todo el Sistema Solar buscando evidencias. Sacó a relucir cosas que Chanson no había podido ni soñar.

»Una de las cosas que Bill hizo fue explorar en busca de burbujas. Estaba convencido de que antes o después encontraría a alguna persona, o alguna máquina, que hubiera escapado de la Extinción. Cuando descubrió mi burbuja en el sol, creyó que le había tocado el primer premio. Sus últimas observaciones, efectuadas en el 2201, no habían visto aquella burbuja. Era el sitio donde menos podía esperarse hallar un superviviente; incluso a los exterminadores les habría resultado imposible colocar a alguien allí.

»Pero Bill Sánchez era muy paciente. Advirtió que con intervalo de unos cuantos milenios una gran erupción solar me lanzaría a mucha distancia hacia arriba. Él y las Korolevs desviaron un cometa y lo dejaron aparcado más allá de Mercurio. A la primera ocasión en que después de esto fui arrojada fuera de la superficie, ellos ya estaban preparados. Dejaron caer el cometa en una órbita que pasaba rozando al sol. Me recogió cuando estaba en el punto más alto de mi protección. Afortunadamente aquella bola de nieve no se rompió, y mi burbuja se quedó pegada a su superficie; nos columpiamos alrededor del sol y nos fuimos hacia el reino del frío. Una vez estuve allí, la situación era mucho más parecida a la de los otros rescates. Treinta mil años después pude regresar a mi tiempo real.

—Tung, tú viviste más cerca de la Extinción que nadie. ¿Cuál es tu opinión respecto a su causa?

El espacial se reclinó en el respaldo de su asiento y se cruzó de brazos.

—Todos me preguntáis lo mismo… Ah, Wil Brierson. ¡Si yo lo supiera! Yo siempre respondo que no lo sé. Y todo el mundo se marcha convencido de que su teoría particular queda reflejada en mi propia historia —pareció darse cuenta de que su respuesta no iba a resultar satisfactoria—. Muy bien. Aquí están mis teorías. Teoría Alfa: Es posible que la Humanidad fuera exterminada. Lo que Bill encontró en las catacumbas de Charon es difícilmente explicable a partir de otra teoría. Bill lo expresaba mejor: cualquier cosa que pueda hacer desaparecer las redes de inteligencia en Tierra-Luna, forzosamente había de ser sobrehumana. Si todavía anda por aquí, ningún discurso presuntuoso podrá salvarnos. Es por esta razón que Bill Sánchez y su pequeña colonia abandonaron la empresa. Pobre hombre, estaba asustado por lo que podría pasar si su colonia iba aumentando.

»Y, Teoría Beta: Esto es lo que cree Yelén, y probablemente también Della (aunque ésta es todavía demasiado tímida para decirlo). Yo no puedo asegurarlo. La Humanidad y sus máquinas llegaron a ser algo mejor, algo… que no podemos entender. Y también he podido ver cosas que encajan con esta teoría.

»A partir de la Guerra de la Paz siempre han existido mecanismos más o menos autónomos. Durante siglos, la

gente ha estado convencida de que máquinas tan inteligentes como los humanos estaban a la vuelta de la esquina. Muchos no se daban cuenta de la poca importancia que esto podía tener. Lo que se necesitaba era que fueran mucho más inteligentes que los seres humanos. Entre nuestros procesadores y nosotros mismos, ya lo hemos conseguido.

»Mi compañía era pequeña; sólo constaba de ocho personas. Éramos de los atrasados, campesinos; el resto de la humanidad estaba a centenares de segundos luz por delante de nosotros. Las firmas espaciales más importantes eran mucho mejores. Como es lógico, sus ordenadores eran mucho mayores que los nuestros, y conectaban a miles de personas. Tenía amigos en la Corporación Charon y en la Stellation Inc. Creían que estábamos locos por quedarnos tan aislados. Y cuando pudimos visitar sus hábitats, cuando la demora de comunicación fue menor de un segundo, pude ver lo que querían decir. En aquellas compañías había potencia, sabiduría y diversión… y nos daban la vuelta en todo. Nuestra única ventaja estribaba en nuestra movilidad.

»Pero hasta estas compañías eran fragmentos, unos pocos miles de personas aquí y otros tantos allá. A principios del siglo veintitrés había tres mil millones de personas en el volumen Tierra-Luna. Tres mil millones de personas con su correspondientes generadores de energía, todo concentrado en una distancia inferior a tres segundos-luz.

»Yo pienso… era muy raro que habláramos con ellos. Asistimos a una conferencia de *marketing* en la Luna, en el 2209. Aunque estábamos conectados, jamás pudimos comprender lo que pasaba allí —se calló durante unos largos momentos—. Es decir, ya lo ves, cualquiera de las dos teorías puede ser válida.

Wil no tenía intención de dejarlo escapar tan fácilmente.

—Pero vuestro proyecto…, me has dicho que podía significar el viaje a una velocidad mayor que la de la luz. ¿Hay alguna manera de saber qué resultado tuvo todo aquello?

Tung asintió.

—Bill Sánchez visitó un par de veces el Compañero Oscuro. Es una simple cosa muerta, tal como había sido siempre. No había señales de que hubiera sido modificado. Pienso que esto le asustó todavía más que lo que encontró en Charon. Sé que me asusta a mí. Dudo de que mi accidente bastara para echar a perder todo el plan, ya que nuestro proyecto habría abierto una puerta a la Humanidad para recorrer toda la Galaxia…, pero hay que hacer constar además que era la primera muestra de ingeniería cósmica de toda la historia. Si hubiese salido bien, queríamos repetirlo con cierto número de estrellas. Al final, habríamos llegado a construir un objeto Arpa en este brazo de la Galaxia. Bill pensó que nos habíamos comportado como «unas engreídas cucarachas» y los verdaderos amos habían acabado por pisarnos.

»Pero no te inclines todavía por la Teoría Alfa. He dicho que la Singularidad fue un espejismo. La Teoría Beta lo puede explicar igualmente. En el 2207 el nuestro era el proyecto más importante de Stellation Inc. Emplearon todos sus fondos en alquilar tantas concesiones como fuera posible alrededor del sol. Pero después del 2209, ya había disminuido su entusiasmo. En la conferencia de *marketing* realizada en la Luna, casi pareció como si los peces gordos de Stellation quisieran presentar nuestro proyecto como si se tratara de una frivolidad.

Tung se calló y sonrió.

—Ahora ya tienes un esbozo a grandes rasgos de los Grandes Sucesos. Lo encontrarás explicado mucho más claramente y con más detalles en las bases de datos de Yelén —inclinó su cabeza hacia un lado—. ¿Tanto te gusta escuchar a los demás, Wil Brierson, que antes has preferido venirme a ver?

Wil le devolvió la sonrisa.

—Quería oírte primero y de primera mano. Y todavía no te comprendo. Soy uno de los primitivos tecno-min, Tung. Jamás he experimentado una conexión directa, y mucho menos los enlaces mentales de que hablas. Pero sé lo que le duele a un tecno-max el quedarse sin su cinta de cabeza —a lo largo de todo el diario de Marta, tal pérdida era un motivo de dolor—. Por lo que llego a entender de tus explicaciones

sobre tu tiempo, has perdido mucho más. ¿Cómo te las arreglas para parecer tan tranquilo?

Una mínima expresión sombría cruzó por la cara de Tung.

—Realmente, no es ningún misterio. Tenía diecinueve años cuando abandoné la civilización. Desde entonces ya he vivido cincuenta años más. No recuerdo casi nada del tiempo inmediato después de que me rescataran. Yelén dice que estuve en coma durante meses. No encontraban nada que marchara mal en mi cuerpo: sólo que no había nadie dentro.

»Ya te he dicho que mi compañía era pequeña y rural. Esto es sólo si se la compara con las mejores. Éramos ocho personas: cuatro hombres y cuatro mujeres. Tal vez debiera decir, además, que aquello era un matrimonio en grupo, porque efectivamente lo era. Pero también era mucho más. Invertimos hasta nuestro último gAu en nuestro sistema procesador y en los interfaces. Cuando estábamos todos conectados, formábamos algo… maravilloso. Pero ahora todo esto ya no son más que recuerdos de recuerdos, que no tienen más significado para mí que el que puedan tener para ti —su voz se había ablandado—. ¿Sabes? Teníamos una mascota: una pobre y dulce niña, casi descerebrada. Incluso con prótesis era apenas tan brillante como tú o como yo. Casi siempre era feliz —la expresión de su semblante era ilusionada e intrigada—. Y la mayor parte de las veces, yo también soy feliz.

Capítulo XIX

Allí estaba el diario de Marta. Había empezado a leerlo como una confirmación de lo que decían Yelén y Della. Llegó a convertirse en una adicción secreta, con él pasaba las horas que venían después de las discusiones que sostenía con Yelén hasta la madrugada, y las horas posteriores a sus trabajos de campo.

¿Qué hubiese ocurrido si Wil no se hubiera comportado tan caballerosamente la noche de la fiesta de los Robinson? Marta había muerto antes de que la pudiera conocer realmente; pero se parecía algo a Virginia… y hablaba como ella… y reía como ella. Su diario era el único medio de que disponía para poder llegar a conocerla bien. Y de esta manera cada noche terminaba con una nueva melancolía, que sólo era comparable a la de sus sueños matutinos.

Desde luego, Marta encontró que las minas de Extremo Oeste estaban emburbujadas. Pasó allí algunos meses y dejó algunos carteles. No era un territorio seguro. Por allí vagaban unas criaturas que parecían perros. En una ocasión la habían rodeado y había tenido que iniciar un incendio en la hierba y jugar al escondite con los perros por entre las burbujas. Wil había leído este fragmento muchas veces; le hacía reír y llorar al mismo tiempo. Para Marta sólo se trataba de algo obligado para permanecer viva. Se marchó hacia el Norte, hacia las laderas de los Alpes Kampucheanos. Fue allí donde Yelén encontró el tercer montón de piedras.

Marta llegó hasta la burbuja Pacista, dos años después de ser abandonada. Había andado y navegado a vela alrededor del Mar Interior para poder llegar hasta allí. Durante los seiscientos últimos kilómetros había escalado los Alpes Kampucheanos. Todavía era optimista, pero algunas veces se burlaba de ella misma. Se había puesto en camino con intención de recorrer medio mundo, y sólo había conseguido llegar a menos de dos mil kilómetros de distancia de su lugar de partida. A pesar del reposo de un año, los maltrechos huesos de su pie no habían sanado perfectamente. Hasta que llegara su rescate (era su manera usual de expresarlo), cojearía. Después de una larga caminata de todo un día, sentía dolores.

Pero tenía sus planes. La burbuja Pacista estaba en el centro de una llanura vitrificada de 150 kilómetros de ancho. Incluso en la época actual, poca vida había vuelto a arraigar

allí. La primera vez que llegó hasta ella, lo hizo con el pie puesto sobre el trineo.

«La burbuja no es extraordinariamente grande, tal vez mida unos trescientos metros de ancho. Pero su ubicación es espectacular, Lelya: no recuerdo todos los detalles. Está en un pequeño lago rodeado de elevaciones uniformes. Concéntricas a éstas, hay unas cadenas montañosas en forma de círculos. Escalé los picos y miré desde lejos hacia la burbuja. Mi imagen reflejada me miraba y nos hicimos señales con la mano. Con su foso y su anillo de montañas, parece una joya en su engaste. Espaciadas uniformemente a lo largo de la pared hay cinco joyas menores que son las burbujas que contienen nuestros equipos de observación. Quienquiera, o lo que fuera, que me ha dejado aislada, las ha dejado emburbujadas. ¿Pero, por cuánto tiempo? Estas cinco estaciones se habían programado para que tuvieran un período muy corto entre sus observaciones. Todavía ahora, no puedo creer que alguien consiga alterar nuestros sistemas de control para lograr saltos de más de unas pocas décadas.

»¿No sería una broma, si me rescataran los Pacistas? Ellos creyeron que sólo iban a hacer un salto de cincuenta años para renovar su dominio. ¡Vaya sorpresa se llevarían si al salir se encontraban con un mundo vacío, en el que sólo había un contribuyente! Sería muy divertido, pero prefiero que me rescates tú, Lelya…

»El engaste de la joya tiene algunas grietas. Hay una cascada que llega al lago por el Sur. El agua sale por una brecha que hay en la pared norte. Es muy clara. He podido ver peces en el lago. En algunos sitios el acantilado se ha colapsado. Me parece que resultará ser un buen suelo de cultivo. Este sitio, es, probablemente, el más habitable en toda esta zona de destrucción. Si he de detenerme, Lelya, creo que éste es el mejor sitio para hacerlo. Es el que vigilaréis preferentemente. Está en el centro de una llanura vitrificada que se puede encontrar con facilidad. ¿Crees que nuestros autones de L5 reaccionarían a KILROY ESTÁ AQUÍ, escrito en letras de un kilómetro de alto?

»Está decidido. Ésta será mi base en tanto no me rescatéis. Creo que lograré convertirlo en un sitio agradable donde vivir, Lelya».

Y Marta lo hizo así. Durante los primeros diez años fue haciendo mejoras. En cinco ocasiones hizo expediciones fuera de la zona vitrificada, algunas veces porque necesitaba cosas como semillas o leña, después fue para importar algunos amigos: anduvo trescientos kilómetros hacia el norte, hasta llegar a un gran lago. Había monos pescadores en aquel lago. Entonces empezó sus planes matriarcales. No resultaba demasiado difícil encontrar tríos extraviados que vagaban por las costas buscando algo mayor que ellos que andará sobre dos piernas. Los pescadores preferían estar al borde del lago. Al final del duodécimo año, había tantos, que muchos iban río abajo cada año.

Desde su cabaña, situada a cierta altura de la pared circular, los contemplaba a todas horas.

«Arriba y abajo, en el agua y en la burbuja, hay imágenes reflejadas de la pared circular, de mi cabaña y de nuestros monitores emburbujados. Los pescadores adoran jugar con sus propios reflejos. Con frecuencia nadan hasta llegar a chocar con su imagen. Apostaría a que llegan a notar su calor corporal reflejado, a pesar de sus pieles. Me pregunto qué mitología deben tener, relacionada con el mundo que haya detrás del espejo… Sí, Lelya. El sentimiento es una cosa, y la fantasía es otra. Pero ¿sabes?, mis pescadores son más listos que los chimpancés. Si los hubiera visto antes de que abandonáramos la civilización, habría apostado a que llegarían a desarrollar una inteligencia humana. Suspiro. Después de todos nuestros viajes, disiento de esto. A corto plazo, la adaptación al mar les resultará más conveniente. Dentro de otros cinco megaaños llegarán a ser tan ágiles como los pingüinos… y no mucho más inteligentes que éstos».

A los que Marta quería más, les ponía nombres, que por cierto eran de lo más original. Siempre había allí unos Jorgito, Juanito y Jaimito. A algunos otros les daba nombres de personas reales. Wil se dio cuenta de que se estaba riendo. A lo largo de los años había habido algunos Juanes Chanson y Jasones Mudge, que generalmente eran los más menudos y mandones. También aparecía una sucesión de Dellas Lu, todas ellas pequeñas, pálidas y tímidas. Hasta

descubrió a un W. W. Brierson. Wil leyó dos veces aquella página, con una temblorosa sonrisa en los labios. Wil pescador tenía la piel negra y era grande, incluso mayor que una de las hembras dominantes. Podría haber dirigido toda la manada, pero casi siempre estaba en lo suyo y vigilaba a todos los demás. Con cierta frecuencia, rompía su reserva y hacía un gran ostentación de chillidos, corriendo por el borde del acantilado y golpeándose los flancos. Al igual que el Jorgito original, era el macho desaparejado, especialmente amistoso con Marta. Pasaba más tiempo con ella que ninguno de sus congéneres. Todos jugaban a intentar imitarla, pero él era el que lo hacía mejor. Marta llegó a conseguir que le hiciera algunos trabajos sencillos como transportar paquetes pequeños. Su juego más impresionante era construir pequeñas copias del montón piramidal de piedras que Marta utilizaba para guardar las partes que iba acabando de su diario. Marta nunca había dicho que aquél fuera su favorito, pero parecía sentir mucho afecto por él. Desapareció durante su última expedición, hacia el decimoquinto año.

«Jamás pondré tu nombre a ninguno de mis amigos, Lelya. Los pescadores no viven más de diez o quince años. Siempre es triste cuando desaparecen. Y no quiero tener que pasar por ello a causa de un pescador que se llame Yelén».

A medida que iban pasando los años, Marta se concentró en el diario. Fue entonces cuando llegó a escribir millones de palabras. Tenía innumerables consejos que dar a Yelén.

Había algunas revelaciones interesantes: había sido Phil Genet quien había persuadido a Yelén para que hiciera subir la burbuja de los Pacistas mientras los de NM estaban en tiempo real. Había sido Phil Genet el que había estado detrás del incidente del traspaleo de la ceniza. Genet argumentaba fundadamente que la clave del éxito consistía en la explícita intimidación de los tecno-min. Marta suplicaba a Yelén que no volviera a hacerle caso.

«Bastante van a odiarnos y a temernos, incluso si nos comportamos como santas».

En las décadas centrales, difícilmente podía decirse que sus escritos fueran un diario, sino que más bien formaban una colección de ensayos, cuentos, poemas y fantasías. También ocupaba parte de su tiempo haciendo bocetos y pinturas. Había docenas de cuadros del lago circular y de la burbuja vistos bajo todas las iluminaciones posibles. Había paisajes que pintó a partir de los bocetos realizados durante sus viajes. Había retratos de muchos de los pescadores, así como de ella misma. En uno de ellos, la artista estaba arrodillada al borde del lago circular, sonriendo a su propia imagen que se reflejaba en las aguas mientras pintaba.

Wil se dio cuenta de que a pesar de que tenía períodos de depresión, de dolor físico y hasta en algunos momentos de terror absoluto, la mayoría de las veces Marta se lo pasaba bien. Hasta llegó a explicarlo:

«Si me rescatan, todo esto resultará ser una diversión, unas cuantas décadas añadidas a los dos siglos que ya he vivido. Y si no me rescatan… bien, sé que has de regresar un día u otro. Quiero que sepas que te he echado mucho de menos, pero que también aquí había placeres. Conserva todos mis cuadros y mis poemas como evidencia de ello y como mi regalo para ti».

Aquello no era un regalo para W. W. Brierson. Trató de leerlo íntegramente, pero llegó una tarde en que no pudo seguir. Algún día tal vez leería lo que correspondía a aquellos años intermedios felices. Tal vez algún día, al igual que ella, podría reír y sonreír al hacerlo. Pero en aquellos momentos, no sentía más que una horrenda necesidad de seguir a Marta Qen Korolev en sus últimos años. Incluso cuando se saltaba partes de su acumulador de datos, se preguntaba qué le pasaba a él. Al contrario que Marta, él ya sabía cómo había de acabar todo aquello, pero no obstante, se empeñaba en volver a verlo a través de los ojos de Marta. ¿Había tal vez una parte loca en él que creía que por medio de la lectura de sus palabras iba a poder quitarle algo del dolor para sufrirlo él mismo?

Con mayor probabilidad se trataba de algo parecido a la reacción de su hija Anne a *Los gusanos de dentro*. Esta película había formado parte de una antología de films del siglo veinte que la chiquilla había recibido junto con su procesador de datos. Resultó que era una antología de películas de miedo de los años 1990. Los antiguos Estados

Unidos de América estaban por entonces en la cúspide de su poder y riqueza, y por alguna perversa razón, en aquella misma década los temas sanguinolentos habían tenido una gran acogida. Wil se preguntaba si hubieran malgastado tanto tiempo inventando sangrías y heridas de haber sabido lo que les esperaba al llegar el siglo veintiuno; o tal vez era que temían un futuro parecido y todo aquello no era más que una de tantas formas de tocar madera. Fuera una cosa u otra, el caso es que Anne había salido corriendo de su habitación después del primer cuarto de hora, casi histérica. Destruyeron la cinta de vídeo, pero no consiguieron apartar aquel horror de su memoria. Sin que lo supieran Wil ni Virginia, compró otra copia y cada noche miraba un poco más de la película; sólo lo justo para volver a sentirse enferma. Posteriormente, reconoció que lo había hecho, a pesar de que cada vez aquello resultaba ser más horroroso, porque debía haber algo que sucedería después y que la compensaría por las heridas que ya había recibido. Desde luego, no existía tal redención. El final resultó ser mucho más imaginativamente grotesco que lo que ella había temido. Anne estuvo deprimida y algo irracional durante algunos meses después del episodio…

Wil sonrió. De tal hija, tal padre. Y él ni siquiera tenía la excusa de Anne, porque ya sabía cual era el final.

En sus últimos años, la vida de Marta fue cada vez más sombría. Había terminado su gran construcción: el letrero que debía dar aviso a cualquier monitor en órbita. Era un

plan inteligente: había salido de la zona vitrificada para poder llegar hasta donde crecían algunas pseudojacarandas aisladas. Reunió todas las arañas que pudo coger en las telarañas, y se las llevó al terreno yermo. Por aquel tiempo ya había descubierto la relación que existía entre aquellas telas y la reproducción de los árboles y de las arañas. Colocó arañas y semillas en diez emplazamientos cuidadosamente escogidos a lo largo de una línea que pasaba por el centro de la zona vitrificada. En cada uno de ellos había una estrecha corriente de agua, y Marta había cortado una pequeña grieta en la superficie vítrea para desarrollar un buen suelo de cultivo. Durante los siguientes treinta años, las arañas y su obra efectuaron la mayor parte de la construcción. Las semillas extendieron un corto camino a lo largo de las corrientes de agua, pero no tanto como si se hubiera tratado de plantas ordinarias. Las arañas vieron las lejanas telarañas de sus congéneres, y miles de semillas fueron depositadas en la zona que las separaba, cada cual con su complemento de arañas aerotransportadas.

Al final de todo el proceso, tenía una gran flecha plateada y verde, que eventualmente llegó a alertar a un orbitador. Pero se presentó un problema relacionado con aquella línea de árboles. Rompieron el vitrificado del suelo e hicieron un puente de tierra de cultivo desde su base hasta el exterior. Las Jacarandas y las arañas eran unas defensoras acérrimas de su territorio, pero no eran perfectas, especialmente cuando operaban en poca anchura. Otras plantas infestaron

los lados de su emplazamiento. Y con aquellas otras plantas llegaron los herbívoros.

«Aquellos bichitos me añadieron dos horas de trabajo diarias, Lelya. Y ya no puedo cultivar muchos de mis frutos favoritos». Diez o veinte años en completo abandono podían considerarse un inconveniente, pero al cabo de treinta y cinco años, la salud de Marta empezó a fallar. Si tenía que luchar contra aquellos ladrones semejantes a los conejos, no tenía muy buenas perspectivas, ya que a la larga iba a perder.

«En la orilla más lejana del mar, dentro de un montón de piedras, dejé escritas algunas cosas muy locas. ¿No calculé que un humano desamparado podía vivir aproximadamente un siglo? Y después dije algo referente a ser conservadora y que esperaba durar sólo setenta y cinco años. ¡Qué risa!

»Mi pie nunca ha mejorado, Lelya. Ahora ando con una muleta, y no muy aprisa. La mayoría de las veces me duelen las articulaciones. Es gracioso lo que pasa cuando no te encuentras bien y cómo afecta esto a tu actitud y a tu noción del tiempo. Apenas si puedo creer que hubo un tiempo en que confiaba llegar al Canadá. O que sólo hace quince años que regularmente me iba de excursión fuera de la zona vitrificada. Lelya, bajar hasta la orilla del lago me representa un gran esfuerzo. Hace semanas que no lo he hecho, y creo que jamás podré volver a hacerlo. Pero tengo una cisterna para el agua de lluvia… y los pescadores siempre quieren

venir a verme. Por otra parte, ya no me gusta ver mi imagen reflejada en el lago. Y ya no pinto más autorretratos, Lelya.

»¿Era así la vida para la humanidad, cuando no había cuidados médicos decentes? ¿Los sueños irrealizados, los horizontes que cada vez se hacen más pequeños? Debían de tener mucho coraje para hacer todo lo que hicieron».

***

Dos años después.

«Hoy todo el vecindario se ha convertido en un infierno. Tengo una jauría de casi-perros acampada en la misma pared rocosa circular. Se parecen mucho a los que había en las minas, aunque éstos son menores. En realidad, son bonitos, son como cachorros grandes con las orejas puntiagudas. Me gustaría poder matarlos a todos. Vaya pensamiento impropio de Marta, de acuerdo, pero por su culpa, los pescadores se han alejado de mi cabaña. Mataron a Jaimito. Me he cargado a un par de estos pequeños asesinos con mi pica, y desde que lo he hecho me miran con recelo. Cuando me alejo de mi puerta llevo una pica y un cuchillo». Marta pasó la mayor parte de su último año dentro de la cabaña. Fuera de ella, su jardín quedó arruinado, lleno de malas hierbas. Todavía quedaban algunas raíces comestibles y algunos vegetales, pero estaban desperdigados. Salir a recogerlos era una expedición tan arriesgada como antes lo había sido una

expedición de cien kilómetros a pie. Los casi-perros se hicieron más atrevidos; giraban en círculos apenas más ancho que la longitud de su pica, atacando alguna vez hacia adentro. Marta tenía algunas pieles que probaban que todavía era la más rápida, pero esto no iba a durar mucho tiempo. Comía muy poco, y esto le dificultaba ir a buscar más comida… en fin: una espiral descendente.

Wil cambió de página en su pantalla y se encontró leyendo una escritura ordinaria escrita a máquina. Sintió que el estómago le caía hasta los pies. ¿Aquello era el final? ¿Una entrada ordinaria y después… nada más? Se obligó a leer las palabras. Era un comentario que procedía de Yelén: Marta había intentado evitar que la siguiente página pudiera leerse. Sus palabras habían sido borradas y encima había escrito una entrada posterior del diario.

—Dijiste que ibas a dejarme plantada si no te permitía verlo todo, Brierson. Bien, aquí lo tienes. Maldito seas.

Casi podía oír la amargura de las palabras de Yelén. Volvió a mirar la página.

«¡Oh Dios! Yelén, ayúdame. Si alguna vez me has querido, sálvame ahora. Estoy muriendo, muriéndome. No quiero morir. Oh, por favor, por favor, por favor».

Volvió a pasar la página, y ya pudo ver la escritura familiar de Marta. Si había alguna diferencia, era que las letras

estaban mucho mejor trazadas que de costumbre. La imaginaba en la oscura cabina, borrando pacientemente las palabras dictadas por su desesperación, y volviendo a escribir después encima, fría y analíticamente. Wil se secó la cara e intentó contener la respiración, porque una inhalación a fondo podía desencadenar sus sollozos. Leyó la anotación final de Marta.

«Querida Lelya. Supongo que el optimismo ha de acabar alguna vez, por lo menos aquí. He estado encerrada en mi cabaña durante diez días. Hay agua en la cisterna, pero se me ha terminado la comida. ¡Malditos perros, o lo que sean! Podría haber resistido otros veinte años. La ultima vez que salí, me mordieron terriblemente. Durante un tiempo había pensado hacer un alarde, y darles a probar mis diamantes, por última vez. Pero he cambiado de opinión, porque la última semana les vi atacar a un herbívoro. Era uno de los mayores, abultaba más que yo, y tenía un cuerno casi tan efectivo como mi pica. No pude verlo todo, sólo lo que ocurría delante de mi ventana, pero… Al principio parecía que estaban jugando. Le soltaban dentelladas, haciéndole escapar en círculos una vez tras otra, pero pude ver su sangre. Al final se debilitó y tropezó».

»Nunca me había dado cuenta, cuando atacaban a los animales pequeños, pero los perros no matan deliberadamente a sus presas. Solamente se las comen vivas, empezando generalmente por las entrañas. Aquel

herbívoro era muy grande, y tardó bastante tiempo en morir.

»Y es por este motivo, que me quedo dentro. “Hasta siempre, hasta que me rescates” es lo que solía decirte. Supongo que ya no espero el rescate. Sí las observaciones están programadas una vez cada varias décadas (en el mejor de los casos), las probabilidades están en contra de que ocurra algo en los próximos días.

»Supongo que hace cuarenta años que estoy sola aquí. Me parece mucho tiempo, mayor que todo el resto de mi vida. ¿Será una manera generosa de la Naturaleza para aumentar las menguadas raciones de los mortales? Me acuerdo mejor de mis amigos pescadores que de los humanos. Desde mí ventana, puedo ver el lago. Si miraran hacia aquí, podrían ver que estoy aquí arriba. Pero lo hacen muy pocas veces. Pienso que la mayor parte de ellos no se acuerdan de mí. Ya hace tres años que les ahuyentaron de mi cabaña. Esto es casi una generación de los pescadores. El único que parece acordarse es mi último Juan Chanson. Éste no grita tanto como mis otros Juanes. Casi siempre se queda por ahí, tomando el sol… Acabo de mirar por la ventana. Ahora está ahí; creo que se acuerda».

La escritura había cambiado. Wil se preguntaba cuántas horas o días habían transcurrido entre uno y otro párrafo. Las líneas nuevas estaban tachadas, pero la magia de Yelén había hecho posible leerlas:

«Acabo de acordarme de una palabra rara: Tafonomía. Hace mucho tiempo podía convertirme en experta en un tema con sólo recordar su nombre. Ahora… todo lo que sé… es que es el estudio de los lugares mortuorios, ¿no es así? Un montón de huesos es todo lo que dejan estas criaturas mortales… y sé que los huesos se desperdigan muy aprisa. Pero esto no ocurrirá con los míos. Los míos se quedarán encerrados aquí. Estaré aquí mucho tiempo, mis escritos se alargarán… Lo siento». Le habían faltado las fuerzas para borrar las palabras. Había un trozo en blanco y después su escritura se volvió regular, y cada letra estaba trazada cuidadosamente.

«Tengo la impresión de que estoy diciendo cosas que ya he escrito antes, cuando no eran más que posibilidades. Ahora ya son realidades. Tengo la esperanza de que hayas encontrado todos mis anteriores escritos. Traté de poner allí todos los detalles, Lelya. Quiero que tengas algo a que dedicarte, querida. Nuestros planes todavía pueden realizarse. Cuando sucede esto, nuestros sueños están vivos. “Tú eres, como siempre, mi más querida amiga, Lelya”. Marta no había acabado la anotación con su acostumbrada rúbrica. Tal vez había pensado seguir después. Mucho más abajo, había una serie de trazos inconexos. Por medio de un ejercicio de imaginación, se podía suponer que eran las letras mayúsculas AMO. Y aquello era todo».

No importaba; Wil ya no leía más. Tenía la cara entre las manos, sollozando hasta perder las respiración. Aquélla era

la versión real de su sueño azul; pero de éste jamás podría despertar.

Transcurrieron unos segundos. El azul se convirtió en el rojo de la rabia, y Wil se puso en pie. Alguien había hecho aquello a Marta. W. W. Brierson había sido raptado y separado de su familia y de su mundo, lanzándolo a uno nuevo. Pero el crimen de Derek Lindemann era un pecadillo, comparado con lo que le habían hecho a Marta, daba risa y apenas si merecía la atención de Wil. Alguien la había separado de sus amigos, de su amor, y después había ido exprimiendo su vida, año a año, gota a gota.

Alguien debía pagar por todo ello con su muerte. Wil se tambaleó al atravesar la habitación, buscando. En lo profundo de su mente, un fragmento racional miraba maravillado cómo sus sentimientos podían llegar tan hondo que realmente podía salir corriendo como loco enamorado. Y hasta este fragmento de lucidez fue tragado por el resto.

Algo le golpeó. Una pared. Wil devolvió el golpe y notó la satisfacción del dolor que le corría por el puño. Mientras apartaba su brazo de la pared, vio que algo se movía en la habitación de al lado. Corrió hacia aquello, que a su vez corría hacia él. Golpeaba una y otra vez. El cristal volaba en todas direcciones.

Ya estaba al sol, y de rodillas. Wil notó un frío penetrante en la nuca. Suspiró y se quedó sentado. Estaba en la calle,

rodeado de cristales rotos y lo que parecían ser los restos de la pared de su cuarto de estar. Miró hacia arriba. Yelén y Della estaban de pie al lado del montón de cascotes. No las había visto juntas y en persona hacía muchas semanas. Debía tratarse de algo importante.

—¿Qué ha sucedido?

Era algo raro. Le dolía la garganta como si se hubiera desgañitado.

Yelén saltó por encima de un madero caído y se inclinó para mirarle. Detrás de ella, Wil vio que había dos grandes voladores, y al menos seis autones estaban suspendidos en el aire por encima de las dos mujeres.

—Esto es lo que nos gustaría saber, inspector. ¿Te ha atacado alguien? Nuestros guardias han oído gritos y ruido de lucha.

… y con cierta frecuencia hacía una gran ostentación de chillidos corriendo por allí y golpeándose los flancos. Marta había acertado al dar nombre a sus pescadores. Wil se miró las manos ensangrentadas. El tranquilizador que Yelén había empleado sobre él era rápido efecto. Podía pensar y recordar, pero las emociones quedaban apagadas, convertidas en algo distante y acallado.

—Yo… estaba leyendo el final del diario de Marta. Me dejé llevar por la emoción.

—¡Oh!

Los pálidos labios de Korolev se apretaron. ¿Cómo era posible que fuese tan fría? Con toda seguridad, a ella le había pasado lo mismo. Entonces Wil recordó que Yelén había pasado sola un siglo con el diario y los montones de piedras. En el futuro, iba a resultarle mucho más fácil comprender su severidad.

Della dio unos pasos y se acercó. Sus botas crujían al pisar los trozos de cristal. El traje de Della era completamente negro, algo parecido al de un policía estatal del siglo veinte. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos oscuros estaban tranquilos y distantes. Sin duda, su actual personalidad estaba de acuerdo con su manera de vestir.

—Sí. El diario. Es deprimente. Tal vez deberías buscar otras cosas para leer en tus momentos de ocio.

Este comentario debería haber hecho algún efecto sobre su presión sanguínea, pero Wil no notó nada.

Yelén fue más explícita.

—No sé por qué te empeñas en perder el tiempo con los asuntos personales de Marta, Brierson. Ella ya nos contó al principio todo lo que sabía del caso. Lo demás es algo que no debe importarle a tu maldita curiosidad.

Se miró las manos y un pequeño robot se posó. Wil sintió que algo frío y suave trabajaba entre sus dedos. Yelén suspiró.

—Está bien. Creo que lo entiendo; tú y yo nos parecemos mucho. Y todavía te necesito… Tómate un par de días de descanso y recupérate —y dicho esto, se dirigió a su aparato volador.

—Pero, Yelén —dijo Della—. ¿Vamos a dejarle solo?

—Desde luego que no. Estoy desperdiciando aquí seis autones suplementarios.

—Quiero decir que, cuando desaparezcan los efectos del QuitaPenas, Brierson va a sentirse muy angustiado.

Algo destelló en sus ojos. Pareció intrigada durante unos momentos, buscando a lo largo de nueve mil años de recuerdos, o a lo largo de lo que era más importante, de nueve mil años de puntos de vista.

—Cuando una persona es así ¿es que no necesita a alguien que le ayude… alguien que le… eso… abrace?

—¡Hey! ¡A mí no me mires!

—Está bien —sus ojos volvían a estar en calma—. No era más que una idea.

Las dos se fueron.

Wil contempló sus aparatos voladores cuando desaparecieron por encima de los árboles. Alrededor de él, los cristales rotos eran eliminados por una aspiradora, y las paredes destrozadas eran sacadas de allí. Ya notaba que sus manos estaban cálidas y confortables. Se quedó sentado en la calle, en paz. Después, cuando sintiera hambre, ya entraría en la casa.

Capítulo XX

Después de cenar, Wil se quedó sentado mucho tiempo en las ruinas de su cuarto de estar. Era el responsable directo de una muy pequeña parte de la destrucción: con sus puñetazos había abierto agujeros en una pared y destruido un espejo. Los guardias autones habían dejado que aquello durara unos quince segundos mientras decidían si representaba una amenaza para su seguridad. Después le habían emburbujado: las paredes que estaban cerca del espejo habían quedado cortadas a lo largo de una línea limpia y curvada. Una pequeña depresión se hundía treinta centímetros por debajo del suelo, hasta los cimientos. Pero el emburbujamiento no era lo que había causado los mayores destrozos. Éstos se produjeron cuando Yelén y Della desgajaron la burbuja de la casa. Aparentemente querían que sus aparatos dispusieran de una buena vista cuando la burbuja reventase. Miró el reloj de la pared. Era el

mismo día que antes; lo habían tenido en el congelador sólo el tiempo necesario para sacarle de la casa.

Si el sentido del humor de Wil hubiese estado en buenas condiciones, se habría sonreído. Todo aquello corroboraba la afirmación de Yelén de que la casa no estaba vigilada por sus equipos. Lo mejor que podían hacer los autones de protección era emburbujarlo todo y pedir ayuda.

Pero las cosas habían cambiado. Desde donde se hallaba sentado, Wil vio varios robots que construían con espuma una pared provisional.

Al lado de su silla estaba sentado un autón médico, tan poco animado como el cubo de la basura. Por alguna parte tenía manos que le habían ayudado a preparar la cena.

Observaba la reconstrucción con interés, y hasta encendió las luces de la habitación cuando oscureció. El Quita-Penas era una gran cosa. Las sensaciones sencillas, como por ejemplo la de tener hambre, no quedaban afectadas. Se sentía tan alerta y en posesión de toda su coordinación como siempre. Simplemente estaba más allá del alcance de las emociones; pero, lo que era raro, podía imaginarse fácilmente cómo todas aquellas cosas le habrían afectado si no hubiera tomado la droga. Y aquel conocimiento le ocasionaba algunas débiles motivaciones. Por ejemplo, deseaba que los Dasguptas no se detuvieran allí cuando

regresaran a su casa. Suponía que las explicaciones podían ser difíciles.

Wil se levantó y se dirigió a la mesa de lectura. El autón se deslizó silenciosamente tras él. Algo más pequeño flotó desde la repisa. Se sentó, advirtiendo entonces la causa de que el QuitaPenas jamás hubiera hecho mucho impacto en el mercado de las drogas recreativas. Tenía afectos secundarios: todas las cosas se movían un poco más despacio. Los sonidos tenían un tono más bajo y se arrastraban. No llegaba a causarle pánico (dudaba de que entonces hubiera algo que pudiera hacerlo), pero la realidad tenía un ligero parecido al despertar de una pesadilla. Sus silenciosos visitantes no hacían más que intensificar aquella impresión… Ah, ya recordaba cómo se llamaba aquel juego: paranoia.

Encendió la lámpara de la mesa de su despacho y apagó las otras luces de la habitación. Por alguna causa, la destrucción no había alcanzado a la mesa ni a sus instrumentos de lectura. La última página del diario de Marta flotaba en el círculo de luz. Supuso que si volvía a leer aquella página podría alterar en gran manera a su estado normal, y por este motivo no la miró. Della tenía razón. Debía haber otros entretenimientos para su ocio. Aquel día iba a proporcionar a su ente normal una depresión que podía durar mucho tiempo. Tenía la esperanza de que no volvería a coger el diario, ni a hurgar en las heridas que había abierto hasta entonces. Tal vez debería borrarlo: la dificultad de tener que

exigir una nueva copia a Yelén, tal vez salvaría su personalidad.

Wil habló hacia la oscuridad.

—Casa, borra el diario de Marta.

La pantalla dejó ver su orden y la red ideográfica que se asociaba con «Diario de Marta».

—¿Por entero? —preguntó la casa.

La mano de Wil se detuvo en alto sobre la tecla de confirmación.

—Ah, no. Espera.

En Brierson la curiosidad era una cosa muy importante. Acababa de recordar algo que podría obligar a su ente normal a ir contra el sentido común y recoger otra copia. Era mejor comprobarlo antes, y hacer borrar el diario después.

Cuando había recibido el diario, había pedido todas las referencias que había sobre él mismo. Habían aparecido cuatro. Había visto tres de ellas: ella le había mencionado cuando le llamó para decirle que regresara de la playa, el día del rescate de los Pacistas. Había habido el pescador al que Marta había llamado con su nombre. Después, cerca del año treinta y ocho, había recomendado a Yelén que utilizara sus servicios, a pesar de que entonces ya se había olvidado de

su nombre. Ésta fue la referencia que más le había dolido la primera vez que examinó el documento. Wil decidió que ahora podía perdonarlo; todos aquellos años habrían destruido por completo el alma de una persona menos entera, y no se habrían limitado a difuminar algunos recuerdos.

¿Pero, de qué trataba la cuarta referencia? Wil repitió la búsqueda por el concepto del contexto. Ah. No era extraño que no la hubiera visto. Aparecía por el año trece, metida entre unos ensayos sobre su plan. En aquel ensayo, trataba de todos los tecno-min que recordaba, mencionando sus capacidades y sus debilidades, intentando descubrir cómo reaccionarían frente a su proyecto. En cierto sentido, era un ejercicio loco (Marta aseguraba que en las bases de datos de Korolev había análisis mucho mejores), pero tenía la esperanza de que su «tiempo de soledad» podría haberle dado mayor perspicacia. Además, aunque no hablaba de esto, necesitaba hacer algo que fuera útil durante los años que le esperaban.

»Wil Brierson. Éste es uno de los importantes. Jamás he creído en la mitología comercial, y mucho menos en las novelas que escribió su hijo. Pero… desde que le conocemos personalmente, he llegado a la conclusión que puede ser casi tan agudo como nos lo habían presentado. Por lo menos, en ciertos aspectos. Si ni tú ni yo podemos imaginar quién me ha hecho esto, pudiera ser que él sí pudiera descubrirlo.

»Brierson es muy respetado por los otros tecno-min. Esto, unido a su competencia general, puede representar una ayuda importante frente a Steve Fraley y a quienquiera que dirija la función de los Pacistas. Pero ¿qué pasará si él se opone a nuestro plan? Esto puede parecer ridículo, ya que nació en una era civilizada. Pero con todo, no estoy segura de este hombre. Es lo que ocurre con la civilización, que permite a los tipos más extremistas encontrar un hueco donde acomodarse y vivir para su propio beneficio y para el de los demás. Aquí estamos temporalmente, lejos de la civilización; gente en la que antes hubiéramos confiado, ahora puede resultar peligrosa. Wil todavía anda desorientado; tal vez esto explique su conducta. Pero es posible que tenga un lado malo, irracional, debajo de su amistosa apariencia. No tengo más que una evidencia, algo de lo que me avergüenzo un poco al contártelo.

»Ya sabes que me sentía atraída por este individuo. Bien, me siguió cuando tuve el arrebato y salí de la función de Don Robinson. Yo no estaba intentando flirtear; sólo estaba muy enfadada por la conducta sigilosa de Don. Tenía que hablar con alguien, y tú estabas en conexión profunda. Hablamos durante algunos minutos antes de que me diera cuenta de que los golpecitos en mi hombro y la mano que me ceñía la cintura no eran unos fraternales intentos de consolarme. Fue culpa mía por haberle dejado llegar tan lejos, pero él no quería un no por respuesta. Es un individuo grande; empezó a golpearme realmente. Si luego no hubiera empezado “mi

aventura", las magulladuras que me hizo en el pecho hubieran requerido atención médica. ¿Lo ves, Lelya? Era lo bastante canalla como para golpearme cuando le rechacé. Y lo bastante irracional como para hacerlo con Fred a tan sólo cinco metros. Hube de suprimir los reflejos del autón para que Brierson no quedara paralizado durante una semana. Por fin, le abofeteé lo más fuerte que pude y le amenacé con Fred. Entonces se echó atrás y me pareció que estaba realmente avergonzado.

Wil leyó aquel párrafo una y otra vez. Estaba en el círculo de luz que proyectaba su lámpara de sobremesa… y no variaba ni una sola letra. Se preguntaba cómo su ser normal reaccionaría frente a aquellas palabras de Marta. ¿Le daría un ataque de rabia? ¿O se quedaría completamente apabullado a causa de que ella pudiera decir tamaña mentira?

Estuvo pensando durante mucho tiempo, dándose apenas cuenta de que la oscuridad que le rodeaba hacía parecer aquello como una pesadilla. Finalmente, lo supo. La reacción no sería de rabia, no se sentiría herido. Cuando pudiera sentir de nuevo, tendría una sensación de auténtico triunfo.

El caso estaba resuelto. Por primera vez, sabía que iba a atrapar al asesino de Marta.

Capítulo XXI

Yelén le dio los dos días de permiso que le había prometido y hasta llegó a sacar los autones de su casa. Cuando se acercaba a alguna de las ventanas, podía ver algo que se cernía justo debajo del antepecho. No le cabía la menor duda de que acudiría velozmente a la menor señal de comportamiento anormal. Wil se esforzó al máximo para no dar tal señal. Realizó todas sus investigaciones alejado de las ventanas; Yelén podía interpretar su vuelta al diario como un mal sistema de recuperarse.

Pero en aquel momento, Wil no estaba leyendo el diario. Estaba usando toda la (débil) automatización de que disponía para estudiarlo.

Cuando Yelén se presentó con la lista de lugares que debía visitar y de los tecno-min con los que debería hablar, Wil le

suplicó. Cuarenta y ocho horas no eran suficientes. Necesitaba más descanso para evitar pensar en los problemas del caso.

Esta táctica le proporcionó una semana de silencio ininterrumpido, lo que probablemente bastaría para exprimir las últimas claves de la historia de Marta y sería tiempo suficiente para preparar su estrategia. Al séptimo día Yelén volvía a estar en el holo.

—Ya no acepto más excusas, Brierson. He hablado con Della.

¿La gran experta en relaciones humanas? —pensó Wil.

—No creemos que estés haciendo el menor esfuerzo por ayudarte a ti mismo. Por tres veces los Dasguptas han intentado hacerte salir de tu casa, y les has apartado de ti de la misma manera que has hecho conmigo. Creemos que tu «recuperación» no es más que un ejercicio de autocompasión. Por tanto —sonrió fríamente—, se te han terminado las vacaciones.

Una luz empezó a parpadear en la base de su acumulador de datos.

—Acabo de enviarte un informe de la reunión que organizó Fraley anteayer. Tengo su discurso y la mayor parte de las conversaciones que están relacionadas con ella. Como de costumbre, me faltan los matices. Quiero que tú…

Wil resistió el impulso de enderezar sus hombros caídos; daba igual que su plan se iniciara entonces.

—¿Hay alguna señal de interferencia de los tecno-max?

—No. Casi no necesito tu ayuda para poder descubrir una cosa así, pero…

Entonces el resto apenas si interesa. Pero no lo dijo en voz alta. Por lo menos, no entonces.

—De acuerdo, Yelén. Considérame ya de vuelta de mi permiso por motivos psicológicos.

—Bien.

—Pero antes de que salga a perseguir a ese Fraley, quiero hablar contigo y con Della. Con las dos juntas.

—¡Por Jesucristo, Brierson! Te necesito, pero hay límites —le miró—. Está bien. Tendrá que ser dentro de un par de horas. Ella se encuentra detrás de la Luna, cerrando algunas de mis operaciones.

El holo de Yelén se apagó.

Fueron unas dos horas muy largas. Se suponía que aquella reunión debía ser una sorpresa. No hubiera forzado las cosas de haber sabido que Lu no estaba disponible inmediatamente. Wil contemplaba el reloj. Ya estaba liado.

Faltaba poco para que hubieran transcurrido 150 minutos cuando Yelén regresó.

—Está bien, Brierson. ¿Cómo podemos seguirte la corriente?

Un segundo holo cobró vida y apareció Della Lu.

—¿Has regresado a Ciudad Korolev, Della? —preguntó Wil.

No hubo demora en la contestación.

—No. Estoy en casa, a unos doscientos kilómetros por encima de ti. ¿Quieres realmente que baje hasta el suelo?

—Oh, no. —Debes estar en la mejor posición que te sea posible—. Está bien, Della, Yelén. Tengo que haceros una pregunta rápida. Si la respuesta es no, entonces confío que la convirtáis rápidamente en un sí… ¿Me proporcionáis todavía una seguridad fuerte?

—Desde luego. Sí.

Tendría que conformarse con aquello. Se inclinó hacia delante y habló pausadamente:

—Hay algunas cosas que debéis saber. La más importante es: Marta sabía quién la había asesinado.

Silencio. La impaciencia de Yelén había desaparecido, se limitaba a mirarle fijamente. Pero cuando habló, su voz era ronca, enfurecida.

—No seas estúpido. ¿Si lo sabía, por qué no nos lo dijo? Tuvo cuarenta años para hacerlo.

En el otro holo, Della parecía haber cambiado. ¿Acaso ya se había imaginado las consecuencias?

—Porque, Yelén, durante todos esos cuarenta años, estaba bajo la vigilancia del asesino, o de sus autones. Y ella también lo sabía.

De nuevo, reinó el silencio. En esta ocasión fue Della la que habló.

—¿Y tú, como lo sabes, Wil? —La voz distante había desaparecido. Era decidida, no negaba ni aceptaba aquellas afirmaciones. Él pensaba si no sería su personalidad de policía de la paz la que le estaba mirando.

—No creo que la misma Marta pudiera imaginarse la verdad, durante los primeros diez años. Cuando lo supo, dedicó el resto de su vida a realizar un doble juego con su diario: dejaba pistas que, aunque no ponían en guardia al asesino, podían ser descifradas después.

Yelén se inclinó hacia adelante, con los puños apretados:

—¿Qué pistas?

—No quiero explicarlas todavía, por ahora.

—Brierson, he vivido cien años con este diario. Durante todo este siglo lo he leído y analizado con programas que tú no puedes ni imaginar. Y antes de esto, había vivido con Marta casi doscientos años. Conocía todos sus secretos, todos sus pensamientos —su voz era entrecortada; y Wil no había visto en ella una furia tan letal desde inmediatamente después del asesinato—. Eres un oportunista y un embustero. ¿Estás insinuando que Marta dejó pensamientos que tú puedes seguir y yo no?

—¡Yelén! —la interrupción de Della dejó a Korolev completamente inmóvil en mitad de su rabia. Durante unos instantes, las dos mujeres se quedaron calladas y mirándose mutuamente.

Las manos de Yelén cayeron como muertas; parecía como si se estuviera encogiendo dentro de ella.

—Es evidente, que hablaba sin pensar.

Della asintió, y miró a Wil.

—Será mejor que te lo expliquemos —dijo sonriendo—. Aunque supongo que vas mucho trecho delante de nosotras. Si el asesino tuvo acceso al tiempo real mientras Marta estaba abandonada, en este caso habría consecuencias, y

algunas de ellas deberían ser tan radicales, que por este motivo no hemos tomado en consideración esta posibilidad.

»El asesino habría hecho mucho más que interferir en la duración del salto del grupo: no habría participado en él. Esto equivale a decir que el sabotaje no fue una manipulación poco profunda en el sistema Korolev, sino que el asesino debía estar completamente dentro del sistema.

Wil asintió. ¿Y quién podría tener una penetración más profunda que el mismo propietario del sistema?

—Y si esto es cierto, todo lo que pase por las bases de datos de Yelén (incluyendo la presente conversación) puede ser conocido por el enemigo. Hasta cabe pensar que sus mismas armas pueden volverse contra nosotros… Si yo estuviera en tu lugar, Wil, estaría algo inquieta.

—Incluso aceptando las afirmaciones de Brierson, lo demás no ha de ser necesariamente consecuencia de ello. El asesino hubiera podido dejar en el tiempo real un autón no registrado. Y esto pudiera haber sido lo que Marta había advertido.

Pero de la voz de Yelén había desaparecido todo el fuego y no alzó la vista del rosado mármol de su mesa.

Wil dijo suavemente:

—Tú no crees realmente esto, ¿verdad?

—… No. Durante aquellos cuarenta años, Marta podría haber sido mucho más lista que cualquier autón y podría haber dejado pistas que hasta yo misma pudiera haber reconocido —alzó la vista para mirarle—. Vamos, inspector. Deja ya esto. Si el asesino estaba en el tiempo real, ¿por qué dejó que Marta sobreviviera? Ésta es una pregunta obligada, ¿no es cierto?… Esto sería el tipo de acto irracional que haría un amante celoso. Es así. Admito que soy celosa y que es absolutamente verdad que amaba a Marta. Pero, aún en contra de lo que los dos podáis creer, yo no la dejé abandonada allí.

Estaba en lo más extremo de su indignación. Wil no esperaba aquella reacción. Lo cierto es que afectaba mucho a Yelén pensar que sus dos más próximos colegas («amigos» todavía hubiera sido una palabra demasiado fuerte) pensaran que ella había matado a Marta. Considerando su habitual insensibilidad para los sentimientos de los demás, Wil dudaba de que estuviera haciendo teatro. Por fin, dijo:

—No te estoy acusando, Yelén. Tú puedes ser violenta, pero tienes honor. Confío en ti —ésto último era una exageración necesaria—. Y quisiera que, a cambio, también tú confiaras en mí. Créeme cuando te digo que Marta lo sabía, y que dejo claves que tú no podrías advertir. ¡Demonio!, probablemente lo hizo para protegerte. En el mismo instante en que sospecharas algo, el asesino también se hubiera puesto en guardia. En vez de arriesgarse de esta manera, Marta intentó decirlo sólo a mí. Estoy

completamente desconectado de vuestro sistema y soy un inconsecuente tecno-min. He estado pensando toda una semana en el problema de ver cómo avisarte con el menor riesgo de que cayeras en una emboscada.

—Pero, a pesar de todas las pistas, no sabes realmente quién es el asesino.

Wil sonrió.

—Es verdad, Della. Si lo hubiese sabido, habría sido la primera cosa que hubiese dicho.

—Habrías estado más a salvo si hubieras callado mientras no hubieras descifrado todo el mensaje.

Él movió la cabeza.

—Desgraciadamente, Marta no podía arriesgarse a poner una información concreta en su diario. No hay nada en los cuatro montones de piedras que pueda decirnos el nombre del asesino.

—Es decir, que sólo nos lo has contado para aumentar nuestra presión sanguínea. Si logró comunicarte todo lo que cuentas, tan cierto como hay infierno que pudo habernos dicho el nombre del enemigo —la recuperación de Yelén era evidente.

—Lo hizo. Pero no en ninguno de los cuatro montones de piedras. Sabía que éstos serían «inspeccionados» antes de que pudieras verlos; únicamente las pistas más sutiles podían pasar desapercibidas. Lo que he descubierto es que hay un quinto montón de piedras que nadie, ni el asesino, conoce. Allí dejó escrita toda la verdad.

—Suponiendo que lo que dices fuera cierto, ya han pasado cincuenta mil años. Si dejó algo, ya estará completamente destruido.

Wil adoptó su expresión más reposada.

—Lo sé, Yelén, y Marta debió saber también que iba a transcurrir tanto tiempo. Creo que lo tuvo en cuenta.

—¿Quieres decir que sabes dónde está, Wil?

—Sí. Por lo menos con aproximación de unos pocos kilómetros. No quiero decir exactamente dónde está; doy por descontado que tenemos un testigo silencioso de esta conversación.

Della se estremeció.

—Es de suponer que el enemigo no tiene chivatos directos. Debe tener acceso únicamente cuando se ejecutan determinadas tareas.

—En cualquier caso, sugiero que vigiléis muy de cerca el espacio aéreo que está por encima de todos los sitios que Marta visitó. Es posible que el asesino tenga sus propias suposiciones. No queremos que se nos adelante.

Se mantuvo en silencio mientras Della y Yelén se retiraban a sus sistemas. Luego:

—Ya está, Brierson. Ya estamos preparadas. Tenemos un intenso control de la costa sur, del paso que Marta utilizó para atravesar los Alpes, y de toda el área que está alrededor del Lago Pacista. Le he concedido a Della categoría de observador de mi sistema. Ella cuidará de mantener, paralelamente a los míos, los subsistemas que sean críticos. Si alguien empieza a jugar por estos sitios, sin duda alguna lo sabrá.

»Ahora, lo más importante: Della trae cazas desde las zonas de Lagrange. Allí tengo una flota que he mantenido en estasis; aparecerá al cabo de las tres próximas horas. Con todo esto creo que será suficiente para enfrentarnos a cualquier oposición cuando vayamos a la caza del tesoro. Lo único que tienes que hacer es no dejarte ver durante las tres próximas horas, después nos dices dónde está el quinto depósito y nosotras…

Wil alzó una mano.

—Sí. Coged vuestros cañones. Pero iré con vosotras.

—¿Qué? Bueno, está bien. Puedes venir con nosotras.

—Y no quiero partir antes de mañana por la mañana. Necesito algunas horas más con el diario; algunos extremos que debo comprobar.

Yelén abrió la boca, pero no articuló ningún sonido. Della tuvo más facilidad de palabra.

—Wil, estoy segura de que comprenderás la situación. Estamos trayendo hasta aquí todo el material que tenemos para protegerte. Vamos a quemar lo que representa el consumo de un año cada hora que estemos de guardia a tu alrededor. No podemos mantenerlo durante mucho tiempo; además, cada minuto que guardes tu secreto, ocupas el primer lugar en la lista de objetivos de alguien y estamos perdiendo toda la ventaja que la sorpresa pudiera habernos dado. Hemos de apresurarnos.

—Primero hay cosas que he de deducir. Mañana por la mañana; no puedo tenerlo antes. Lo siento, Della.

Yelén soltó una obscenidad y cortó su conexión. Hasta Della pareció haberse sorprendido por la brusquedad de su partida. Miró otra vez a Wil.

—Todavía coopera, pero está más enfadada que el diablo… Está bien, esperaremos hasta mañana. Pero hazme caso, Wil. Una defensa activa es muy cara. Tanto Yelén como yo estamos dispuestas a gastar casi todo lo que tenemos para

atrapar al asesino, pero la espera hasta mañana hace disminuir la protección de hora en hora… Nos ayudaría si pudieras decirnos cuánto tiempo más va a durar.

Él fingió que consideraba el asunto.

—Tendremos el diario secreto mañana por la tarde. Si las cosas no han reventado entonces, dudo que puedan llegar a hacerlo.

—En este caso, me voy —se detuvo—. Ya sabes, Wil, que hace mucho tiempo fui policía gubernamental. Creo que fui muy buena en lo referente a los juegos de poder. Consejo de un viejo profesional: no permitas que todo esto te desborde.

Brierson le obsequió con su pose profesional más confiada:

—Todo saldrá bien, Della.

***

Después de que Della desapareciese, Wil se fue a la cocina. Empezó a mezclarse una bebida, pero se dio cuenta de que no era un momento oportuno para beber, y prefirió coger un trozo de pastel. Bajo toda esta carga emocional, tanto da tener una mala costumbre como otra, dijo para sí. Se paseó hasta el cuarto de estar y miró hacia el exterior. En sus tiempos hubiera sido una locura dejar que un testigo bajo protección se acercara a una ventana, pero con las armas y

otros medios de protección de que disponían los tecno-max, no importaba demasiado.

Hacía una tarde clara y poco húmeda. Podía oír crujidos secos en los árboles. Sólo alcanzaba a ver un corto trecho del camino; toda la fronda verde impedía que la vista fuera más allá. Las únicas vistas bonitas eran las del piso superior. Pero a pesar de todo, cada vez le gustaba más aquella casa. Era un poco como los alojamientos de clase barata donde Virginia y él habían empezado a convivir.

Se asomó a la ventana y miró hacia arriba. Los dos autones flotaban más bajos de lo acostumbrado. Mucho más arriba, casi perdido entre la bruma, había algo grande. Intentó imaginar las fuerzas que debía de haber preparadas en los primeros kilómetros de altura sobre su cabeza. Sabía la capacidad de fuego que Della y Yelén declaraban tener. Excedía, con mucho, la potencia conjunta de todas las naciones de la historia; probablemente sería mayor que la de cualquier servicio policial que hubiera habido hasta el siglo veintidós. Toda aquella fuerza estaba allí únicamente para la protección de una casa, de un hombre… o más exactamente, de la información que había en la cabeza de un hombre. Mirándolo bien, aquello no resultaba demasiado tranquilizante para él.

Wil revisó una vez más la puesta en escena. ¿Qué ocurriría en las próximas veinticuatro horas? Seguramente, después de aquel plazo, todo habría concluido. Apenas si se dio

cuenta de que se paseaba por la cocina, por la despensa, por el cuarto de los invitados, y que regresaba al cuarto de estar. Miró por la ventana y repitió el paseo en sentido contrario. Era una de sus costumbres que no había sido muy del agrado de Virginia ni de los niños: cuando estaba realmente metido en un caso, se paseaba por toda la casa mientras pensaba. Noventa kilos de un policía semiinconsciente andando pesadamente por todas las habitaciones constituía un verdadero riesgo. Le habían amenazado con colgarle un cencerro del cuello.

Algo hizo que Brierson saliera de su ensimismamiento. Miró por el lavadero, tratando de identificar lo que le parecía raro. Entonces se dio cuenta: había estado tarareando, y había una sonrisa tonta en su cara. Había vuelto a su elemento. Aquél era el caso más importante y más peligroso de toda su vida. Pero era su propio caso. Y, finalmente, tenía por dónde cogerlo. Por primera vez desde que fuera secuestrado, podía tratar con profesionalidad las dudas y los peligros que se le presentaban. Su sonrisa se hizo más ancha. De regreso al cuarto de estar, tomó su registro de datos y se sentó. Por si acaso alguien escuchaba, fingió estar haciendo alguna investigación.

Capítulo XXII

Yelén regresó a últimas horas de la tarde.

—Kim Tioulang ha muerto.

Wil levantó la cabeza, de golpe. ¿Era así como iba a empezar todo?

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hace menos de diez minutos. Tres balas en la cabeza… Te mando los detalles.

—¿Hay alguna evidencia de quién…?

Ella hizo una mueca, pero ya había aceptado que lo que enviaba no era una parte inmediata de su memoria.

—No hay nada definitivo. Mi seguridad de la Costa Norte se ha quedado muy reducida desde que esta tarde hemos cambiado la distribución. Él se había escabullido de la base Pacista; ni siquiera su gente se había dado cuenta. Al parecer, trataba de subirse a un transbordador marino. —El único sitio que podría haberle acogido era Ciudad Korolev—. No hay testigos. La verdad es que sospecho que no había nadie en tierra cuando le dispararon. Las balas eran explosivas, de Nuevo Méjico y de cinco milímetros de calibre.

Normalmente aquella munición se disparaba con una pistola, con un límite de precisión máximo de treinta metros. ¿Creía el asesino que les iba a engañar?

—Es demasiada coincidencia para que dejemos de hacerte caso, Brierson. Tienes razón; el enemigo debe de tener chivatos en nuestro sistema.

—Claro.

Durante unos segundos no le escuchó. Se acordaba del picnic de la Costa Norte, del hombre decrépito que había sido Kim Tioulang. Era tan resistente como cualquier otro que Wil hubiera conocido, pero su tristeza con relación al futuro había parecido real. El hombre más viejo del mundo… y estaba muerto. ¿Por qué? ¿Qué había intentado decirles? Miró a Yelén.

—Desde esta tarde, ¿has notado algo especial en los Pacistas? ¿Hay alguna evidencia de interferencia de los tecno-max?

—No. Acabo de decirte que no puedo vigilar tan de cerca como antes. He hablado de esto con Phil Genet. Dice que no ha advertido nada en los Pacistas, pero dice que el tráfico vía radio de NM ha cambiado durante las últimas horas. Lo estoy comprobando —se detuvo, y por primera vez Wil vio el miedo reflejado en su cara—. Durante las próximas horas podemos perderlo todo, Wil. Todo aquello que Marta había confiado alcanzar.

—Sí. Pero también podemos sorprender al enemigo, y salvar el plan de Marta… ¿Cómo habéis dispuesto las cosas para mañana?

Esta pregunta hizo que volviera la Yelén de siempre.

—Este retraso nos ha hecho perder la ventaja de la sorpresa, pero nos permitirá estar mejor preparados. Della dispone de una cantidad increíble de armamento. Ya sabía yo que su expedición al Compañero Oscuro le había reportado mucho dinero, pero jamás me hubiera podido figurar que podía costear todo esto. Mañana estará casi todo en posición. Llegará y aterrizará en tu casa, al amanecer. Y a partir de entonces, podrás dirigir la operación.

—¿No vas a venir?

—No. En realidad no formo parte de vuestra área interna de seguridad. Mi equipo ha de cuidarse de las acciones periféricas, pero… Della y yo hemos estado hablando de todo esto. Si yo, mi sistema, resultara estar profundamente interferido, el enemigo podría volverlo contra vosotros.

—Hummm.

Había contado con la protección de ambas mujeres: si se hubiese equivocado al juzgar a una de ellas, la otra todavía estaría allí. Pero si la propia Yelén creía que podía llegar a perder el control…

—Está bien. Della parecía estar en muy buena forma, esta tarde.

—Sí. Tengo la teoría de que cuando está en un apuro, surge a la superficie la personalidad adecuada. Después de estar mucho tiempo sola, suele no tener un propósito fijo. Acabo de hablar con ella, y me parece que está muy bien. Con algo de suerte, mañana todavía conservará su personalidad de policía.

Después que Yelén borrara su imagen, Wil se dedicó a la información que ella le estaba enviando. Llegaba más de la que podía leer, y a cada momento había nuevos acontecimientos. Genet tenía razón en lo de los NM. Estaban usando un nuevo sistema de claves, uno que Yelén no podía descifrar. Esto, por sí mismo, constituía un anacronismo

mayor que la pintura a topitos o las pelotas antigravitatorias de balonvolea. En otras circunstancias les habría atacado repentinamente, y a la porra con la diplomacia… Pero en aquellos momentos, estaba tan desguarnecida localmente que lo único que podía hacer era vigilar.

El asesinato de Tioulang. La manipulación de Fraley por parte de los tecno-max. Había algún aspecto de la motivación del asesino que Wil no alcanzaba a comprender. Si lo que deseaba era destruir la colonia, ya podría haberlo hecho mucho tiempo antes. Y debido a esto, Wil llegó a la conclusión de que el enemigo quería mandar. Wil meditaba. ¿Era la supervivencia de los tecno-min un arma meramente de regateo para el asesino?

Fue una noche muy larga.

***

Brierson estaba mirando por la ventana cuando se posó el aparato volador de Della. Todavía amanecía a nivel del suelo, pero ya podía ver los rayos de sol sobre las copas de los árboles. Tomó su registro de datos y salió de la casa. Sus pasos eran enérgicos, alimentados por su adrenalina.

—¡Espera, Wil!

Los Dasguptas estaban en el porche de su casa. Se detuvo, y corrieron calle abajo hacia él. Confió en que sus guardianes no fueran demasiado inclinados a disparar primero.

—¿Te has enterado?

Rohan había empezado, y su hermano continuó:

—El jefe de los Pacistas ha sido asesinado la noche pasada. Parece que son los de NM los que lo han hecho.

—¿Dónde lo has oído? —No podía imaginar que Yelén difundiera la noticia.

—Los servicios informativos de los Pacistas. ¿Es eso cierto, Wil?

Brierson asintió.

—Pero no sabemos quién lo ha hecho.

—¡Maldita sea! —Wil nunca había visto a Dilip tan preocupado—. Después de tanta palabrería sobre sostener una competición pacífica, yo había creído que los NM y los Pacistas habían cambiado de procedimientos. Si empiezan a disparar, el resto de nosotros… Mira, Wil, cuando estábamos en la civilización, estas cosas no podían ocurrir. Se les habrían echado encima todos los servicios policiales de Asia. ¿Podemos… podemos contar con que Yelén apartará a estos fulanos de nuestro camino?

Wil sabía que Yelén preferiría morir antes de consentir que se iniciara una lucha entre los NM y los Pacistas. Pero morir ya no sería suficiente. Los Dasguptas no veían más que una

parte de un juego mucho más complicado de lo que imaginaban, incluso más de lo que Wil sabía. Miró a los hermanos y leyó en sus caras una inmerecida confianza en él. ¿Qué podía hacer?… Tal vez fuera oportuno decirles la verdad.

—Creemos que esto puede estar ligado con el asesinato de Marta, Dilip —señaló con su pulgar hacia el aparato volador de Della—. Estoy comprobándolo. Si hay tiroteo, apuesto que vais a ver que en él están involucrados algunos que no son tecno-min. Mirad. Conseguiré que Yelén anule el campo supresor para que podáis estar emburbujados durante los próximos dos días.

—Con todo nuestro equipo, además.

—Está bien. En cualquier caso, haced que el personal se disemine y se ponga a cubierto.

No había nada más que pudiera decirles, y los hermanos, al parecer, lo sabían.

—Está bien, Wil —dijo Rohan en tono bajo—. ¡Suerte para todos nosotros!

***

El aparato volador de Della era mayor que el que solía llevar, y había cinco objetos sujetos a su sección central.

Pero el área de la tripulación no tenía la apariencia de la de un vehículo de combate. Y no era únicamente la falta de pantallas de visualización. Cuando Wil se fue de la civilización, éstas ya eran objetos en vía de extinción. Los modelos más antiguos llevaban cascos de mando que permitían al piloto ver el mundo exterior, o por lo menos aquello que era importante para su misión. Los modelos recientes ya no necesitaban los cascos, las mismas ventanas eran paneles de holo de una realidad artificial. Pero en el aparato de Della no había cascos de mando, y las ventanas dejaban ver la misma clase de realidad que mostrarían si hubieran sido de vidrio normal transparente. El suelo estaba alfombrado. Los trozos de pared donde no había ventanas estaban decorados con las extrañas acuarelas de Della.

Mientras subía a bordo, Wil hizo un ademán en dirección a los objetos suplementarios que colgaban del aparato.

—¿Son cañones de refuerzo?

—No. Sólo son armas defensivas. Cada una lleva una tonelada de materia/antimatería.

—Ugh —se sentó y se colocó el cinturón de fijación. Defensivas, ¿cómo una protección antiaérea hecha de plástico?

Lu utilizó más de dos G para elevarse desde la calle; aquel día no iba a subir como si hiciera un sencillo viaje en

ascensor. Pasó medio minuto antes de que cortara la aceleración, y durante todo este tiempo el estómago de Wil estuvo protestando. Alcanzaron unos diez mil metros, y allí Della redujo a una G.

Era un día precioso. El ángulo bajo del sol hacía destacar el relieve de las arboledas de las tierras altas. No se podía ver mucho de Ciudad Korolev, pero el castillo de Yelén era una forma sombreada de oro y verde. Hacia el Norte, las nubes tapaban las tierras bajas y el mar. Hacia el Sur, las montañas grises sobrepasaban la línea de las zonas de los bosques mostrando sus picachos nevados. Los Alpes Indonésicos eran una especie de Montañas Rocosas, escritas en mayúsculas.

Los ojos de Lu estaban abiertos pero desenfocados.

—Sólo quería tener espacio para maniobrar —miró a Wil y le sonrió—. ¿A dónde vamos, jefe?

—¿Della, has oído lo que estaba diciendo a los Dasguptas? Yelén debería desconectar sus supresores. Tal vez algunos tecno-min desaparecieran de ésta era al emburbujarse, pero ella no puede cruzarse de brazos y dejarles expuestos a todo.

—¿Wil, es que no lees tu correo?

—Uhh, la mayor parte, sí.

Durante toda la noche había recibido más información de la que podía asimilar. Había leído todo lo que llegaba con etiqueta roja, hasta que se quedó dormido una hora antes de la aurora.

—No sabemos la causa, pero ahora sabemos concretamente que el enemigo puede matar a muchos tecno-min. Durante los últimos sesenta minutos, Yelén ha intentado retirar la supresión de burbujeos en toda Australasia. Pero no lo ha conseguido.

—¿Por qué no? Se trata de su propio equipo.

Wil se dio cuenta de que acababa de decir una estupidez.

—Sí. No podrías pedir una prueba mejor de que su sistema ha sido invadido, ¿verdad? —su sonrisa se hizo más amplia.

—Si no puede dominar su equipo, ¿por qué no se limita a hacerlo volar por los aires?

—Es posible que nos decidamos a hacerlo. Pero no sabemos cómo van a responder sus defensas. Por otra parte, el enemigo puede tener preparado su sistema de supresores para utilizarlo en cuanto el de Yelén deje de funcionar.

—Es decir, que nadie puede emburbujar.

—Se trata de un campo de gran volumen y de baja intensidad, que es capaz de suprimir los generadores de los

tecno-min. Pero mis burbujeadores pueden todavía autoemburbujarse, y el más potente de los míos todavía podría hacerlo con un cierto alcance.

Por unos instantes, se olvidaron del objetivo de la expedición. Debía existir algún modo de dar protección a los tecno-min. ¿Evacuarlos de la zona de acción del supresor? Esta maniobra podría colocarlos en una situación todavía peor. ¿Llevar hasta allí algunos burbujeadores de alta potencia? De pronto se dio cuenta de que los tecno-max debían estar analizando el problema con mucha mayor profundidad que él. Era un problema que se había presentado por su propia culpa. Debía hacerle frente. La única manera como podía ayudarles consistía en cumplir con éxito su misión: identificar al asesino. ¿Hacia dónde debían dirigirse?

—¿Estás absolutamente segura de que nadie puede oírnos? —Hubo un gesto afirmativo de Lu—. Está bien. Empezaremos por el Lago de los Pacistas.

El volador aceleró por encima del Mar Interior. Pero Della no estaba todavía satisfecha con la indicación de su destino.

—¿Desconoces las coordenadas del quinto montón de piedras?

—Sólo sé qué es lo que estoy buscando. Vamos a seguir un programa de búsqueda.

—Pero las búsquedas se pueden hacer mejor desde una órbita.

—Seguramente tienes sensores que necesitan estar situados en plataformas bajas y lentas.

—Sí, pero…

—Y seguramente querremos estar próximos a estos sensores para recoger inmediatamente lo que encuentren.

—¡Ah! —sonreía de nuevo y no le pidió que especificara el equipo a que se refería.

Volaron en silencio durante algunos minutos. Wil trató de ver si llevaban escolta. Había otro volador delante de ellos. A la derecha y a la izquierda de su ruta vio que había otros dos. Y de vez en cuando se veía un reflejo desde detrás de éstos, como si hubiera más objetos que volaran en formación. No era muy impresionante, hasta que empezó a preguntarse hasta dónde debía extenderse aquella formación.

—Efectivamente, Wil. Nadie nos puede escuchar; ni siquiera lo estoy grabando. Puedes confesármelo todo.

Brierson la miró interrogativamente, y Della prosiguió:

—Es evidente que viste algo en el diario que, a pesar de todos nuestros profundos análisis y todos los años de

convivencia de Yelén con Marta, nosotras no pudimos ver. Ella intentaba decirnos que el asesino estaba acechándola, y que el sistema Korolev había sido profundamente intervenido… Pero toda esta historia del quinto montón de piedras —levantó una ceja y puso cara maliciosa—, es ridícula.

Wil fingió un gran interés por el terreno.

—¿Por qué dices que es ridícula?

—En primer lugar, no es verosímil que el asesino viviera cada segundo de estos cuarenta años en el tiempo real. Pero si estaba tan interesado en que Marta notara su presencia, y tuviera necesidad de escribir con significados secretos; pienso que es razonable creer que tenía sensores que la vigilaban permanentemente. ¿Cómo pudo Marta escaparse de su campamento, levantar otro montón de piedras y regresar, sin que él se enterara?

»En segundo lugar, admitiendo que consiguiera engañar a su asesino, hemos de tener en cuenta que estamos hablando de cosas que sucedieron hace cincuenta mil años. ¿Tienes idea de lo largo que es tal período? Toda la historia escrita no abarca más de seis mil años. Y se ha perdido su mayor parte. Sólo por un increíble accidente podría haberse conservado un relato escrito tanto tiempo atrás.

—Sí. Yelén me hizo esta misma objeción. Pero…

—Es cierto. Le dijiste que Marta ya lo habría previsto. Wil, te concedo que cuando quieres eres la persona más convincente que he conocido (y he visto muchos expertos…). Dicho sea de paso, yo te apoyé en esto. Creo que Yelén está convencida de que Marta era casi sobrehumana, y no me sorprendería que el asesino pensara igual. Pero mi punto de vista es que sé por dónde vas —continuó Lu, mientras Wil adoptaba una expresión de correcta sorpresa—. Tú viste algo en el diario que nosotras no vimos. Pero sabes muy poco más de lo que nos has contado y no tienes más pistas. Y ésta es la razón de esta cacería de patos salvajes —gesticuló hacia la tierra que había por debajo del volador—. Confías en haber convencido al asesino de que pronto sabrás su identidad. Nos has colocado a los dos como señuelos para hacer que salga a la vista.

Era una perspectiva que, al parecer, le gustaba.

Y su teoría estaba desagradablemente cerca de la realidad. Wil había intentado crear una situación en que el enemigo se vería obligado a atacarle. Lo que no podía comprender era su actividad relacionada con los tecno-min. ¿Cómo era posible que al hacerles daño a ellos, pudiera esconderse el asesino?

Wil se encogió de hombros; esperaba que toda esta lucha interior no asomara a su cara.

Della le observó durante un segundo, con la cabeza ladeada.

—¿No contestas? Entonces es que todavía me tienes en la lista de sospechosos. Si mueres y yo sobrevivo, entonces los demás caerán sobre mí… y si se unen todos, me superarán en cañones. Eres más astuto de lo que creía, y también tienes más agallas de lo que pensé.

Transcurrió la mañana, lenta y tensa. Della no prestó la menor atención al paisaje. Era lo bastante lógica, y tal vez hasta con mayor brillantez que de ordinario. Pero había una especie de soberbia en sus maneras, como si quisiera mantener la realidad a distancia y considerar todo aquello como un juego inmensamente interesante. Estaba llena de teorías. No era de extrañar que su sospechoso número uno fuese Juan Chanson.

—Sé que disparó sobre mí. Juan ha asumido el papel de protector de la especie. Me recuerda al centauro. Pienso que nuestro asesino debe ser como aquel centauro, Wil. Aquella criatura estaba tan atrapada por los preceptos de su deber racial que mató a los últimos supervivientes. Aquí estamos viendo la misma cosa: asesinatos y preparación para más asesinatos.

El «programa de búsqueda» de Wil les alejó lentamente del Lago de los Pacistas. Cincuenta mil años antes, aquello había sido un desierto vitrificado, pero los bosques de

jacarandas habían recuperado el terreno desde hacía ya algunos miles de años. Aunque aquellos bosques no existían cuando Marta estuvo por allí, eran muy parecidos a los que ella había tenido que atravesar en sus viajes. Wil estaba viendo la parte aérea del mundo que Marta había descrito. Hacia el Noreste, una faja grisácea se extendía por el borde del reino de los bosques. Aquello debía ser la telaraña kudzu, que mataba la jungla y evitaba su invasión. En el lado de las Jacarandas, de vez en cuando aparecían unas manchas plateadas que eran el resultado de los ataques que las telarañas hacían a los árboles que no eran Jacarandas y que habían crecido detrás de la barrera. Las Jacarandas, propiamente dichas, formaban un inacabable mar verde teñido por una espuma azulada de flores. Sabía que allí había también unas vastas telarañas, pero aquéllas estaban debajo de la cubierta de hojas, donde las orugas domesticadas por las arañas podían aprovechar las hojas sin tener que estar a la sombra.

Aquí y allí unos brillantes copos de nubes flotaban sobre todo aquello, trazando caminos de sombra.

Marta había andado algunos kilómetros antes de encontrar una cortina de telarañas. Desde su altitud, ellos podían ver algunas simultáneamente. Ninguna de ellas tenía menos de treinta metros a través. Temblaban a causa de la brisa que había a la altura de las copas de los árboles, y sus colores iban alternando entre el rojo y el azul eléctrico. En alguna parte por ahí abajo debía de haber el cauce fosilizado,

recuerdo del riachuelo que Marta había seguido en una de sus últimas expediciones partiendo del Lago de los Pacistas. Wil recordaba cómo debía de haber sido entonces aquel territorio: kilómetros de gris, el agua y el viento luchando todavía para romper la superficie vítrea. Marta debió transportar toda la comida que hubo necesitado.

Al frente, el bosque estaba salpicado con kudzu en zonas reducidas y repartidas irregularmente. Las cortinas de telarañas estaban distribuidas por todas partes. Se veía más azul, rojo y plata, que verde.

Della le dio la explicación oportuna.

—Los que Marta plantó se extendieron a partir de su línea de señalización. Es donde el nuevo bosque se encuentra con el antiguo; es como una guerra civil entre jacarandas.

Wil sonrió al oír la metáfora. Aparentemente, los dos bosques y sus arañas eran lo bastante diferentes para excitar el reflejo kudzu. Pensaba que tal vez las cortinas de telarañas podían ser como las concentraciones de animales en las fronteras de sus territorios. El revoltijo de colores pasó lentamente por debajo de ellos, y volvieron a volar por encima de Jacarandas normales.

—Ya nos hemos alejado mucho de donde llegó Marta en esta dirección, Wil. ¿Crees que alguien va a creer que estamos haciendo aquí una investigación seria?

Fingió no haberlo oído.

—Sigue esta línea otros cien kilómetros, luego vira y dirígete al lago donde Marta encontró los pescadores.

Treinta minutos después flotaban sobre un agua de color verde y castaño, era más un pantano que un lago. Las Jacarandas habían alcanzado el borde; parecía que el kudzu llegaba hasta el agua. Cincuenta mil años atrás, allí había habido una tierra maderera normal.

—¿Cuál es nuestra situación defensiva, Della?

—Fría, fría. A excepción del asunto del supresor, no se aprecia acción enemiga. Los NM y los Pacistas se han preparado, pero han cesado de dirigirse acusaciones. Hemos discutido la amenaza entre todos los tecno-max. Han estado de acuerdo en mantenerse alejados del aire por ahora y en aislar sus fuerzas. Si alguien ataca, sabremos su identidad. Y acabo, Wil: no creo que el enemigo se haya creído tu farol.

No había nada que hacer al respecto, y preguntó:

—¿Exactamente, hacia donde está el norte, Della?

Maldito volador, que no tenía casco de mando ni holos. Se sentía como un recluso dentro de un cuarto acolchado.

De repente, una flecha roja marcada con la palabra NORTE apareció sobre el bosque. Parecía que era

sólida y media kilómetros de longitud; así pues las ventanas, después de todo, eran holos.

—Bien. Retrocede hasta el este del lago. Desciende a mil metros.

Se desplazaron de lado, casi en caída libre. Todavía podían ver gran parte del lago.

—Traza una circunferencia que marque el perímetro original del lago. Que vaya marcada en grados —estudió el lago y la línea azul que ya lo rodeaba—. Quiero penetrar en el bosque hasta unos diez kilómetros de la orilla del lago con un rumbo de treinta grados a partir del norte.

Volaban tan cerca de la cubierta del bosque que podían distinguir las flores y las hojas que se alejaban velozmente a su paso. La cubierta parecía profunda y densa.

—¿Vas a tener problemas para encontrar donde posarte?

—No hay problema.

Cesó su movimiento hacia adelante. Estaban rozando las copas de los árboles. De sopetón, el volador golpeó directamente hacia abajo. Por un momento, la G negativa dejó a Wil colgado de su arnés. A su alrededor sonaron unos cortantes ruidos de destrucción.

Y habían logrado atravesar. Lo que estaba en el suelo estaba iluminado por los rayos de sol que les seguían por el agujero que acababan de abrir en la cubierta. Allí donde no llegaba aquella luz, todo era oscuro y verdoso. La basura iba cayendo por todas partes, a su alrededor. La mayor parte no tenía importancia. La telaraña de abajo tenía una acumulación de siglos de alas y restos de insectos, eran como pecios de un naufragio que todavía no habían aflorado a la superficie. Entonces cayó todo a la vez, oscilando a lado y lado del rayo de luz. Algunos residuos, ramas, flores, estaban todavía en el aire, sujetos por pedazos de telaraña. Más que cualquier otra cosa, a Wil le parecía aquello como si se hubieran sumergido en aguas profundas. El volador se apartó de la luz y sus ojos se adaptaron poco a poco a la penumbra.

—Ya estamos aquí, Wil. ¿Y ahora qué?

—¿Pueden vigilarnos bien los demás aunque estemos aquí abajo?

—Es complicado. Depende de lo que hagamos.

—Está bien. Creo que el montón de piedras está al suroeste de nosotros, cerca de la orientación que tomamos desde el lago. Después de tanto tiempo, no vamos a encontrar la menor evidencia en la superficie, pero confío en que podrás localizar las piedras. Y si no puedes, habré de pensar en otra cosa.

—Esto debería ser fácil.

El volador resbaló alrededor de un árbol. Estaban a menos de un metro de altura, y se desplazaban un poco más rápidamente que un hombre andando. Iban atrás y adelante a través de su orientación; la luz del sol que entraba por el agujero que habían hecho, se habían perdido tras ellos. El volador de Della medía cinco metros de alto y casi igual de ancho, pero no tuvieron inconveniente en seguir el camino de búsqueda. Wil miraba por la ventana, maravillado. Casi todo el suelo era absolutamente liso, formando una ligera pendiente verdegris. Aquello era la parte superior de la acumulación a lo largo de cincuenta mil años de los excrementos de las arañas, de hojas y de trozos de bichos. Era el cieno de las simas del bosque de Jacarandas.

El suelo del bosque era como Marta lo había descrito, pero mucho más tenebroso. Pensaba sí ella había creído realmente que aquello era hermoso, o lo había dicho para disfrazar una melancolía parecida a la que él sentía entonces.

—¡Mira… he encontrado algo, Wil! —había una expresión de verdadera sorpresa en la cara de Della—. Ecos fuertes, a unos treinta metros al frente.

Mientras hablaba, el volador había acelerado hacia adelante, esquivando los árboles.

—La mayor parte de las piedras están esparcidas, pero queda un conglomerado central. Esto… podría ser realmente lo que buscamos. ¡Dios mío, Wil!, ¿cómo pudiste saberlo?

El volador se posó en el suelo, cerca del secreto que estaba esperándoles desde hacía cincuenta mil años.

Capítulo XXIII

La puerta se deslizó para abrirse. Wil asomó su cabeza al aire del bosque. Y la volvió a meter inmediatamente. Puaf: tomad moho y añadid un condimento de mierda. Lo respiró de nuevo e intentó no ahogarse. Tal vez era la transición brusca lo que lo hacía tan horroroso, ya que el aire del interior del volador estaba lleno de los aromas matinales alpinos.

Pisaron el suelo del bosque. Se hundían hasta los tobillos en el humus gris verdoso. Wil tuvo mucho cuidado en no removerlo demasiado. Ya había basura de sobra en el aire.

Della describió un gran círculo tangente a su punto de aterrizaje.

—He hecho un croquis de la situación de todas las piedras. No son tan grandes como las que Marta usaba

generalmente, y sus formas son menos regulares. Pero reconstruyendo sus trayectorias… —se calló durante unos instantes—… veo que en otro tiempo estuvieron apiladas en forma de pirámide. El centro está intacto, y creo que en su interior hay algo que no es roca ni basura del bosque. ¿Qué te parece que hagamos?

—¿Cuánto tiempo vamos a necesitar para hacer una excavación cuidadosa, digamos tan buena como podría hacerla un arqueólogo del siglo veintiuno?

—Dos o tres horas.

Puesto que realmente tenían algo, tenían que protegerlo, y al mismo tiempo tenían que abandonar la cota del suelo del bosque.

—Podríamos emburbujar todo esto —dijo Wil.

—Pero sería muy difícil trasladar la burbuja si empezara el tiroteo. Ten en cuenta que Marta jamás dejó nada importante fuera del centro. En este caso mide menos de un metro a través. Podemos emburbujar sólo esto y salir de aquí al cabo de pocos minutos.

Wil hizo un signo de conformidad, y Della siguió hablando sin apenas hacer una pausa:

—Bueno, ya está hecho. Ahora retrocede un par de metros.

Docenas de reflejos de Wil y de Della surgieron de repente del suelo y el espacio que había entre ellos quedó cubierto por burbujas dispuestas apretadamente.

Ella regresó dando la vuelta al campo de espejos.

—Es muy difícil que las burbujas pasen desapercibidas contra el cielo de neutrinos; si el enemigo dispone de un equipo decente, podemos estar seguros de que ya ha visto esto —unos estallidos sónicos llegaron de más allá de las copas de los árboles—. No te preocupes. Son amigos.

Los recién llegados se introdujeron por el agujero que Della había abierto en la cubierta. Eran un autón y una nube de robots. Los robots se dedicaron a las burbujas, arrancándolas y arrastrándolas. Las que estaban en la primera capa salieron fácilmente, dejando ver que debajo había más burbujas. Sacaron también éstas para poder llegar a las que estaban en otras capas más abajo. En pequeña escala, Della Lu utilizaba la habitual técnica minera de trabajar a cielo abierto. Al cabo de pocos minutos podían ver un oscuro y profundo agujero. Las burbujas estaban distribuidas por todas partes, y daban unas relucientes copias de la cubierta del bosque que estaba por encima.

Una a una fueron recogidas por los robots que se las llevaron en volandas.

—¿Cuál de ellas es la que…?

—No lo puedes distinguir, ¿verdad? Confío en que el enemigo esté igualmente desconcertado. Le hemos dado setenta pistas falsas.

Wil advirtió que no todas las burbujas habían salido volando directamente. Una había sido transferida al autón y otra al volador de Della.

Della subió a bordo de su aparato, y Wil la siguió inmediatamente.

—Si nuestros amigos no empiezan a disparar en los próximos minutos, ya no lo harán nunca. Me voy a llevar todas las burbujas a mi casa. Ahora está a un millón de kilómetros, en el espacio. Desde allí podemos mirar en todas direcciones, disparar en todas direcciones y nadie nos puede alcanzar —atravesó directamente la cubierta del bosque y siguió elevándose a varias G.

Wil se hundió profundamente en su litera de aceleración. Todo lo que veía era el cielo. Entornó los ojos a causa de la luz del sol y dijo entrecortadamente:

—No nos va a atacar de ninguna manera. Todavía debe de creer que nos hemos tirado un farol.

Della se rió.

—No lo esperes —el cielo se inclinó y pudo verse el horizonte verde—. Veinte mil metros. Voy a utilizar la propulsión por medio de una explosión nuclear.

En caída libre. El cielo era negro a excepción del horizonte azul. Por lo menos habían ascendido unos cien kilómetros. Era como un corte en la cinta de vídeo: en un momento determinado estaban a una altitud normal en los aviones, y al siguiente estaban en el espacio. Algo brillante y parecido al sol se veía por debajo de ellos: era la detonación que les había sacado de la atmósfera. Hubiera querido saber por qué Della no había hecho el disparo nuclear a nivel del suelo. ¿Por alguna razón técnica? ¿O por sentimentalismo?

El cielo dio una nueva sacudida, y la curva del horizonte también cambió.

—Humm. Tengo a un tecno-min en la red de comunicaciones, Wil. Ella tiene ganas de hablar contigo.

—¿Quién es? Espera un poco antes de hacer la próxima impulsión nuclear. Deja que hable con ella.

Una parte de una de las ventanas se aplanó. Estaba mirando a alguien que llevaba el uniforme de trabajo de los NM y un casco con pantalla. El espacio que había a su alrededor estaba atestado de aparatos de comunicaciones del siglo veinticinco.

—¡Wil! —se transparentó el panel facial de su casco, y se vio la cara de Gail Parker—. ¡Gracias a Dios! Hace casi una hora que estoy intentando comunicar. Mira. Fraley se ha vuelto loco. Vamos a atacar a los Pacistas. Dice que si no lo hacemos nos destruirá. Dice que no hay ninguna manera de que los tecno-max puedan evitarlo. ¿Es cierto esto? ¿Qué está pasando?

Brierson se quedó callado, horrorizado. ¿Qué motivos tenía el asesino para desencadenar una guerra como aquélla?

—Hay parte de verdad en ella, Gail. Parece ser que alguien intenta destruir toda la colonia. Esta guerra puede formar parte de su plan. ¿Puedes hacer algo para evitar que…?

—¿Yo? —miró por encima de su hombro, y continuó en voz más baja—. Maldita sea, Wil. Estoy en nuestro centro de mando y comunicaciones. Claro que sí. Podría sabotear todo nuestro sistema de defensa. ¡Pero si es verdad que el otro bando va a atacarnos, me convertiría en la asesina de mi propia gente!

—Ninguno de nosotros podría actuar de otra forma, Gail. Intentaré convencer a los Pacistas. Haz… todo lo que puedas.

¿Qué haría yo si estuviera en su lugar? Su mente se desentendió de lo que Gail pudiera hacer.

Parker asintió.

—Yo…

La imagen se emborronó y se convirtió en un amasijo de colores. Un ruido chirriante fue creciendo hasta traspasar el umbral de audición.

—Señal interferida —dijo Lu.

—¿Della? ¿Puedes comunicar con los Pacistas?

Lu se encogió de hombros.

—No importa. ¿Por qué crees que te ha llamado Parker? Ella cree que al fin logró engañar a la seguridad de NM. En realidad, el enemigo está en posesión de todo su sistema de comunicaciones. Si la ha dejado hablar es porque esto forma parte de una maniobra de distracción.

—¿Distracción?

—Sí, y no podemos ignorarla; está a punto de conseguir que se maten unos a otros. Veo trayectorias balísticas que van en ambos sentidos a través del Mar Interior… Alguien está bloqueando mi enlace de onda larga con Yelén.

De repente, una parte de la ventana mostró el despacho de Yelén. Korolev estaba de pie.

—Los dos bandos están disparando. He perdido varios autones. Ambos bandos disponen del apoyo de la técnica

tecno-max, Della —la incredulidad se mezclaba con la rabia y el miedo; las lágrimas corrían por su cara—. Tendréis que seguir sin mi ayuda, por ahora. Voy a desviar mis fuerzas. No puedo dejar que mi gen… no puedo dejar que esta gente muera.

—Está bien, Yelén. Pero procura que los demás te ayuden. Tú sola no puedes confiar plenamente en tus sistemas.

Korolev se sentó, temblorosa.

—Tienes razón. Están de acuerdo en aportar sus fuerzas. Ahora empiezo mi operación de diversión —hubo unos momentos de silencio, Yelén miraba fijamente sin ver, como si estuviera en otra parte; el silencio se alargó… y los ojos de Yelén se agrandaron lentamente a causa del horror—. ¡Oh, Dios mío, no!

Su imagen se desvaneció, y Wil se quedó mirando hacia el cielo vacío.

Se encogió, amedrentado, y este movimiento le dejó colgado de su arnés de sujeción.

—¿Hay más interferencias?

—No. Simplemente dejó de transmitir —había una débil sonrisa en la cara de Della—. Ya había supuesto que esto podía pasar. Para cambiar sus fuerzas de sitio, ha tenido que usar rutinas de control que el enemigo no podía iniciar, pero

que había manipulado. Por fin se ha dado a conocer de una forma impresionante: las fuerzas de Yelén vienen a por nosotros. Todo lo que ella tenía en el espacio lejano se está desplazando para impedir que escapemos.

»Dentro de un minuto, ya sabremos contra quién hemos estado luchando todo este tiempo. Yelén no puede dominarme ella sola. El asesino va a tener que presentarse con su propio armamento… —su sonrisa se hizo mayor—. Vas a ver disparos de verdad, Wil.

—Me resulta difícil esperar más —metió su registro de datos en el lateral de su butaca de vuelo.

—Oh, no creas que vas a ver mucho; a simple vista esto no va a resultar demasiado espectacular —dijo, ¡y estaba tarareando!

Dios quiera que esta locura no afecte a su habilidad.

El horizonte osciló de nuevo. No se apreciaba ninguna aceleración ni ningún sonido. Era como unos efectos especiales mal pergeñados de una película antigua. Pero estaban a más de mil kilómetros de altura, el Mar Interior era como una pequeña charca salpicada de nubes. Y se podía apreciar cómo se alejaba la Tierra; estaban viajando a docenas de kilómetros por segundo. ¿Sería posible que, sin Yelén, los otros pudieran proteger a los tecno-min de unos pocos misiles balísticos? El hado maléfico le dio una pronta

respuesta: tres brillantes chispazos se iluminaron en la costa sur, a un tercio del camino que iba del Extremo Oeste hasta los Estrechos del Este. Wil gimió.

—Esto han sido explosiones en la parte superior de la atmósfera, sobre Ciudad Korolev —dijo Della—. Si los Dasguptas propagaron tu aviso, no debe de haber habido demasiadas bajas —había perplejidad en su voz.

—¿Pero dónde están Chanson, Genet y Blumenthal? Seguramente…

—Seguramente, ¿podrían evitar esto?

Cuando Della acababa de formular la pregunta, cambió de pantalla durante unos momentos, y luego:

—¡Oh… uouou!

Sus palabras eran casi un suspiro, lleno de admiración y sorpresa. Estuvo callada unos momentos más. Después su mirada se posó en Wil.

—Durante todo el rato, estábamos esperando poder hacer salir al asesino a espacio abierto. ¿No es verdad? Bien… tenemos un pequeño problema. Todas las fuerzas de los tecno-max se han vuelto contra nosotros.

Aquello parecía un relato corto que Wil había leído en cierta ocasión: el detective se encierra en una habitación con

todos los sospechosos. Todos los sospechosos resultan culpables… Una fosa sin lápida para el detective. Final feliz para todos los sospechosos.

—Tienen más armas que nosotros, Wil. Esto se va a poner muy interesante.

La sonrisa había desaparecido casi por completo de su cara, y había sido sustituida por una mirada de intensa concentración. Unas súbitas luces y sombras se alternaron dentro de la cabina. Wil miró hacia arriba y vio una serie de puntos luminosos que se encendían primero y luego se apagaban hasta la oscuridad.

—Tienen una gran cantidad de material en las zonas del Lagrange. Nos lo están echando encima, al mismo tiempo que nos atacan con todas las armas de sus bases en la Tierra. No tenemos manera de llegar a mi alojamiento, por ahora.

Volvieron a descender a baja altitud, el horizonte se extendía plano a su alrededor, y los Alpes Indonésicos desfilaban por debajo de ellos. Sus cinturones de seguridad se tensaron y el volador salió disparado hacia adelante a muchas G, y luego se desvió hacia un lado. La conciencia de Wil desapareció en una penumbra rojiza. Le pareció oír que Della decía:

—… perdido el tiempo real cada vez que hemos salido proyectados por explosiones nucleares. Ahora no puedo permitirlo.

Estaban de nuevo en caída libre por lo menos durante un segundo, luego en una aceleración aplastante y otra vez en caída libre. Se producían relámpagos a todo su alrededor, iluminando el mar y las nubes con unos soles suplementarios. Más aceleración. Las cosas no resultan tan excitantes, cuando toda va bien.

El horizonte dio una sacudida y la aceleración cambió de signo. Sacudida. Sacudida. Cada traslación del mundo exterior iba acompañada de un cambio de aceleración, porque el sistema antigravedad se estaba usando combinado con los impulsos de explosiones nucleares. Las palabras de Della llegaron en forma de entrecortados jadeos.

—Son unos hijos de puta.

Alrededor de ellos el horizonte se alzó, a varios kilómetros por segundo. La aceleración era muy elevada, hacia el espacio.

—Han dejado atrás a mis defensores.

Sacudida. Iban mucho más bajos, arrojándose paralelamente a la gran pared que era la Tierra.

—Estoy en sus puntos de mira.

Sacudida.

—Siete impactos directos dentro de… —Sacudida. Sacudida.

Sacudida. Otra vez en caída libre. Esta última les había llevado alto sobre el Pacífico. Abajo, todo era azul y nubes del océano.

—Tendremos un minuto de respiro. He reagrupado mis fuerzas y me he proyectado por impulso nuclear en medio de ellas. El enemigo, ahora mismo, ha conseguido pasar.

Hacia el Oeste, soles puntuales relampagueaban cada vez más intensamente. En el cielo que tenían debajo, se veía algo fantástico: cinco explosiones, luego una docena. Las nubes iban surgiendo rápidamente como en una cristalización rápida, alrededor de unas hebras de fuego. ¿Serían armas de energía dirigida?

—Somos la pieza principal de este juego; intentan echarnos de ésta era.

En alguna parte, Wil encontró su voz. Y lo que era más difícil todavía: parecía estar tranquilo.

—No hay nada que podamos hacer, Della.

—Pues… yo no he llegado hasta tan lejos para retirarme ahora —pausa—. Muy bien. Hay otra manera de proteger a la pieza principal. Algo arriesgada pero…

El asiento de Wil de pronto cobró vida. Los lados se doblaron hacia dentro, haciéndole cruzar los brazos sobre su vientre. El descansapiés se levantó, forzando a sus rodillas hasta casi el nivel de su pecho. Al mismo tiempo, todo el conjunto giró de lado, para quedar encarado con una Della Lu en posición análoga. Aquello empezó a comprimirse dolorosamente, apretando a ambos hasta convertirlos en un paquete redondo. Y luego…

Capítulo XXIV

Hubo una caída instantánea. La aceleración osciló, y luego se estabilizó a una G.

La butaca aflojó su presión.

La luz del sol había desaparecido. El aire era cálido y seco. ¡Ya no estaban en el volador! El «campo de una G» era el de la Tierra. Habían aterrizado.

Della ya se había puesto en pie y estaba desmantelando parte de su butaca.

—Bonita puesta de sol, ¿verdad? —hizo un gesto con su cabeza hacia el horizonte.

Ocaso o aurora. Wil no tenía noción de la dirección, pero el calor del aire le hacía suponer que estaban al final del día.

El sol era rojizo, y su luz enfermiza llegaba hasta ellos a través de un plano horizontal. De pronto se sintió enfermo. ¿El disco del sol estaba enrojecido por que estaba cerca del horizonte, o era su propio color?

—Della, ¿hemos… saltado muy lejos?

Ella le miró mientras seguía revolviendo en sus cosas.

—Aproximadamente unos cuarenta y cinco minutos. Si podemos vivir otros cinco, estaremos bien.

Sacó un mástil de un metro de longitud del respaldo de su butaca, le colocó una correa, y se lo colocó sobre los hombros. Vio metal reluciente en los lugares donde la burbuja había segado la butaca para separarla del volador de Della. La burbuja debía haber medido, escasamente, un metro de diámetro. No era de extrañar que hubiesen estado tan apretados.

—Debemos evitar que nos vean. Ayúdame a arrastrar todo esto hasta allí —señaló hacia una colina que parecía un pomo de puerta y estaba a un centenar de metros de distancia.

Se encontraban en un profundo cráter de suciedad y de roca acabada de trocear. Wil cogió una silla con cada mano y tiró de ellas; rápidamente salió del cráter y quedó sobre la hierba. Della le hizo señas para que se detuviera. Tomó una de las sillas y le dio la vuelta.

—Arrástrala sobre el lado liso. No quiero dejar ningún rastro.

Della se inclinó de nuevo sobre la carga, arrastrándola con presteza sobre la corta hierba. Wil la seguía, tirando de la suya con una sola mano.

—Cuando dispongas de un minutos, me gustaría saber qué vamos a hacer.

—Te lo explicaré, pero antes hemos de poner esto a cubierto.

Se volvió, se echó la carga al hombro y trotó, o poco menos, hacia la colina pedregosa. Les costó varios minutos llegar hasta allí, porque la colina era mayor y más alejada de lo que había parecido en principio. Se alzaba sobre la hierba y los arbustos como un guardián amenazante. A excepción de los pájaros que echaron a volar cuando se acercaron a ella, parecía estar sin vida.

El terreno que había a su alrededor era desnudo y con surcos. La roca se levantaba sobre su base, con unas profundas cuevas a su alrededor. Aquel lugar olía a muerte. Wil vio unos huesos entre las sombras. Della también los vio. Hizo resbalar su butaca sobre los huesos e hizo un ademán a Wil para que la imitara.

—No me gusta esto, pero antes hemos de preocuparnos de otros cazadores.

Cuando el equipo ya estuvo escondido, subió por la roca para alcanzar una pequeña cueva que había unos cuatro metros más arriba. Wil la siguió con mayor dificultad.

Miró a su alrededor antes de sentarse al lado de ella. Aquel hueco casi no podía ser considerado como una cueva. Nada les podía sorprender desde atrás, a pesar de que alguna alimaña lo había utilizado como comedor, ya que se veían más huesos roídos. Desde la cueva les quedaba oculto casi todo el cielo, pero no obstante gozaban de una buena vista del terreno, casi hasta la base de la peña.

Wil se sentó, estaba impaciente por las explicaciones; de repente quedó profundamente afectado por el silencio. Durante todo el día, la tensión había ido en aumento, llegando a un clímax de violencia en los minutos anteriores. Pero ya había desaparecido toda señal de lucha. A un centenar de metros, los pájaros se agrupaban alrededor de un árbol poco desarrollado, y sus chillidos y batir de alas rompían el gran silencio. En el horizonte sólo lucía una estrecha astilla de sol. Vista bajo aquella luz, la pradera tomaba un tinte rojo y dorado, roto aquí y allá por la oscura maleza. La brisa era débil, pero todavía guardaba el calor de todo el día. Llevaba perfumes y pestilencias, y secaba el sudor sobre la cara.

Miró a Della Lu. Aunque ella parecía no darse cuenta, el oscuro cabello le caía sobre sus mejillas.

—Della, ¿hemos perdido? —preguntó en voz baja.

—¿Qué? —le miró, y poco a poco pareció que volvía a darse cuenta de las cosas—. Todavía no. Tal vez ganaremos si esto funciona… Concentraban todos sus efectivos sobre nosotros. El único modo como podíamos permanecer en ésta era y sobrevivir, era desapareciendo. Lancé toda mi guardia interior sobre nuestro volador. Hicimos explotar a un tiempo todas nuestras cargas nucleares y desaparecimos en forma de millares de burbujas de un metro de tamaño. En una de estas burbujas estábamos tú y yo; setenta de ellas proceden del montón de piedras. Ahora están repartidas por todas partes: en la superficie de la Tierra, en su órbita, en la órbita solar. La mayor parte de las de la superficie estaban temporizadas para explotar pocos minutos después del impacto.

—Es decir ¡andamos perdidos en todo el tumulto!

La sonrisa de Della no era más que un fantasma de su anterior entusiasmo.

—Correcto. Todavía no nos han atrapado. Creo que lo hemos logrado. Si disponen de algunas horas, pueden hacer una búsqueda minuciosa, pero no pienso darles tiempo para ello. Mi guardia de distancia media ya ha bajado y les está dando motivos para que se preocupen por otras cosas.

»Aquí estamos totalmente indefensos, Wil. Ni siquiera dispongo de un burbujeador. Nuestros enemigos podrían cogernos con una pistola de cinco milímetros, con tal de saber hacia dónde tirar. He tenido que destruir mi guardia inmediata para poder escapar. Lo que queda está en desventaja de dos a uno. Pero… pero creo que todavía puedo ganar. Durante cincuenta segundos de cada minuto, estoy en comunicación por onda de rayo compacto con mi flota. Dio unos golpecitos sobre la barra de un metro de largo que había dejado en el suelo, entre ellos. Uno de sus extremos estaba constituido por una esfera de diez centímetros. Había dejado la barra de forma que la esfera estuviese en la boca de la cueva. Wil la examinó más de cerca y vio que era iridiscente y que latía. Era alguna clase de transmisor coherente. Las fuerzas propias de Della sabían donde estaban escondidos, y no necesitaban más que mantener una unidad alineada visualmente con Lu para que ésta pudiera dirigir la batalla.

La voz de Della era distante, casi indiferente.

—Quienquiera que sea, sabe mucho de infiltrarse en los sistemas, pero no sabe combatir. Yo he luchado durante siglos de tiempo real, con burbujeadores y supresores, con cabezas nucleares y con láser. Tengo programas que jamás habrías podido comprar en la civilización. Incluso sin mí, mi sistema puede luchar más inteligentemente que el otro bando… —una risita—. Lo de la órbita elevada ya ha concluido. Ahora estamos jugando al «si te veo te pegan un

tiro»: «ver» se refiere a alrededor de la curvatura de la Tierra, y lo de «pegar tiros» va destinado a todo lo que asome la cabeza. Muchachos y muchachas corriendo dando vueltas alrededor de su casa, matándose unos a otros… Voy ganando, Wil. De verdad. Pero lo estamos quemando todo. ¡Pobre Yelén, tan preocupada siempre por que nuestro sistema no iba a durar lo suficiente para poder reinstaurar la civilización! En una tarde estamos destruyendo todo lo que habíamos acumulado.

—¿Y qué ha pasado con los tecno-min? ¿Ha quedado alguno por quien valga la pena luchar?

—¿Te refieres a su juego de la guerra? —se mantuvo en silencio durante unos quince segundos, y cuando volvió a hablar parecía estar mucho más lejos—. Esto ha acabado en cuanto ha servido para los propósitos del enemigo.

Tal vez sólo había desaparecido Ciudad Korolev. Della estaba sentada, recostada en la pared posterior de la cueva; apoyó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Wil estudió su cara. ¡Cuán diferente parecía entonces de aquella criatura que había visto en la playa! Y cuando no hablaba, no tenía perspectivas extrañas ni cambiaba de personalidad. Su cara era joven e inocente. Su lacio pelo negro seguía cayéndole encima de la mejilla. Tal vez estaba dormida, y de vez en cuando sus sueños le hacían mover los labios y las pestañas. Wil iba a separarle los cabellos de su

cara, pero se contuvo. La mente que había en aquel cuerpo estaba mirando desde muy lejos a través del espacio, viendo la Tierra desde todas las direcciones, y dirigía un bando de la más extensa batalla que Wil había conocido jamás. Era preferible que dejara tranquilos a los generales que dormían.

Se arrastró por la base de la cueva hasta su entrada. Desde allí podía ver las llanuras y parte del cielo, a pesar de estar mejor oculto que Della.

Miró a través de la tierra. La única forma en que podía ayudar era protegiendo a Della de los bichos que habían por allí. Unos pocos pájaros habían regresado al peñasco. Eran la única forma visible de vida animal. Tal vez aquellos sitios llenos de huesos estaban abandonados. Tal vez Della había llevado hasta allí algún arma de mano y un botiquín de primeros auxilios. Miró los lisos armazones de las butacas de aceleración y pensó si debía preguntárselo. Pero Della estaba en conexión profunda; no había estado tan concentrada ni en medio del primer ataque… Era preferible esperar a tener una emergencia real. De momento, bastaría con que vigilase.

Fue desapareciendo la luz y apareció la luna en su cuarto por el lado oeste del cielo. Por la trayectoria de la puesta de sol, supuso que se encontraban en el hemisferio norte, alejados de los trópicos. Aquello podía ser Calaña o la sabana que estaba enfrente de aquella isla en la costa oeste de

Norte América. Por algún motivo, Wil se sentía mejor al saber dónde se hallaba.

Los pájaros habían callado. Se oía un zumbido que esperaba que fuera de insectos. Le resultaba difícil mantener la mirada en el suelo. Al llegar la noche, era imposible dejar de mirar el espectáculo del cielo. La aurora vespertina se extendía por el horizonte de Norte a Sur. Aquel resplandor pálido era más brillante que cualquiera que hubiera podido ver en otras ocasiones, incluso desde Alaska. La batalla seguía lentamente su curso detrás de aquel telón. Algunas de las luces visibles no eran más que destellos, como una gema que sólo se hace visible cuando alguna de sus facetas refleja alguna luz mágica. Las luces se encendían y apagaban, pero consideradas en conjunto, no se desplazaban: debía tratarse de una lucha en una órbita alta, tal vez en la zona de Lagrange. Durante media hora seguida, no se apreció ninguna otra acción. Después, una parte de la batalla que se desarrollaba en las proximidades de la Tierra apareció por encima del horizonte. Eran los del «si te veo, disparo». Aquellas luces creaban unas sombras intensas, empezaban siendo de un blanco brillante, e iban decayendo hacia el rojo durante cinco o diez segundos.

A pesar de que no tenía la menor idea de quién estaba ganando, Wil imaginó que podía seguir parte de la acción. En las cercanías de la Tierra, una lucha con disparos debía de estar empezando con diez o veinte detonaciones en una amplia parte del cielo. A continuación, hubo más

explosiones nucleares en un espacio cada vez más reducido, lo que hacía suponer que la lucha había rebasado los robots para llegar al autón central. Hasta las explosiones más pequeñas que entonces eran visibles, eran como hebras de luz que brillaban con mayor o menor fulgor en función de la cantidad de restos que había allí por donde pasaban. Sus trayectorias convergían hacia la red de detonaciones que se contraía. Algunas veces, esta red desaparecía porque se había vencido al enemigo, o éste estaba en estasis por mucho tiempo. En otras ocasiones, se producía un brillante chispazo en el centro, o una serie de ellos, en dirección centrífuga. ¿Eran intentos de escapar? En cualquier caso, o la batalla terminaba entonces, o se desviaba algunos grados en el firmamento. La aurora aparecía a ráfagas de igual brillo que la luna sobre el desierto campo de batalla.

A pesar de que se desplazaban a centenares de kilómetros por segundo, las naves que luchaban tardaban cierto tiempo en cruzar el firmamento, lo que proporcionaba tiempo para que las explosiones nucleares se fueran amortiguando hasta tener un color rojo que recordaba al de la aurora. Era como si se hubiera filmado a cámara lenta unos fuegos artificiales.

Todo el terreno que les rodeaba estaba vacío y en silencio, exceptuando las sombras movedizas, el zumbido de los insectos y algún chillido ocasional poco tranquilizador. Únicamente en una ocasión pudo oír algo relacionado con la batalla: tres hilos de energía dirigida se entrecruzaron en el cielo, procedían de la lucha que estaba más allá del

horizonte. Se trataba de disparos muy bajos, que en realidad estaban dentro de la atmósfera. Mientras desaparecían, se formaron a su alrededor unas estelas de condensación. Al cabo de un minuto, Wil oyó un débil trueno.

Pasó una hora, y después otra más. Della no había pronunciado una sola palabra. Por lo menos, dirigida a él. La luz se paseaba arriba y abajo de la bola de su centro de comunicaciones, y las franjas de interferencia cambiaban cada vez que volvía a alinear el enlace.

Algo empezó a aullar. Los ojos de Wil barrieron la llanura. No tenía más luz que la del crepúsculo: no había ningún intercambio de disparos cercano a la Tierra, y la acción en órbita alta no era más que un ligero chisporroteo en la parte oeste del horizonte… ¡Ah, estaba allí! Unas sombras grises, a un par de centenares de metros de ellos. Eran muy pesados en proporción a su tamaño, o tal vez era que se arrastraban pegados al suelo. El aullido se extendió, y se fue transmitiendo de uno a otro foco, primero alejándose y luego retrocediendo. ¿Estaban luchando? ¿O tal vez admiraban los fuegos artificiales?

Se acercaban cada vez más, y eran fácilmente distinguibles. Las criaturas tenían casi el tamaño de un hombre, pero se mantenían pegadas al suelo. Avanzaban a saltos: trotaban hacia adelante unos metros y se dejaban caer al suelo para continuar con su serenata desde allí. La manada se mantenía dispersa, a pesar de que había parejas

y tríos que formaban pequeños núcleos al correr. Todo aquello evocaba unos desagradables recuerdos en la mente de Wil. Se puso de rodillas y se arrastró hasta donde estaba Della.

Antes de que llegara junto a ella, Della empezó a susurrar:

—No mires, Wil. Los he agotado… pero han adivinado que estamos en la superficie. Durante la última hora han intentado localizarme, principalmente sobre Asia —dejó escapar algo parecido a una risita—. Lo mejor es que se hayan equivocado de continente. Pero ahora van a cambiar. Si no puedo impedirlo, lanzarán proyectiles nucleares a baja altitud a través de Norte América. Túmbate y no asomes la cabeza.

Los aullidos se oían aún más cerca. Las desgracias nunca vienen solas. Wil puso las manos sobre los hombros de Della, y la sacudió suavemente.

—¿Hay armas en los bastidores de las butacas?

Sus ojos se abrieron, sorprendidos y salvajes.

—¡No podemos hablar! Si me localizan…

Wil volvió a la entrada de la cueva. ¿De qué estaba hablando Della? Solamente el crepúsculo iluminaba el cielo. Debía haber armas escondidas en las butacas. Si descendía, quedaría expuesto sobre el fondo del cielo durante unos

pocos segundos, pero luego podría esconderse bajo el saliente y ocuparse de las butacas. El más próximo de aquellos animales que parecían perros estaba sólo a unos ocho metros. Wil saltó frente a la roca, y… Della soltó un penetrante grito de dolor con toda la potencia de su garganta. El universo de Wil se volvió de un blanco cegador, y una ola de calor recorrió su espalda, quemándole las manos y la nuca. Saltó hacia el interior de la cueva, y rodó hasta la pared posterior. El único ruido perceptible era el de la repentina animación de los perros.

Se produjo otro relámpago, y un tercero, cuarto, quinto… Estaba hecho un ovillo alrededor de Della, protegiendo las caras de ambos de cualquier cosa que pudiera entrar por la entrada de la cueva. Cada relámpago parecía más débil que los anteriores; las terribles y silenciosas pisadas se alejaron de ellos. Pero con cada uno de los relámpagos, Della sufría un espasmo, y su tos salpicaba de humedad la camisa de Wil.

Por fin retornó la oscuridad. Su cuero cabelludo empezó a temblar, el pelo de Della seguía pegado a su cara cuando se inclinó para apartarse de ella. Una pequeña chispa azul saltó de sus dedos cuando tocó la pared. Lu gemía sin palabras, y cada vez que respiraba acababa en un acceso de ahogo y tos. La puso de lado y se aseguró de que no se tragara la lengua. Su respiración se tranquilizó y los espasmos cesaron.

—¿Puedes oírme, Della?

Un largo silencio, roto por los lastimeros ladridos de los animales que estaban en el exterior. Después su respiración se hizo más fuerte y murmuró algo. Wil se acercó a su cara:

—… engañado. No van a venir por aquí a meter sus narices durante algún tiempo… pero ahora he quedado aislada… el enlace de comunicaciones ha quedado destrozado.

Más allá de la cueva, continuaban los lamentos, pero empezaban a oírse también ruidos de movimientos.

—Tenemos problemas locales, Della. ¿Has traído armas de mano?

Ella apretó su mano.

—En las butacas de salvamento. Se abren con mi señal… o con mi huella dactilar… lo siento.

Descansó la cabeza en el suelo y se arrastró hacia la entrada. El centro de comunicaciones ya no brillaba, pero su extremo esférico estaba demasiado caliente y no se podía tocar. Wil pensó en todos los aparatos que Della llevaba en su cabeza y se estremeció. Era un milagro que siguiera con vida.

Wil miró al exterior. El terreno estaba bien iluminado: los residuos del ataque nuclear que habían sufrido relucían ante ellos, formaban una línea de manchas brillantes que alcanzaban hasta el lado oeste del horizonte. Cinco de

aquellos trasuntos de perro estaban tendidos retorciéndose a poca distancia de ellos. La mayor parte de los restantes se habían reunido en una compacta jauría. Había mucho gimoteo mientras husmeaban el terreno y el aire. La gran intensidad de la luz había quemado sus ojos. Evolucionaron hacia la roca y se refugiaron debajo de su voladizo, esperando que transcurriera el período de oscuridad. Muchos de ellos tendrían que esperar mucho tiempo.

Nueve perros andaban por el borde de la jauría, ladrando quejumbrosamente. Wil suponía que aquello significaba:

—Vamos, vamos. ¿Qué os pasa?

Algo había protegido los ojos de aquellos nueve y todavía podían ver.

Tal vez pudiera coger las pistolas aún. Wil cogió el cetro de comunicaciones. Era sólido y pesado; aunque no sirviera ya para otra cosa, sería una buena cachiporra. Se deslizó por el borde del peñasco y se dejó resbalar hasta el nivel del suelo.

Pero no pudo hacerlo sin ser observado. Los aullidos empezaron antes de que tocara el suelo. Tres de los que podían ver saltaron hacia él. Wil retrocedió bajo la cornisa que escondía las butacas. Sin perder de vista a los bichos perrunos que se le acercaban, tiró de una de las butacas y la sacó a terreno abierto.

Fue entonces cuando llegaron hasta él, el perro que iba en cabeza se lanzó a sus tobillos. Wil dio un golpe con el cetro, pero dio en vacío porque el perro le esquivó y se alejó. El siguiente llegó a la altura de los muslos y recibió en plena cabeza el golpe de revés de Wil. Los huesos crujieron bajo el impacto del metal. La bestia no llegó ni a ladrar, cayó fulminada al suelo y se quedó inmóvil. El tercero retrocedió, y empezó a dar vueltas alrededor de él. Wil alzó la butaca tomándola desde su extremo. No se veía la menor juntura, tal como recordaba. No había botones ni cierres. La golpeó fuertemente contra la roca. Saltaron esquirlas de la roca, pero el bastidor se quedó sin un arañazo. No tendría otro recurso que llevarla a la cueva para que Della la tocara.

La butaca pesaba cuarenta kilos, pero había algunos sitios donde sujetarse en la pared rocosa. Podría hacerlo, siempre que sus amigos siguieran intimidados. Hizo pasar el cetro por el atalaje de sujeción de la butaca y se la echó al hombro. Había ascendido menos de dos metros cuando le atacaron de nuevo.

Debía haberlo supuesto; aquellos bichos eran como aquella rara clase de perros que Marta había encontrado cerca de las minas de Punta Oeste. Eran tan grandes como los komodos, lo suficientemente grandes para no consentir que se les llevara la contraria. Unas mandíbulas se lanzaron contra sus botas y se agarraron a ellas. Cayó de lado. Así era como le podían atacar mejor; Wil sintió un verdadero terror cuando vio que uno de ellos se lanzaba sobre su vientre.

Puso la butaca delante de su cuerpo, y la criatura se desvió. Wil alcanzó con el cetro al que le seguía, detrás del cuello.

Cuando Wil se puso de pie, retrocedieron. Alrededor de la piedra los que estaban cegados ladraban y aullaban. Eran como la claque para que el público animara a su equipo.

Y ya no se podía pensar en las butacas de salvamento. Había tenido mucha suerte al poder regresar a la cueva.

Por el rabillo del ojo observó un movimiento y miró hacia arriba. ¡Los perros no podían hacerlo, pero aquellas criaturas podían trepar! El animal iba tanteando cuidadosamente el camino por la pared de piedra. Sus flacas patas se extendían en cuatro direcciones. Casi había llegado a la boca de la cueva. ¡Della! Se apartó cuanto pudo de la piedra y lanzó el cetro con toda la fuerza de que era capaz. El extremo esférico golpeó a la bestia en el espinazo, a medio camino entre el hombro y el anca. Soltó un chillido y cayó, y el cetro fue rebotando tras él. El animal se quedó de espaldas, con sus cuartos traseros paralizados, pero lanzando zarpazos con sus patas delanteras. Cuando Wil intentó recuperar el cetro, una de las garras rasgó su brazo Wil sintió un vago dolor pulsante, y que algo húmedo corría por su manga. Había que admitir que la cueva no era segura. Suponiendo que pudiera regresar hasta ella, iba a resultar difícil de defender ya que había varios caminos para llegar hasta ella. Se arriesgó a mirar otra vez hacia arriba. Había otra cueva más arriba, en la misma peña. El camino que llevaba hasta ella estaba

protegido por unas paredes escarpadas. Allí sería capaz de defender su puesto.

Los animales que podían ver daban vueltas para acercarse. Volvió a empujar la butaca debajo de la cornisa y echó a correr hacia la pared rocosa, saltando lo más alto que le fue posible. Aquellas bestias que parecían perros le seguían muy de cerca, pero esta vez Wil tenía una mano libre. Hizo revolotear el cetro frente a sus morros y trepó un metro más arriba. Una de las criaturas ascendía paralelamente a él. Por suerte adelantaba poco, ya que no era más ágil que el humano. ¿Iba tras él, o trataba de atacar a Della? Wil simuló que no se había dado cuenta. Se detuvo para atizar a los que le acosaban desde abajo. Podía oír el ruido de las garras sobre la piedra. Se estaba moviendo lateralmente hacia él de roca en roca. Wil aún fingía no verlo. Soy una presa fácil, soy una presa fácil.

Uno de los perros le mordió la bota. Se agachó y le destrozó el cráneo con el cetro. Sabía que el otro estaba sólo a un metro de distancia y que se acercaba desde arriba. Sin volver la cabeza, Wil golpeó hacia arriba con el cetro. Golpeó contra algo blando. Por un instante el hombre y aquello que parecía un perro se miraron, pero ninguno de los dos disfrutó con ello. Las fauces se abrieron y soltaron un terrible rugido. Sus mandíbulas estaban a muy poca distancia, podían morder la cara de Wil, pero el cetro lo estaba empujando por el pecho para lanzarlo fuera de la pared. Brierson apoyó la cabeza sobre su brazo y empujó con mayor

fuerza. Durante un momento ambos se quedaron inmóviles, agarrados a la piedra. Wil sintió que su propio cuerpo estaba cediendo. Entonces algo se estrelló contra el perro, desde arriba, y su gruñido se trocó en un alarido. Sus garras intentaron clavarse desesperadamente en la piedra. Su resistencia cesó de golpe y cayó por su lado.

Pero los otros se acercaban. A medida que iba llegando arriba, alzó la vista. Algo le miraba desde la cueva. La cara tenía unas manchas raras, pero era humana. De alguna manera, Della había podido despeñar al perro. Hubiera querido gritar dándole las gracias, pero estaba demasiado ocupado en trepar por la pared.

Se izó hasta encima del borde de la cueva, se volvió y lanzó un azote en dirección al perro que le seguía de cerca. O aquella bestia tenía mucha suerte, o Wil estaba demasiado cansado: el animal logró esquivar el golpe moviendo la cabeza y mordió el asta del cetro. Dio un tirón y casi sacó a Wil de la cueva, arrancándole el cetro de la mano. La bestia cayó por el despeñadero, llevándose con él a algunos de sus congéneres.

Wil se sentó unos momentos, jadeando. ¡Vaya una incompetencia la suya! Marta había logrado sobrevivir cuatro décadas, sola, en aquel desierto. Wil y Della llevaban allí menos de cuatro horas. Habían cometido toda clase de errores estúpidos, y ahora acababa de perder su única arma. Debajo de ellos se estaban congregando más bestias. Si él y

Della lograban resistir una hora más, sería un milagro. Y no durarían ni diez minutos si se quedaban en aquella cueva. Entre jadeos, explicó a Della que había otra cueva más arriba. Estaba tumbada sobre su estómago y con la cabeza inclinada hacia un lado. Aquello oscuro que había en su cara era sangre. Tosía cada pocos segundos, mandando unas salpicaduras oscuras por encima de la piedra. Su voz era muy débil y no articulaba bien.

—No puedo trepar a ninguna parte, Wil. He tenido que arrastrarme sobre el vientre para llegar hasta aquí.

Los bichos volvían a trepar por la pared. Por unos momentos, Wil consideró la posibilidad de su propia muerte. Todos nos hemos preguntado alguna vez cómo va a ser nuestro adiós a la vida. Cuando se trata de un policía, hay unos guiones clásicos. Pero ni en un millón de años hubiera podido imaginar algo parecido: morir con Della Lu, desgarrado a zarpazos por unas criaturas que jamás habían existido en la historia humana. Olvidó la idea, y volvió a desplazarse, haciendo cuanto podía.

—Siendo así, te llevaré —le cogió de las manos—. ¿Puedes colgarte de mi cuello?

—Sí.

—Muy bien.

Se volvió y guió los brazos de ella sobre sus hombros. Se puso de rodillas. Ella aguantó, su cuerpo se apretaba contra su espalda. Él se daba perfecta cuenta de sus curvas femeninas. Della había cambiado algo más que su pelo desde aquel día en la playa.

Se secó una mano en sus pantalones. La herida de su brazo casi no sangraba, pero había suficiente sangre para que fuera resbaladizo.

—Avísame si notas que empiezas a perder tus fuerzas.

Se arrastró fuera de la cueva hasta un reborde ascendente. Della pesaba más que la butaca de salvamento, pero se esforzaba en agarrarse, de forma que él tenía ambas manos libres. El reborde acababa en una chimenea estrecha con dirección ascendente. En alguna parte, detrás de ellos, se veían los disparos de una nueva batalla. Más que ansiedad, aquello le produjo agradecimiento, ya que la luz le permitía ver las grietas de la roca. Puso el pie en una de la izquierda y luego en otra de la derecha, andando prácticamente chimenea arriba. Menos de dos metros les separaban de la cueva.

Los perros habían conseguido alcanzar la primera cueva. Podía oír como iniciaban el recorrido del reborde. Si aquello resultaba fácil para él, también les resultaría fácil a ellos. Miró hacia abajo y vio que tres de ellos subían corriendo en fila de a uno.

—¡Agárrate fuerte!

Llegó arriba, aún tenía los brazos enganchados en la boca de la cueva cuando el perro que iba en cabeza le alcanzó el pie. Esta vez notó que los dientes atravesaban el plástico. Wil lanzó la pierna hacia atrás alejándola de la pared, y el animal se quedó como un peso que se retorcía colgado de su pie. Sus patas delanteras agarraron la pierna.

Cuando alcanzó el ángulo conveniente, el pie salió de la bota. El perro hizo un tremendo esfuerzo para trepar por su pierna y sus garras destrozaron la carne de Wil. Después desapareció, golpeando a los que le seguían.

Wil consiguió meterse en la cueva y dejó a Della tendida de lado. Su pierna le daba una agonía múltiple. Se sacó la pernera del pantalón. Una película de sangre salía de las heridas, pero no había una gran hemorragia. Podría detener la sangre si conseguía un momento de respiro. Comprimió la herida más profunda, al tiempo que vigilaba si había otro asalto. Probablemente, poco importaba. Sus uñas y dientes no podían competir con las garras y los caninos de quince milímetros.

… la mala suerte va a rachas. Wil olió el hedor que reinaba en la cueva. La primera olía a muerte, a huesos destrozados con trozos de carne desecada; esta cueva apestaba a putrefacción húmeda. Algo grande y muerto hacía poco tiempo estaba detrás de ellos. Y además, allí había algo más

que estaba con vida: Wil había oído un campanilleo metálico.

Wil se inclinó hacia adelante y colocó en su puño la bota que le quedaba. Continuó el movimiento hasta dar una vuelta rápida que lo dejó de pie de cara a la cueva. Las lejanas explosiones iluminaron la cueva con ambiguos matices grisáceos. El cadáver había pertenecido a un casi perro. Yacía como un holo impresionista: partes del cuerpo habían encogido, y otras se habían hinchado. Había cosas que se movían sobre el cuerpo… y dentro de él. Unas enormes abejas tachonaban el cadáver, sus redondos cuerpos despedían reflejos metálicos de vez en cuando. Aquél era el origen del campanilleo metálico.

Wil atravesó todos los restos de huesos viejos. Más al interior, el hedor llenaba la cueva como una especie de algodón invisible, que no daba lugar a la presencia de aire respirable. No importaba. Tenía que ver de cerca aquellas abejas. Respiró profundamente y acercó sus ojos a una de las mayores. Su cabeza estaba metida dentro del cuerpo, y la parte posterior quedaba a la vista. La esfera blindada medía casi quince centímetros de diámetro. Su superficie formaba un mosaico regular de placas sonoras.

Se sentó, jadeando para poder respirar. ¿Sería posible? Las abejas de Marta estaban en Asia, cincuenta mil años atrás. Cincuenta mil años. Aquello era tiempo suficiente para que hubieran podido atravesar el puente de tierra… aunque

también era tiempo suficiente para que hubieran perdido su capacidad letal.

Tendría que investigarlo: los perros volvían a ladrar. Mucho más fuerte que antes. Pero no lo bastante fuerte como para amortiguar el ruido de sus garras sobre la piedra. Wil introdujo su mano en la carne muerta y blanda y separó a la abeja de su comida. Sintió un agudo dolor en un dedo cuando le mordió. La cogió desde algo más atrás, por la parte blindada, y vio que las delgadas patas se movían y que las mandíbulas chascaban. Oyó a los perros que iban a lo largo del reborde hacia la chimenea.

Todavía no se apreciaba ningún cambio en su pequeña amiga. Wil hizo saltar la abeja repetidamente de una mano a la otra, y luego la agitó. Una bocanada de gas caliente salió siseando por entre sus dedos. Era un olor nuevo, ácido y quemante.

Llevó la abeja hasta la boca de la cueva y le dio otra sacudida. El siseo se acentuó, convirtiéndose casi en un agudo silbido. El cuerpo blindado casi estaba demasiado caliente para poder sostenerlo. Mantuvo la excitación del insecto durante otros diez segundos. Entonces vio un perro que había llegado a la base de la chimenea, que primero miró hacia atrás y luego siguió ascendiendo seguido por los demás. Wil le dio a la abeja un meneo final y la lanzó hacia abajo, frente al despeñadero, precisamente sobre el perro que iba en cabeza. La explosión produjo un ruido atronador,

sin relámpago. El perro soltó un alarido y cayó encima de los otros. Sólo el animal que iba en retaguardia se mantenía en pie, y se batió en retirada.

¡Gracias, Marta! ¡Gracias!

***

Durante la siguiente hora hubo dos ataques más, que fueron fácilmente rechazados. Wil tenía un par de abejas-granada cerca del borde de la cueva, y al menos una de ellas estaba casi a punto de explotar. No sabía el tiempo que le faltaba para hacerlo, y al final acabó temiendo más a las abejas que a los perros. Durante el último ataque, hizo volar cuatro perros de la roca, y consiguió que su oreja resultara desgarrada por un trozo de aquellas placas de metralla sonora.

Después de aquello, no volvieron más. Tal vez había matado ya a todos los que conservaban la vista, o tal vez habían aprendido la lección. Todavía podía oír a los que estaban ciegos que se habían quedado debajo de la cornisa. Antes, los ladridos le habían parecido siniestros, pero ahora le parecían plañideros y atemorizados.

La batalla en el espacio también había terminado. La aurora era tan brillante como antes, pero no había señal alguna de disparos continuados. Hasta era raro ver algún relámpago aislado. La visión más aparatosa se producía de

vez en cuando al cruzar el cielo un trozo de chatarra que se iba desintegrando lentamente, originando unos rastros brillantes a medida que iba cayendo a través de la atmósfera.

Cuando los perros dejaron de acercarse, Wil se sentó junto a Della. El ataque de los localizadores había hecho fundir los aparatos electrónicos que llevaba dentro del cráneo. Cuando movía la cabeza sentía mareos y un intenso dolor. En general, permanecía en silencio o sollozando. Algunas veces tenía lucidez: A pesar de que estaba totalmente desconectada de sus autones, suponía que su bando iba ganando, y que poco a poco había ido pulverizando a los demás tecno-max. El resto del tiempo deliraba, o sacaba a relucir alguna de sus personalidades más extrañas, o ambas cosas a la vez. Después de una media hora de silencio, tosió en su mano y miró la sangre fresca que se extendía sobre la seca.

—Puedo morir ahora. Efectivamente, puedo morir —en su voz había asombro y fascinación—. He vivido nueve mil años. No hay mucha gente que lo haya conseguido —sus ojos enfocaron a Wil—. Tú no podrás vivirlos. Estas demasiado ligado a todos los que te rodean. Les amas demasiado.

Wil le apartó el pelo de la cara. Cuando ella se quejó, desplazó su mano hasta el hombro.

—Es decir, que soy un corderito —dijo él.

—… No. Eres una persona civilizada que puede estar a la altura de las circunstancias… Pero hace falta mucho más que esto para vivir tanto tiempo como yo. Has de tener una firme resolución y la habilidad de olvidarte de tus propias limitaciones. Noventa mil años. Aunque sea a escala mucho mayor, soy como un gusano plano que fuera a la Ópera. ¿Puede un planario tener un centenar de respuestas? Y entonces ¿qué va a hacer con el resto de la función? Cuando estoy en conexión, puedo recordarlo todo, pero ¿dónde está mi yo original?… He pasado por todo lo que una mente puede ser. He tenido finales felices… y también finales amargos —hubo un largo silencio—. Y no sé porqué estoy llorando.

—Tal vez te falte todavía algo por ver. ¿Qué es lo que te ha arrastrado tan lejos?

—La testarudez y… yo quería saber… lo que había sucedido. Quería mirar dentro de la Singularidad.

Wil le dio unos golpecitos en el hombro.

—Esto todavía puedes hacerlo. Espera por ahí.

Della le sonrió ligeramente, y su mano cayó contra él.

—De acuerdo. Siempre te has portado muy bien conmigo, Mike.

¿Mike? Estaba delirando.

Hacia horas que los láser y las explosiones nucleares habían terminado. La aurora iba desapareciendo al acercarse la penumbra diurna. Della no había vuelto a hablar. Los restos en putrefacción del perro producían calor (y aunque por entonces Wil ya no conservaba el sentido del olfato), pero la noche era fría, estaban a unos doce grados bajo cero. Wil había trasladado a Della junto al cadáver y la había cubierto con su chaqueta y su camisa. Ya no tosía ni se quejaba. Su respiración era superficial y rápida. Wil estaba tendido a su lado, temblaba y casi agradecía el estar cubierto con las entrañas de perro, su propia sangre y la porquería que había por allí. Detrás de él las abejas continuaban su sonoro corretear por el cadáver.

Dado el ruido que producía la respiración de Della, dudaba de que durara muchas horas más. Y después de aquella noche, tenía una buena idea del inminente final de su propia longevidad.

No podía creer que las fuerzas de Della hubieran vencido. De ser así, ¿por qué no iban a rescatarles? Si no lo era, el enemigo jamás podría descubrir dónde se habían escondido, o tal vez ni siquiera quisiera saberlo. Y él se quedaría sin saber quién era el causante de la destrucción de la última colonia humana.

La media luz fue convirtiéndose en un brillante día. Wil se arrastró hasta la entrada de la cueva. La aurora había desaparecido, borrada por el azul de la mañana. Desde donde estaba, no podía ver la salida del sol, pero sabía que todavía no había remontado el horizonte porque no había sombras. Todos los colores tenían una tonalidad mate: el azul del cielo, el verde pálido de la hierba, el verde más oscuro de los árboles. Durante un tiempo, nada se movió. Hacía frío y reinaba un pacífico silencio.

En el suelo, los casi perros se iban despertando. Por parejas o por tríos se marcharon a la llanura, oliendo la mañana pero incapaces de verla. Los que tenían vista corrían delante, y luego volvían hacia atrás para meter prisa a los demás. Desde una distancia segura, y a la luz del día, Wil tuvo que admitir que eran unas criaturas graciosas y hasta divertidas: delgadas y flexibles, con igual facilidad podían correr o arrastrarse sobre su vientre. Sus morros alargados y sus estrechos ojos les daba la constante apariencia de ser muy astutos. Uno de los que todavía podían ver miró hacia Wil y soltó un gruñido poco convincente. Más que a otra cosa, le recordaba al frustrado coyote que había intentado atrapar al correcaminos durante dos siglos de dibujos animados.

Al Este del firmamento, algo brilló, era algo metálico que relucía a la luz del sol. Habiendo olvidado los casi perros, Wil miró hacia arriba. No vio más que el cielo azul. Transcurrieron quince segundos. Tres motas negras habían aparecido en el sitio donde había visto los reflejos. No se

desplazaban sobre el cielo, pero lentamente iban aumentando de tamaño. Una cadena de detonaciones sónicas les alcanzó desde la llanura.

Los voladores desaceleraron hasta llegar a detenerse a un par de metros sobre la hierba. Los tres iban sin marcas y sin tripulación. Wil pensó si debían meterse en el interior de la cueva, pero no se movió. Si estaban mirando, le verían igualmente. Hubieran ganado o perdido, malditas las ganas que tenía de esconderse.

Los tres se quedaron suspendidos en el aire como si estuvieran en conferencia. Luego el que estaba más próximo a Wil se deslizó por el aire hacia él, implacable y en silencio.

Capítulo XXV

Sus temores resultaron infundados, el bando de Wil quedó vencedor. Los médicos le soltaron en menos de una hora. Su cuerpo parecía hecho de una sola pieza; aunque todavía estaba rígido y le dolía, los autones no perdieron tiempo en darle los últimos toques. Había muchos heridos y sólo había sobrevivido una pequeña parte de los servicios médicos. Los peores casos sencillamente los ponían en estasis. Della desapareció dentro de su sistema, con la garantía de los autones de que se encontraría sustancialmente mejor al cabo de cuarenta horas.

Wil intentó no pensar en el desastre que se extendía a su alrededor, e intentó ignorar que él mismo era el culpable. Él había supuesto que la búsqueda del montón de piedras provocaría un ataque, pero sólo destinado a él y a Della, no a toda la humanidad.

El ataque había matado a casi la mitad de la especie humana. Wil no se atrevía a preguntarlo directamente a Yelén, pero de todos modos ya lo sabía: el plan de Marta había fracasado. Había fracasado en lo único que realmente era importante, pero todavía tenía una misión. Todavía tenía que descubrir a un asesino. Era algo en que trabajar y que le serviría de barricada frente a los remordimientos.

A pesar de que el coste había sido mucho más alto de lo que él hubiera querido pagar, la batalla le había dado la pista que buscaba. El sistema de Della había recuperado la burbuja que contenía el montón de piedras; su contenido estaría disponible al cabo de veinticuatro horas.

Además, había que estudiar otras cosas. Ahora ya estaba claro que el único poder del enemigo consistía en la corrupción de los sistemas de los demás. Pero en cada una de las etapas había infravalorado dicho poder. Después de la muerte de Marta, habían pensado que se trataba de una penetración superficial, de una alteración de un elemento del sistema de Korolev. Cuando Wil hubo encontrado la clave en el diario, pensaron que el enemigo había logrado una penetración mayor, pero sólo en el sistema de Korolev; habían llegado a suponer que el enemigo podía usurpar parte de las fuerzas de Yelén. Y luego había empezado la guerra entre los tecno-min. Aquello había sido una maniobra de diversión para enmascarar el asalto final, mucho más importante, del enemigo. Este último asalto no se había centrado únicamente en el sistema de Korolev; sino también

en el de Genet, Chanson, Blumenthal y Raines. Todos los sistemas, excepto el de Lu, habían sido dominados y utilizados para la misión de matar a Wil y Della.

Pero Della Lu era difícil de matar. Había luchado contra los otros sistemas hasta llegar a un punto muerto, y luego los había derrotado. En el caos de la derrota, los propietarios originales salieron de los búnquers metafóricos de sus sistemas, y reclamaron lo que había quedado de sus propiedades.

Todos estaban de acuerdo en que aquello no podía repetirse. Seguramente estaban en lo cierto. Lo que quedaba de sus sistemas de ordenadores era, lamentablemente, muy poco; desde luego, no eran lo bastante profundos, o estaban lo suficientemente conectados, para los juegos de traición sutil. Todos estaban de acuerdo en algo más: la habilidad del enemigo con los sistemas había sido comparable a la del mejor y mayor servicio policial de la era de los tecno-max. Por este motivo, se trataba de una clave importante, aunque pequeña considerando el elevado precio que se había pagado por conocerla. Relacionado con esto, o por lo menos igualmente significativo: Della Lu había resultado ser inmune a la captura. Wil sumó uno y uno, y llegó a algunas conclusiones evidentes. Trabajó sin descanso durante las siguientes veinticuatro horas, estudiando la copia de Della del Greenlnc, en especial todo lo que se refería a la parte final del siglo veintidós. Era un trabajo tedioso. En alguna ocasión,

el documento había resultado tan seriamente deteriorado que su reconstrucción jamás podría llegar a ser completa. Los datos y las fechas estaban desordenados. Faltaban secciones enteras. Ahora entendía por qué Della no utilizaba aquella parte. Wil siguió en su empeño. Sabía lo que estaba buscando… y al final lo encontró.

Una base de datos medio arruinada no podía convencer a un tribunal, pero Wil se dio por satisfecho. Sabía quién había matado a Marta Korolev. Dedicó toda una tarde vacía, pero llena de odio, a intentar descubrir una forma de destruir al asesino. ¿Qué podía importar ahora que la raza humana había muerto?

Aquella noche, Juan Chanson se dejó caer por el nuevo alojamiento de Wil. El hombre se había moderado, hablaba poco más deprisa que cualquier otra persona.

—He mirado que no hubiera algún chivato, muchacho, pero no quiero que esto se prolongue —miró nerviosamente por toda la pequeña habitación que era la parte que le había correspondido a Wil en el dormitorio de refugiados—. Durante la batalla, me he dado cuenta de algo. Que quizá pueda salvarnos a todos.

Estuvieron hablando durante más de una hora, y cuando Chanson se marchó, lo hizo sólo con la promesa de que seguirían hablando a la mañana siguiente.

Wil se quedó pensando durante mucho tiempo después de que el otro se hubo ido. Dios mío, si lo que dice Juan resultara ser cierto… Lo que contaba Juan tenía sentido, dejaba atados todos los cabos sueltos. Se dio cuenta de que estaba temblando, no sólo temblaban sus manos, sino que era todo su cuerpo el que temblaba. Era una combinación de alegría y de miedo.

Debía hablar con Della sobre todo aquello. Iba a requerir mucha planificación, engaño y buena suerte; pero si jugaban sus cartas con precisión, ¡la colonia quizá pudiera tener una oportunidad todavía!

Al tercer día, los supervivientes se reunieron en el Castillo Korolev, en el anfiteatro de piedra. En aquel momento estaba casi vacío. La guerra abortada entre Nuevo Méjico y los Pacistas había matado a más de un centenar de tecno-min. Wil observó todo el teatro. ¡Cuán diferente era entonces de lo que había sido la última vez que se habían reunido allí! Los tecno-min se agrupaban, dejando largos espacios de bancos completamente vacíos. Se veían muy pocos uniformes, y en los que había, muchas insignias habían sido arrancadas. Los «sin gobierno», los NM y los Pacistas se sentaban mezclados, resultaba difícil distinguir unos de otros: todos parecían vencidos. Nadie se sentaba en los bancos de arriba, desde donde se podía ver por encima de las pseudojacarandas el campo yermo, quemado y vitrificado que antes había sido Ciudad Korolev.

Brierson había visto la lista de muertos. Sus ojos todavía buscaban entre el público, como si aún pudiera encontrar a sus amigos, y tal vez al enemigo, que había perdido. Derek Lindemann había desaparecido. Wil lo sentía verdaderamente, no tanto por el hombre mismo, como porque había perdido la oportunidad de demostrar que le podía mirar sin un sentimiento de odio. Rohan había muerto, el alegre y honesto Rohan. Los hermanos habían hecho caso del consejo de Wil y se habían escondido bajo su granja. Pasaron unas horas. Los autones se habían ido. Rohan había salido para recoger el resto de su equipaje. Cuando cayó la bomba, estaba a campo descubierto.

Dilip había ido solo a la reunión. Estaba sentado junto a Gail Parker, hablaban en voz baja entre ellos.

—Creo que podemos empezar.

La voz de Yelén dominó el murmullo de la gente. Sólo gracias a la amplificación, su voz adquirió cierta fuerza; su tono era lánguido. La carga que había llevado desde la muerte de Marta por fin se le había escapado y la había aplastado.

—Para los tecno-min, algunas explicaciones: hace tres días, luchasteis en una guerra. Ahora ya sabéis que fuisteis objeto de maniobras que os indujeron a la lucha. Todo fue una excusa para que alguien se apoderara de nuestros sistemas tecno-max y desencadenara la prolongada lucha

que habéis visto en el espacio próximo… Vuestra guerra mató o dejó maltrecha a la mitad de la especie humana. Nuestra guerra ha destruido casi el noventa por ciento de nuestros equipos —se apoyó en el podium, con la cabeza gacha—. Esto representa el fracaso de nuestro plan: no disponemos de las reservas genéticas ni del equipo necesario para reinstaurar la civilización.

»No sé lo que van a hacer los otros tecno-max, pero yo no voy a emburbujarme hacia el futuro. Tengo los recursos necesarios para manteneros a todos vosotros durante unos cuantos años. Si distribuyo todo el equipo médico que me queda, habrá posibilidad de tener un nivel de cuidados del mismo orden de calidad que había en el siglo veinte, durante algunas décadas. Después de todo… bien… nuestra vida entre las ruinas será mejor que la de Marta, supongo. Si tenemos suerte podremos durar un siglo; Sánchez lo consiguió, y él disponía de menos gente.

Se interrumpió, y pareció que intentaba tragarse algo doloroso:

—Hay también otra opción: He… he cortado el campo supresor. Quedáis en libertad para poder emburbujaros fuera de ésta era.

Su mirada se paseó con pocas ganas por la audiencia, y llegó hasta donde estaba sentada Tammy Robinson. Estaba sola y su expresión aparecía cargada de pesimismo. Yelén la

había hecho salir del estasis a la primera oportunidad que tuvo después de la batalla. Hasta entonces, Tammy no había hecho nada para aprovecharse del desastre; su simpatía parecía genuina. Por otra parte, no perdía nada con su magnanimidad. Los restos del naufragio del plan Korolev estaban a su disposición, sólo tenía que cogerlos.

Yelén prosiguió:

—Supongo que, realmente no hacía falta una reunión para deciros esto. Pero a pesar de que todo aquello que Marta y yo deseábamos esté muerto, todavía quisiera alcanzar una meta antes de que todos nos desperdiguemos por el desierto —se estiró y recuperó el tono apasionado de su voz de otros tiempos—. ¡Quiero coger al engendro que asesinó a Marta y arruinó la colonia! Descontando a algunos tecno-min que están heridos, esta tarde estamos todos aquí… Las probabilidades a favor de que el asesino esté también presente son muy altas. W. W. Brierson dice que sabe quién es… ¡y que puede probarlo! —Miró hacia éste con una amarga mueca de burla—. ¿Qué harían ustedes, señoras y caballeros, si el mejor policía de toda la civilización les estuviera contando que había resuelto repentinamente un caso en el que ustedes hubieran consumido cientos de años? ¿Qué harían ustedes si dicho policía se negara a revelar el secreto excepto ante una reunión de todos los implicados?… Al principio me reí en su propia cara; pero después pensé: ¿qué más podemos perder? Éste es W. W. Brierson. En las novelas, resuelve todos sus casos con un súbito

desenmascaramiento —saludó en su dirección—. Su último caso, inspector. Le deseo suerte.

Y abandonó el escenario.

Wil ya se había puesto en pie, y andaba siguiendo la curva del anfiteatro. Algún día tenía que leer las novelas de Bill. ¿Sería cierto que el muchacho había acabado todas ellas con una confrontación de todos los sospechosos en una habitación? En su vida real, aquélla era sólo la tercera vez que hacía tal cosa. Normalmente, se descubre al criminal y se le arresta. El desenmascaramiento del culpable ante una habitación, en este caso un auditorio, lleno de personas sospechosas, no podía significar más que le faltaba el conocimiento real del culpable, o bien que le faltaba poder para efectuar el arresto. Cualquier criminal competente también se daría cuenta de aquello; la situación era un fracaso ya desde su planteamiento.

Pero en algunas ocasiones, era lo mejor que se podía hacer. Wil se daba cuenta del absoluto silencio que reinaba entre la concurrencia, y de que los ojos de todos le seguían mientras bajaba los escalones. Hasta los tecno-max tomaban en consideración su reputación. Llegó al escenario y dejó su pantalla de datos sobre el podium. Era la única persona que podía ver los dos relojes que aparecían en ella. En aquel momento marcaban 00:11:32 y 00:24:52; los segundos transcurrían implacablemente hacia atrás. Disponía de unos cinco minutos para aclarar las cosas, en

caso contrario debería prolongar el asunto durante otros veinte. Era preferible intentar acabarlo dentro del primer plazo, e incluso aquel límite iba a necesitar cierta dilación.

Miró hacia la audiencia y su mirada se cruzó con la de Juan Chanson. Nada de todo aquello hubiera sido posible sin él.

—Por unos momentos, olvidaos del desastre a que hemos llegado. ¿Qué tenemos? Algunos asesinatos aislados, la manipulación de los gobiernos, y finalmente la usurpación de los sistemas de control de los tecno-max. El asesinato de Marta y apoderarse de los sistemas quedan completamente fuera de nuestras posibilidades como tecno-min. Por otra parte, sabemos que el enemigo no tiene poderes sobrenaturales, ya que malgastó muchos años de cautelosa penetración para conseguir la usurpación de los sistemas. A pesar de todos los perjuicios que ha causado, resultó incapaz de mantener el control sobre ellos, y ahora se han descubierto las alteraciones y han sido reparadas. Confiamos que así sea.

»En resumidas cuentas, el enemigo ha de ser uno de los tecno-max. Una de estas siete personas.

Estaban todas ellas en las primera filas, y a excepción de Blumenthal, que estaba sentado junto a los tecno-min, los otros estaban diseminados, cada uno aislado de los demás seres humanos.

Della Lu vestía algo gris y sin formas. Las heridas de su cabeza habían sido reparadas, pero para sustituir temporalmente los implantes llevaba una voluminosa cinta de interfaz. Estaba actuando con su conducta más misteriosa. Sus ojos se paseaban sin orientación definida por el anfiteatro. La expresión de su cara reflejaba varias emociones, pero ninguna de ellas tenía una relación razonable con lo que estaba pasando a su alrededor. Pero todos sabían que sin su potencial de fuego, a Philippe Genet y Mónica Raines no se les hubiese persuadido para que asistieran.

Genet estaba sentado tres filas más adelante que Della. A pesar de que su asistencia era forzosa, parecía divertirse. Se reclinaba contra el banco que tenía tras él, con las manos apoyadas sobre su regazo. Su sonrisa mantenía la misma divertida arrogancia que Wil había observado en el picnic de la Costa Norte.

Pero la estrecha cara de Mónica Raines no denotaba placer. Estaba sentada con las manos fuertemente cogidas, y su boca se inclinaba hacia uno de los lados. Antes de la reunión había declarado que las cosas sencillamente habían sucedido tal como ella había predicho. La especie humana se había hundido una vez más, y ella no tenía el menor interés en que volviera a salir a flote.

Yelén se había retirado hasta el extremo más alejado del banco delantero, lo más lejos que podía del resto de la

humanidad. Su cara estaba pálida, y las emociones previas habían desaparecido de su expresión. Le estaba mirando fijamente. A pesar de todas sus burlas, creía en él… y la venganza era lo único que le quedaba.

Wil dejó que el silencio durara dos latidos.

—Por varias razones, cada una de las siete personas aquí presentes hubiese podido desear la destrucción de la colonia. Hasta Tung Blumenthal y Della Lu podrían no ser humanos: Juan nos ha avisado muchas veces para ponernos en guardia frente a los exterminadores. Mónica Raines no ha mantenido en secreto su hostilidad a la especie humana. La familia de Tammy Robinson tiene el objetivo, repetidas veces anunciado, de romper la colonia.

—¡Wil! —Tammy se había puesto en pie, y sus ojos parecían desorbitarse—. Jamás hubiéramos podido matar a…

Fue interrumpida por la risa sorda de Della Lu. Miró por encima de su hombro y vio la mirada salvaje de Lu. Volvió a mirar a Wil y sus labios temblaban:

—Wil, créeme.

Brierson esperó a que ella se hubiera sentado, antes de continuar. Su pantalla plana marcaba 00:01:11 y 00:23:31.

—Evidentemente, el buscar un buen motivo no nos va a servir para identificar al enemigo. Por tanto, vamos a ver las acciones de este enemigo. Tanto el gobierno de los Pacistas como el de Nuevo Méjico resultaron infiltrados. ¿Pueden decirnos algo acerca de contra quien estamos luchando? —miró a todos los tecno-min, Pacistas y los de NM, a la vez. Reconoció entre ellos a gente de los escalones superiores de todos ellos. Algunos movieron negativamente la cabeza, alguien gritó:

—¡Fraley debe saberlo!

El último presidente de la República estaba solo. Su uniforme todavía conservaba las insignias, pero se dejaba caer hacia adelante, con sus codos sobre las rodillas y sosteniéndose la cabeza con las manos.

—¿Señor Presidente? —dijo Wil, con suavidad.

Fraley miró hacia arriba sin levantar su cabeza. Hasta su odio por Wil parecía haber desaparecido.

—Simplemente, no lo sé, Brierson. Todas nuestras conversaciones se realizaban por medio de los circuitos de comunicaciones. Utilizaba una voz sintética, y jamás mandó algo en video. Estuvo con nosotros casi desde el principio. Entonces nos dijo que quería protegernos de Korolev, dijo que nosotros constituíamos la última esperanza para la estabilidad. Conseguimos algunos datos reservados, unas

pocas mercancías médicas. Ni siquiera pudimos ver las máquinas que efectuaban las entregas. Más tarde, me demostró que alguien estaba apoyando a los Pacistas… Desde entonces se apoderó de nuestras almas. Si la Paz contaba con el apoyo de la técnica tecno-max, podíamos darnos por muertos si no lográbamos otro tanto. Cada vez más, me veía reducido a ser su portavoz. Al final, consiguió introducirse en todo nuestro sistema.

Fraley levantó al fin la cabeza. Se veían círculos oscuros alrededor de sus ojos. Cuando volvió a hablar, su voz tenía una extraña intensidad; si su antiguo enemigo podía perdonarle, tal vez él pudiera perdonarse a sí mismo.

—No pude elegir, Brierson. Estaba convencido de que si no le complacía, quienquiera que estaba detrás de los de la Paz nos iba a matar a todos.

Una mujer, Gail Parker, gritó:

—O sea que no podías elegir, y los demás tuvimos que cumplir tus órdenes. ¡Y como buenos soldaditos, nos vimos obligados a cortar nuestros propios cuellos!

Wil levantó una mano:

—No importa, Gail. Por entonces, el enemigo ya tenía un completo control de vuestro sistema. Si tú no hubieras pulsado los botones, alguien los habría pulsado en tu lugar.

La cuenta atrás más corta de su pantalla marcaba 00:08:52. Un mapa del terreno de los alrededores del Castillo Korolev se pintó de repente en la pantalla, junto con las palabras: «WIL: ESTÁ ARMADO. SUS CAÑONES ESTÁN SEÑALADOS EN EL MAPA. SIGO DICIENDO QUE DEBEMOS HACERLO. TODO ESTÁ PREPARADO… 00:08:51».

Wil borró la pantalla con un movimiento casual y siguió hablando:

—Sería esperar demasiado que el enemigo hubiera dado a conocer su nombre… Pero estoy convencido de que Kim Tioulang lo había adivinado. Había alguna persona en particular, a la que trataba de evitar cuando habló conmigo en el picnic de la Costa Norte; estaba intentando llegar a Ciudad Korolev cuando fue asesinado.

»Y esto sugiere una pregunta interesante. Steve Fraley es un chico listo. ¿Qué podía haber visto Kim, que no pudiera ver Steve? Kim venía de muy lejos. Fue uno de los tres Directores en el planeta de la Autoridad de la Paz. Tenía acceso a todos los secretos de aquel gobierno… —Wil miró a Yelén—. Nos estamos ciñendo demasiado a las conspiraciones supercientíficas de los villanos, y nos estamos olvidando de los Maquiavelos que nos precedieron.

—No es posible de ninguna manera que nuestro enemigo fuese un tecno-min —las palabras de Yelén podían ser una

objeción, pero había aparecido un repentino interés en sus ojos.

Wil se apoyó en el podium.

—Tal vez no ahora… pero ¿y originariamente? —señaló hacia Lu—. Considera a Della. Creció en los primeros años del siglo veintiuno, y fue un jefe de policía de la Paz. Vivió además durante gran parte del siglo veintidós. Y ahora es, probablemente, la más poderosa de los tecno-max.

Della había estado hablando entre dientes. Sus ojos oscuros se reavivaron. Se rió como si de una broma se tratara.

—Es verdad. Nací cuando la gente todavía se moría al hacerse vieja. Kim y yo hemos luchado por el último Imperio. Y jugamos sucio. Alguien como yo podría ser un duro enemigo para vosotros.

—Si se trata de Della, démonos por muertos —dijo Yelén—. Y la venganza resultará imposible.

Wil asintió. La cuenta atrás marcaba 00:07:43.

—¿Quién más cumple con los requisitos? Alguien que esté muy alto en la estructura de mando de la Paz. Desde luego, en Greenlnc se ve que ninguno de los tecno-max tiene un pasado de este tipo. Así pues, esta otra persona debe haber evitado ser capturado durante la caída de la Paz, emborronó

su rastro, y vivió una nueva vida durante el siglo veintidós. Debe haber sido una situación decepcionante para él: las fuerzas de la Paz regresan al tiempo real con mucho retraso y poco a poco desaparecen sus esperanzas, quedando únicamente la posibilidad de una nueva muerte de la Paz.

00:07:10. Ya no siguió hablando en hipótesis.

—Al final, nuestro enemigo vio que sólo había una posibilidad de que su Imperio resucitara: la fortaleza Pacista que estaba emburbujada en Kampuchea. Se trataba del reducto mejor equipado de la Autoridad. Como los demás, había sido programado para volver al tiempo real al cabo de unos cincuenta años. Pero por algún grotesco accidente, su burbujeador había originado un estasis enormemente más largo. Durante todo el siglo veintidós estuvo a unos pocos centenares de metros bajo el suelo, como una invisible reliquia de la batalla. Pero nuestro enemigo había tramado planes relacionados con esto. Cincuenta millones de años: con seguridad en una época tan remota no existirían otros humanos. Allí se presentaba una magnífica oportunidad para volver a instaurar la Paz en un mundo vacío. Y con este propósito, nuestro Pacista acumuló equipo, suministros médicos, un banco de cigotos, y abandonó la civilización que tanto odiaba.

La indolente sonrisa de Genet se había hecho mayor, mostrando sus dientes.

—¿Y quién podía estar tan alto en la Autoridad de la Paz como para que Tioulang pudiera reconocerle?

Juan Chanson pareció encogerse dentro de sí mismo.

Wil no hizo caso de aquella muda escena.

—Kim Tioulang fue Director de la Paz en Asia. Sólo había otros dos Directores. El de América fue asesinado cuando Livermore regresó al tiempo real en el 2101. El Director de Euráfrica era…

—Christian Gerrault —dijo Yelén, que se había puesto en pie y andaba lentamente atravesando el suelo del anfiteatro sin que sus ojos dejaran de estar fijos en Genet—. La babosa obesa a la que llamaban el Carnicero de Euráfrica. Desapareció. Durante todo el siglo veintidós sus enemigos le estaban esperando frente a todas las burbujas donde podía estar, pero jamás pudieron encontrarle.

Genet dejó de observar a Yelén para dirigir su mirada hacia Wil.

—Le alabo, inspector, aunque si usted hubiera tardado más en descubrir mi identidad, la habría anunciado yo mismo. Dejando aparte algunos cabos sueltos, mi éxito es ya completo. Es muy importante que se den cuenta de la situación: la supervivencia es posible todavía… pero solamente si aceptan mis condiciones —miró a Yelén—. Siéntate, mujer.

00:05:29. El control del tiempo ya no estaba en manos de Wil. Tenía la terrible impresión de que aquello se había adelantado.

—Quiero que todos sepáis lo que he tenido que hacer para conseguir llegar hasta este momento. No les quepa la menor duda de que no va a haber compasión para los que me desobedezcan.

»Durante cincuenta años he tenido que vivir en la lamentable anarquía a la que llamáis civilización. Durante cincuenta años he estado haciendo mi juego. Me aclaré el color de la piel. Pasé hambre para reducir cien kilos del peso normal de mi cuerpo. Sacrifiqué… los placeres… a que tiene derecho un gran jefe. Pero supongo que esto es lo que hace que yo sea Christian Gerrault y vosotros no seáis más que borregos. Para que se cumplan mis objetivos estoy decidido a sacrificarlo todo y a todos. El nuevo orden que quiero, pudo necesitar cincuenta millones de años más para florecer, pero había un trabajo que se debía realizar durante todo el proceso. Me enteré de que existían las Korolevs y de su excéntrico plan para rescatar a los que habían sido secuestrados. Al principio, pensé en destruirlas, porque nuestros planes eran demasiado parecidos. Pero me di cuenta de que podía utilizarlas. Podían ser aliadas mías casi hasta el final. Lo importante era que les faltara algún elemento esencial para alcanzar el éxito, algo que sólo yo podía darles —sonrió a Yelén que seguía de pie—. Tú y Marta lo teníais todo planeado. Hasta llegasteis a tener

suficiente equipo médico y huevos humanos fertilizados para asegurar la supervivencia de la colonia… ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué aquellos cigotos no fueron viables?

—¿Usted?

Gerrault se rió ante el horror que había aparecido en la cara de Yelén.

—Desde luego. Locas, estúpidas mujeres. Me aseguré de que fracasarais, antes de que abandonarais la civilización. Fue una operación costosa; tuve que adquirir algunas compañías para asegurarme que no comprarais nada más que basura. Pero valía la pena… ¿Lo ves?, mi reserva de cigotos y mi equipo médico todavía sirven. Son los únicos que existen ahora.

Se puso en pie y se volvió para enfrentarse a la mayor parte de la audiencia. Su voz retumbaba en el anfiteatro, y Wil se preguntaba cómo no le había reconocido antes. Era cierto que su apariencia y acento eran muy distintos de los del histórico Gerrault. Se parecía más a un norteamericano que a un africano, y su cuerpo era flaco hasta la exageración. Pero cuando hablaba de aquella manera, el alma que había dentro de él surgía de cualquier disfraz. Aquél era el Christian Gerrault de los vídeos históricos. Aquél era el obeso y elegante Director, cuya megalomanía había

dominado a dos continentes y minimizado cualquier interés racional de la gente.

—¿Lo entendéis ahora? No importa nada que seáis más numerosos que yo, ni que Della Lu me supere en capacidad de fuego. Incluso antes de esta deplorable guerrita, el éxito de la colonia era muy poco probable. Ahora habéis perdido casi todo el equipo médico que los otros tecno-max habían aportado. Sin mí, cada uno de vosotros, tecno-min habrá muerto antes de un siglo —bajó la voz para obtener un efecto más dramático—. ¿Y conmigo? El éxito de la colonia está asegurado. Incluso antes de la guerra, los otros tecno-max no podía daros el apoyo médico y de población de que yo dispongo. Pero daros por avisados. No soy un marica de corazón blando como Korolev, Fraley o Tioulang. Jamás he tolerado la debilidad ni la deslealtad. Deberéis trabajar para mí, y deberéis trabajar duro, muy duro. Pero si lo hacéis tal como os digo, la mayoría de vosotros sobreviviréis.

La mirada de Gerrault se paseó por toda la audiencia. Wil jamás había visto tal fascinación en los semblantes de las gentes. Hacía una hora que intentaban aceptar la perspectiva de una lenta extinción. Ahora sus vidas estaban a salvo… con tal que se convirtieran en esclavos. Uno a uno fueron apartando sus ojos de los del orador. Estaban callados, evitando las miradas de los demás. Gerrault hizo una seña afirmativa.

—Está bien. Después quiero ver al alto mando de Tioulang. Él me decepcionó, pero algunos de vosotros fuisteis buena gente en otros tiempos. Tal vez os encuentre algún puesto en mis planes.

Se volvió hacia los tecno-max.

—Vuestra alternativa es muy sencilla: si os emburbujáis fuera de ésta era, quiero estar, por lo menos, cien megaaños libre de vuestra interferencia. Después de este período, podéis morir tan aprisa o tan despacio como queráis. Pero si os quedáis, deberéis darme vuestros equipos, vuestros sistemas y vuestra lealtad. Si la especie humana ha de sobrevivir, tendrá que hacerlo bajo mis condiciones —miró a Yelén—. Te lo he dicho ya una vez, marrana: ¡siéntate!

El cuerpo de Yelén estaba totalmente rígido, y sus brazos alzados a medias. Miró de frente a Gerrault. Por un momento, Wil temió que luchara con él. Pero algo en su interior se quebró, y se sentó. Todavía guardaba lealtad al sueño de Marta.

—Bien. Si tú te muestras razonable, tal vez los demás también puedan hacerlo —miró hacia arriba—. Ahora me entregaréis los sistemas de control. Y después yo…

Della se rió y se puso en pie.

—Creo que no, Director. Los demás pueden comportarse como animales domesticados, pero yo no. Y tengo más potencia de fuego que tú.

Su sonrisa, y hasta su postura, parecían estar desconectadas de la situación. Parecía estar discutiendo alguna jugada de un juego amistoso. De esta manera, su comportamiento amedrentaba más que el sadismo de Gerrault; hasta consiguió detener unos segundos al Director.

Después se recuperó:

—Te conozco. Eres la mala pécora sin entrañas que traicionó a la Paz en el 2048. Eres de la ralea de los que fanfarronean y farolean, pero que en realidad no tienen nervio. Tú también debes conocerme. Cuando se trata de la muerte no engaño. Si te opones a mí, cogeré mis cigotos y mi equipo médico y os dejaré aquí para que os pudráis; si me persigues y llegas a destruirme, me aseguraré de que los cigotos mueran conmigo —su voz era ronca y decidida.

Della se encogió de hombros, todavía sonriente.

—No hace falta resoplar y echar espumarajos, querido Christian. No te das cuenta de contra quién estás luchando. Verás, creo cada palabra que dices. Pero a mí no me importa. De todas formas, voy a matarte —se apartó de ellos—. Y lo primero que voy a hacer es buscar más espacio por donde moverme.

Gerrault se quedó boquiabierto. Miró a los demás.

—¡Lo voy a hacer, de verdad, lo haré! Será el fin de la especie humana.

Parecía estar buscando el apoyo moral de los demás. Había encontrado a alguien que era un monstruo mayor que él.

Yelén chilló, con voz casi irreconocible.

—¡Por favor, Della, te lo ruego! ¡Retrocede!

Pero Della Lu había desaparecido por detrás de la parte alta del anfiteatro. Gerrault se quedó mirando por dónde se había ido sólo durante un segundo. Cuando ella se hubiera apartado del paso, los campos supresores y una tremenda capacidad de fuego iban a quedar apuntados hacia el teatro. Todos los que estaban allí podían acabar muertos y Della había hecho una demostración convincente de que aquello no le preocupaba en lo más mínimo. Gerrault echó a correr hacia la salida que estaba a nivel del suelo.

—¡Pero no estoy faroleando, de verdad que no! —se detuvo un momento en la puerta—. Si salgo de ésta, volveré con mis cigotos. Vuestro deber es esperarme.

Y después también se fue.

Wil contuvo la respiración durante los siguientes segundos, rogando para que apareciera el anticlímax. Unas

sombras oscuras salieron proyectadas hacia el cielo, dejando un trueno tras de sí. Pero no había relámpagos de rayos energéticos, ni de cargas nucleares. No había desplazamiento del sol en el cielo, como hubiera ocurrido si hubieran sido burbujeados; los luchadores habían trasladado su batalla lejos del anfiteatro.

De momento, seguían vivos. Los tecno-min se reunieron en grupos; alguien estaba llorando.

Yelén tenía su cabeza enterrada entre sus brazos. Los ojos de Juan estaban cerrados, y su labio inferior aprisionado entre sus dientes. Los demás tecno-max adoptaban posturas menos extremas… pero todos estaban viendo lo que pasaba sin tener que utilizar los ojos humanos.

Wil miró a su pantalla. Estaba contando hacia atrás los últimos noventa segundos. El cielo de poniente se volvió incandescente al producirse dos relámpagos muy poco distanciados uno de otro. Tung dijo:

—Los dos se han propulsado nuclearmente… ahora están sobre el Océano índico —su voz sonaba distante, y sólo una pequeña parte de su atención estaba dedicada a explicar lo que sucedía a los que no podían verlo—. Phil tenía sus fuerzas acumuladas allí. Tiene una ventaja local.

Hubo una ráfaga de luz brillante, apenas perceptible, parecida a la que se ve cuando los relámpagos están detrás de las montañas.

—Hay disparos. Phil intenta atravesar el cordón que Della tiene cerca de la Tierra… Lo ha conseguido —se oyó un disperso e indeciso aplauso procedente de los tecno-min—. Se van hacia el oeste mediante poderosos impulsos nucleares. Acaban de salir lanzados a más de tres mil kilómetros por segundo. Van a atravesar la zona más alejada de Lagrange.

Christian Gerrault tenía que recoger un equipaje muy importante para su viaje hacia el espacio exterior.

Por fin en la pantalla de Wil se podía leer 00:00:00. Miró a Juan Chanson. Los ojos de aquel hombre estaban cerrados, y su cara mostraba una profunda concentración.

Transcurrió un segundo. Dos. De repente se sonrió e hizo una seña con el pulgar hacia arriba. El equipaje de Christian ya no estaba disponible para que lo recogiera.

Durante un instante, Wil y Juan se sonrieron estúpida y mutuamente. Nadie más se había dado cuenta.

—Cinco mil kilómetros por segundo… Es extraño. Phil ha cesado su propulsión. Della va a ponerse por encima de él dentro de… Hay otra lucha con disparos. Ella le está

machacando… Él ha roto el contacto… Vuelve a correr, alejándose de ella.

Wil habló, cortando aquel monólogo.

—Díselo, Juan.

Chanson hizo una seña afirmativa, todavía sonriendo. De pronto Tung dejó de hablar. Pasó un segundo. Luego lanzó un juramento y empezó a reír. Los tecno-min miraban fijamente a Blumenthal; todos los tecno-max miraban a Chanson.

—¿Estás seguro de esto, Juan? —La voz de Yelén era insegura.

—¡Sí, sí, sí! Ha salido perfectamente. Ahora ya nos hemos librado de los dos. Mira. Han empezado a usar tácticas a largo plazo. Cuando su lucha termine, lo hará dentro de miles de años y a docenas de parsecs de distancia de aquí.

Brierson tuvo una visión terrible y repentina en la que Della perseguía a Gerrault indefinidamente por las profundidades del espacio.

La voz de Fraley interrumpió a la de Chanson.

—¿De qué diablos estás hablando? Gerrault tiene el equipo médico y los cigotos. ¡Si él se ha marchado, todo esto ha desaparecido, y podemos darnos por muertos!

—¡No! Todo va bien. Nosotros, yo… —bailaba sobre un pie y luego sobre el otro, frustrado ante la lentitud del lenguaje hablado—. ¡Wil! Explícales lo que hemos hecho.

Brierson se esforzó para que su imaginación regresara a la Tierra y miró hacia los tecno-min.

—Juan ha conseguido separar a Gerrault de su equipo médico —dijo suavemente—. Está aparcado en la zona más lejana de Lagrange, esperando que alguien vaya a recogerlo —miró a Chanson—. ¿Has pasado el control a Yelén?

—Sí, no me quedaba mucha capacidad para ir al espacio.

Wil notó que sus hombros se relajaban lentamente; una sensación de alivio empezaba a extenderse por todo su cuerpo.

—Sospeché de Genet casi desde el principio; él lo sabía y no le importaba. Pero durante vuestra guerra, todos los sistemas tecno-max fueron utilizados para combatir a Della. Juan, o cualquiera de los demás, puede contaros lo que era aquello. No estaban completamente desconectados de sus sistemas, sólo habían perdido el control de ellos. En todas las batallas, una gran cantidad de información fluye entre los puntos de enlace. En esta guerra, las cosas eran especialmente caóticas. En algunos puntos, fallaban los datos de seguridad y alguna información poco importante se escapaba de un enlace a otro. Parte de lo que pasó por el

enlace de Juan fueron las localizaciones de los sistemas médicos de Gerrault. Juan se enteró de lo que tenía Gerrault, dónde lo tenía, y los datos exactos de localización y tiempos de las burbujas que protegían los cigotos y las defensas internas —hizo una pausa—. Lo de esta reunión fue una argucia. Siento haber tenido que manteneros a oscuras en este asunto. Había ciertos momentos determinados en los que un ataque podía tener éxito, y sólo en el supuesto de que Gerrault hubiera sacado sus defensas de la zona lejana de Lagrange.

—Sí —dijo Juan, cuya excitación se había reducido a magnitudes manejables—. Esta reunión era necesaria, pero era la parte más arriesgada de todo el asunto. Si mostrábamos nuestros triunfos mientras él estaba todavía aquí, Gerrault podía hacer algo loco, algo mortal. Tuvimos que buscar la manera de engañarle y que saliera corriendo sin que disparara antes contra nosotros. Por esto contó Wil la historia que habéis oído, para enfrentar a nuestros mayores enemigos uno contra otra. —Miró a Brierson—. Gracias por haber confiado en mí, muchacho. Nunca podremos saber cuáles eran exactamente las motivaciones de la criatura Lu. Tal vez era realmente humana, tal vez todos aquellos años que había estado sola habían convertido su mente en algo extraño. Pero yo sabía que no podría resistir si tú le contabas las mentiras adecuadas sobre el banco de cigotos, y que perseguiría a Gerrault hasta el fin del espacio-tiempo para destruirlos.

Entonces sí hubo verdaderos aplausos. Los de algunos tal vez eran algo desmayados: en los últimos minutos se había estado jugando con su futuro como si fuera una pelota de balonvolea. Pero ahora:

—¡Ahora podemos conseguirlo! —gritó Yelén.

Los «sin gobierno», los Pacistas, los del NM se abrazaban. Dilip y una muchedumbre de tecno-min se acercaron al podium para estrechar la mano de Wil. Incluso la reserva de los tecno-max se había roto. Juan y Tung estaban en el centro de la gente. Tammy y Yelén estaban a menos de un metro de distancia sonriéndose mutuamente. Sólo Mónica Raines no había abandonado su asiento; como de costumbre, su sonrisa se torcía hacía uno de los lados. Pero Wil pensó que no se debía al desencanto por la salvación de todos, sino a la envidia ante la felicidad de los demás.

Wil comprendió de pronto que podía dejarlo todo en aquel punto. Tal vez la colonia se había salvado. Era evidente que si seguían adelante con el resto del plan, el peligro podía ser mayor de lo que había sido hasta entonces. Se trataba de un pensamiento, pero no de una decisión consciente. Debía demasiado a algunas personas como para echarse atrás en aquel momento.

Wil se separó de la gente, regresó al podium y conectó los amplificadores.

—Yelén. Todos vosotros.

Las risas y los gritos se aplacaron. Gail Parker saltó sobre uno de los bancos y gritó:

—¡Viva Wil! ¡Qué hable! ¡Qué hable! ¡Wil, Presidente!

Esto provocó todavía más risas; Gail siempre tenía un agudo sentido de lo ridículo. Wil alzó sus manos y el bullicio volvió a calmarse.

—Quedan algunas cosas que debemos decidir.

Yelén le miró con su expresión relajada pero intrigada.

—Claro que sí, Wil. Creo que podríamos tratar ahora de muchas cosas. Pero…

—No es esto lo que yo quería decir, Yelén. Todavía no he logrado cumplir aquello por lo cual me contrataste… Todavía no te he entregado al asesino de Marta.

Las conversaciones y las risas se apagaron de golpe. Los sonidos más fuertes eran los de los pájaros que iban a robar sus presas a las arañas que había detrás del anfiteatro. En las caras que no reflejaban una total sorpresa, Wil podía ver cómo volvía a aparecer el miedo.

—Pero Wil —dijo Juan por fin—. Hemos atrapado a Gerrault.

—Sí, le hemos desenmascarado. En esto no ha habido trampa, ni en el equipo que hemos rescatado. Pero Christian Gerrault no asesinó a Marta, ni capturó los sistemas de los tecno-max. ¿No os habéis dado cuenta de que en ningún momento ha admitido ninguna de estas dos cosas? Fue una víctima más de la captura, igual que los demás. El encontrar al saboteador de los sistemas era uno de los «cabos sueltos» que intentaba poner en claro.

Juan agitó sus manos y su dicción era más rápida que nunca.

—Esto son juegos de palabras. Semántica. Admitió, explícitamente lo admitió, que había capturado los sistemas militares de los tecno-min.

Wil negó con la cabeza.

—No, Juan. Sólo el de los Pacistas. Durante todo el tiempo hemos estado pensando que un tecno-max mantenía en agitación a ambos bandos, cuando en realidad Gerrault estaba detrás de los Pacistas y tú manipulabas los NM.

Las palabras se habían pronunciado, y Wil todavía vivía.

El hombrecito tragó saliva.

—Por favor, muchacho, después de todo lo que he hecho para ayudar, ¿cómo puedes decir esto…? ¡Ya lo sé! Crees que sólo un penetrador de sistemas podía conocer lo del equipo

médico de Gerrault —miró, implorante, a Yelén y a Tammy—. Decídselo. Estas cosas ocurren durante una batalla, especialmente cuando la penetración…

—Es cierto —dijo Yelén—. A los de tu era les puede parecer una explicación muy rebuscada, Wil, pero las filtraciones pueden suceder realmente. —Tung y Tammy hacían signos afirmativos de que estaban de acuerdo.

—No importa —no se notaba la menor vacilación en la voz y en la cara de Wil—. Sabía que Juan fue el asesino de Marta, mucho antes de que viniera a contarme lo de Gerrault. ¿Pero lograré convenceros al resto de vosotros?

Chanson apretó los puños. Retrocedió hasta un banco y se sentó bruscamente.

—¿Debo aguantar todo esto? —chilló dirigiéndose a Yelén.

Korolev apoyó la mano en su hombro.

—Deja que el inspector diga lo que ha de decir.

Cuando miró hacia Wil, su cara tenía la extraña ambivalencia que él conocía tan bien. Ambos, Juan y Wil, acababan de salvar a la colonia. Pero ella había conocido a Chanson durante décadas de sus vidas; Wil era el tecno-min al que Marta tanto había maldecido y alabado. No sabía cuánto iba a aguantar su paciencia.

Brierson se paseaba alrededor del podium.

—Al principio, parecía que cualquier tecno-max podía haber abandonado a Marta: había fallos en el sistema de Korolev que hacían fácil sabotear una simple secuencia de burbujeo. Con estos fallos arreglados, Yelén y los demás creyeron que su sistema era seguro. Nuestra guerra demostró lo terriblemente equivocados que estaban. Durante doce horas, el enemigo tuvo un control completo de todos los sistemas, exceptuando el de Della…

Esto me indicó varias cosas. En mis tiempos, apoderarse de un sistema no era una cosa trivial. A menos que el sistema estuviera defectuoso ya desde su origen, hacía falta un esfuerzo experto y tedioso para insertar en él todos los chismes que después servirían para apoderarse de él. El que lo hizo, quienquiera que fuera, necesitó años de ser considerado como un visitante en los sistemas de los tecno-max. El enemigo jamás tuvo una oportunidad con el de Della; estaba fuera de Sistema Solar cuando tuvo lugar la Singularidad.

Miró a la audiencia. Los tecno-min estaban pendientes de cada una de sus palabras. Era mucho más difícil saber cómo estaban los demás. Tammy ni miraba. Wil sólo podía imaginarse los análisis y las conversaciones que tenían lugar al mismo tiempo que pronunciaba sus palabras.

—Hemos de admitir que un experto, usando herramientas de experto, debía estar detrás de todo aquello. Pero los ficheros del Greenlnc de Yelén demuestran que ninguno de los tecno-max tenía estos antecedentes.

Tung le interrumpió:

—Pero esto sólo significa que el asesino escribió de nuevo la historia para ponerse a salvo.

—Exactamente. No hacía falta que fuera mucho, no más que un hecho aquí y otro allí. A lo largo de los años, el asesino pudo hacerlo. Las bases de datos de Della son las únicas que pueden contener la verdad. Trabajé durante mucho tiempo con ellas, después de ser rescatados. Desgraciadamente, sus bases de datos referentes a los últimos años del siglo veintidós estaban muy desordenadas, tanto que ni la misma Della Lu las utiliza. Pero después de la batalla, yo sabía qué debía buscar. Eventualmente hallé un resquicio: Jason Mudge no era más que el fanático religioso que todos hemos conocido, aunque hacia finales del siglo veintidós tenía algunos discípulos. Sólo uno de ellos tuvo la fe suficiente para seguirle en el estasis. Era Juan Chanson. Chanson era un hombre rico, probablemente el prosélito más rico que había hecho Mudge —Wil miró a Chanson—. Tuviste que abandonar muchas cosas para ir detrás de un sueño religioso, Juan. Las bases de datos de Della demuestran que eras la cabeza de Penetración y Perversión de USAF, Inc. —En los tiempos de Wil, USAF había sido el

mayor fabricante de armamentos de Norte América; y luego había crecido mucho—. Es lógico pensar que cuando Juan se marchó, se llevó los últimos adelantos en *software* que había inventado su sección. Nos enfrentamos a un sabotaje de alcance industrial.

Juan temblaba. Miró a Yelén. Ella le devolvió la mirada y luego miró a Wil. No estaba convencida.

—Yelén —dijo Wil sin alzar la voz—. ¿Lo recuerdas? El día que Mudge fue asesinado, afirmó que Chanson se había dedicado a la religión.

Yelén meneó la cabeza. Aquel recuerdo hacía tres días que había desaparecido.

Al fin, Chanson habló en voz alta:

—¿No puedes ver cómo te has engañado a ti mismo, Wil? Tienes la evidencia de esto por todas partes. ¿Por qué crees que los ficheros de Lu referentes a la civilización, estaban prácticamente inservibles? ¡Porque ella jamás estuvo allí! En el mejor de los casos aquellos documentos son de segunda mano, a los que se han añadido pruebas contra mí o quien fuera que representara una amenaza para ella. Wil, por favor. Puedo estar equivocado en los detalles, pero sea lo que sea la criatura Lu, ha demostrado que es capaz de sacrificarnos a todos con tal de salirse con la suya. No importa lo que te haya hecho, debes ser capaz de ver esto.

La risa de Mónica fue casi un cacareo.

—¡En qué lío te has metido, Brierson! Los hechos explican perfectamente cualquiera de las dos teorías. Y Della Lu anda de cacería por el espacio interestelar.

Wil simuló que estaba tomando en consideración este comentario, porque necesitaba tiempo para pensar. Luego movió negativamente la cabeza y continuó con la misma calma de antes:

—Tal vez no lo creas, pero hay datos que Juan jamás pensó en alterar. El diario de Marta, por ejemplo… Ya lo sé, Yelén. Lo has estudiado durante centenares de años, y conocías a Marta mucho mejor que yo. Pero Marta sabía que no había sido abandonaba debido a un simple sabotaje. Sabía que el enemigo conocía lo que había dejado en los montones de piedras y podía destruir cuanto quisiera. Y hasta algo peor, si ella lograba esconder algún mensaje y hacértelo llegar, cuando lo hubieses comprendido, el simple hecho de entenderlo podía desencadenar un ataque.

»Pero yo soy un tecno-min, fuera de tanta automatización. Marta captó mi atención con el único incidente que sólo ella y yo podíamos conocer. Yelén, después de la fiesta de los Robinson… yo no… yo nunca traté de aprovecharme de Marta —miró a Yelén a la cara, deseando ver en ella que le creía.

Como no obtuvo respuesta, prosiguió:

—Durante los últimos años de su vida, Marta hizo un terrible doble juego. A nosotros nos contó la historia de su valerosa supervivencia y de su derrota, pero al mismo tiempo dejó pistas que confiaba que me señalarían a Juan.

»Eran muy sutiles. Llamaba a sus amigos, los monos pescadores, dándoles nombres de la gente de nuestra colonia. Siempre había un Juan Chanson, una criatura solitaria que disfrutaba mirándola a ella. En el último día de su vida, mencionó que todavía estaba allí, vigilándola. Ella sabía que el verdadero Juan Chanson la acechaba.

Juan dio un golpe sobre el banco.

—¡Maldita sea! Se puede descubrir cualquier mensaje si la manera de codificarlo es lo bastante demencial.

—Por desgracia, tienes razón. Y si ella no hubiera podido hacer algo más esto quedaría en empate, Juan. Pero a pesar de todas sus desgracias, Marta tuvo buena suerte. Uno de sus monos pescadores era un mutante, mayor y más listo que cualquier pescador que hayamos podido encontrar. La seguía a todas partes y trató de imitar su manera de construir los montones de piedras. No era gran cosa, pero tenía un aliado en el tiempo real —sonrió tristemente—. Le llamaba W. W. Brierson. Adquirió mucha práctica construyendo montones de piedras, siempre en la misma

posición relativa al Lago Pacista. Al final se lo llevó hacia el norte, y lo dejó en un bosque normal, lejos de la zona vitrificada. No sé si estabas vigilando desde muy cerca, Juan, pero no pudiste ver lo que el animal se llevó, ni supiste que había construido un montón de piedras, porque Marta jamás estuvo allí.

Los ojos de Juan atravesaron a Yelén y luego volvieron a fijarse en Wil, pero no dijo nada.

—Hace cuatro días que te enteraste de la existencia de este montón, desde que yo se lo conté a Yelén. Quisiste demostrar todo tu poder, y asesinar a la mitad de la raza humana para evitar que yo pudiera hacerme con él —salió de la plataforma y anduvo lentamente hacia el hombrecito—. Bueno, Juan. No tuviste éxito. Yo había visto lo que Marta quería decirme cuando no tenía que hablar con parábolas. Cualquiera puede verlo, también. Y a pesar de todas las conspiraciones que atribuyas a Della Lu, sospecho que la evidencia física convencerá a Yelén y a sus autones de laboratorio.

Yelén se había apartado de Chanson. Tung apretaba los labios, convirtiéndolos en una línea estrecha. Hasta en el caso de que no llegue a confesar, puedo ser capaz de vencer, pensó Wil.

Juan miró a su alrededor, y luego a Wil otra vez.

—Por favor. Todo lo estás interpretando mal. Yo no asesiné a Marta. Realmente quiero que la colonia sea un éxito. Y he sacrificado muchas más cosas que vosotros para poder salvarla; si no lo hubiera hecho así, ninguno de vosotros habría sobrevivido durante estos cincuenta megaaños. Pero ahora, esto mismo me hace parecer culpable. Tengo que convenceros… Mira, Wil. Tienes razón en lo que se refiere a Mudge y a mí; jamás debería haber intentado esconderlo. Me avergüenzo de haber creído alguna vez en todas aquellas tonterías de niños. Pero entonces era joven, y mis pesadillas me seguían hasta mi casa desde mi trabajo. Necesitaba creer en algo. Abandoné mi trabajo, lo abandoné todo, a cambio de sus promesas.

»Salimos del estasis en el 2295, un poco antes de cuando la numerología de Mudge anunciaba que Cristo iba a dar el Gran Espectáculo. Allí no había más que ruinas, una civilización destrozada y una especie exterminada. Mudge revisó sus camelos y llegó a la conclusión que nos habíamos pasado, que Cristo ya había llegado y se había vuelto a marchar. ¡Maldito chiflado! No podía aceptar nada de lo que veíamos. Algo había visitado el Sistema Solar a mediados del siglo veintitrés, pero no era nada sacro. La evidencia de una invasión alienígena estaba por todas partes. Mudge había llegado con poco más que una tela de arpillera y cenizas. Yo llevaba abundante equipo. Pude efectuar análisis que respaldaron mis afirmaciones. Yo tenía poder para salvar a los humanos que todavía estaban en estasis.

»Yelén, desde entonces mi objetivo fue el mismo que el tuyo. Hasta el punto que mientras vosotros, los tecno-max, seguíais en estasis, yo ya hacía mis planes. La única diferencia era que yo conocía la existencia de los alienígenas. Pero jamás pude convencer de ello a Mudge. En realidad, las señales eran tan sutiles que empecé a preguntarme si alguien más podría creerme.

Chanson se había puesto en pie y su manera de hablar se hizo más rápida.

»A menos que nos protegiéramos contra los invasores, todos los buenos deseos del mundo no harían resucitar a la especie humana. Yo tenía que hacer algo. Yo… Yo incrementé alguna evidencia. Detoné cargas nucleares en algunas ruinas. ¡Seguramente, ni un hombre ciego dejaría de darse cuenta de esto! —miró acusadoramente a Tammy y a Yelén—. Pero cuando regresasteis al tiempo real, no quedasteis convencidas. No podíais aceptar ni siquiera la más clara de las evidencias… Lo intenté. Lo intenté. Durante los siguientes dos mil años viajé por todo el Sistema Solar, descubriendo las señales de la invasión, haciéndolas más aparentes para que hasta los idiotas no pudieran dejar de verlas.

»Al final, tuve un pequeño éxito. W. W. Sánchez tuvo la paciencia necesaria para examinar los hechos, y la falta de prejuicios para creer. Os convencimos a todos para que fuerais algo más precavidos. Pero el peso de la vigilancia

todavía recaía sobre mí. Nadie más quería poner centinelas en los confines del Sistema Solar. Al correr de los años, pude destruir dos sondas alienígenas, pero todavía Sánchez fue el único que quedó convencido —miraba más allá de Wil, como si hablara consigo mismo—. Me gustaba Bill Sánchez. Hubiera deseado que no hubiera abandonado; aunque su colonia era algo pequeña para tener éxito. Le visité allí, en varias ocasiones. Estaba en una larga e idílica ladera. Bill quería hacer investigaciones, pero lo único que tenía era la cinta perforada que había encontrado en Charon. Estaba obsesionado por ella; la última vez que le vi llegó a decir que era una falsificación —una expresión ligera de pena pasó por la cara de Juan—. Bueno, aquella colonia era demasiado pequeña para poder sobrevivir, desde luego.

Los ojos de Yelén estaban completamente abiertos, todo el blanco aparecía alrededor de sus iris; todo su cuerpo se había quedado rígido. Chanson tal vez no podía notarlo, pero la muerte flotaba en el ambiente.

Wil cortó la línea visual de Yelén; su voz era un tranquilo eco del tono distante de Chanson.

—¿Y qué hay de lo de Marta, Juan?

—¿Marta? —Juan casi llegó a mirarle—. Marta siempre estuvo falta de prejuicios. Aceptó la posibilidad de una amenaza alienígena. Creo que la asustó la llegada de Lu, ya que aquella criatura era, evidentemente, muy poco humana.

Marta habló con Lu, tuvo acceso a algunas de sus bases de datos. Y luego… y luego… —tenía los ojos llenos de lágrimas—. Empezó a interrogar a las bases de datos acerca de Mudge.

¿Cuánto llegó a sospechar Marta? En aquella ocasión, probablemente nada; la mayor parte de las embarulladas referencias sobre Mudge no tenía la menor conexión con Chanson. Fue una increíble mala suerte que desde el principio se acercara tanto al secreto de Juan.

—No debería haber mentido acerca de mi pasado, pero ya era demasiado tarde. Marta podía destruir todo aquello a lo que yo había dedicado tanto trabajo. La colonia podía quedarse indefensa. Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo…

—¿Matarla? —la voz de Yelén fue un grito.

—¡No! —Juan levantó la cabeza de golpe; no debía olvidar la realidad que tenía alrededor suyo—. Nunca hubiera podido hacer tal cosa. ¡Me gustaba Marta! Pero… tenía que ponerla en cuarentena. Esperé a ver si me denunciaba. No lo hizo, pero me di cuenta de que jamás podría estar seguro de que no lo hiciera más tarde. No podía consentir que se quedara.

»¡Por favor, escuchadme! Cometí errores; insistí demasiado para haceros ver la verdad. Pero debéis creer lo que digo: los invasores están allá fuera, Yelén. Destruirán

todo lo que tú y Marta soñabais, si no me creéis… —la voz de Juan se convirtió en un alarido. Cayó pesadamente, y se quedó tendido con los brazos y las piernas dando sacudidas.

Con dos rápidas zancadas, Wil se arrodilló a su lado. Wil miró a aquella cara agonizante; había dispuesto de dos días para prepararse para aquel momento y para suprimir la rabia homicida que sentía cada vez que veía a Chanson. Korolev no había dispuesto de tanto tiempo; Wil podía notar sus ojos penetrantes que sentenciaban a muerte detrás de él.

—¿Qué le has hecho, Yelén?

—Le he desconectado, he cortado sus enlaces de comunicaciones —se situó al lado de Wil para poder observar mejor a Chanson—. Se recuperará.

Su cara mostraba una rara sonrisa, que, en cierta manera, era más temible que la rabia.

—Quiero tener tiempo para pensar en una justa venganza. Y quiero que él pueda darse cuenta de ello, cuando llegue el momento —sus ojos se posaron en los que estaban más cerca—. Sacadlo de mi vista.

Por una vez, no hubo debate; sus palabras hubieran podido ser descargas eléctricas. Tung y tres tecno-min cogieron a Chanson y lo llevaron hasta el volador que se estaba posando al lado del anfiteatro. Wil salió tras ellos.

—¡Brierson, quiero hablar contigo! —las palabras eran bruscas, pero había algo raro en el tono de Yelén.

Wil retrocedió desde los escalones. Yelén se lo llevó alrededor del borde de la plataforma, lejos de la gente, que empezaba a salir del estado de *shock*.

—Wil —dijo en voz baja—. Me gustaría ver lo que dejó Marta. Lo que dijo Marta cuando no estaba escribiendo bajo la vigilancia de Chanson.

Wil tragó saliva: hasta la victoria le iba a resultar difícil. Tocó el hombro de ella.

—Marta dejó el quinto montón de piedras, tal como le dije a Chanson. Si hubiéramos podido encontrarlo durante los primeros millares de años… Después de cincuenta milenios, sólo pudimos ver que había contenido una hoja de papel rojo. Se había convertido en polvo. Nunca podremos saber con seguridad qué quiso decirnos… Lo siento, Yelén.

Capítulo XXVI

Nevaba. Por toda la colina se oían gritos, y de vez en cuando algunas risas. Jugaban a una batalla de bolas de nieve.

W. W. Brierson bajó por la ladera hasta el extremo de la zona de los pinos. Era curioso que, en un mundo tan vacío, todavía quisiera estar a solas. Tal vez no fuera tan curioso. Su dormitorio era un lugar demasiado concurrido. Sin duda habría otros que como él se habían separado de los lanzadores de bolas de nieve, y que paseaban bajo los pinos, aparentando que aquella época era diferente.

Encontró un gran peñasco, trepó sobre él y limpió un sitio donde sentarse. Desde allí podía ver unos glaciares alpinos que desaparecían entre las nubes. Wil dio unos golpes suaves a su registro de datos y empezó a discurrir. La especie

humana tenía otra oportunidad. Dilip y muchos otros parecían estar realmente convencidos de que esto se lo debían a él. Bien. Había resuelto el caso. Sin duda alguna, había sido el más importante de toda su carrera. Ni el mismo Bill Brierson hubiese podido imaginar que su padre pudiera correr una aventura tan grande. Y el principal responsable había sido castigado. Era indudable que Juan había sido castigado…

Yelén había hecho honor a los sentimientos caritativos de Marta: había logrado que el mismo perdón conllevase el castigo. Juan fue ejecutado por un exceso de tiempo de vida. Fue abandonado en el tiempo real, sin abrigo, sin herramientas y sin amigos. Pero la suya era una tortura diferente a la de Marta, y tal vez mucho más cruel. Se abandonó a Juan junto a un autón médico. Podía seguir viviendo todo el tiempo que quisiera.

Juan sobrevivió a tres autones. Duró diez mil años. Y mantuvo sus intentonas durante casi dos mil. Wil movió la cabeza mientras repasaba los informes. Si alguien hubiera sabido que Chanson estaba en Penetración y Perversión, éste se hubiera convertido inmediatamente en un sospechoso sólo basándose en conceptos de personalidad. Wil había conocido únicamente a un especialista de este tipo, y se había convertido en el fantasma residente de su compañía. Juan había sido paciente y enrevesado de una manera inhumana, pero al mismo tiempo estaba terriblemente asustado. Se pasó tanto tiempo en conexión

profunda, que las paranoicas necesidades de defensa invadieron su percepción del mundo cotidiano. Wil sólo podía comprender haciendo un esfuerzo de imaginación el terrible manicomio en que se había convertido Penetración y Perversión a finales del siglo veintidós. Juan hizo siete intentos para pervertir al autón. En uno de ellos dedicó mil doscientos años a cuidadosas observaciones, controlando los tiempos cuando se producían fallos en algunos subsistemas, maniobrando para que el autón estuviera en una posición que le permitiera apoderarse de su control y conseguir un transporte hasta los recursos que tenía en el espacio próximo.

Pero Chanson jamás tuvo la menor posibilidad de lograrlo. Yelén había introducido cambios en los sistemas principales del autón, y Juan no tenía ningún elemento del *software*, que había robado a USAF Inc, y le faltaba la ayuda de procesadores. Su labia y dos mil años de esfuerzos fueron incapaces de liberarle.

A medida que los siglos iban transcurriendo y dados sus continuos fracasos con el autón, Juan dedicó cada vez más tiempo a intentar comunicarse con Yelén y los otros tecno-max que ocasionalmente observaban su tiempo real. Llevaba un diario muchas más extenso que el de Marta, pintó inacabables letreros en los pedregales que estaban al norte de su territorio de residencia. Pero nada de esto resultaba tan interesante como el diario de Marta. Juan sólo podía hablar de su gran mensaje sobre la amenaza que había

visto en las estrellas. Se ocupaba incansablemente de la evidencia, pero después de los primeros siglos había perdido todo contacto con la realidad.

Después de quinientos años, su diario se volvió irregular, luego pasó a ser unos resúmenes decenales, y por fin una carta inacabable. Durante tres mil años, Juan vivió sin una meta aparente, trasladándose de una cueva a otra. No llevaba ropa ni trabajaba. El autón le protegía de los animales de presa locales. Cuando no cazaba o cosechaba algo, el autón le llevaba comida. Si el clima de los Estrechos del Este no hubiese sido tan benévolo, habría muerto forzosamente. Pero a Wil le parecía que sólo un milagro habría hecho que aquel hombre sobreviviera. A lo largo de todo aquel tiempo había conservado la motivación para seguir viviendo. Della había estado en lo cierto. W. W. Brierson no habría durado ni la décima parte: después de unos pocos siglos se habría convertido en un cobarde suicida.

Juan fue a la deriva durante tres mil años… y luego su inmortal alma paranoica encontró una nueva causa. No estaba demasiado claro de que se trataba. No llevaba ninguna clase de diario; sus conversaciones con el autón se limitaban a unas sencillas órdenes y a unos susurros incoherentes. Yelén pensaba que Juan se veía a sí mismo, en cierto modo, como el creador de la realidad. Se fue a vivir junto al mar. Construyó unos pesados cestos que utilizó para arrastrar millones de cargas de barro tierra adentro. Las

playas dragadas se convirtieron en un laberinto de canales. Iba disponiendo el barro en un montón rectangular que iba creciendo continuamente al paso del tiempo. Aquello recordaba a Wil las pirámides de tierra que los indios americanos habían construido en Illinois, en cuya construcción habían empleado el trabajo de centenares de personas durante décadas. La de Juan era el producto del trabajo de un solo hombre durante milenios. Si el clima no hubiese sido tan excepcionalmente seco y moderado, no hubiera podido adelantarse a la erosión ordinaria.

El nuevo proyecto de Juan iba más allá de un simple monumento. Aparentemente, trataba de crear una raza inteligente. Había convencido al autón para que extendiera los suministros de víveres a los muchos bancos de peces que había en el laberinto de canales que había construido en la costa. Relativamente pronto, hubo miles de monos pescadores que vivían cerca de su templo/pirámide. Mediante una perversión de los programas de protección, empleó el autón como un instrumento de fuerza: los mejores peces iban destinados a los pescadores que se comportaban correctamente. El efecto era pequeño, pero a lo largo de siglos, los monos pescadores de la Punta Este adquirieron un aspecto distinto. La mayoría eran como el «W. W. Brierson» que había ayudado a Marta. Llevaban piedras hasta la base de la pirámide. Y se pasaban horas enteras mirándola desde abajo.

El esfuerzo de cuatro mil años no fue suficiente para conceder la inteligencia a los pescadores. El informe de Yelén mostraba alguna utilización de herramientas. Hacia el final, construyeron un cercado de piedras alrededor de la base de la pirámide. Pero jamás llegaron a ser la clase de porteadores de cestos que Chanson intentaba conseguir. Era Juan quien continuaba arrastrando interminables cargas de barro hasta su templo, reparaba los desperfectos causados por la erosión, y seguía añadiendo pisos cada vez más altos en la plataforma superior. En su mejor momento, el templo cubría un rectángulo de doscientos por cien metros, y la plataforma superior estaba a treinta metros sobre el nivel del suelo. Sus torres se elevaban, altas y esbeltas, más parecidas a construcciones de las termitas o del coral que a la arquitectura humana. Durante aquellos cuatro mil años, el programa diario de Juan fue inmutable. Trabajaba para conseguir la nueva raza. Trasladaba barro. Todas las tardes subía andando por las complicadas escaleras de espiral hasta que llegaba a estar de pie sobre la plataforma más alta, vigilando a los esclavos del templo que estaban reunidos en la llanura que tenía delante.

Wil hojeó el informe de Yelén. Había filmaciones de Juan tomadas a lo largo de aquellos siglos. Su cara era inexpresiva excepto al final del día, momento en el que siempre se reía tres veces. Cada uno de sus movimientos estaba preestablecido, como un reflejo. Juan se había convertido en

un insecto, cuya colmena se extendía a lo largo del tiempo en vez de hacerlo a lo largo del espacio.

Juan había encontrado la paz. Hubiera podido durar hasta siempre, si el mundo hubiera mantenido la misma estabilidad. Pero el clima de los Estrechos del Este entró en un período de humedad y tempestades. El autón estaba programado para ofrecer una protección mínima. Durante los primeros milenios aquello había bastado. Pero aún entonces, Juan conservó su inflexibilidad. No quería retirarse hacia las cuevas de las tierras altas; incluso no quería bajar del templo durante las tempestades. Había prohibido al autón que se le acercara durante sus oraciones nocturnas.

Desde luego, Yelén tenía filmaciones del fin de Juan. El autón se había alejado a cuatro kilómetros del templo; Juan hacía mucho tiempo que había eliminado todos los chivatos remotos. La lluvia, arrastrada por el viento, impedía y distorsionaba la visión del autón. Aquélla era la última de una serie de tempestades que estaban destruyendo la pirámide más aprisa de lo que Juan podía arreglarla. Sus torres y paredes eran como los castillos de arena de un niño que se funden al crecer la marea del océano. Juan no se daba cuenta. Se mantenía en pie sobre la inclinada plataforma de su templo y contemplaba la tempestad. Wil vio como la borrosa imagen alzaba los brazos, tal como Juan hacía al final de todos los días, un momento antes de soltar sus extrañas carcajadas. Empezaron a caer rayos por todas partes,

convirtiendo la oscuridad de la tempestad en una iluminación actínica azul, que permitió una visión de los esclavos de Juan congregados a miles debajo de él. Los rayos viajaron por el templo derrumbado, destruyendo lo que quedaba de sus torres… y fulminando a Juan que todavía estaba en pie, con los brazos hacia lo alto, dirigiendo la función.

Poco más había en el informe de Yelén. Los monos pescadores habían recibido un potente empujón hacia la inteligencia, pero aquello no bastaba. La evolución biológica no tiene una tendencia especial hacia la sapiencia; se encamina ciegamente a conseguir optimizaciones locales. En el caso de los monos pescadores, fue alcanzar el dominio de las aguas profundas. Durante algunos siglos, la raza que él había mejorado, seguía viviendo en los Estrechos del Este, todavía seguían transportando piedras para recubrir el muñón de la pirámide, todavía miraban hacia lo alto, todas las tardes. Pero lo hacían sólo por instinto, no recibían recompensa. Al final, volvieron a ser tal como Juan los había encontrado.

Wil borró la pantalla. Temblaba, y no era únicamente a causa del frío. Jamás olvidaría los crímenes de Juan, ni tampoco olvidaría jamás su prolongada agonía.

Había parado de nevar. Ya no se oían gritos por la colina. Wil miró sorprendido la luz del sol que se colaba por los árboles que estaban tras él. Había estado más de una hora

viendo el informe de Yelén. Hasta aquel momento, no se había percatado de los calambres que sentía en las piernas ni del frío que se filtraba a través de la roca.

Wil se puso bajo el brazo el archivo de datos y bajó de la peña. Todavía le quedaba tiempo para disfrutar de la nieve y de los pinos. Le llegaban los ecos de un invierno que en su memoria estaba a diez semanas de distancia, los últimos días en Michigan antes de que hubiera volado hasta la costa, para trabajar en el caso Lindemann. Sólo que aquellos campos de nieve estaban casi en el ecuador, y el mundo actual estaba en medio de una era glacial.

Los trópicos se habían enfriado. Los bosques de Jacarandas se habían desplazado a terrenos menos elevados, al borde del Mar Interior. Pero ninguna de las capas de hielo continentales habían bajado hacia el Sur más allá de la latitud cuarenta y cinco. La nieve que había en Ciudad Korolev se debía a la altitud. Yelén calculaba que los glaciares que se acercaban desde los Alpes Indonésicos no llegarían más abajo de la cota de los cuatro mil metros. Explicaba, que dadas las características de las épocas glaciales, aquélla no era excepcional.

Wil anduvo un kilómetro atravesando el pinar. Una semana antes (tal como su cuerpo contaba el tiempo), aquello había sido el vitrificado cráter de Ciudad Korolev. Tamaña destrucción y ya no quedaba rastro de ella. Ascendió por una cresta y vio la puesta de sol, con sus tonos

amarillos y rojos por encima del color blanco del suelo. Alguien hacía sonar una sirena a lo lejos. Más allá, hacia el Norte, podía ver los bosques de Jacarandas que llegaban a tocar el mar. Era hermoso, pero existían buenas razones para abandonar aquélla era. Algunos de los mejores yacimientos de minerales habían quedado sepultados por el hielo. ¿Por qué iban a paralizar la nueva civilización cuando era más débil?… Y además, estaba Della. Tenía cantidades ingentes de equipos. Le iban a dar por lo menos cien mil años para que tuviera tiempo para regresar.

De pronto, Wil se sintió poco condescendiente. Demonio, era capaz de dar a Della mil veces cien mil años. ¿Pero para qué serviría todo aquello? Después de aquella noche con los casi-perros, Wil confiaba en que ella se hubiese encontrado a sí misma. Sin su ayuda, jamás habría podido preparar el doble juego contra Chanson y Gerrault. Una sonrisa malévola apareció en su cara. Ella había logrado engañar a sus dos adversarios hasta conducirlos a la derrota. El plan había consistido en obligar a Gerrault a que saliera en su persecución durante todo el tiempo que hiciera falta para engañar a Juan. ¡Y les había salido bien! Había representado el papel de la antigua y loca Della muy bien. Demasiado bien. Nunca regresó. Nadie pudo saber con certeza qué había ocurrido; hasta cabía dentro de lo posible que hubiera muerto al luchar contra Gerrault. Era mucho más probable, que alguna de las acciones reflejas de batalla se hubiera apoderado de ella. Incluso si el impulso de atacar se hubiera

agotado, seguiría persiguiendo al otro durante quién sabe cuantos milenios. Y si el impulso se mantenía…

Wil recordaba lo poco de humano que tenía cuando la conoció. A pesar de conservar todas las memorias asistidas por ordenador y todas las demás ventajas, aquella Della se parecía mucho a lo que había llegado a ser Juan Chanson en la época final de su condena. A pesar de lo dura que ella misma se consideraba, Della no le ganaba a Juan en terquedad. ¿Cuánto tiempo de su vida podría dedicar a aquella persecución? Mucho temía que ella había decidido aceptar voluntariamente el mismo destino que le había sido impuesto a Juan.

Wil decidió que el frío no le gustaba nada. Miró en su registro de datos. Marcaba la fecha de 17 de marzo de 2100. Todavía no la había cambiado. En alguna parte de su memoria se hallaban todavía las anotaciones de lo que Virginia le había pedido que le llevara desde la Costa. ¿Qué más podría haber sucedido en diez semanas? Uno debía ser flexible en aquellos tiempos modernos. Dejó de ocuparse de la puesta de sol y del silencio, y regresó al dormitorio. Podía darse por satisfecho con aquel final feliz. Los días siguiente serían duros, pero sabía que podría resistirlo. Durante los últimos días, Yelén había sido amistosa con casi todo el mundo. En otros tiempos no hubiera consentido detenerse en medio de una era glacial para darles la ocasión de ver cómo era.

El atardecer tropical hizo que la penumbra que se presentó de pronto, se troncara rápidamente en oscuridad. Cuando Wil rebasó la colina que estaba delante del dormitorio, sus ventanas iluminadas parecían sacadas de una Navidad de Michigan.

En algún momento de la madrugada siguiente, cuando todos estuvieran bien calientes en sus camas, Santa Claus Yelén les emburbujaría una vez más. Su trineo había tenido un baqueteado aterrizaje, entrando y saliendo del tiempo real durante los últimos sesenta mil años. Wil sonrió al pensar en tan absurdo símil.

Pudiera ser que aquella vez se detuviera indefinidamente.

Aquella noche fue la última vez que Wil tuvo su sueño azul. En muchos aspectos fue como los de las otras veces. Estaba tumbado, sus pulmones se habían quedado sin aire. Adiós, adiós. Lloraba y lloraba, pero no emitía el menor sonido. Ella estaba a su lado y le cogía su mano. Su cara era la de Virginia, y también la de Marta. Le sonreía tristemente, era una sonrisa que no podía desmentir la verdad que ambos conocían… Adiós, adiós. Y luego aquello cambió. Ella se inclinó sobre él y apoyó amorosamente la cara sobre su mejilla, tal como Virginia solía hacer. Ella jamás hablaba, y él no sabía exactamente si el pensamiento era propio, o había un consuelo que procedía de ella. Hay alguien que todavía vive y que no ha dicho adiós, alguien que te puede amar mucho.

Querido Wil: adiós.

Brierson se despertó con un sobresalto, jadeando para poder respirar. Sacó las piernas de la cama y se quedó sentado unos instantes. La pequeña habitación estaba fuertemente iluminada por la luz diurna, pero no podía ver lo que había fuera, la ventana estaba completamente empañada. Todo estaba en silencio; generalmente podía oír a través de las paredes de plástico que había mucha actividad. Salió de su cuarto y no había un alma a la vista. Pero subían ruidos por la escalera. Aquello lo explicaba: había una reunión programada para primera hora de aquella mañana. El hecho de que Yelén quisiera reunirse con los tecno-min en el dormitorio ponía de nuevo en evidencia cuánto había cambiado; ni siquiera le había pedido su asistencia. El haberse despertado tarde, era una prueba semiconsciente de su libertad. Quería ser un simple espectador, por el momento. La dirección de la pasada reunión le había resultado una experiencia un poco… traumática.

Wil fue de puntillas hasta el cuarto de aseo del piso de arriba. Por una sola vez, podría disponer por completo de aquel lugar.

¡Vaya sueño más fantástico! Wil contemplaba su imagen en el espejo del lavabo. Tenía humedad alrededor de los ojos, pero sonreía. El sueño azul siempre había sido una carga agobiante, algo que requería un gran esfuerzo para

olvidarse de ello. Pero en aquella ocasión le había tranquilizado y hasta le había hecho feliz. Canturreaba mientras se lavaba, mientras su pensamiento jugaba con aquel sueño. ¡Virginia había parecido tan real! Todavía le parecía notar su contacto en la mejilla. Ahora ya sabía la gran decepción oculta que le había causado Virginia, lo sabía porque, de repente, la decepción había desaparecido. Le había herido profundamente que Virginia no le hubiera seguido. Siempre se había dicho a sí mismo que ella intentaba hacerlo, que todavía estaba haciendo acopio de recursos cuando la sorprendió la Singularidad. No había creído en esta excusa; había visto lo que podía sucederle a una personalidad después de cien años. Pero entonces, sin otra razón que un sueño, había cambiado de sentimientos. Bien, ¿qué pasaría si la explicación de Della de la Singularidad fuese cierta? ¿Qué sucedería si la tecnología había trascendido lo inteligible? ¿Y si la mente había adquirido la inmortalidad por haber crecido infinitamente más allá del horizonte humano? Porque, en este caso, algo que había sido Virginia, podía existir todavía y querer consolarle.

Wil, de pronto, advirtió que se lavaba la cara por segunda vez. Durante unos instantes, él y su imagen espectacular se sonrieron vergonzosamente uno a la otra, como conspiradores dándose cuenta de lo absurdo de sus actos. Si no se andaba con cuidado, llegaría a ser otro Jason Mudge completo, con ángeles guardianes y voces de ultratumba.

Pero a pesar de todo, Della había dicho que había algo parecido a la religión que se escondía al final de su propio materialismo.

Pocos minutos después, bajó por la escalera lateral hasta la cafetería. Las voces que salían eran fuertes, pero no sonaban a enfado. Dudó, pero se alejó de la puerta. Podría ser una fantasía, pero quería conservar la emoción de aquel sueño tanto tiempo como fuera posible. Hacía mucho tiempo que no había empezado el día sintiéndose tan bien. Durante unos momentos, creyó realmente que había «alguien que todavía vive, que te puede amar mucho». Salió del edificio dormitorio a la luz del día. La construcción estaba rodeada por un perfecto disco blanco, que era la nieve que había sido transportada por el tiempo dentro de su burbuja. El sol abrasaba los montones de nieve, haciendo elevar una niebla de sublimación alrededor de todo el dormitorio. Wil atravesó la nieve a medio fundir, y la brillante neblina. Se detuvo donde se acababa la nieve y observó las casi-jacarandas y otros árboles menos fáciles de identificar que crecían por allí. El día ya era caluroso. Dio un paso hacia atrás y disfrutó del frescor que procedía de la nieve. Exceptuando la silueta de alguna colina, el mundo era el mismo que antes de la batalla. Los glaciares habían sido dominados de nuevo, y habían retrocedido hasta picos muy lejanos. Más allá de un barranco y unos pocos centenares de metros más arriba de la ladera, había un penacho aislado de niebla de

sublimación, y las torres doradas del Castillo Korolev relucían débilmente dentro de ella.

Una sombra pasó sobre él.

—¡Wil!

Miró hacia arriba, al tiempo que Tammy caía del cielo. Condujo su plataforma hasta que quedó flotando a baja altura, tal como había hecho para invitar a la fiesta de su padre a los que estaban barriendo las cenizas. Incluso iba vestida también de un blanco impoluto. Se quedó allí, mirando hacia abajo.

—Quería verte otra vez… antes de marcharme.

Hizo descender su plataforma hasta el suelo, al lado de los pies de Wil. Ya debía mirarle desde abajo.

—Gracias, Wil. A no ser por ti, Gerrault y Chanson se habrían apoderado de todos nosotros. Ahora creo que todos podemos resultar vencedores —su sonrisa se hizo mucho mayor—. Yelén me ha dado el equipo suficiente para salir de ésta era.

Wil pensó que era demasiado perfecta para poder mirarla.

—¿Ya has abandonado tus propósitos de reclutar a la gente?

—Nada de esto. Yelén me ha dicho que puedo volver cuando hayan pasado cien años, y las veces que quiera después de este plazo. Con los equipos de Gerrault, y los cigotos, podréis alcanzar un éxito duradero. Dentro de uno o dos siglos, aquí habrá más gente de la que podemos imaginar. No se van a sentir tan abatidos como se sienten ahora, y muchos de ellos pueden haberse cansado de la civilización. Tal vez haya docenas, o millares que quieran marcharse conmigo. Y se tratará de personas a las que no tendremos que mantener. Esto es mucho más de lo que papá podía esperar —hizo una pausa de un segundo y luego dijo en voz baja—. Espero que querrás venir conmigo, Wil.

—Al… algunos de nosotros hemos de quedarnos en el tiempo real, o no habrá ninguna civilización que puedas saquear, Tammy —intentó sonreír.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero dentro de cien años, cuando regrese… ¿Qué te parece?

¿Que qué le parecía? Los Robinson creían que se podían dominar todos los misterios si se estudiaban el tiempo suficiente y se tenía paciencia. Pero un gusano plano podía estudiar toda la eternidad y no llegar a comprender la ópera. Dijo en voz alta:

—¿Quién sabe cuáles serán mis sentimientos dentro de cien años, Tammy? —se interrumpió y se quedó mirándola durante unos segundos—. Pero si no me voy contigo… y

consigues llegar hasta el fin del tiempo… espero que presentarás mis respetos al Creador.

Tammy se estremeció, y luego vio que no intentaba burlarse de ella.

—De acuerdo. Si estás detrás de mí, lo haré —apoyó sus manos sobre los hombros de Wil y se puso de puntillas para poder besarle en los labios—. Ya nos veremos, Wil Brierson.

Pocos segundos después, Tammy desapareció por encima de los árboles. ¿Aquella que todavía vive, a la que no has dicho adiós? Suponía que no, pero tenía cien años para decidirse.

Wil andaba por el perímetro de la niebla, intrigado por la manera como el calor y el frío luchaban allí donde se acababa la nieve. Dio la vuelta al dormitorio y se encontró frente a la entrada. Todavía estaban allí. Sonrió para sí mismo y entró. ¡Qué caray!

Estaba a medio camino de la entrada, cuando se abrieron las puertas. Sólo salió una persona. Era Yelén, que le miró sin sorprenderse.

—¡Ah! Me preguntaba cuanto tiempo ibas a quedarte ahí fuera.

Mientras ella se le aproximaba, él buscaba signos de enfado en su pálida cara eslava. Ella se dio cuenta y sonrió de lado.

—No te preocupes. No me han dado la patada, ni voy a marcharme ofendida. Sólo se trata de que todo este regateo me resultaba algo aburrido. Aquí dentro esto se ha convertido en un mercadillo de intercambios, se están repartiendo todo lo que sobrevivió a nuestra lucha… ¿Dispones de un minuto, Wil?

Dijo que sí, y salió con ella de la zona fría, regresando por donde había llegado.

—¿Has pensado que, por bien que vayan las cosas, vamos a necesitar unos servicios de investigación? La gente te respeta sinceramente. Esto ya es el noventa por ciento de lo que hace prósperas a compañías como la Policía Estatal de Michigan o la Protectora Antidelito.

Brierson movió negativamente la cabeza:

—Esto suena a un juego al que ya nos hemos dedicado. Gran parte de los «sin gobierno» quieren contratarme, pero sin que tú se lo impongas. Pero no puedo imaginarme que los gobiernos toleraran que yo les hiciera la competencia.

—Oye, no te estoy pidiendo imposibles. La verdad es que Fraley y Dasgupta están allí dentro ahora mismo,

poniéndose de acuerdo para hacerte una oferta común por tus servicios.

Wil notó que estaba con la boca abierta. ¿Fraley? Después de tantos años de odio…

—Steve preferiría morir a dejar el mando del gobierno.

—Ya ha muerto mucha gente —dijo ella en voz baja—. Muchos de los que quedan ya no quieren recibir más órdenes. Hasta el mismo Fraley ha cambiado algo. Tal vez sea por miedo, tal vez por remordimiento. Le sorprendió mucho la facilidad con que uno de los tecno-max pudo estafarle y utilizar mal la República, y mucho más al enterarse de lo que Chanson había hecho con tal de conseguir una distracción de treinta segundos cuando se apoderó de nuestros sistemas.

Yelén se rió.

—Te aconsejo que aceptes el empleo, mientras sigan creyendo que es algo duro. Dentro de un par de años vas a tener competencia. Apuesto a que con tus honorarios no vas a ganar lo suficiente para vivir.

—Humm. ¿Crees que las cosas van a ser tan aburridas?

—Creo que sí, Wil. Los monstruos de tecnología tecno-max han muerto. Los gobiernos pueden persistir, pero sólo nominalmente. Hemos perdido a muchos de ellos durante la

guerra, partes de nuestra tecnología pueden descender a niveles del siglo diecinueve, pero con los cigotos de Gerrault y sus equipos médicos, estaremos mejor que antes. El problema de las mujeres ya ha desaparecido. Podrán tener todos los hijos que deseen, pero no tienen la necesidad de ser fábricas continuas de críos. Deberías haber asistido a las reuniones. Ahora ya hay muchas parejas formales. ¡Gail y Dilip me han pedido que les case! En recuerdo de tiempos pasados, me dicen que yo soy para ellos como el capitán del barco. ¡Vaya par de locos! —meneaba la cabeza, pero su sonrisa indicaba que estaba muy orgullosa a causa de ello, aquéllos debían ser los primeros en expresarle su gratitud por lo que ella y Marta habían hecho—. Te voy a demostrar la confianza que tengo: no voy a forzar a nadie a permanecer en esta época. Si disponen de un burbujeador, pueden largarse. No creo que nadie lo haga. Parece que está demasiado claro que si no lo conseguimos ahora, nunca habrá otra oportunidad.

—Tal vez Mónica lo haga.

—Esto es diferente. Pero tampoco estés demasiado seguro de ella; hace demasiado tiempo que se miente a sí misma. Voy a pedirle que se quede.

La sonrisa de Yelén era amable; dos semanas antes hubiera sido burlona. Con la desaparición de Gerrault y de Chanson se le había quitado un gran peso de su alma. Wil pudo

apreciar qué había visto Marta en ella además de competencia y lealtad. Yelén se miró los pies.

—Hay otra razón por la que he dejado la reunión antes de que acabara. Quería excusarme. Después de que hube leído el diario de Marta, tenía ganas de matarte. Pero sabía que te necesitaba; no hacía falta que Marta me lo dijera. Y cuanto más dependía de ti, más cosas veías que yo no había podido ver… y más te odiaba. Ahora ya sé la verdad. Estoy avergonzada. Después de trabajar contigo, debería haber comprendido la astucia de Marta. —Le ofreció su mano y Brierson la aceptó—. Gracias, Wil.

¿La que todavía vive, la que no ha dicho adiós? No. Pero sí era una amiga para los años venideros. Detrás de ella, se posó un volador.

—Ya es hora de que vuelva a casa —señaló con su pulgar hacia el Castillo Korolev.

—Una cosa más —dijo ella—. Si las cosas van tan despacio como pienso, creo que tendrás ganas de hacer otras cosas… Ayuda a Della.

—¿Ha regresado Della? ¿Cuánto hace? Quiero decir…

—Ha estado en el espacio solar durante mil años, mientras nosotros esperábamos encontrar el tiempo óptimo para detenernos. La caza duró cien mil años. Y no sé cuánto tiempo de su vida ha consumido —no parecía preocuparse

mucho por el tema—. ¿Quieres hablar con ella? Creo que os podríais haceros mucho bien el uno al otro.

—¿Dónde…?

—Estaba conmigo en la reunión. Pero no hace falta que entres. Eres un tío de suerte, Wil. Todas nosotras, Tammy, yo, Della queríamos hablar a solas contigo. Di la palabra mágica, y vendrá aquí.

—Conforme. ¡Sí!

Yelén se rió. Wil apenas se dio cuenta de que ella se había marchado hacia el volador. Se dirigió al dormitorio. Della lo había conseguido. A pesar de los muchos años que había vivido en la oscuridad, no había muerto allí. Y suponiendo que fuera la criatura que era antes, o que fuera como Juan Chanson al final, Wil podía intentar ayudarla. No lograba apartar sus ojos de la entrada.

Se abrieron las puertas. Della vestía un traje de salto, negro como la noche, del mismo color que su corta melena. Su cara era inexpresiva mientras bajaba los escalones y se dirigía hacia él.

Después, Della sonrió.

—Hola, Wil. He regresado… para quedarme.

La que todavía vive, la que no te ha dicho adiós.

Conclusión

Las conclusiones del autor: aquí es donde se suele explicar lo que se intentaba decir a lo largo de las anteriores cien mil palabras, ¿verdad? Pues bien, voy a intentar evitarlo. Fundamentalmente debo pedir perdón y hacer una predicción.

He de pedir perdón por el lento ritmo del desarrollo tecnológico que he tomado en consideración. Hasta cierto punto, es razonable. Supongo que una guerra generalizada, como la que he situado en 1997, podría servir para atrasar el progreso en diez años e incluso hasta el fin de los siglos. Pero ¿y después de la recuperación? He supuesto que la inteligencia artificial y la ampliación de inteligencia avanzaban a un ritmo que ahora sospecho similar al paso de una tortuga. Lo siento. Necesitaba que la civilización durara lo suficiente para que pudiera meter una trama en ella.

Y desde luego parece muy poco verosímil que la Singularidad pudiera ser una desaparición brusca de la especie humana. (Pero por otra parte, tal desaparición es el equivalente a escala temporal del silencio que encontramos en todo el espacio).

Desde ahora hasta el año 2000 (y luego el 2001), los Jasones Mudges pueden ir saliendo por doquier, con predicciones cada vez más lastimeras. Es un accidente irónico del calendario que todo este interés religioso sobre acontecimientos trascendentales pueda aparecer mezclado con la evidencia objetiva de que nos encaminamos hacia una singularidad tecnológica.

Y en consecuencia, aquí va mi predicción: Si no tenemos una guerra general, entonces serás tú, y no Della ni Wil, quien comprenderá la Singularidad de la única manera posible: viviéndola completamente.

San Diego 1983-1985

Agradecimientos

Por *La Guerra de la Paz*, quero reconocer a:

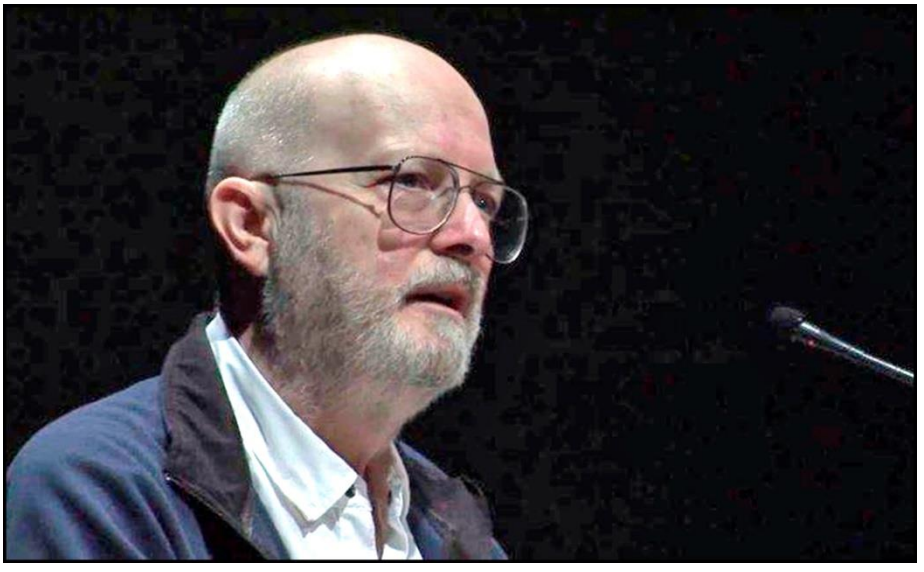
Chuck Glinesy Bil Townsend del Servicio Nacional de Bosques por hablarme acerca del Bosque Nacional de Los Padres; Jim Concannon y Concannon Winery de Livermore, California, por su hospitalidad y un muy interesante tour por la Concannon Winery; Lea Braff, Jim Frenkel, Mike Gannis, Sharon Jarvis, y Joan D. Vinge por toda su ayuda e ideas.

Por *Naufragio en Tiempo Real*, quiero reconocer a:

Mike Gannis por muchas super ideas; Sara Baase, John Carroll, Howard Davidson, Jim Frenkel, Dipak Gupta, Jay Hill, Sharon Jarvis, y Joan D. Vinge por toda su ayuda y sugerencias.

Mucha gente ha creado zoologías y/o geografías del futuro lejano. Aunque que son diferentes a lo descrito en *Naufragio en Tiempo Real*, son asombrosamente interesantes:

Dougal Dixon, *After Man*. Christopher Scotese y Alfred Ziegler, como describieron en «The Shape of Tomorrow».



ACERCA DEL AUTOR

VERNOR VINGE (2 de octubre de 1944, Waukesha, Wisconsin, EE. UU. - La Jolla, California, 2024). Matemático y escritor.

Aficionado a la literatura desde su niñez, comenzó como escritor *amateur* en 1965 publicando esporádicamente relatos principalmente en *Analog*. El gran éxito de sus novelas de la serie de las Burbujas, *La Guerra de la Paz* y *Naufragio en el tiempo real* le situó entre los escritores más populares del momento.

Pero su verdadero triunfo llega con su siguiente novela *Un fuego sobre el abismo*, éxito de público y crítica con la que consigue su primer Hugo tras cuatro nominaciones. Premio que se repite con *Un abismo en el cielo* el año 2000 y con *Al final del arco iris* el año 2007. También ha recibido el Premio Hugo por novela corta en los años 2002 por *Tiempos nuevos en Fairmont High* y en 2004 por *El monstruo de las galletas*.

Vinge es uno de los representantes actuales de la ciencia ficción dura, a la que ha aportado algunas de las ideas más originales e innovadoras de los últimos tiempos.

Fuera de los círculos literarios de la ciencia ficción, Vinge es famoso por su idea de la singularidad tecnológica según la cual la creación de inteligencias artificiales de capacidades mayores a la humana, que a su vez producirían inteligencias aún mayores y así sucesivamente, conduciría a una «singularidad» en el desarrollo, un punto de inflexión de crecimiento tecnológico exponencial, con consecuencias inimaginables y a partir del cual es imposible especular sobre nuestro futuro.